



EL COLEGIO DE MEXICO, A.C.

**CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS Y DE
DESARROLLO URBANO**

**PARTICIPACIÓN ECONÓMICA JUVENIL EN MÉXICO EN
UN CONTEXTO DE REESTRUCTURACIÓN ECONÓMICA
Y CRISIS**

Tesis presentada por

Emma Liliana Navarrete López

Para optar por el grado de

**DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES CON
ESPECIALIDAD EN ESTUDIOS DE POBLACIÓN**

MÉXICO, D.F.
2000



CONSTANCIA DE APROBACIÓN


Dra. Brígida García Guzmán
Directora de Tesis



Dra. Rosa María Rubalcava
Lectora de Tesis


Dra. María Edith (Pacheco Gómez Muñoz)
Lectora de Tesis

**A Matías,
para compensar todas esas tardes frente al escritorio.**

**Para Julieta y para Javier,
por su presencia y
su amor incondicional.**

Agradecimientos

Durante la elaboración de esta tesis estuvieron involucradas muchísimas personas a quienes les guardo un agradecimiento infinito.

En primer lugar, las gracias a la Dra. Brígida García, directora de esta tesis, con quien estoy (y estaré siempre) en deuda, no solamente por su certera asesoría sino por su confianza, apoyo, paciencia y por el tiempo que dedicó a lo que aquí se presenta. A la Dra. Rosa María Rubalcava y a la Dra. Edith Pacheco, incansables lectoras del documento, quiero agradecerles de manera especial, pues sus comentarios y sugerencias enriquecieron profundamente este trabajo. Un reconocimiento también al Dr. Rodolfo Tuirán por sus atinados señalamientos. Mi gratitud para Virginia Levín por su apoyo para procesar las encuestas utilizadas. Asimismo un reconocimiento a El Colegio Mexiquense y a su Presidente el Dr. Alfonso Iracheta por el apoyo otorgado para culminar la tesis doctoral y al Dr. Manuel Ordorica, director del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México, por haber autorizado mi estancia en El Colegio durante la redacción final de este documento.

Por último, gracias a todos aquellos que de una u otra forma estuvieron conmigo durante este recorrido, en particular a Marta Vera con quien he compartido mucho más que este trabajo.

INDICE

Indice	1
Introducción	5
Definición del periodo de juventud	8
Planteamiento teórico y metodológico	11
Los jóvenes vistos como agregados de individuos	11
El hogar como unidad de análisis	14
Organización del estudio	16
Preguntas que guían la investigación	16
Organización de la tesis	18
Capítulo uno	
DINÁMICA DE LA POBLACIÓN JOVEN A PARTIR DE 1970	
Introducción	25
Contexto demográfico	26
Mortalidad	28
Fecundidad y nupcialidad	32
Migración	35
Contexto económico	37
El sistema escolar	42
Participación económica de los jóvenes de 1970 a 1990	45
Población económicamente activa joven	46
Población económicamente activa joven por sector económico	49
Población económicamente activa según posición en el trabajo	50
Conclusiones	52
Capítulo dos	
CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN EN 1991 Y 1995	
Introducción	69
La población joven en las encuestas de empleo de 1991 y 1995	72
La población activa joven	73
La población activa joven y el nivel escolar	81
La población activa joven y su estado civil	87
Las mujeres activas jóvenes y el número de hijos	92
Conclusiones	95
Capítulo tres	
CARACTERÍSTICAS Y CONDICIONES LABORALES DE LA POBLACIÓN	

ACTIVA JOVEN EN 1991 Y 1995

Introducción	107
La población activa joven por rama de actividad	109
La población activa joven y la situación en el trabajo	115
La población activa joven y el ingreso	121
La población activa joven y las prestaciones laborales	124
La población activa joven y la jornada laboral	128
La población activa joven y el tamaño de la empresa	130
La población de 12 a 14 años y sus condiciones laborales	132
Conclusiones	134

Capítulo cuatro

JUVENTUD Y GRUPO DOMÉSTICO

Introducción	146
Algunas discusiones sobre el enfoque de las estrategias	149
La unidad doméstica como espacio de reproducción cotidiana	153
El trabajo de los jóvenes como estrategia familiar	158
Conclusiones	168

Capítulo cinco

FACTORES CONDICIONANTES DE LA MANO DE OBRA JOVEN

Introducción	171
Acerca de los factores condicionantes	172
Factores individuales	174
<i>la edad</i>	174
<i>la escolaridad</i>	176
<i>el estado civil</i>	178
<i>el número y edad de los hijos</i>	179
<i>la relación de parentesco</i>	181
Factores familiares	182
<i>el sexo del jefe</i>	182
<i>el ciclo de la familia</i>	183
<i>el tamaño y tipo de la familia</i>	185
<i>la inserción laboral del jefe</i>	187
<i>el ingreso del jefe</i>	190
Factores contextuales	191
Condicionantes del empleo juvenil	193
La técnica de análisis empleada: la regresión logística	194
Identificación de variables	195
Resultado de los modelos de regresión logística	202
<i>jóvenes mujeres y hombres de 15 a 19 años</i>	202
<i>jóvenes mujeres y hombres de 20 a 24 años</i>	208
Conclusiones	212

Capítulo seis	
LOS JÓVENES Y LAS POLÍTICAS GUBERNAMENTALES	
Introducción	227
Políticas de atención a la juventud	230
Políticas de empleo y formación para el trabajo	235
Políticas de empleo para jóvenes	237
La formación técnica para el trabajo	244
Conclusiones	248
Conclusiones finales	252
Diferencias según el sexo y la edad	255
Las características ocupacionales	259
La importancia del lugar de residencia	260
Los jóvenes en familias de diferentes sectores sociales	262
A manera de reflexión final	267
Anexo	269
Bibliografía	273
Índice de cuadros	288

*¿Qué les queda por hacer a los jóvenes
en este mundo de paciencia y asco?
sólo graffitis, rock y fetichismo
también les queda no decir amén
que no les maten el amor
recuperar el habla y la utopía
ser jóvenes sin prisa y con memoria
no convertirse en viejos prematuros.
También les queda discutir con Dios.
Tanto si existe como si no existe.*

Mario Benedetti

INTRODUCCIÓN

La importancia demográfica y social de los jóvenes es indiscutible. Hacia finales del siglo XX aproximadamente el 25% de la población mexicana, tiene entre 12 y 24 años de edad, de hecho el número absoluto de jóvenes es el más elevado en la historia del país (Camarena, 1998). Las tendencias demográficas señalan que si bien hasta 1990 la tasa de crecimiento de la población joven iba en ascenso, a partir de esta década y debido fundamentalmente al descenso en las tasas de fecundidad de los últimos 20 años, el ritmo de crecimiento ha empezado a disminuir; se proyecta que hacia el año 2006 o 2007 estos grupos de edad tendrán una tasa de crecimiento negativa y para el 2030 la proporción de jóvenes será inclusive menor que la de los adultos (Gómez de León y Hernández, 1996).

“México es un país de jóvenes” -como dice el *slogan*-, pero de jóvenes en un país donde la desigualdad se ha incrementado, donde la gran mayoría de la población ha visto disminuir su capacidad adquisitiva de manera cotidiana, donde la pobreza es uno de los problemas más graves. Durante la década de los ochenta la tendencia hacia un mayor bienestar de la población se revirtió: se incrementó el volumen de la población en pobreza extrema, los estratos medios se depauperaron y aquellas familias que no pasaron a la condición de pobreza vieron afectado seriamente su poder de consumo (Béjar Navarro y Hernández, 1994). Desde finales de los ochenta, ante el estancamiento del desarrollo económico y el deterioro en el bienestar de la población, se impulsó una profunda reforma

financiera y fiscal y a principios de los noventa mediante el Pacto para la Estabilidad y el Crecimiento Económico (PECE) se lograron contener en cierta medida los reclamos salariales. En este periodo la inflación pasó de tres dígitos a uno y se aminoró la magnitud de la pobreza (tres puntos porcentuales de 1989 a 1994); pero debido a que los logros antiinflacionarios se basaban en una paridad sobrevaluada del peso frente al dólar, en la brusca restricción del gasto público, en el deterioro acelerado de su capacidad productiva y en el déficit en cuenta corriente, la economía mexicana finalmente llegó a una situación insostenible en diciembre de 1994. Esto dio lugar, entre otras cosas, a que de 1994 a 1996 la pobreza –que había empezado a abatirse- se incrementara en 7 puntos porcentuales (CEPAL, 1999) y a que la generación de empleos en los sectores modernos de la economía disminuyera todavía más. Los trabajadores tuvieron que concentrarse en el área de bienes y servicios, en empleos de baja productividad acompañados de falta de protección, contrataciones flexibles, subcontrataciones, en fin: empleos de gran inestabilidad laboral (CEPAL, 1999).

Ante estas condiciones, diversos autores han planteado que la sobrevivencia de la población se explica gracias al incremento de las actividades en pequeñas unidades económicas, a las redes de solidaridad y a la entrada de nuevos miembros del hogar al mercado; es decir, al uso intensivo de la mano de obra secundaria, la cual está conformada en gran medida por mujeres y jóvenes (por ejemplo: González de la Rocha, 1996; García y Pacheco, 2000).

En el marco de las transformaciones señaladas con anterioridad, en esta investigación se analiza el trabajo extradoméstico juvenil en dos momentos en el tiempo: 1991 (año de relativa estabilidad económica) y 1995 (momento muy difícil posterior a la crisis de 1994), con el fin de ampliar el conocimiento existente de las características y los cambios recientes en la participación económica juvenil en México. El ubicar a los y las jóvenes en dos momentos del tiempo permitirá identificar en qué medida el deterioro que han sufrido los mercados en general ha afectado en especial a esta mano de obra: cómo se ha insertado en el mercado, a qué tipo de actividad tiene acceso, estimar en qué magnitud sus condiciones laborales se han pauperizado e indagar qué factores -individuales, familiares y/o contextuales- los lleva a incorporarse tempranamente en la actividad laboral.

Después de mostrar un panorama general de esta subpoblación en cuanto a sus características y condiciones laborales y conocer su realidad, se busca indagar acerca de las medidas que toma el gobierno ante la problemática laboral juvenil, las opciones que ofrece a los jóvenes que conforman o intentan formar parte del mercado laboral.

Pero en este trabajo ¿a qué jóvenes nos referimos?, el término de juventud es por demás ambiguo. Siglos atrás una persona de 25 años era considerada definitivamente adulta y con grandes responsabilidades completamente distintas a las actuales, ahora hay quienes aun a los 30 años siguen considerándose jóvenes. El objetivo del apartado siguiente es definir a la población joven en este trabajo.

DEFINICIÓN DEL PERIODO DE JUVENTUD

No existe una definición de juventud universalmente aceptada, los criterios de determinación son tan diferentes como la diversidad de situaciones sociales. Existen al menos dos conceptos para su definición: uno meramente biológico y otro de orden social, de naturaleza cambiante que tiene que ver más bien con los grupos a que se aplique. Sin embargo existen ciertos criterios establecidos que permiten estudiar de manera práctica a este tipo de población; para fines estadísticos, Naciones Unidas define a la juventud como el grupo de personas comprendidas entre los 15 y los 24 años (CEPAL, 1985), pero señala que no debe dejarse de lado que tanto el inicio como la duración del periodo juvenil es muy variable y está determinado por las normas culturales y por las exigencias que plantea el grado de desarrollo de las fuerzas productivas con respecto a las capacidades y atributos que deben adquirir quienes -según cada sociedad- dejan de ser niños. El recién creado Instituto Nacional de la Juventud ha definido como su objeto de interés el rango de 12 a 29 años de edad. El rango de edad que define a la juventud no es único ni exclusivo, depende de numerosos factores.

En cuanto al principio biológico, la juventud es una etapa intermedia entre el niño y el adulto y se circunscribe al periodo entre la pubertad y la finalización del desarrollo corporal. Desde esta perspectiva biológica la atención se enfoca fundamentalmente a una madurez estrictamente fisiológica; pero desde el punto de vista de otras perspectivas, como la histórica social, la importancia radica en el papel que se juega en la sociedad, en los roles y estatus que cada quien debe cumplir al interior de su comunidad, los cuales cambian a través del tiempo debido a transformaciones culturales, económicas y sociales (Rosenmayr, 1979).

González (1982) señala que la juventud se inicia con ciertas transformaciones físicas, pero en el ser humano, estas transformaciones son también sociales¹. De esta manera, definir el inicio y la duración de la etapa de juventud implica conocer las características de la población y el contexto socioeconómico del cual se forma parte. Por ejemplo, la juventud podrá ser más corta y empezar a edades más tempranas en los países pobres y atrasados en comparación con los más desarrollados; o según el estrato económico de pertenencia la duración de esta etapa se acortará o alargará. Dadas las especificidades del desarrollo de América Latina, y de México en particular habrá áreas donde se comience a trabajar a los 10 años (incluso antes), cortando con esto el carácter supuestamente lúdico de la niñez, dando inicio a otras responsabilidades sociales y de paso, a la juventud.

Según diversos estudios, la juventud entendida como un proceso para entrar al rol de adulto, se considera mínima para los campesinos de zonas rezagadas (Gurrieri, 1971); corta - aunque mayor que para los campesinos- en el caso de los jóvenes de estratos populares; y relativamente larga cuando se hace referencia a los estratos medios o altos.

Lo cierto es que la juventud se ha considerado como un paso para la transición al adulto² y el ingreso a esta etapa y su duración estribará, en gran medida, en los eventos que se lleven a cabo y que son parte de las esferas sociales que adjudican al ser humano el rol y

¹ Es importante anotar que pubertad es una noción estrictamente biológica, pero adolescencia y juventud son conceptos sociológicos, y que la adolescencia forma parte de la etapa de la juventud. El estatus por edad no se otorga por hechos biológicos sino que es estructurado por fuerzas sociales (Rosenmayr, 1979).

² Aunque la Comisión Económica para América Latina ha señalado en algún momento que hay quienes se brincan la etapa de la juventud y pasan directamente de ser niños a adultos, esta referencia la hace sobre todo en relación a la actividad laboral (CEPAL, 1985).

estatus de adulto, joven o niño. De hecho, la diferencia según grupos de edad es una característica de las sociedades industrializadas avanzadas (Rosenmayr, 1979).

Para fines de este trabajo consideraremos como población joven a aquella que tiene entre 12 y 24 años: los grupos de edad 12-14, 15-19 y 20-24 años. Si bien los tres grupos se enmarcan dentro de la definición de juventud, entre ellos se dan características diferentes. El grupo de 12 a 14 años, considerado en ocasiones dentro del universo infantil³, es un subgrupo que trabaja principalmente en espacios no urbanos, y aunque sus niveles de participación no son muy elevados, las implicaciones de su actividad suelen tener repercusiones – principalmente de tipo educativo- que les limita sus oportunidades de bienestar (presente y futuro)⁴. La población de 20 a 24, en cambio, suele ser considerada en gran medida dentro del mundo adulto⁵; ellos y ellas asumen roles que los convierte tempranamente en población mayor.

El grupo de 15 a 19, en cambio está conformado por jóvenes que en su mayoría viven con su familia de origen (el 86.3% de los hombres son hijos y el 74.9 hijas Camarena, 1999), si bien son aún parte del sistema educativo, son además una población que es parte del mercado de trabajo⁶. Ellos serán el eje primordial de la investigación pues suponemos que son

³ CEPAL define en cuanto a la actividad laboral desempeñada, como población infantil a la menor de 14 años y como población adolescente a aquella entre 15 y 17 (CEPAL 1999).

⁴ No siempre se considerará a la población de 12 a 14 años, pues en numerosas ocasiones se agrupa con los de 10 y 11 años. En esos casos se ha preferido omitirla pues no resulta comparable.

⁵ Camarena (1998) menciona que en 1995 el 21.2% y el 20.3% de los varones de 20 a 24 de áreas rurales y de urbanas respectivamente eran jefes de hogar, y el 37% y el 31.5% de las mujeres de las mismas características eran cónyuges o jefas.

⁶ Según el Censo de Población de 1995, el 46.8% de los hombres urbanos y el 29.4 de las mujeres eran económicamente activos. En las áreas rurales el 68.9 y el 26.3 respectivamente son parte de la PEA.

un grupo que se encuentra en una condición especial en tanto no tienen ya cabida en programas de protección a la infancia, pero muchos tampoco pertenecen todavía a la esfera del mundo adulto.

PLANTEAMIENTO TEÓRICO Y METODOLÓGICO

La juventud ha sido estudiada desde diversos ejes analíticos: la sexualidad y la salud reproductiva, las adicciones, la violencia, las organizaciones juveniles, la participación política, la educación, el empleo⁷. En cuanto a los jóvenes y el empleo, los estudios se han abocado a analizar este fenómeno al menos desde dos puntos de vista: el agregado de individuos y las unidades domésticas de que forman parte. En el nivel agregado, se han estimado los niveles de participación de esta población y se ha señalado la tendencia de la mano de obra joven; desde la perspectiva de la unidad doméstica se ha analizado la presencia de los jóvenes en el mercado como parte de las estrategias de sobrevivencia familiar. Veamos con mayor detalle ambas perspectivas.

Los jóvenes vistos como agregados de individuos

Desde esta perspectiva existen trabajos que señalan tanto los niveles como las tendencias de la población económicamente activa joven; pero los estudios que analizan de manera especial a los jóvenes no son todavía muy numerosos. Dentro de esta temática se

⁷ Los dos tomos del libro *Jóvenes, una evolución del conocimiento*, resumen en buena medida la investigación sobre juventud que se ha hecho en México desde 1986 (Pérez y Maldonado, 1996).

encuentran, por ejemplo, trabajos como el de Partida (1989) "Estimaciones de la incorporación juvenil metropolitana a la actividad económica 1980-1986", donde el autor estima la participación económica de la población de 12 a 25 años en Guadalajara, Monterrey y la Cd. de México, y el estudio de Christenson y Juárez (1987) sobre la participación de niñas y niños trabajadores en México.

En los últimos años se han publicado nuevos estudios que teniendo como base tanto información censal como encuestas de ocupación se han interesado especialmente en señalar la participación de la población joven a nivel nacional en el país, por ejemplo: Eternod (1996) en un trabajo titulado *Los jóvenes en México* presenta un apartado dedicado a la participación económica, utilizando cifras de la Encuesta Nacional de Empleo de 1995. Rendón y Salas (1996) han estudiado a los jóvenes, su situación actual y tendencias a nivel nacional enfatizando las diferencias entre hombres y mujeres, entre grupos de edad y entre áreas con niveles de urbanización distintos. Estos autores mencionan, por ejemplo, que en las áreas más urbanizadas el aumento de la tasa juvenil ha sido paralela a un incremento en la tasa de desempleo abierto de los jóvenes de 19 a 24 años de edad.

Dentro de los estudios interesados en la temática de la escolaridad algunos se han referido también a la juventud que participa en el mercado. Hablar del sistema educativo nos lleva a referirnos a la población joven, dado que la correlación entre la población considerada de menor edad y las personas que se encuentran en el sistema escolar es muy alta. Algunos autores ya han señalado que la posibilidad de que los jóvenes accedan al sistema educativo está fuertemente condicionada a la capacidad económica que tiene el

grupo social de pertenencia, pero a la vez la condición de estudiante se ha convertido en un privilegio para muchos jóvenes, quienes tendrán que optar entre la escuela y la actividad económica (Camarena 1996 y 1998; CEPAL, 1999). Los datos apuntan que las bajas tasas de asistencia escolar que aparecen en mayor magnitud en las regiones de menor desarrollo, corresponden a condiciones de elevada participación de niños y jóvenes en las actividades económicas (CEPAL, 1985; 1991, para América Latina, CEPAL, 1999; Camarena 1996 y 1998 en el caso particular de México).

En resumen, los estudios sobre la fuerza de trabajo juvenil inscritos en el nivel agregado, nos muestran una descripción de los niveles de la participación de esta fuerza de trabajo y de su evolución. En general señalan que los jóvenes han aumentado su nivel de escolaridad, pero esto no ha tenido como resultado una disminución acentuada en los niveles de participación económica, como ha ocurrido en países con mayor desarrollo económico o en las grandes ciudades, por ejemplo en la Cd. de México (García y Pacheco, 1999). Los niveles de participación y las tendencias presentadas a lo largo del tiempo son distintos entre hombres y mujeres, entre áreas más y menos urbanizadas y entre los jóvenes de distintas edades.

Los trabajos que ubican al joven a nivel del agregado de individuos se ubican dentro de un nivel macroanalítico, en donde se analizan cambios en la estructura económica, en los mercados y su efecto sobre los procesos laborales, poniendo énfasis en grupos de individuos que actúan sobre mercados de trabajo determinados. Sin embargo, poco se sabe de la participación económica de los jóvenes por sectores de actividad; de sus niveles de participación por regiones; de su presencia económica por sectores sociales; de cuáles son sus

condiciones laborales. Hasta el momento hay todavía cierto vacío de información a nivel agregado que no permite responder cabalmente a un sin fin de interrogantes, por ejemplo: cuáles son las características de los jóvenes que trabajan y en qué se diferencian de la mano de obra adulta, cuáles son sus condiciones laborales y en que medida se asemejan a las de otros sectores de la población.

El hogar como unidad de análisis

Otra forma de abordar el fenómeno es aquella donde se privilegia a la familia como unidad de análisis, donde se ve más allá del estudio de agregados de individuos aislados, es decir: un estudio donde se consideren los procesos intradomésticos como uno de los determinantes de las decisiones laborales.

Desde este punto de vista un marco de referencia en el que se ha contemplado la participación económica de los niños y de los jóvenes -aunque no siempre de manera explícita-, es el del estudio de las llamadas estrategias de sobrevivencia. El análisis se centra en conocer las formas en que la unidad se organiza en torno a la realización del proceso de la reproducción cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo. El supuesto del cual se parte es que los individuos viven y desarrollan su vida en familias y este contexto de la unidad doméstica y familiar va a condicionar las necesidades y las actividades que los miembros desarrollarán para satisfacer tanto las necesidades individuales como de su grupo, e incluso de las generaciones siguientes (Oliveira y Salles, 1989; Cuéllar, 1996). Se trata pues, de la

formulación de reglas implícitas, de conductas dirigidas a lograr el bienestar de la familia o bien, de satisfacer las necesidades individuales dentro de este contexto.

La mayoría de los trabajos que analizan la participación económica de la mano de obra secundaria familiar han atendido principalmente la salida de mujeres-madres de familia en busca de trabajo extradoméstico como estrategia fundamental. Pero en países donde se han vivido etapas de crisis, de reestructuración, de recesión, la participación de nuevos miembros de la familia en el mercado se convierte en una práctica común. Según la CEPAL, en México en 1997 los jóvenes de 15 a 24 años que trabajaban y que provenían de hogares pobres, alcanzaron una tasa de participación del 67.4%, cuando la tasa de participación de los jóvenes en general fue de 47.9%. Con esto suponemos primero, que el trabajo de los jóvenes es cada vez parte más importante de las estrategias de sobrevivencia familiar; segundo, que cada unidad doméstica según sus propias particularidades arrojará en distinta magnitud a la mano de obra secundaria al trabajo extradoméstico, y además que la pertenencia a un hogar en situación de extrema pobreza es un factor que revela una mayor participación económica de los y las jóvenes en comparación con el formar parte de un hogar con un nivel de pobreza relativamente menor. Ubicar a los jóvenes como miembros de un hogar o unidad doméstica, estudiar su participación como parte de las estrategias de sobrevivencia arrojará resultados muy interesantes y de dimensiones distintas.

Una investigación de los jóvenes implica, entonces, distinguir varios niveles de análisis: un nivel macro, donde se analice la estructura, dinámica y cambios en los mercados laborales en relación con la participación de los jóvenes; un análisis micro en el que se

contemplan elementos de la unidad doméstica de manera simultánea, examinando las dinámicas y las características de la unidad y rescatando las características personales de los jóvenes. Esta es una manera de ahondar en el comportamiento y en los elementos que condicionan la presencia de los jóvenes en el mercado.

ORGANIZACIÓN DEL ESTUDIO

El análisis del comportamiento laboral de la juventud trabajadora es una manera de conocer no sólo la realidad de los jóvenes hoy día, sino más aún es una forma de aproximarnos a las particularidades que podrá tener la futura mano de obra adulta. La incorporación temprana de los jóvenes al trabajo incidirá definitivamente en su vida. Se ha planteado que la actividad de niños y jóvenes pesará negativamente en los logros educativos y por ende en los futuros logros ocupacionales. El trabajo infantil y el juvenil puede ser parte fundamental de la sobrevivencia de un hogar, pero esta ventaja en el presente, puede transformarse en debilidad en el futuro; los bajos niveles de escolaridad y la entrada temprana al trabajo probablemente desembocarán en una ocupación con bajas remuneraciones que originará a su vez nuevos hogares depauperados, reproduciendo en la siguiente generación las condiciones de pobreza (Muñiz y Rubalcava, 1996).

Preguntas que guían la investigación

Esta investigación busca profundizar en el análisis de la población activa joven y responder a algunas consideraciones fundamentales:

- 1) Se ha planteado que la participación juvenil está más ligada a los vaivenes de la economía que la población adulta (OCDE, 1986 y 1994), además de que los países con menor desarrollo económico tienden a arrojar a más población secundaria al mercado (CEPAL,1999). Ante esto, ¿cuál ha sido el volumen de la población económicamente activa joven en México bajo distintas estrategias de desarrollo?
- 2) En dos momentos recientes económicamente distintos 1991 y 1995 (uno de relativa recuperación económica y otro de crisis dentro del modelo neoliberal), ¿cuáles son las características sociodemográficas de la población activa joven: sexo, edad, escolaridad, estado civil, número de hijos, y en qué medida se han transformado bajo condiciones económicas y sociales diferentes?
- 3) ¿Cómo se ubican los jóvenes en el mercado laboral mexicano en cuanto a sus características (rama, posición) y sus condiciones laborales (ingreso, jornada laboral, prestaciones, tamaño de la empresa donde laboran) en 1991 y en 1995 y qué tanto han cambiado estas condiciones o se han deteriorado?
- 4) Se ha planteado que el trabajo extradoméstico de las mujeres-madres de familia juega un rol fundamental dentro de las estrategias de sobrevivencia. Pero, ¿bajo qué circunstancias la presencia de los jóvenes puede ser también parte importante de la mano de obra secundaria familiar?. En otras palabras, ¿qué elementos familiares e individuales de los jóvenes influyen, sea para impulsar o inhibir su incorporación al mercado laboral?

- 5) Se ha visto que las políticas de juventud en México se han encaminado principalmente a atender las necesidades recreativas, culturales, de salud, de adiciones de los jóvenes. Pero ¿en qué medida se han implementado políticas de apoyo a la población joven trabajadora y en busca de empleo y qué tipo de acciones llevan a cabo, principalmente en estos tiempos en los que “el tema de la juventud” es un asunto prioritario?

Organización de la tesis

En México los niveles de escolaridad han aumentado, los jóvenes de hoy presentan niveles de escolaridad mayores que los de sus abuelos y padres. Hacia 1992 el 95% de los hombres y mujeres que tenían entre 12 y 24 años habían asistido a la escuela; el promedio nacional de años de asistencia escolar era de 8.2 entre el grupo de 15 a 24 años (Gómez de León y Hernández, 1996; Camarena, 1998). La tendencia esperada sería que la permanencia en la escuela tuviera como efecto una menor participación de los jóvenes en el mercado - como ha sucedido en los países altamente desarrollados, donde la presencia en el mercado de población muy joven se ha reducido. En relación con la primera interrogante acerca del volumen de esta población, se espera, bajo ese entendido, que los niveles de participación de los jóvenes trabajadores mexicanos presente una tendencia hacia el descenso.

Para analizar esta tendencia en el primer capítulo se lleva a cabo una revisión sobre los cambios en los mercados laborales a partir de 1970. En este capítulo se hace un análisis a nivel nacional del comportamiento de este subgrupo poblacional de 1970 a 1995 utilizando cifras censales, cifras del Censo de Población de 1995 y cifras de encuestas

laborales de 1979 (Encuesta Nacional Sobre Ocupación), 1991 y 1995 (Encuesta Nacional de Empleo). Con las cifras censales se examina el comportamiento de la población activa joven de 1970 a 1990 en términos de su volumen, su nivel de participación y algunas características ocupacionales (rama y posición en el trabajo) con lo cual se busca conocer las transformaciones que sufrió esta mano de obra, sobre todo en 1990 cifra censal que muestra las características de la población inmediatamente posterior a la década de los ochenta caracterizada por una fuerte contracción económica.

Para analizar con mayor profundidad, la tendencia de la participación de las y los jóvenes, se confronta la información recogida tanto en censos como en encuestas, prestando atención principalmente a la dirección de la tendencia, pues los volúmenes que arrojan ambas fuentes son diferentes debido a sus propios objetivos y característica. Esto es importante en tanto se trata de una subpoblación –sobre todo la de menor edad- que posiblemente accede a empleos que pueden presentar ciertas dificultades de captura en los censos poblacionales (de hecho, la razón del censo no es captar a la población trabajadora en especial; pero sí es el objetivo principal de las encuestas de empleo).

En el capítulo segundo se busca responder a la pregunta sobre las características sociodemográficas de los jóvenes trabajadores. El análisis se hace desglosando la información entre hombres y mujeres, por grupo de edad 12-14, 15-19, 20-24 y 25 y más años (éste último como parámetro de comparación); por lugar de residencia: áreas más urbanizadas y áreas menos urbanizadas, todo con base en las cifras de la Encuesta Nacional

de Empleo levantada en 1991 (ENE91)⁸ y de la Encuesta Nacional de Empleo levantada en 1995 (ENE95)⁹. Se analiza la situación que presenta la población joven en función de características como: la escolaridad, el estado civil y el número de hijos¹⁰, estableciendo la comparación entre el sexo, grupo de edad, lugar de residencia y las transformaciones ocurridas en los cuatro años del estudio.

En el tercer capítulo se investiga acerca de las condiciones laborales de la mano de obra joven, se indaga en qué medida han ocurrido cambios en las condiciones laborales de esta población. En este capítulo se analizan las características y condiciones laborales de los y las jóvenes trabajadoras: rama de actividad, posición en el trabajo, ingreso, jornada, acceso a prestaciones laborales y tamaño de la empresa. Se busca conocer cuáles son los espacios a los que la juventud trabajadora tiene acceso y rescatar las transformaciones ocurridas en los cuatro años del análisis. La intención es, además, evaluar las condiciones laborales de esta mano de obra y marcar las diferencias encontradas entre ellos y ellas,

⁸ En el segundo trimestre de 1991 (abril-junio) el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) y la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS) llevaron a cabo el levantamiento de la ENE91, con la cual se recogía información sobre diversos aspectos vinculados a la incorporación de la población de 12 años y más al trabajo. Tiene representatividad a nivel de áreas más y menos urbanas. Para las más urbanas el levantamiento incluyó 16 áreas urbanas: Ciudad de México, Ciudad Juárez, Chihuahua, Guadalajara, León, Matamoros, Mérida, Monterrey, Nuevo León, Orizaba, Puebla, San Luis Potosí, Tampico, Tijuana, Torreón y Veracruz. Las áreas menos urbanizadas se constituyeron por un área urbana llamada resto urbano y de baja densidad (más de 2500 habitantes) y un área rural (menos de 2500 habitantes). (INEGI y STPS, 1993).

⁹ La ENE95 es también un esfuerzo conjunto de la STPS y del INEGI. Los resultados obtenidos son representativos a nivel de áreas más y menos urbanas. El área más urbana fue levantada en 39 ciudades: Acapulco, Aguascalientes, Campeche, Celaya, Cd. Juárez, Coatzacoalco, Colima, Cuernavaca, Culiacán, Durango, Guadalajara, Hermosillo, Irapuato, León, Manzanillo, Matamoros, Mérida, Monclova, Monterrey, Morelia, Nuevo Laredo, Oaxaca, Orizaba, Puebla, Querétaro, Saltillo, San Luis Potosí, Tampico, Tepic, Tijuana, Tlaxcala, Toluca, Torreón, Tuxtla Gutiérrez, Veracruz, Villahermosa y Zacatecas. El área menos urbana igual que en 1991, está constituida por el resto urbano de baja densidad (2500 habitantes o más o que sea Cabecera Municipal) y el rural (menos de 2500 habitantes).

¹⁰ Esta variable la encuesta la capta solamente para la población femenina.

entre los de mayor y menor edad, entre las dos áreas de análisis y entre 1991 (año de recuperación parcial) y 1995 (año de fuerte crisis económica), comparando a su vez con la PEA mayor a 25 años.

Como se señaló anteriormente, el ubicar a los jóvenes como parte de una unidad doméstica¹¹ confiere al estudio de los trabajadores una dimensión distinta al análisis de agregado de individuos. En el cuarto capítulo se realiza una revisión bibliográfica donde se rescatan en particular los textos que consideran a la población joven como mano de obra secundaria importante para la sobrevivencia del hogar. Mediante la revisión y discusión de distintos artículos se hará visible la participación de los jóvenes como parte de estas tácticas familiares, si bien las lecturas señalan mayor participación de las mujeres-madres como una de las estrategias más importantes, en este capítulo se establecerá el posible papel de los jóvenes también como parte activa de las dinámicas que cada familia lleva a cabo para lograr su sobrevivencia. Esta revisión bibliográfica sirve de antecedente para elaborar el quinto capítulo, donde el propósito es corroborar la importancia del trabajo de los jóvenes como parte de las estrategias de sobrevivencia familiar bajo el supuesto de que ante momentos de gran deterioro económico la participación de trabajadores jóvenes –hombres y mujeres-, en especial de los sectores más pobres, dependerá fundamentalmente de los factores familiares y en mucha menor medida de los individuales.

Como se ha señalado los jóvenes no son entes aislados, la mayoría viven en familia. Su edad además –en el caso de los de menor edad- es un factor que los coloca en desventaja en

¹¹ En este trabajo se utilizan como sinónimos los conceptos de unidad, doméstica, familia u hogar, pues el objetivo es identificar al joven como parte de un entorno del cual forma parte.

tanto son, aún siendo trabajadores, dependientes en sentido sobre todo afectivo de su núcleo familiar. Para comprender ciertos elementos de la participación activa de los jóvenes, en este capítulo se les ubica como parte de su unidad doméstica¹² lo cual permite conocer los factores que envían tempranamente a esta mano de obra al mercado. Para lograr este objetivo se lleva a cabo un análisis multivariado¹³ en el cual se consideran de manera simultánea elementos de corte individual (escolaridad, estado civil y número de hijos en el caso de las jóvenes); de corte sociodemográfico de la familia (sexo del jefe, número de miembros en la unidad, parentesco del y de la joven con el jefe); de corte socioeconómico (inserción laboral del jefe¹⁴) y de corte regional (áreas más urbanizadas y áreas menos urbanizadas). El objetivo es profundizar en los condicionantes de la actividad económica de los jóvenes: individuales, familiares, por sectores sociales, identificados éstos a partir de la inserción laboral del jefe del hogar¹⁵.

Finalmente, después de identificar -en los capítulos previos- las particularidades y los cambios ocurridos a la PEA joven, el último capítulo tiene como fin sondear las

¹² El análisis se lleva a cabo solamente con aquellos jóvenes que no son considerados jefes de la unidad, aún estando unidos.

¹³ El análisis estadístico se basa en modelos de regresión logística, para hombres y mujeres de 15 a 19 y de 20 a 24 años.

¹⁴ Dentro de la inserción laboral se ubicaron los jefes asalariados no manuales: profesionistas, técnicos, maestros, funcionarios, administrativos, funcionarios de oficina. Los jefes trabajadores asalariados manuales, constituidos por: los obreros, mecánicos, trabajadores de varios oficios, choferes, prestadores de distintos servicios; los jefes cuenta propia que desempeñan ocupaciones sin contratos de trabajo ni prestaciones sociales; grupo muy heterogéneo, algunos crean su propio empleo como estrategia de sobrevivencia y otros más privilegiados más bien se mueven dentro de los límites impuestos por el mismo mercado y finalmente los jefes agrícolas.

¹⁵ Se identifica el sector socioeconómico de la unidad a partir de la inserción laboral del jefe de la unidad doméstica. En primera instancia se separan los estratos en agrícolas y no agrícolas, y dentro de estos últimos se

políticas dedicadas a atender a este subgrupo poblacional, en especial las que tienen que ver con el empleo de los jóvenes y de esta forma averiguar en qué medida y en qué sentido el sector gubernamental responde a las demandas reales de la población trabajadora joven.

En este capítulo se hace primero una referencia general a aquellas políticas que tienen que ver con distintas temáticas: educativas, de salud, culturales, deportivas, políticas, etcétera, y posteriormente se señalan las que se abocan a la participación económica de manera específica. Dentro de estas últimas se anotan por una parte los programas de ayuda en la búsqueda de un empleo, como el *Programa de Capacitación a Trabajadores Desempleados* (Probecat), y por otra el papel que tiene la formación para el trabajo, poniendo hincapié en el Colegio Nacional de Educación Técnica Profesional (CONALEP), pues se trata de una institución creada para formar técnicos que se involucren pronto en algún empleo.

Estamos seguros de que si bien una política educativa y cultural consistente, una de salud reproductiva o programas de capacitación diseñados en pro de los jóvenes son fundamentales, también es prioritaria una política específica de empleo para los y las jóvenes, que les brinde oportunidades iguales y que sea tan contundente como las encaminadas a la recreación o al deporte. El asunto no es nada fácil, las políticas hacia los jóvenes deben conformar una serie de acciones que atienda a sectores juveniles muy grandes, pero además muy heterogéneos, muy complejos y también muy agredidos.

En el documento que aquí se presenta, la intención es entender a la juventud no como una población en proceso de crecimiento, en una etapa de paso, sino más bien como una población con características concretas que merecen un tratamiento particular, especialmente cuando intentan acceder al mercado de trabajo. Sabemos que el conocimiento del universo juvenil es una tarea de grandes dimensiones, a la cual esta investigación busca contribuir.

CAPITULO UNO

DINÁMICA DE LA POBLACIÓN JOVEN A PARTIR DE 1970

INTRODUCCIÓN

México es un país predominantemente joven, en 1970 la edad media de la población era aproximadamente de 22.3 años, para 1995 se estimó que la edad media se había incrementado a 25.3 años (Programa Nacional de Población 1995-2000). En 1999 la edad media se calculó en 26.3 años (CONAPO, 1999). Si bien puede hablarse del principio del envejecimiento de la población, los grupos de edad más numerosos son y seguirán siendo todavía por algunos años, los de las edades jóvenes y adultas jóvenes¹.

El objetivo de este capítulo es abordar de forma concisa la evolución demográfica, económica y social de México principalmente de 1970 a 1990 con algunas referencias a 1995, con el fin de precisar el papel que juegan los jóvenes en estos procesos y cómo son afectados. El acercamiento a este tema se llevará a cabo utilizando los censos de población de 1970 a 1990, en algunos rubros el Censo de Población de 1995, la Encuesta Nacional sobre Ocupación de 1979 y las Encuestas Nacionales de Empleo para 1991 y 1995.

¹ Es hasta poco antes del 2010 cuando el crecimiento de este grupo de población se estancará (Gómez de León y Hernández, 1996).

En primer lugar se describirá la evolución demográfica del país a partir de 1970, con el objetivo de percibir el papel que los jóvenes juegan dentro de estos procesos. Se señalarán los factores demográficos: mortalidad, fecundidad, nupcialidad y migración, y se mostrará de manera específica cómo afectan a la población joven y cómo estos jóvenes, a su vez, son portadores también de los cambios que están ocurriendo². Enseguida se elaborará una sucinta revisión de la evolución económica y social del país para las mismas décadas, contemplando de manera especial la evolución del sistema educativo pues los jóvenes conforman parte importante de este sistema.

Finalmente se detallarán los niveles y la tendencia que ha tenido la participación económica de los jóvenes de 1970 a 1990, vistos a través de algunas características laborales como son su ubicación según rama y posición en el trabajo. Mediante el conocimiento de los jóvenes en los mercados laborales, en relación con la PEA adulta (si es similar, si difiere, y en qué sentido), se busca conocer las especificidades de la mano de obra joven.

CONTEXTO DEMOGRÁFICO

La población mexicana ha sufrido en las últimas décadas importantes transformaciones en lo poblacional, disminuyendo sus altas tasas de fecundidad así como las de mortalidad, transformando sus flujos migratorios no sólo en la dirección de las migraciones sino en las características de quienes migran; de ahí que ubicar a los jóvenes en

² Tan sólo, “la transición demográfica de México expresa parte de sus dinámicas fundamentales de modo muy singular justamente entre los jóvenes de 12 a 24 años” (Gómez de León y Hernández, 1996:13).

estos contextos de cambio demográfico donde ellos son receptores pero también protagonistas es fundamental.

Hasta la década de los sesenta, la tendencia era poblar el país, la población era entendida como símbolo de riqueza y como sinónimo de desarrollo económico y social (Cabrera, 1990). Se buscaba primeramente abatir los altos índices de mortalidad, lo que se logró gracias tanto a avances de tecnología médica de prevención y salud, como del progreso socioeconómico que ocurría en esos años. Hasta ese momento no se hablaba aún de disminución en la fecundidad, fue en los siguientes años cuando el país presentó cambios importantes a este respecto.

Las altas tasas de crecimiento de población registradas en buena parte de las últimas cuatro décadas: 3.2% en 1960-1970, 2.5% en 1970-1980 y 2.0% de 1980-1990 (CONAPO, 1994), 2.0% 1990 a 1995 (Solís 1997) y 1.6 del periodo correspondiente a 1995-2000 (Partida 1996), han dado lugar a que la presencia de los jóvenes en la estructura demográfica actual sea indiscutible. Desde 1970 y hasta la década actual poco menos del 30% de la población nacional tiene entre 12 y 24 años (cuadro I.1). Sin embargo, aunque el porcentaje que presenta la población de estas edades ha sido similar en el transcurso de treinta años, por grupo de edad son los jóvenes de 15 a 19 años los que forman el grupo más voluminoso.

Al observar los incrementos que tuvo la población de 1970 a 1995, en la primera década la población joven se incrementó entre 41 y 54 % mientras que la población total lo hizo en poco menos del 40%. Para la década siguiente, aunque el incremento fue menor, los

grupos de edad analizados presentaron un crecimiento más elevado que el que se observó en la población total (cuadro I.1), excepto la población de 12 a 14 años que evidencia ya la disminución de la fecundidad. Durante el quinquenio 1990 a 1995, el incremento de la población de menores de 19 años es menor al 6%, y es la población de 20 a 24 la que creció más intensamente, incluso más que la población total.

Paulatinamente el incremento de la población joven ha disminuido y lo hará todavía más; tomando las cifras de proyecciones de población se muestra que para el año 2000 los jóvenes de 12 a 24 años serán el 27% de la población total y para el 2010 conformarán menos del 23%, y hasta el 2030 su volumen será menor que el de los grupos de más de 25 años. Es decir, al menos por 20 años más serán aproximadamente entre la quinta y sexta parte de la población nacional (CELADE 1994; Gómez de León y Hernández, 1996; CONAPO, 1999).

Esta dinámica poblacional nos plantea retos en materia de empleo, educación, salud y vivienda, así como un análisis sobre sus repercusiones. A la par de la importancia que en términos de su volumen conlleva esta población, es fundamental conocer cómo la afectan los procesos demográficos en los que está inserta, y entender también el papel que los jóvenes juegan en la conformación de ellos.

Mortalidad

En México, la mortalidad es un evento que se ha reducido de manera continua y sostenida desde hace varias décadas. El descenso de la mortalidad infantil y el aumento de las

esperanzas de vida son dos de los indicadores que se consideran relevantes para conocer las condiciones de vida de una población. En el cuadro I.2 se anotan ambas medidas a partir de 1950.

En cuanto al primer indicador, la Tasa de mortalidad infantil (TMI), los datos indican que es muy elocuente la disminución: de 129 defunciones por 1000 nacimientos en 1950 descendieron a 26 en 1999, una merma de casi el 80%. Si bien es un gran logro alcanzado, todavía su nivel es elevado en comparación con otros países³. La disminución de la mortalidad infantil es uno de los factores más importantes en el aumento de la sobrevivencia, así pues, como consecuencia de la baja en los niveles de mortalidad, la esperanza de vida al nacer se incrementó de manera notable: 26.8 años de 1950 a 1999 (ver cuadro I.2).

La mortalidad se vio fuertemente influida por el proceso de desarrollo económico que experimentó el país desde los años cuarenta, y que permitió que disminuyera sensiblemente. En particular con la población joven, las tasas de mortalidad han presentado descensos importantes (cuadro 1.3). En la población de 15 a 19 años de 1960 a 1995 el decremento experimentado fue del 63.3% y en el siguiente grupo de edad de 61.7%. Tales reducciones de más del 50% indican avances sustantivos en materia, fundamentalmente, de salud. Al hacer la diferencia por sexos, se observa que en estos grupos de edad la mortalidad masculina es bastante mayor a la femenina; por ejemplo, según cálculos de Camposortega (1988), la tasa de mortalidad de los varones de 15-19 años en 1970 fue 30% mayor que la tasa de mortalidad

³ En Japón la TMI registrada recientemente es de 5 defunciones por cada 1000 nacimientos (CONAPO, 1998).

femenina, para el siguiente grupo de edad fue 43% más alta la tasa masculina. Para 1980, los varones de 15 a 19 años presentaron una tasa de mortalidad 57% más elevada que las mujeres, y en el siguiente grupo resultó 67% mayor la tasa masculina en comparación con la femenina (Camposortega, 1988).

Las diferencias de género encontradas en la mortalidad juvenil reflejan distintos comportamientos entre los hombres y las mujeres jóvenes. En particular en los grupos de edad que se están estudiando, existe una causa importante de mortalidad en los varones: una alta presencia en la categoría de muertes violentas, sea accidente, homicidio o suicidio⁴. El número de muertes violentas se ha incrementado en el país, y son particularmente los varones en edades económicamente productivas los que presentan clara supremacía en este renglón. Por ejemplo, en 1982 murieron en México por causas violentas 159 hombres en estas edades de cada 100 mil, mientras que solamente fallecieron por causas similares 39 mujeres (Hernández, 1989).

Hay autores que consideran que este aspecto tiene mucho que ver con la lucha que sostienen los varones entre sí "por la autentificación y ostentación del poder" (Novoa,s/f:19); situación que se acentúa en el caso de los jóvenes en donde aparecen, además, los actos de iniciación con los cuales se incorpora al mundo adulto y masculino, en donde el mundo del hombre adulto se impone como modelo ideal (Novoa,s/f). De hecho, las cifras indican que la

⁴Alejandro Mina (1991) ha encontrado que al menos de 1977 a 1984 en los grupos de 15 a 19 y de 20 a 24 años es donde ocurrieron con mayor frecuencia los intentos de suicidio (representan el 50% del total), y una característica sobresaliente es que en general son más mujeres quienes lo intentan, pero es mayor el número de hombres que logran suicidarse.

mortalidad por causas violentas se presenta en mayor proporción -desde hace varias décadas- entre los hombres de 15 a 29 años (Hernández, 1989).

Otra causa de muerte que ha aumentado en los últimos diez años en los grupos de edad juveniles es la mortalidad por SIDA. Bronfman (1990) señala que, según datos de la Dirección General de Epidemiología de la Secretaría de Salud, la población de 15 a 24 años en 1987 aportó el 8.7% del total de las muertes por SIDA, mientras que para 1990 el porcentaje se incrementó a 13.6%.

En general, el descenso en la mortalidad ha influido en la vida de toda la población, y por lo tanto entre los jóvenes, en la medida en que la forma de vida familiar y social se está transformando, por ejemplo: 1) ahora hay cada vez más hombres y mujeres jóvenes que logran fundar una familia, antes era mayor la mortandad a edades tempranas y muchos fallecían antes de lograrlo; 2) con el incremento en la esperanza de vida aumenta el número de años vivido en unión. Entre los jóvenes de fin de siglo la causa principal de disolución de la pareja no será la muerte del o de la cónyuge; 3) se ha reducido la probabilidad de que los padres sufran la muerte de algún hijo antes de que éste cumpla los 15 años, para los jóvenes, entonces, la muerte de un hermano será un hecho poco común; 4) disminuye la proporción de menores que experimentan tempranamente la muerte de uno de sus padres; 5) convierte en un evento usual la sobrevivencia de los abuelos, por lo que hace común la convivencia entre abuelos, padres e hijos (Tuirán, 1994). Los cambios en los niveles de la mortalidad han permitido no sólo que los jóvenes de hoy vivan más que los de décadas pasadas, sino que su

vida sea diferente a la que vivieron sus padres en términos de sus relaciones sociales y familiares.

Fecundidad y Nupcialidad

En cuanto a la fecundidad, las cifras indican que de 1975 a 1999 la tasa global disminuyó de 5.9 a 2.5 hijos por mujer (cuadro 1.4). Lo cual habla de una reducción muy importante de la fecundidad (más del 50%) en los último 25 años. Además la llegada del primer hijo se ha retrasado: hace 25 años la edad media de las mujeres al momento de tener su primer hijo era de 19.8 años, para 1999 este indicador se incrementó a 23.6 años (CONAPO, 1999b).

Las y los jóvenes nacidos en los setenta y ochenta son miembros de arreglos familiares cada vez más complejos. Debido a los problemas económicos y carencia de viviendas que vive el país no es fácil acceder a espacios unifamiliares y más bien pertenecen a familias⁵ y pueden convivir con varias generaciones debido a la disminución de la mortalidad. Por otra parte estos jóvenes que formaron parte de familias con cinco o seis hermanos al conformar sus propias familias probablemente tendrán un menor número de hijos. Esto puede observarse en el cuadro I.4, donde se percibe que la fecundidad en las jóvenes tiende a disminuir⁶,

⁵ En 1995 2 de cada 3 jóvenes de 15 a 24 año vive en un hogar dirigido por un jefe que en la mayoría de los casos es el padre. Un 13% vive en un hogar dirigido por abuelos, primos, suegros, etcétera (Camarena 1998).

⁶ Sin embargo, no hay que dejar de anotar que, por ejemplo, la proporción de mujeres adolescentes con hijos procreados antes del matrimonio o unión ha aumentado. En 1979 de las mujeres de 15 a 19 años que tuvieron hijos, el 17% de ellas tuvieron hijos bajo esa característica, en 1982 la proporción aumentó a 27% y para 1987 la cifra se incrementó a 35% (Para 1979 y 1987 Mendoza, Rábago e Hinojosa, 1992; para 1982 Mojarro, 1986).

situación que se ha buscado mediante los programas de planificación familiar que promueven tanto facilidad de acceder a distintos métodos anticonceptivos en las clínicas de salud, como el cambio en los patrones reproductivos a través de distintos mensajes emitidos en diversos medios de comunicación. Sin embargo todavía los nacimientos que ocurren en las mujeres menores a 20 años representan el 15.7% del total (Programa Nacional de Población, 1995-2000), lo cual encarna un riesgo, por una parte porque aumentan las probabilidades de sufrir complicaciones durante el embarazo y el parto, pero por otra porque, según estudios hechos por la CEPAL para México y otros países de América Latina, las jóvenes que son madres antes de los 20 años, se rezagan mínimo dos años de estudio en comparación con las que no se embarazan antes de esa edad, lo cual se traducirá en una importante reducción de las oportunidades de bienestar de la madre y del hijo (CEPAL, 1999) .

En cuanto a la nupcialidad, en términos generales, se ha observado que uno de los indicadores que se ha transformado es la edad de formar la primera unión⁷. Este indicador es importante en tanto incide en la fecundidad, pues en general, mientras más jóvenes se unan las mujeres, mayor es el número de hijos que tendrán.

Quilodrán estimó que entre 1930 y 1970 la edad promedio a la unión se mantuvo alrededor de 24.5 años para los hombres y de 21.1 para las mujeres (Quilodrán, 1982). Para 1980, la edad de unión de la población masculina descendió a 24.1 años, mientras que la edad a la unión de las mujeres se incrementó a 21.6 años. Diez años después, la edad a la unión

⁷ Julieta Quilodrán con base en datos de estadísticas vitales, señala que entre el total de la población unida cada vez ocurren menos matrimonios antes de los 20 años de edad (Quilodrán, 1992).

para ambos sexos se elevó: los hombres se unían en promedio a los 24.7 y las mujeres a los 22.2 años (Quilodrán,1992). Gómez de León y Hernández (1996) al estudiar las transiciones que experimentan los jóvenes señalan que en 1995 la edad mediana en que los varones iniciaron la primera unión es a los 24.5 años, mientras que en las mujeres la primera unión ocurrió a los 22.2 años. Por su parte Alejandro Mina, según sus propias proyecciones, calcula que para fines de siglo la edad promedio femenina a la primera unión será de 22.8 años (Mina, 1990).

Si bien en México se ha incrementado la edad a la primera unión, sigue siendo muy temprana en relación con otros países, por ejemplo: en los ochenta en Hong Kong, Japón y Corea la edad media fue de 25 a 26 años, en Dinamarca fue de 25 y en Suecia, para el mismo período, la edad promedio a la primera unión alcanzó los 27 años de edad (Rossetti, 1991).

En México, según datos censales, se observa que de 1970 a 1990 las mujeres han disminuido su presencia como unidas o alguna vez unidas entre los 15 y los 24 años de edad, lo cual apoya la idea antes citada de que las jóvenes se están casando a edades mayores, y cada vez su presencia como unidas entre las edades menores es más baja. En cambio, en el caso de los varones censados su porcentaje dentro de los jóvenes unidos o alguna vez unidos ha aumentado de 1970 a 1990. Quilodrán señala en un trabajo de 1992, también un ascenso en el nivel de la nupcialidad masculina joven entre 1970 y 1990 y un descenso en el caso de la nupcialidad de las mujeres. Este dato es relevante ya que la tendencia esperada, debido a los aumentos en la escolaridad y la incorporación en el trabajo de los jóvenes sugeriría, por el

contrario, un decremento continuo del nivel de la nupcialidad temprana en ambos sexos. La tendencia observada puede deberse entre otras causas a que cada vez mayor proporción de hombres se está casando con mujeres de mayor edad⁸; pero también a que el hombre se independiza antes que las mujeres en términos económicos lo que les permite unirse a edades más tempranas. Además en lo que toca a las jóvenes, es importante señalar que en México la edad de las mujeres a la primera unión ha aumentado debido fundamentalmente al mejoramiento de la condición social de la población femenina, especialmente en lo que a escolaridad se refiere, pero aunado a esto existen otros factores adicionales como la creciente incorporación de las mujeres a los mercados laborales y el aumento de la demanda de mano de obra femenina en el mercado; pero también a las dificultades económicas que no permiten que una nueva familia pueda fácilmente independizarse (Ojeda, 1993).

Migración

En cuanto al fenómeno de la migración, los textos especializados en el tema señalan que los movimientos de población son un gran abanico de flujos que día a día se complejizan más. Hasta la década de los setenta, la migración campo-ciudad fue el movimiento más característico, sobre todo aquél que se dirigía a las tres mayores áreas metropolitanas del país (Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey); esto coadyuvó a que México se convirtiera en un país con características fundamentalmente urbanas.

⁸ Quilodrán (1992) ha encontrado que cada vez hay más parejas en las cuales la mujer es mayor que el hombre (7.3% en 1979 y 9.7% en 1989).

En la década 1980-1990, los estudiosos reportan formas de movilidad alternativas y complementarias. Surgen y se intensifican nuevos tipos de flujos migratorios, la combinación de migraciones temporales y permanentes, las migraciones internas e internacionales, la movilidad hacia ciudades de tamaño intermedio como: Tijuana, Toluca, Matamoros, Juárez y otras (Corona, 1991). La movilidad territorial en términos generales se ha transformado, se dan desplazamientos de diferente temporalidad y destino, se migra hacia zonas metropolitanas, hacia ciudades medias, hacia los Estados Unidos.

En cuanto a la migración de la población juvenil, hay estudios que señalan que un contingente importante de la población que se desplaza es joven, tanto hombres como mujeres. Normalmente son los más fuertes y mejor preparados los que salen de su comunidad y éstos suelen ser los y las jóvenes. De acuerdo a datos de la Encuesta Nacional de Migración en Areas Urbanas (ENMAU) levantada en 1986/87, sobresale el predominio de migrantes que tienen entre 15 y 29 años de edad y de ellos el grupo de 15 a 19 años y la población migrante femenina son preponderantes (CONAPO, 1987). En 1997, según las cifras que arroja la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica el 21.01% de la población nacional de 15 a 24 años era migrante, y de éstos el 44.5% tenían al menos dos movimientos migratorios (INEGI, 1999).

En relación con la migración internacional los jóvenes tienen un peso importante en este proceso. Mummert (1992), Zendejas (1995) y Arroyo (1995), entre otros, señalan la presencia e importancia de la población cada vez más joven en los procesos migratorios hacia

Estados Unidos, sean desde Michoacán (en los dos primeros trabajos) o desde Jalisco (en el tercero). La emigración hacia los Estados Unidos tiene repercusiones sobre el tamaño de la población pues al menos de 1970 a 1980, el país sufrió una pérdida neta de dos de cada mil habitantes anualmente y en el último decenio la pérdida fue de tres por cada mil personas (CONAPO, 1994). Por su parte los datos de la ENADID (Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica levantada en 1992) señalan que la mayor parte (57.9%) de las personas que emigraron al extranjero entre 1987 y 1992 tenían entre 15 y 24 años de edad (INEGI, 1994). Cifras de la ENADID, pero para 1997 señalan que de la población de 12 y más años que trabajó o buscó trabajo en Estados Unidos, el 34.89% tenía entre 15 y 24 años (INEGI, 1999).

Como se observa, ha habido cambios fundamentales en el terreno demográfico. Urquidi (1974, 1986) ha señalado lo grave del acelerado incremento de la población ocurrido en décadas pasadas y su repercusión en la capacidad de absorción del empleo actual; pero si a eso se añaden los problemas económicos y sociales que en los últimos años ha sufrido el país, el panorama es mucho más desalentador.

CONTEXTO ECONÓMICO

En términos macroeconómicos, en las últimas décadas la economía mexicana ha pasado por distintas etapas. De 1940 a 1970 experimentó un crecimiento económico sostenido: se consolidó el modelo de desarrollo por sustitución de importaciones, se tuvo un dinamismo industrial, un alto crecimiento del producto con estabilidad en los precios y en la

balanza de pagos y se observó una tasa de inflación mínima. A esta época comúnmente se le ha descrito como la etapa del modelo de "desarrollo estabilizador" (Ruiz Chiapetto, 1990; Oliveira y García, 1993).

De 1970 a 1981, la economía entra a la llamada etapa de "transición" debido a que aparecen puntos de ruptura en el modelo que venía desarrollándose. A fines de la década de los setenta (1979 a 1981) la riqueza petrolera hacía creer que sería posible mantener elevadas tasas de crecimiento del ingreso nacional⁹, sin embargo se da un período de estancamiento con inflación y se presentan síntomas de agotamiento económico (Oliveira y García, 1993). Para mediados de 1982 se hizo patente una grave crisis económica. El gobierno optó por una política de ajuste cuyos objetivos fueron reducir el saldo deficitario de la balanza de pagos y controlar la inflación

En términos de empleo en la primera época, hasta antes de 1970, en el sector manufacturero las tasas de crecimiento del empleo aumentaron a niveles muy elevados. Tanto los servicios vinculados con la industrialización como finanzas, comercios, servicios prestados a las empresas y los denominados servicios sociales (administración pública, educación y salud) absorbieron contingentes importantes de mano de obra, así como los servicios personales o de consumo (Oliveira y García, 1993). El sector agrícola mantuvo un

⁹ Aunque Trejo Reyes considera que aunque se hubiera sostenido el precio del petróleo y continuado el ritmo de crecimiento ocurrido entre 1979 y 1981, el país hubiera seguido teniendo enormes carencias y graves problemas de empleo y pobreza (Trejo, 1988).

dinamismo que podía satisfacer la demanda interna de sus productos y contribuir de modo sustancial al abastecimiento de divisas necesarias para cubrir las importaciones.

De 1970 a 1981 el sector manufacturero continuó creciendo pero perdió el dinamismo observado en las décadas anteriores para absorber mano de obra; el sector terciario en este período se distinguió por absorber a un mayor contingente que el secundario (cuadro 1.5). Sin embargo para 1982 el sistema productivo moderno no fue capaz de generar puestos al ritmo requerido por la oferta de la fuerza de trabajo y hacia el final de la década las ramas más modernas de la economía no pudieron restablecerse, lo que contribuyó a que se ampliara el grupo de trabajadores no asalariados en especial dentro del sector terciario.

Según cifras de PREALC, en varios países de América Latina, entre ellos México, los ocupados en la agricultura, grupo muy heterogéneo (trabajadores con o sin tierra, temporales o permanentes, asalariados o no), fueron golpeados tanto en el nivel del empleo como en el de los ingresos (PREALC, 1990).

Así, en la primera mitad de los ochenta, el impacto sobre los mercados laborales fue muy severo, la heterogeneidad laboral, la subutilización de la mano de obra y la precarización del trabajo son elementos que marcaron esta época, dando como resultado una acentuación de la intensidad de la pobreza¹⁰, un deterioro de los grupos medios y una rápida expansión del sector informal¹¹. De 1980 a 1987 el empleo asalariado en las grandes empresas privadas

¹⁰ De 1982 a 1986 el producto por persona cayó 16% y el salario real en 1982 fue casi igual al de 1970. La moneda se devaluó en casi cuarenta veces y la inflación rebasó el 100% en 1986 (Cortés y Rubalcava, 1991; Oliveira y García, 1993).

disminuyó de 29.1% a 21.6% y el empleo en pequeñas empresas privadas descendió de 24.9 a 19.8% (Tuirán, 1993). Rendón y Salas (1992) señalan también que a partir de la caída de los ingresos reales en la década de los ochenta, proliferaron los pequeños negocios basados en el autoempleo y el incremento de las ocupaciones no asalariadas en unidades de pequeña escala en las ciudades. Para 1988 en las localidades de más de 100,000 habitantes uno de cuatro empleos correspondía a negocios de no más de cinco trabajadores.

Para finales de 1988 la tasa de inflación se había reducido de manera importante y se estaban implantando reformas estructurales, pero la economía seguía presentando un crecimiento prácticamente nulo, si bien hubo una recuperación parcial de 1989 a 1992, el reducido ahorro interno generado y la disponibilidad de crédito abundante sin un marco regulatorio adecuado propiciaron, entre otros factores, la devaluación de 1994, la cual ocurrió en un entorno más o menos esperado. Sin embargo, señala Lustig, había algo que ningún analista anticipó: "Lejos de calmar los mercados una vez que el rebote especulativo pasara, la devaluación propició una crisis del peso" (Lustig, 1997:366). En 1995 la población mexicana se vio envuelta en una nueva y severa restricción económica¹².

¹¹ No existe una sola definición del sector informal. Por ejemplo, Klein y Tokman consideran que "lo informal" tiene que ver con una actividad más bien precaria y no asalariada; Benton y Portes hablan de la informalidad más bien en función de las diversas formas de subcontratación, con lo cual el capital elude el cumplimiento de las leyes (Rendón y Salas, 1992a). Aunque se sabe que acotar este término es una difícil tarea, en este trabajo definimos como sector informal al conjunto de unidades económicas de pequeña escala y al trabajo no asalariado donde se incluye al trabajo por cuenta propia y al no remunerado.

¹² Durante 1995 la moneda se devaluó en 44% y la inflación en conjunto alcanzó aproximadamente 52% (García, 1996); así, si en diciembre de 1994 un salario mínimo permitía comprar el 44.6% de la canasta básica, en febrero de 1996 tan sólo fue posible comprar el 34.5% (Pacheco, 1996).

Ante la reducción de los ingresos acaecida desde la década de los ochenta y acentuándose en los noventa, las familias mexicanas han tenido que desarrollar múltiples respuestas para buscar satisfacer sus necesidades, las cuales casi siempre se han dado a través de imponer mayores exigencias a sus propios miembros¹³. Para afrontar los vaivenes de la economía, las familias recurren no sólo a la venta de la fuerza de trabajo de los hombres adultos, sino a la de las mujeres de distintas edades o de las personas de edades extremas como ancianos, jóvenes y niños. Además, la población que ha podido conservar su empleo lleva a cabo simultáneamente dos o más ocupaciones, combina el trabajo asalariado con otras actividades o prolonga su jornada laboral (Tuirán, 1993). Existe evidencia sobre la intensificación en el uso de la fuerza de trabajo familiar, sobre todo de aquellas unidades domésticas de bajos recursos (González de la Rocha, 1986; Benites, 1990; Cortés y Cuéllar, 1990; Tuirán, 1993; Pedrero, 1993; García y Pacheco, 2000 entre otros).

Los problemas económicos que ha sufrido el país han dado lugar a que la inserción de la población en el mercado de trabajo se transforme notablemente y tenga un acceso difícil; pero también se han generado problemas en otros sectores, como en el educativo que ha sufrido tanto en su cobertura como en su calidad. En la medida en que los jóvenes conforman parte de este sistema, esa problemática les atañe profundamente.

¹³ Cortés y Rubalcava (1991) señalan que el empobrecimiento generalizado de los hogares parece haberse asumido como responsabilidad propia. Por lo que las presiones de la población sobre el sistema político están amortiguadas por la autoexplotación forzada de los recursos de las familias, las redes de solidaridad social y la extensión de las actividades informales.

EL SISTEMA ESCOLAR

La escolaridad es uno de los aspectos que se suponen más visiblemente conectados con el período de juventud, hablar de jóvenes nos lleva a referirnos casi de manera inmediata al sistema educativo. Por una parte porque es el grupo de edad que se espera sea estudiante; pero por otra, en términos de fuerza de trabajo, la educación formal es la que en sentido estricto (al menos hasta hace algunas décadas) abriría o limitaría el acceso a determinados puestos en el mercado laboral.

Uno de los avances más importantes del sector educativo ha sido la ampliación de las oportunidades de acceso a las escuelas, lo cual ha incrementado los niveles de escolaridad de la población. Según cifras del Censo de Población (1995), solamente el 2.4% de los jóvenes nunca ha asistido a la escuela. De hecho en 1995 la población de 15 a 24 años tienen 2.6 años más de escolaridad que aquella de 25 y más años (Camarena, 1998). Sin embargo a la par de los problemas nacionales, el sector educativo también ha atravesado etapas críticas que han dado lugar, entre otras, a una escolaridad formal baja y/o de deficiente calidad.

El sistema escolar mexicano a partir de la crisis económica de los ochenta sufrió fuertes descalabros, durante esta década la etapa de expansión del sistema escolar mexicano presentó una violenta disminución en sus ritmos de crecimiento y los gastos en el sector educativo se redujeron, lo que parece ser una tendencia que continuará (Padua, 1990). Incluso, aunque la escolaridad promedio ha crecido, lo ha hecho al costo de la calidad.

Desde 1982 se observa una disminución en el ritmo de las tasas de crecimiento de todos los niveles escolares, debido ya sea a la disminución de la demanda -por cambios en la estructura por edad o por aumento de costos en la educación- o a las políticas estatales de reducción en la oferta escolar. Aunado a esto, existe la hipótesis (Padua 1990) de que la asistencia de niños y jóvenes a la escuela continuará disminuyendo, debido a que el impacto de los costos de enviarlos a ella, cada vez será más pesado para las familias, y muchos de estos niños y jóvenes tendrán que incorporarse tempranamente a los mercados laborales.

Actualmente la relación entre escolaridad y trabajo señala una depreciación de la educación en los mercados laborales urbanos. Un estudio de Muñoz Izquierdo (1990) señala que sólo dos terceras partes de los alumnos que concluirán sus estudios superiores durante el decenio 1990-2000, podrán incorporarse al sector moderno de la economía nacional. La parte restante y aquella que ha desertado, tendrá como única opción el incorporarse en actividades económicas fuera del sector moderno y fuera de lo que, en términos formales, le correspondería dada su preparación educacional. De hecho, la década de los ochenta se caracterizó por el desajuste entre el sistema educativo y el mundo del trabajo, principalmente en lo referente a la oferta de recursos humanos de nivel superior y su desfase con las oportunidades reales de empleo, esto generó para la década de los noventa una subutilización de jóvenes egresados de escuelas de nivel superior (Guzmán, 1996).

Se está ante una "devaluación de la escolaridad", los estudiantes que se han preparado para llevar a cabo una ocupación determinada sólo han podido acceder a empleos por debajo

de la categoría prevista por los planes de estudio. Esta situación se profundiza en el caso de las mujeres jóvenes, quienes habiendo obtenido logros educacionales mayores, en muchos casos obtienen empleos de menor jerarquía o perciben ingresos significativamente inferiores a los de los hombres jóvenes, según datos para América Latina (CEPAL, 1991).

Es importante señalar, también, que mientras más complejos son los mercados laborales, más difíciles son las posibilidades de acceder a ellos. En los mercados más modernos y altamente productivos de la economía se requiere, en general, fuerza de trabajo con alta escolaridad, donde se lucha por el empleo compitiendo con el nivel escolar y donde la educación formal más bien funciona como un filtro; pero hay otros mercados que emplean fuerza de trabajo con escolaridad menor, donde el significado de la escolaridad es distinto (Cfr. Muñoz, 1992), así: es más importante la práctica y la experiencia laboral que el grado escolar, o el contar con personas conocidas que ayuden a ingresar a determinados empleos. Hasta hace poco la educación era uno de los factores que diferenciaban más nítidamente el empleo desde un punto de vista sectorial, pero en la actualidad dicha tendencia parece estar cambiando.

Si se toman en cuenta las cifras de 1970 a 1995 se evidencian algunos avances alcanzados en materia de educación, por ejemplo, según cifras censales (1970 a 1990), los jóvenes sin ninguna instrucción han disminuido (descenso que se hace más evidente en la primera década del estudio); aparecen cada vez más jóvenes (hombres y mujeres) en nivel postprimaria (cuadro I.6), lo cual muestra los avances en el nivel de escolaridad. Para 1995,

según cifras del Censo de Población (cuadro I.7), ya no incluimos el rubro de sin instrucción pues solamente el 2.4% del total de jóvenes en ese año nunca había asistido a la escuela. En cuanto a los que han cursado algún grado de primaria, en todos los casos se incrementa el porcentaje, durante este quinquenio la presencia de jóvenes en postprimaria no sufrió cambios (excepto un leve incremento entre los varones de 20 a 24 años).

Esto sin duda señala un progreso en materia educativa, pero será necesario analizar en qué medida los logros obtenidos en cuanto a aumento en los niveles escolares repercuten de manera positiva en la vida laboral, sobre todo en un momento en el que las demandas en términos de empleo son cada día más profundas, tanto por la transformación industrial-productiva que se acelera por la incorporación de México a los mercados internacionales, como por la competencia que enfrentan los buscadores de empleo dada la gran oferta de mano de obra.

PARTICIPACIÓN ECONÓMICA DE LOS JÓVENES DE 1970 A 1990¹⁴

Los trabajadores jóvenes, al igual que los trabajadores adultos, se mueven dentro del mercado laboral en función de las necesidades y las limitaciones de éste. En época de auge económico, hay cabida en mercados de la economía más amplios, en época de crisis la población activa se enfrenta a problemas de empleo. Pero hay subgrupos más sensibles que otros, suponemos que es el caso de la población joven.

¹⁴ Con referencia en algunos incisos a 1995 utilizando cifras de la Encuesta Nacional de Empleo levantada en ese año.

Para conocer los cambios ocurridos en la participación de los jóvenes se anotarán sus características laborales durante las dos décadas del estudio.

Población económicamente activa joven

Dentro de las fuentes de información que permiten conocer el volumen y características de la PEA se encuentran los Censos de Población y las Encuestas de ocupación. Para evitar algunos problemas de comparabilidad, así como problemas de cobertura y de captación se cuenta además con algunos textos que retoman y corrigen a ambas fuentes, como los ajustes censales elaborados por Mercedes Pedrero para las décadas de 1970 a 1990 (ver anexo).

Al comparar las cifras de los ajustes censales de 1970, 1980 y 1990 (Pedrero, 1993) con las de la Encuesta Continua sobre Ocupación (ECSO79) y de la Encuesta Nacional de Empleo (ENE91) (cuadros I.8 a I.11), los datos arrojan que hay algunas diferencias en cuanto a la tendencia que presentan las tasas de actividad. En relación con la población masculina, con los datos censales ajustados se observa una tasa de actividad para el total de los varones que disminuye de 1970 a 1990. En el caso de las mujeres la tasa presenta una tendencia ascendente en el mismo lapso de tiempo. Al considerar exclusivamente a la población joven, las tasas específicas de actividad de datos censales ajustados la población masculina tanto del grupo de 15 a 19 años como del grupo 20 a 24 presentó un ligero aumento en la década 1970-1980 y una disminución en la siguiente, (de forma similar a lo sucedido con la población

total). El grupo de 12 a 14 años si bien presenta la misma tendencia, el incremento de 1970 a 1980 es mayor que el presentado por los grupos de jóvenes de mayor edad.

En cuanto a las mujeres jóvenes las tasas de actividad presentan la misma tendencia ascendente que la PEA total femenina, pero el grupo de 20-24 años muestra un incremento sensiblemente mayor.

Con base en las cifras de las encuestas (cuadros I.10 y I.11), la tasa de participación de la población total masculina aumentó de 1979 a 1991, contrario a lo que presentaron las cifras censales ajustadas. Para 1995 las cifras de la ENE indican una tendencia hacia arriba en la participación económica. La tasa de participación femenina, al igual que en la información proporcionada por los datos censales ajustados, es ascendente.

En lo que respecta a las tasas censales ajustadas de la población masculina, la disminución que presentan a lo largo de los veinte años podría indicar que el censo no ha captado a la población masculina ocupada en ciertas actividades inestables, parciales, no asalariadas, las cuales sí son captadas por las encuestas laborales. Este hecho hace que la tasa de participación censal disminuya en la última década, década que experimentó gran heterogeneidad laboral e incremento en las ocupaciones precarias donde los jóvenes y niños han mostrado ser ampliamente absorbidos (OIT: 1980, 1990; CEPAL, 1998).

En el caso particular de la población femenina, la información de las tasas de datos censales ajustados y la de las encuestas concuerda con lo comentado en amplias ocasiones: la

presencia femenina en los mercados laborales ha aumentado en el tiempo, aunque el nivel observado entre distintas fuentes sea diferente¹⁵.

Es importante señalar que la tendencia a nivel mundial no tiende a apuntar hacia un incremento en la participación juvenil. Es más, en aquellos países donde aumentan los niveles de escolaridad, se retrasa la entrada de los jóvenes al mercado. Sin embargo, en México los hogares resuelven sus necesidades inmediatas arrojando al mercado a la mano de obra familiar secundaria: esposa-madre, jóvenes, niños, ancianos (García, Muñoz y Oliveira, 1982; González de la Rocha, 1994; García y Pacheco, 1999 y 2000, entre otros).

A pesar de conocer la presencia de los jóvenes mexicanos en el mercado y de considerar que la PEA joven es un subgrupo importante y creciente de la PEA en general, hay aún pocos trabajos que la estudien de manera específica (Por ejemplo Partida, 1989; Cortés y Rubalcava, 1993; Rendón y Salas, 1996; Camarena, 1998). Durante la recolección de información no se encontraron tabulados publicados de la Encuesta Continua sobre Ocupación (ECSO79) o de la Encuesta Nacional de Empleo (ENE91) que arrojaran suficiente información sobre estos grupos de edad de forma desglosada; el Censo de Población de 1990 no publicó los cuadros referentes a la población joven por rama de actividad y por ocupación de manera desagregada, ni siquiera en las publicaciones hechas en particular para la población juvenil e infantil. Tampoco los tabulados publicados del Censo de Población de 1995 separan por grupo de edad la información correspondiente a cuestiones laborales.

¹⁵ La diferencia en cuanto a los niveles es la esperada debido a que se trata de dos fuentes distintas y normalmente el nivel que arrojan las Encuestas es más alto que el que proporcionan los Censos de Población.

No obstante la escasez generalizada de la información sobre este subgrupo poblacional específico, una primera forma de aproximarse al tema es analizar la tendencia que presentan los jóvenes con base en la información censal pues, a pesar de las limitaciones que puede presentar, es una fuente que permite conocer la evolución de la participación de los y las jóvenes a largo plazo.

Participación económicamente activa joven por sector económico

En términos generales el sector primario ha disminuido su importancia para absorber mano de obra en los últimos veinte años, el secundario ha aumentado muy poco su volumen (véase cuadro I.5), mientras que el terciario -fundamentalmente la rama de servicios- se ha ensanchado de manera muy evidente.

En el cuadro I.12 puede observarse la participación de la población de 15 a 24 años por sector de actividad. En cuanto al sector primario si bien son fundamentalmente varones los que laboran ahí, ellos y ellas se incorporan cada vez menos en dicho sector (aunque las proporciones entre sexos son bastante distintas). En relación con los otros sectores, los hombres aumentan su participación en el secundario y en el terciario; mientras que las mujeres disminuyen notablemente su presencia en el sector secundario, pero la triplican en el terciario.

La incorporación por sector económico de la PEA joven habla de un incremento de este segmento poblacional de 1970 a 1990 en el sector terciario de la economía y de un

decremento en el primario. Pero en relación con el sector secundario, aparecen diferencias en cuanto al sexo de los jóvenes y también en relación con el total de la PEA; si bien aparece un incremento en el sector servicios tanto entre los hombres jóvenes como entre los y las adultas, el crecimiento ocurrido entre los hombres jóvenes es mayor. En cambio las mujeres jóvenes de 15 a 24 años, redujeron su participación en el secundario pero la incrementan en el terciario. Además en términos generales, los varones jóvenes son absorbidos durante las dos décadas en todas las ramas de la economía de manera más o menos uniforme (en 1990 de hecho aparecen con aproximadamente una distribución de 30% en cada una de las ramas) en tanto las mujeres aparecen muy poco como trabajadoras en el primario y se aglutinan en el terciario. Hombres y mujeres jóvenes en estos años de análisis en cuanto al sector económico presentan tendencias diferentes.

Participación económicamente activa joven según posición en el trabajo

Los datos censales sobre posición en el trabajo (cuadros I.13 y I.14) indican que la población económicamente activa labora principalmente como empleado u obrero, aunque en el transcurso de los años la posición de trabajador por cuenta propia se incrementa, mayormente en el caso de los hombres que en el de las mujeres.

En el caso específico de la PEA joven, los hombres en los setenta se ubican principalmente en la posición de obreros, empleados, peones o jornaleros y como trabajadores por cuenta propia; en tanto las mujeres jóvenes se incorporaban en su gran mayoría como

obreras y empleadas. Para 1990 las cifras parecen señalar que los y las jóvenes siguen laborando como empleados, con una mínima participación en el renglón de patrones o empresarios, la cual es más pequeña en 1990. En la última década se observa también que las mujeres jóvenes trabajan menos por su cuenta y más como empleadas, en tanto los varones aumentan sustancialmente en el renglón de cuenta propia.

Hay algunos datos que habría que resaltar: la alta participación de mujeres jóvenes que trabajan como obreras o empleadas en relación con los hombres y la menor presencia como jornaleras y trabajadoras por cuenta propia. Otro dato interesante es la presencia de jóvenes de ambos sexos en el rubro de trabajadores no remunerados, estos aparecen principalmente entre la población de menor edad. Muchos jóvenes empiezan su vida laboral como aprendices, los jóvenes mayores, en cambio, han adquirido más libertad, mayor escolaridad, mayores habilidades y por lo mismo mayor posibilidad de acceder a más empleos y lejos de la vigilancia familiar. Sin embargo, si se observa la posición de no remunerados en función del sexo, se encuentra que hay más trabajadores varones que mujeres en esta situación. Si bien esto puede ser resultado de la presencia constante de jóvenes en múltiples oficios en talleres de diverso orden, también puede ser un problema de captura de información de los trabajadores no asalariados en el censo de 1990.

CONCLUSIONES

En este capítulo se buscó contar con un panorama sucinto de la situación que ha guardado el país en las últimas décadas y de cómo esto ha tenido incidencia en la población de jóvenes.

Los jóvenes son parte significativa de la población nacional y se han visto influenciados con los cambios ocurridos a los fenómenos demográficos. La caída en los niveles de mortalidad ha transformado sus relaciones familiares y sociales, a su vez la mortalidad de hombres jóvenes es una de las partes que hace perder años de vida futura. Además son uno de los grupos destinatarios de las actuales campañas de disminución de la fecundidad. Por otra parte, los jóvenes conforman (junto con la población infantil) parte sustantiva del sistema educativo, pero también juegan un papel importante en el mercado laboral.

El estudio de esta subpoblación en términos de tendencia y niveles, puede hacerse a través de los censos de población y de las encuestas laborales. Con la información censal, se obtiene una idea amplia y generalizada de la situación que guardan en el tiempo; pero dadas las características propias de los censos no es posible adentrarse con profundidad a las características laborales de la juventud. Las encuestas son, en este sentido, las que permiten acercarse más a esta población.

Algunos de los hallazgos que resultaron más sugerentes en este capítulo tienen que ver, primero, con las diferencias por sexo que aparecen en el trabajo juvenil. Desde el inicio

de la vida laboral, ocurren diferencias según el sexo. Al analizar la tendencia de los niveles de la participación económica juvenil, se observan diferencias entre censos y encuestas, pero la diferencia más elocuente entre los censos y las encuesta aparece según el sexo de los y las jóvenes, es decir: en el caso de las mujeres, en ambas fuentes -aunque con niveles distintos- ocurrió un incremento en su participación, principalmente en el grupo de 20 a 24 años; se evidencia pues, la cada vez mayor presencia de mujeres jóvenes en el mercado laboral.

En cuanto al nivel, las tasas de actividad de la juventud en los censos resultaron menores que las observadas en las encuestas, lo que era de esperarse pues las encuestas de ocupación tienen mecanismos para captar con mayor exactitud la presencia activa de la población; esto nos permite corroborar que el estudio de la población activa no adulta que se incorpora en ocupaciones marginales, no remuneradas, no estables, temporales, debe analizarse mediante las encuestas de ocupación, las que permitirán acercarse a los jóvenes que trabajan con mayor profundidad.

En relación con la rama de actividad en la cual se insertan, según la información censal, se observa que las diferencias por sexo son también relevantes: los varones jóvenes se distribuyen en los tres sectores económicos de manera más o menos uniforme, en cambio las jóvenes se aglutinan fundamentalmente en el sector terciario de la economía. En las mujeres, en general, la edad parece no ser una variable tan importante, ellas (jóvenes y

adultas) en el sector terciario es donde encuentran mayor posibilidad de incorporarse al mercado.

En cuanto a la posición en el trabajo, los datos censales señalaron que si bien se registra en los grupos jóvenes un número grande de empleados y obreros, para 1990, el rubro de los trabajadores por cuenta propia y los no remunerados se incrementó, principalmente entre los hombres más jóvenes, esto señala una depreciación cada vez mayor de la mano de obra juvenil.

La juventud guarda una posición específica en el mercado y puede sugerirse hasta este momento que ha sufrido un deterioro: por ejemplo, mayor presencia de no remunerados, menor cabida en los sectores más modernos de la economía (aunque la PEA adulta también se ha visto gravemente deteriorada). Pero en el caso de los jóvenes, su deterioro tiene un significado especial, por un lado por su poca experiencia laboral y por su falta de capacitación y/o escolaridad en proceso; pero además, porque puede ser usada como pieza clave en los momentos económicamente más difíciles para entrar y salir del mercado, lo que le da mayor inestabilidad que a la mano de obra adulta. El desempleo, la subutilización laboral y la intermitencia laboral, son elementos que acompañan a la PEA joven.

Cuadro I.1
República Mexicana 1970, 1980, 1990 y 1995
Distribución e incremento porcentual de la población
de 12 a 24 años por grupos de edad según sexo.

Edad	1970*		1980*		1990*		1995**	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
<i>Porcentaje según el total</i>								
12-14	8.0	8.0	8.2	8.0	7.9	7.6	7.2	6.9
15-19	10.4	10.6	11.4	11.5	11.9	11.9	11.2	11.1
20-24	8.0	8.7	9.0	9.4	9.5	9.9	10.11	10.5
	<i>Incremento 1970/90</i>		<i>Incremento 1990/80</i>		<i>Incremento 1995/90</i>			
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
12-14	41.7	39.4	16.3	16.4	2.3	1.1		
15-19	51.4	51.8	26.4	26.1	5.5	4.4		
20-24	54.0	51.4	27.3	28.6	19.9	18.8		
Pob. Total	37.3	39.9	20.8	22.3	12.5	11.9		

Fuente: *Censos de Población y Vivienda, 1970, 1980 y 1990. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI).

** Censo de Población y Vivienda, 1995. INEGI.

Cuadro I.2
República Mexicana, 1950 al 2000
Indicadores de Mortalidad

<i>Indicadores</i>	<i>1950</i>	<i>1960</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1990</i>	<i>1995</i>	<i>2000</i>
TMI*	129	90	76	57	41	30.0	26**
e°	46.9	57.7	61.2	66.7	70.8	72.4	73.7

Fuente: Para TMI de 1950 a 1995, Aguirre, 1997.

Para TMI de 1999, CONAPO, 1999.

Para e° de 1950 a 1990, CONAPO, 1994.

Para e° , 1995 y 2000 Camposortega, 1997.

* La Tasa de Mortalidad Infantil corresponde a defunciones por cada 1000 nacidos vivos.

**La TMI del 2000 corresponde a 1999.

Cuadro I.3
República Mexicana 1960, 1975, 1990 y 1995
Tasas de mortalidad de la población joven y población
total por 100,000 habitantes.

<i>Edad</i>	<i>Tasa</i>			
	<i>1960</i>	<i>1975</i>	<i>1990</i>	<i>1995</i>
15-19*	218	151	99	80
20-24	339	230	149	130
Pob. Total	1 117	713	520	470

Fuente: Para 1960 y 1970 en Narro, José, 1984.

Para 1990, *Mortalidad 1990*, SSA, 1992.

Para 1995, *Mortalidad 1995*, SSA, 1996.

* Se prefirió omitir el grupo de 12 a 14 años, pues la mayoría de los datos agrupan a la población 10-14 y esto no permite la comparación.

Cuadro I.4
República Mexicana, 1975, 1980, 1986, 1990 y 1999
Tasas específicas de fecundidad de mujeres jóvenes y TGF

<i>Edad y tasas</i>	1975 *	1980 **	1986 ***	1990 **	1999
15-19	116	101.4	84	83.5	54
20-24	263	221.3	202	187.4	126
TGF***	5.87	4.51	3.84	3.37	2.5

* Cifra obtenida con Encuesta de Mexicana de Fecundidad

** Cifra obtenida con datos de Censos de Población utilizando el método de Arriaga.

*** Cifra obtenida con base en Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud.

**** Tasa global de Fecundidad (suma de las tasas específicas de fecundidad de 15 a 49 años).

Fuente: Para 1975, Zavala Cosío, 1992. Para 1980 y 1986 Figuroa, B., 1992. Para 1999, CONAPO, 1999b.

Cuadro I.5
República Mexicana 1970, 1980 y 1990
Distribución porcentual de la población económicamente
activa por rama de actividad

<i>Sector</i>	<i>1970*</i>	<i>1980*</i>	<i>1990*</i>
<i>Sector primario</i>	39.4	26.0	22.6
<i>Agropecuario</i>	39.4	26.0	22.6
<i>Sector secundario</i>	23.0	20.4	27.8
<i>Minería, energía e industria</i>	18.6	14.4	21.0
<i>Construcción</i>	4.4	5.9	6.8
<i>Sector terciario</i>	31.9	23.8	46.2
<i>Comercio</i>	9.3	9.8	13.3
<i>Servicios</i>	22.6	14.0	32.9
<i>N.E.</i>	5.7	29.8	3.4
Total	100.0	100.0	100.0

* Datos censales

Fuente: García, 1988 y García y Oliveira, 1993

Cuadro I.6
República Mexicana 1970, 1980, y 1990
Distribución porcentual de la población de 15 a 24 años por grupos de edad, según grado de instrucción y sexo.

<i>Edad y grado de Introducción</i>	<i>1970</i>			<i>1980</i>			<i>1990</i>					
	<i>Sin Total Instrucción</i>	<i>Primaria</i>	<i>Post primaria</i>	<i>Sin Total Instrucción</i>	<i>Primaria</i>	<i>Post primaria</i>	<i>Sin Total Instrucción</i>	<i>Primaria</i>	<i>Post primaria</i>			
<i>H O M B R E S</i>												
15-19	100.0	17.1	57.6	25.3	100.0	5.9	41.6	52.5	100.0	3.6	31.2	65.2
20-24	100.0	19.8	57.7	22.5	100.0	6.1	38.1	55.8	100.0	4.8	31.5	63.8
<i>M U J E R E S</i>												
15-19	100.0	19.6	63.7	16.7	100.0	7.4	43.4	49.1	100.0	4.0	32.6	63.3
20-24	100.1	25.1	61.2	13.8	100.0	10.6	48.7	40.7	100.0	6.2	34.4	59.4

Fuente: Censos de Población y Vivienda, 1970, 1980 y 1990. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI).

Nota: La población de 12 a 14 años se omite pues el censo la presenta agrupada en el grupo 10-14.

Cuadro I.7
República Mexicana 1995. Distribución porcentual
de la población de 15 a 24 años por grupo de edad según grado
de instrucción y sexo.

<i>Edad y grado de Introducción</i>	<i>1995</i>			
	<i>Total</i>	<i>Sin prim. completa</i>	<i>Primaria</i>	<i>Post primaria</i>
	<i>H O M B R E S</i>			
15-19	100.0	15.0	20.3	64.8
20-24	100.0	14.8	21.1	64.2
	<i>M U J E R E S</i>			
15-19	100.0	14.3	22.5	63.3
20-24	100.0	15.7	23.4	60.9

Fuente: Censo de Población y Vivienda, 1995. INEGI.

Cuadro I.8
República Mexicana 1970, 1980 y 1990
Tasas específicas de participación masculina por grupos de edad
según cifras censales registradas y ajustadas.

<i>Edad</i>	<i>Tasa censada</i>			<i>Tasa ajustada</i>		
	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1990</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1990</i>
12-14	15.5	19.7	11.1	16.4	19.6	17.0
15-19	52.2	55.9	47.1	55.4	55.8	53.2
20-24	78.3	83.5	77.1	83.1	83.3	80.7
25-29	87.6	94.2	89.3	93.9	94.0	93.0
30-34	89.6	96.1	92.1	95.9	96.0	95.2
35-39	90.2	96.2	92.2	96.0	96.0	96.1
40-44	89.8	95.9	91.2	95.7	95.8	95.5
45-49	89.6	95.3	89.0	95.1	95.1	94.1
50-54	88.1	93.8	84.7	93.7	93.7	90.7
55-59	86.2	91.4	78.8	91.5	91.3	85.3
60-64	81.5	85.6	68.6	86.6	85.5	75.0
65 y +	67.1	65.6	45.9	71.9	68.4	50.4
Total	70.1	75.1	68.0	74.7	74.9	72.8

Fuente: Pedrero, Mercedes. México: Dinámica demográfica de la población económicamente activa, 1970-1990. Evolución y ajuste de la información censal, 1993.

Cuadro I.9
República Mexicana 1970, 1980 y 1990
Tasas específicas de participación femenina por grupos de edad
según cifras censales registradas y ajustadas.

<i>Edad</i>	<i>Tasa censada</i>			<i>Tasa ajustada</i>		
	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1990</i>	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1990</i>
12-14	7.6	9.7	3.4	8.0	9.1	9.3
15-19	23.1	26.9	18.0	24.5	25.6	26.5
20-24	25.0	37.3	29.1	26.6	35.7	39.0
25-29	18.6	34.9	28.4	19.7	33.4	37.8
30-34	16.8	32.5	26.9	17.9	31.0	38.5
35-39	16.6	31.3	24.9	17.6	29.8	37.6
40-44	16.7	30.2	22.6	17.7	28.7	35.6
45-49	16.8	29.1	18.7	17.9	27.7	31.6
50-54	16.2	27.5	15.2	17.2	26.1	27.2
55-59	15.4	25.8	12.0	16.3	24.5	23.2
60-64	14.4	24.1	9.3	15.2	22.8	18.4
65 y +	11.8	18.7	5.4	12.5	17.6	12.4
Total	17.6	27.8	19.6	18.7	25.4	29.4

Fuente: Pedrero, Mercedes. México: Dinámica demográfica de la población económicamente activa, 1970-1990. Evolución y ajuste de la información censal, 1993.

Cuadro I.10
República Mexicana 1979, 1991 y 1995
Tasas específicas de participación masculina
por grupos de edad.

<i>Edad</i>	<i>ECSO</i> *	<i>ENE</i> **	<i>ENE</i> **
	1979	1991	1995
12-14		25.1	27.5
15-19	35.4 ***	61.8	60.4
20-24	82.5	84.1	86.6
25-29	95.9 ****	95.7	95.9
30-34		97.7	97.7
35-39	96.7 ****	98.2	97.7
40-44		98.3	96.3
45-49	93.4 ****	96.7	95.2
50-54		93.6	92.4
55-59	85.1 ****	90.4	85.3
60-64		80.1	75.4
65 y +	53.2	55.9	52.6
No especificado	47.2	16.3	69.5
Total	71.3	77.7	78.2

* Encuesta Continua de Ocupación
 ** Encuesta Nacional de Empleo
 *** La ECSO agrupa la población de 12 a 19 años
 **** La ECSO agrupó éste y el siguiente grupo de edad
 Fuente: Cuadro 19 en García y de Oliveira, 1993

Cuadro I.11
República Mexicana 1979, 1991 y 1995
Tasas específicas de participación femenina
por grupos de edad.

<i>Edad</i>	<i>ECSO</i> *	<i>ENE</i> **	<i>ENE</i> **
	1979	1991	1995
12-14		10.3	11.3
15-19	15.4 ***	30.1	29.6
20-24	33.4	40.4	43.1
25-29	27.3 ****	37.9	44.8
30-34		40.7	44.1
35-39	24.5 ****	42.5	44.1
40-44		38.4	41.9
45-49	21.1 ****	36.3	40.9
50-54		28.9	32.1
55-59	16.3 ****	26.5	28.6
60-64		21.8	24.7
65 y +	9.3	13.1	15.0
No especificado	17.5	6.2	14.2
Total	21.5	31.5	34.5

* Encuesta Continua de Ocupación

** Encuesta Nacional de Empleo

*** La ECSO agrupa la población de 12 a 19 años

**** La ECSO agrupo este y el siguiente grupo de edad

Fuente: Cuadro 19 en García y de Oliveira, 1993

Cuadro I.12
República Mexicana 1970 y 1990
Distribución porcentual de la población por grupos de edad según sector de actividad y sexo

Edad y sector de actividad	1970					1990*				
	Total	Sector Primario	Sector Secun.	Sector Terciario	N.E.	Total	Sector Primario	Sector Secun.	Sector Terciario	N.E.
<i>H O M B R E S</i>										
15-19	100.0	50.5	23.8	20.4	5.3	---	---	---	---	---
20-24	100.0	40.5	28.4	26.0	5.0	---	---	---	---	---
Pob. Total	100.0	51.0	26.2	17.4	5.4	100.0	28.6	30.0	38.6	2.8
15-29*						100.0	25.8	33.4	37.8	3.1
<i>M U J E R E S</i>										
15-19	100.0	19.2	39.5	23.6	17.8	---	---	---	---	---
20-24	100.0	7.5	23.1	61.4	7.9	---	---	---	---	---
Pob. Total	100.0	10.8	19.6	59.9	9.7	100.0	3.4	20.8	70.3	5.5
15-29*						100.0	3.0	24.8	66.3	5.9

* Para 1990 solamente se publicó información agrupada de 15 a 29 años

Fuente: para 1970 y 1990 Censos Nacionales de Población y Vivienda, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. Para 1990, Jóvenes de México, INEGI, 1993.

Cuadro I.13
República Mexicana, 1970
Distribución porcentual de la población por grupos de edad
según posición en el trabajo y sexo.

<i>Edad</i>	<i>Total</i>	<i>Patrón o empresario</i>	<i>Obrero o empleado</i>	<i>Jornalero o peón</i>	<i>Trabaja por cuenta propia</i>	<i>Ejidatario</i>	<i>Trabaja sin remuneración</i>
<i>H O M B R E S</i>							
15-19	100.0	3.5	37.3	30.0	12.2	4.6	12.4
20-24	100.0	4.8	46.3	24.0	13.3	5.0	6.7
Pob. Total	100.0	6.0	37.1	24.0	19.0	7.5	6.4
<i>M U J E R E S</i>							
15-19	100.0	6.3	70.2	6.9	9.0	0.8	6.9
20-24	100.0	7.1	73.1	4.6	9.1	0.7	5.4
Pob. Total	100.0	6.8	60.8	5.8	18.2	1.3	7.1

Fuente: IX Censo de Población y Vivienda, INEGI, 1970.

Cuadro I.14
República Mexicana, 1990
Distribución porcentual de la población por grupos de edad
según posición en el trabajo y sexo.

<i>Edad</i>	<i>Total</i>	<i>Patrón o empresario</i>	<i>Obrero empleado</i>	<i>Jornalero peón</i>	<i>Trabaja por cuenta propia</i>	<i>Ejidatario</i>	<i>Trabaja sin remuneración</i>
<i>H O M B R E S</i>							
15-19	100.0	0.4	50.3	20.3	16.1	7.4	5.5
20-24	100.0	1.0	60.6	13.4	18.0	3.2	3.9
Pob. Total	100.0	2.0	51.8	11.2	27.3	6.8	0.9
<i>M U J E R E S</i>							
15-19	100.3	0.3	83.9	4.5	5.1	1.5	5.1
20-24	100.0	0.7	86.9	1.7	6.0	0.9	3.8
Pob. Total	100.0	1.1	64.2	1.7	21.3	10.4	1.3

Fuente: Los jóvenes en México, *INEGI*, 1993.

CAPÍTULO DOS

CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS

DE LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN EN 1991 Y 1995

INTRODUCCIÓN

Como ya vimos el 29% de la población mexicana tiene entre 12 y 24 años, y a pesar de que la fecundidad empezó a reducirse durante la década de los sesenta, el número absoluto de jóvenes ha seguido y seguirá creciendo debido a la inercia demográfica. Se señaló también que paralelamente a los cambios ocurridos en lo demográfico, en el rubro de lo económico se han dado profundas transformaciones.

En el capítulo anterior se habló acerca de los desequilibrios económicos sufridos en la década de los ochenta, de la implementación de políticas de ajuste estructural y de modelos macroeconómicos para lograr una reestructuración económica; se señaló la severa crisis ocurrida en 1994 y cómo, aunque se intentaron reducir las consecuencias, la desigualdad se incrementó, se concentró más la riqueza y aumentó el número de pobres.

En 1995 el producto interno bruto se contrajo en casi 7%, situación que no se había dado en los últimos 50 años; se registró un fuerte descenso en el ritmo de crecimiento económico y en la absorción de la fuerza de trabajo (García, 1996); de hecho en pocos

meses se perdieron 2 millones de empleos como consecuencia de la crisis de diciembre de 1994¹ (Pacheco, 1996). Las características del funcionamiento de los mercados se modificaron significativamente: se incrementó la heterogeneidad estructural y el cambio en las tendencias tanto de la subutilización de la mano de obra como del proceso de precarización del trabajo; se dio un incremento en dicha subutilización y descenso en los ingresos², lo que se manifestó en una acentuación de la intensidad de la pobreza³ y en el deterioro de los grupos medios. Se produjo una menor estabilidad laboral, un reemplazo del empleo permanente por trabajo a tiempo parcial y una creciente subcontratación de la mano de obra. La expansión del sector informal se alimentó primordialmente de los trabajadores que habiendo tenido un empleo formal fueron despedidos, de los trabajadores que a pesar de mantener su puesto de asalariados experimentaron una reducción de sus ingresos reales, o del número de horas de trabajo por semana y finalmente de un grupo de personas que ingresaban al mercado de trabajo pero que no habían podido acceder a un trabajo asalariado.

Ante la reducción de las percepciones, las familias mexicanas han desarrollado múltiples respuestas para satisfacer sus necesidades básicas, una de estas opciones ha sido

¹ En agosto de 1995 se registró la tasa de desempleo abierto urbano (7.6%) más alta desde 1983 (García 1996); aunado a esto, como resultado de la crisis, en tan sólo 17 meses se perdió el 80% del empleo generado en 6 años (Pacheco, 1996).

² La Encuesta Nacional de Empleo de 1995 indicó que el 27% de la fuerza de trabajo masculina y el 42% de la mano de obra femenina o no recibió ingresos o ganó cuando mucho un salario mínimo (García, 1996).

imponer mayores presiones a los miembros de su unidad. Para afrontar la crisis económica, por una parte la población que ha podido conservar su empleo lleva a cabo simultáneamente dos o más ocupaciones, combinan el trabajo asalariado con otras actividades o prolongan su jornada laboral; o bien las familias recurren no sólo a la venta de la fuerza de trabajo de los adultos, sino a la de los otros miembros de la familia como son, por ejemplo, los jóvenes (Véase por ejemplo para la Cd. de México Tuirán, 1993; a nivel nacional Rubalcava, 1999; para América Latina, CEPAL, 1998).

Como se señaló en el capítulo primero, de 1970 a 1990 la presencia de los jóvenes en el mercado sobre todo la de las mujeres se incrementó. Con la crisis de 1995 seguramente la situación de los jóvenes en el mercado también se ha visto afectada. Además, los jóvenes vistos como fuerza de trabajo conforman un subgrupo en desventaja en relación con los adultos en tanto son mano de obra primeriza, están todavía en proceso de formación escolar formal, con poca o nula capacitación para el trabajo, poca experiencia e inestabilidad laboral, pero además con intención de insertarse en un mercado laboral que se constriñe día a día.

El propósito de este capítulo es profundizar en el análisis de la situación que guarda la población joven en dos contextos económicos distintos: en 1991 un año difícil pero de relativa recuperación posterior a la década perdida y 1995 año de grave crisis económica. Mediante un análisis de agregados de individuos se compararán algunas características de los

³ El incremento de la población en la pobreza se dio, señala Pacheco, en una doble dimensión: ingresos y

jóvenes trabajadores en ambos años con base en los datos de la Encuesta Nacional de Empleo de 1991 y de 1995. El estudio se llevará a cabo en función del lugar de residencia (áreas más urbanizadas y áreas menos urbanizadas⁴), tomando para el análisis la edad, el sexo, la escolaridad, el estado civil y el número de hijos.

LA POBLACIÓN JOVEN EN LAS ENCUESTAS DE EMPLEO DE 1991 Y 1995

La población joven de 12 a 24 años captada en las Encuestas (ENE91 y ENE95) representa el 29.2 y 28.1% para cada año en las áreas más urbanizadas y 28.1% y el 27.4% entre las de menos urbanización. Algunas de las diferencias que resaltan en las cifras dadas por las encuestas son: en primer lugar, los jóvenes de 15 a 19 años son el grupo más voluminoso en todos los casos, representan aproximadamente el 12%. En segundo lugar, en lo que concierne a los adolescentes de 12 a 14 años, ellos presentan por área de análisis y para ambos años, una leve diferencia en cuanto a su volumen: en el área más urbana representan poco más del 6%, en cambio en el área con menor grado de urbanización son aproximadamente un 8%. Si bien se trata sólo de una diferencia de dos puntos porcentuales⁵

difícil acceso a los satisfactores básicos, lo que constituye una forma extrema de exclusión (Pacheco 1996:29).

⁴ En la Encuesta Nacional de Empleo de 1991 se establecieron dos tipos de áreas de muestreo. El área más urbana y el área menos urbana. La primera está conformada por localidades mayores a 100,000 habitantes y/o capitales de estado. El área menos urbana comprende a las localidades menores a 100,000 habitantes y por áreas rurales. Por otra parte es importante señalar que en el levantamiento de la Encuesta no se consideró a la población indígena.

⁵Esta diferencia podría deberse a un error de muestreo, por lo que se llevaron a cabo algunas prueba de independencia estadística. La X^2 obtenida señaló que en ambos años, en los espacios menos urbanizados se rechaza la hipótesis de independencia; es decir, tal parece que sí existe relación entre el número de habitantes y la región menos urbanizada de las encuestas; pero en las ciudades medianas y grandes dicha hipótesis no se rechazó.

también es importante indicar que puede ser el efecto de las políticas de disminución de la fecundidad que han surtido mayor efecto en el espacio más urbano.

Otra diferencia ocurre en *el grupo de 20 a 24 años*, donde se aprecia lo contrario; es decir, en las ciudades más pequeñas y espacios rurales se presenta un menor porcentaje de jóvenes de este grupo de edad, situación recurrente tanto en 1991 como en 1995. Este comportamiento distinto, en cuanto a su magnitud, puede ser resultado de la emigración juvenil⁶.

LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN

En el capítulo anterior se comentó que el comportamiento de la población económicamente activa en general ha cambiado en los últimos años. La población masculina ha mantenido una participación económica más o menos constante con el paso del tiempo e incluso ha tendido a disminuir en la población menor a 15 años, debido a su estancia prolongada en el sistema escolar (PREALC,1987; CEPAL,1991 y 1998); en cambio la población activa femenina se ha incrementado de forma significativa. Esto se ha debido -por una parte- a un cierto aumento en sus niveles de escolaridad, pero posteriormente los cambios ocurrieron también por la crítica situación económica que vivió el país a partir de los años

⁶ La población migrante joven a Estados Unidos es proporcionalmente muy importante (CONAPO, 1987; ENADID 1994). Además, por ejemplo Corona (1998) en un análisis sobre las remesas enviadas por los migrantes desde Estados Unidos, señala que el grupo de migrantes más jóvenes (menores a 24 años) tenía en promedio 21.37

ochenta, donde la PEA femenina se incrementó debido a la necesidad de complementar los reducidos salarios. Este hecho se vinculó principalmente al aumento de las actividades no asalariadas en el sector terciario de la economía (García y de Oliveira, 1993).

A la par del alza en la participación femenina adulta ocurrida desde décadas pasadas, han empezado a incorporarse a la actividad económica -en busca de incrementar el ingreso familiar o personal- otros integrantes de los hogares como los y las jóvenes. En el cuadro II.2 se anota la distribución porcentual de los jóvenes en función de su condición de inactividad y de ocupación con el fin de ver qué tareas llevan a cabo estos jóvenes y si se han transformado con el tiempo.

En cuanto a la condición de inactividad las cifras señalan primero, que la presencia en la escuela es un factor importante entre los y las jóvenes, en mayor medida entre los de los grupos de menor edad (12-14 y 15-19 años). Sin embargo esta presencia es diferencial según el área de residencia. Se manifiesta un mayor porcentaje de estudiantes hombres y mujeres de los tres grupos de edad en los espacios más urbanizados. Otro elemento que resalta en el cuadro es la reproducción de los roles tradicionales; es decir, las mujeres realizan en mucha mayor medida que los varones los quehaceres domésticos, tarea que se convierte en prioritaria entre las mujeres de 20 a 24 años y fundamentalmente entre las que viven en áreas menos urbanizadas. Es interesante anotar en este sentido que la presencia de varones en las tareas domésticas no cambia en los dos años ni entre los tres grupos de jóvenes. Ninguno coopera

años, era el que había permanecido el mayor tiempo en Estados Unidos (10.86 meses) y el que había enviado la

con las tareas del hogar, mientras que las mujeres, cuando son adolescentes pueden desprenderse de la carga doméstica anteponiendo el estudio, es con el paso de los años cuando el trabajo doméstico se convierte en una de las tareas femeninas primordiales.

En cuanto a la condición de ocupación (cuadro II.2), si bien el porcentaje de jóvenes no ha sufrido cambios muy pronunciados en el rubro de ocupados, sí ocurre un leve crecimiento entre los y las adolescentes de 12 a 14 años y entre las mujeres jóvenes de 20 a 24 años que viven en áreas menos urbanizadas. Además, la presencia de jóvenes desocupados abiertos se ha incrementado principalmente en las ciudades grandes y medianas.

Se sabe que en todo el mundo aparece población que se incorpora tempranamente al mercado, pero que estos niveles de participación son distintos. Para fines de comparación en el cuadro II.3 se presentan las tasas de actividad de varios países⁷, algunos altamente desarrollados como Estados Unidos, Japón, Finlandia y Australia y otros relativamente rezagados como México, Costa Rica e Indonesia.

Los niveles de participación que aparecen en este cuadro señalan algunos elementos interesantes. Como rasgo general, la participación de las mujeres jóvenes es más baja en los países con desarrollo económico relativamente menor, en cambio los hombres jóvenes presentan la situación opuesta: aquéllos de los países menos desarrollados presentan tasas mayores de participación. Otro aspecto interesante es que las diferencias entre las tasas de

mayor cantidad de dinero.

⁷ La información utilizada en la estimación de estas tasas proviene de diversas encuestas de empleo levantadas en 1993 en cada país. Las fuentes se detallan en el cuadro respectivo.

actividad de hombres y mujeres jóvenes en los países altamente desarrollados no son muy grandes, en cambio entre los países con mayores dificultades económicas la diferencia en los niveles de participación de los y las jóvenes son abismales (la tasa de los varones en edades jóvenes llega a ser de más del doble en relación con las mujeres).

Lo anterior indica, primeramente, una mayor igualdad en los niveles de participación entre hombres y mujeres al iniciarse la vida laboral en los países más desarrollados. Además la mayor participación de los jóvenes en el sistema escolar en los países altamente industrializados repercute en una menor participación laboral a edades muy tempranas; y finalmente, los menores niveles de participación de las jóvenes de 20 a 24 años en los países desarrollados sugiere que las mujeres cada vez más, permanecen más tiempo en el sistema escolar.

Por otra parte, así como existe diferencia entre la participación activa de los jóvenes entre varias naciones de diversos niveles de desarrollo económico, existen también diferencias dentro de un país, sobre todo cuando se tienen características regionales tan diversas y cuando se han sufrido periodos de reestructuración y estancamiento económico, como es el caso de México.

En el cuadro II.4 se presentan las tasas de participación de la población joven activa según la ENE 1991 y 1995. Las cifras arrojan elementos importantes: la participación de los jóvenes es completamente distinta según el grupo de edad de pertenencia. A pesar de los

problemas económicos vividos la participación de los más jóvenes es mucho menor a la de la población mayor; los adolescentes de 12 a 14 presentan la menor participación en el mercado, la cual cuando menos se duplica al cruzar la barrera al siguiente grupo de edad. Esta situación se repite en hombres y mujeres; en áreas más y menos urbanizadas; y en 1991 y 1995.

También se observa que en la *población femenina*, en ambos años del análisis, las jóvenes de mayor edad (20 a 24) que viven en áreas con menor grado de urbanización participan menos en el mercado que las del área urbana. Suponemos que aquéllas que viven en espacios no muy urbanizados, al unirse tienden a dejar en mayor medida el mercado laboral, en cambio las jóvenes de las ciudades grandes y medianas del mismo grupo de edad aunque tengan nuevas actividades familiares -por la unión y el nacimiento de los hijos- el trabajo extradoméstico no se restringe, esto tiene que ver además de con las necesidades económicas con cambios de roles que en las grandes ciudades son más evidentes.

Los varones por su parte presentan tasas más altas en las áreas menos urbanizadas en todas las edades. Los jóvenes que tienen menos de 20 años y que pertenecen a las grandes ciudades, se involucran en un grado mucho menor en la actividad económica que los que viven en ciudades pequeñas o en área rurales, lo que puede apuntar a que en los espacios más urbanizados el adolescente y el joven tienen mayores posibilidades de acceder a otro tipo de actividades no laborales, además puede ser que su perspectiva acerca de la importancia de la escolaridad formal sea distinta de la que se tiene en las otras áreas lo que permite que deseen

y sea posible, en algunos casos, prolongar su permanencia en la escuela, aumentar su preparación y no involucrarse en el mercado laboral a edades muy tempranas.

Ahora bien, si se observan los niveles de las tasas *para cada año de observación* llama la atención que las tendencias son distintas según el área de análisis. En el espacio más urbanizado no aparecen grandes cambios en el nivel de las tasas de 1991 y 1995. En cambio en lo que corresponde a las ciudades más pequeñas, los y las jóvenes de 12 a 14 y del grupo 20 a 24 años, en el lapso de cuatro años incrementaron su presencia en el mercado en 4 puntos porcentuales aproximadamente, pero el grupo de 15 a 19 años (hombres y mujeres) disminuyó su nivel de participación.

Lo anterior puede indicar que en las áreas menos urbanizadas, aun en épocas tan críticas como la de 1995, se dieron más opciones para cierta población que buscaba emplearse, en el cual estaban algunos jóvenes (hombres y mujeres), quienes incluso incrementan sus niveles de participación. En este tipo de ocupaciones en las áreas con menor desarrollo urbano pueden estar algunas actividades precarias llevadas a cabo dentro los predios agrícolas o pequeños negocios familiares. Pero aún con la presencia de estas actividades llevadas a cabo a nivel familiar, el mercado laboral es restringido y está dejando fuera a un grupo: el de 15 a 19 años, que disminuyó su presencia en el mercado.

Un último aspecto es que en 1991, las jóvenes de espacios menos urbanizados de 15 a 19 y de 20 a 24 años, presentaron niveles muy parecidos de participación, en cambio en 1995

la presencia en el mercado de las jóvenes de 20 a 24 años se incrementó en 5.3 puntos. Este dato es relevante, porque muy probablemente se trata de mujeres unidas y con hijos, en un espacio donde tradicionalmente su ocupación no sería el trabajo extradoméstico; sin embargo las cifras señalan que estas mujeres se están incorporando cada vez más al mercado laboral, vemos otra vez que el cambio en los roles femeninos está cambiando.

Hemos visto que la situación de los jóvenes se ha transformando, cada día la juventud se convierte en un subgrupo más complejo. Por ejemplo, se destaca siempre su papel de estudiantes y esta condición se concibe, incluso, como un atributo propio de esa población mientras que la inserción laboral se considera una actividad que hay que postergar lo más que se pueda. Sin embargo, las evidencias han demostrado que ante situaciones de deterioro económico, cada vez aparecen nuevos jóvenes con la necesidad de incorporarse al mercado de trabajo; pero también, la expectativa de tener estudios prolongados es para muchos imposible y el sistema educativo sólo opera como un “refugio” para aquéllos cuyos hogares han podido resistir el impacto de la crisis sin tener que recurrir a los eventuales aportes económicos de ellos. Se tienen, entonces, jóvenes que estudian, pero de manera simultánea trabajan.

En el cuadro II.5 se presenta la distribución de los jóvenes que estudian⁸ y trabajan a la vez. Dado que la investigación busca conocer en especial las particularidades de los

⁸ En este apartado se considera como trabajadores que además estudian a aquellos jóvenes que respondieron dedicar al menos una hora a la semana al estudio. Pero no necesariamente se trata del sistema educativo formal, sino de aquellos procesos educativos no formales, en particular aquéllos que pueden tener lugar

jóvenes que se involucran al mercado laboral, el cuadro no incluye a aquella población juvenil que se dedica exclusivamente a la escuela (para esta cifra ver cuadro II.2).

Lo primero que se destaca es que la posibilidad de que un o una joven lleve a cabo ambas actividades disminuye conforme avanza su edad; hecho que ocurre en todos los casos. Se observa también que en las áreas menos urbanizadas la posibilidad de que los y las jóvenes estudien y trabajan al mismo tiempo es menor que en las más urbanizadas: a partir de los 15 años esta posibilidad se reduce cada vez más. Ser joven mayor de 15 años y vivir en ciudades pequeñas o zonas rurales parece ser una gran desventaja si se desea continuar estudiando. Las jóvenes adolescentes de 12 a 14 años vistas como agregados de individuos son las que presentan los mayores porcentajes de estudio y trabajo simultáneo. De hecho, en general las mujeres se incorporan en ambas actividades de forma paralela en mayor magnitud que los varones; habrá que analizar si esto tiene que ver con que las mujeres sean un apoyo mayor en caso de necesitar un ingreso extra; también puede ser que ellas se involucran en mayor medida con empleos de tiempo parcial, lo que les permite ocupar su tiempo en otro tipo de tareas, lo cual denota aspiraciones femeninas crecientes o más bien sugiere restricciones en el hogar que le impiden incorporarse en estudios que involucren mayor tiempo o dedicación.

Al analizar las cifras en los *dos momentos del tiempo*, los datos muestran que la vinculación del estudio y el trabajo se ha incrementado en esos cuatro años tanto en hombres

en las unidades domésticas (en tanto unidades productivas), y en paralelo con las escasas oportunidades de escolaridad formal disponibles, Vgr. clases de tejido, de cerámica, o de diversos oficios, los que implican dedicar cierto tiempo a su aprendizaje.

como en mujeres, en las dos áreas del análisis y en la mayoría de los casos. Este dato pareciera contradictorio e incorrecto, ¿cómo en un momento de severas dificultades económicas la presencia escolar simultánea al trabajo se incrementa?. Las respuestas van en dos vertientes: 1) dadas las escasas posibilidades de adquirir actualmente un empleo, la gente tiene que aprender más para poder acceder a uno; por lo tanto se capacita en algo, por ejemplo: cursos rápidos de computación, de inglés, de electrónica, de puericultura, etcétera (fundamentalmente en los espacios más urbanizados) a los que le dedica pocas horas a la semana o bien; 2) de 1991 a 1995 se modificaron las características de los jóvenes que se incorporan al trabajo. A principios de la década el o la joven que tenía que trabajar, en general abandonaba la escuela; mientras que en 1995 muchos jóvenes que desean estudiar también trabajan quizá para pagar, al menos, sus propios estudios. Lo trascendental, finalmente, no es que los jóvenes estudien y además trabajen y que esta condición haya aumentado en los cuatro años del análisis, sino que tengan que truncar sus estudios al incorporarse al mercado laboral o que tengan que estudiar bajo condiciones cada vez más difíciles.

LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN Y EL NIVEL ESCOLAR

Tradicionalmente se ha pensado que a un aumento en el nivel de escolaridad le corresponde una mayor propensión a entrar al mercado laboral, un mayor ingreso, y en general mejores condiciones de trabajo; se considera también que la falta de capacitación de

los nuevos demandantes de trabajo es la causa de las dificultades para encontrar un empleo. Por lo tanto, para remediar los problemas que enfrentan los jóvenes en el mercado de trabajo se debería contar con adecuados niveles de capacitación y la educación (escolarizada o no) sería el elemento clave para lograr un puesto en el mercado laboral en condiciones relativamente aceptables (Rendón y Salas, 1996). La realidad es que actualmente la relación entre escolaridad y trabajo que antes era muy clara: a mayor escolaridad mayor posibilidad de obtener un trabajo con mejor salario y en general mejores condiciones laborales, ya no es tan directa, e incluso se señala, como se apuntó en el capítulo anterior, una depreciación de la educación en los mercados laborales (Muñoz, 1992).

De hecho, las nuevas generaciones han sido socializadas en los centros educativos y la educación formal ha cubierto a la gran mayoría de la población, pero antes de que la escolaridad sea concluida, y aunque han aumentado las tasas de escolaridad, también lo han hecho las tasas de actividad para este subgrupo poblacional.

Las cifras reportadas anteriormente y también en diversos estudios indican que en determinadas circunstancias los jóvenes forman parte más asiduamente del complejo mercado laboral; asimismo indica que su participación económica no siempre está ligada positivamente a su nivel escolar. Por ejemplo, en Guatemala⁹ en 1989 y en Sao Paulo¹⁰ en el

⁹La fuente para esta información es la Encuesta Nacional Sociodemográfica, levantada por el Instituto Nacional de Estadística de Guatemala en julio de 1989 (Rama, 1994).

¹⁰Las cifras para Sao Paulo provienen de la Pesquisa Nacional por Amostra de Domicilios levantada en el cuarto trimestre de 1989 por la Fundação Instituto Brasileiro de Geografia y Estadística (Rama, 1994).

mismo año, los varones jóvenes de 15 a 19 años que no tenían instrucción se involucraron en el trabajo mucho más que los que habían logrado acceder a la universidad, por su parte los jóvenes de 20 a 24 años tenían también mayor participación en el mercado cuando no contaban con instrucción que cuando habían cubierto algún nivel universitario, aunque la diferencia era menos pronunciada. Esto puede señalar que en estos países, por un lado, las tasas menores de los universitarios se deben a que se han dedicado de tiempo completo a terminar sus estudios; pero también la tendencia sugiere que muchos de estos jóvenes primero buscan adquirir ciertos ingresos y si visualizan la importancia de la educación, posteriormente esa ocupación puede permitirles financiar sus estudios¹¹. Sin embargo, muchos de ellos dejarán de estudiar formalmente y les será más redituable -en términos de ingreso, por ejemplo- seguir trabajando. Rendón y Salas (1995) apuntan la existencia de estudios que han demostrado que el adiestramiento en el lugar de trabajo produce mejores beneficios que los métodos escolarizados¹².

En cambio en la población joven femenina en Guatemala y Brasil observan que ellas conforme tienen más escolaridad, mayores son sus opciones laborales; sobre todo para las de

¹¹Rama considera que en ocasiones se refuerza escolaridad y ocupación y que la ocupación puede promover un mayor consumo de educación por parte de los jóvenes, como ha sucedido en Brasil (Rama, 1994; 42).

¹²Estos autores también señalan que investigaciones en Estados Unidos y Alemania han demostrado que la educación técnica media tiene un impacto positivo al reducir la probabilidad de desempleo y aumentar la posibilidad de acceso a empleos con mayor remuneración (Rendón y Salas, 1995:214).

20 a 24 años quienes por la edad han accedido más a estudios universitarios y, en este caso, eso les ha permitido incorporarse en mayor medida al mercado.

En lo que respecta a México, en el cuadro II.6 aparecen las tasas de participación económica según el grado de escolaridad para 1991 y 1995. En cuanto al área de residencia los datos indican lo siguiente: en el caso de la población de áreas con mayor urbanización, los más escolarizados son los que menos se incorporan al trabajo; es decir, los menores de 20 años urbanos que han logrado llegar al nivel de secundaria completa -los de 12 a 14 años- o de preparatoria y más -los de 15 a 19- presentan los niveles de participación más bajos. Pero en lo referente a los adolescentes de áreas menos urbanizadas, los que tienen secundaria completa incursionan en mayor medida en el mercado, incluso la tasa de participación se duplica (excepto en 1995, donde la tasa de participación de este grupo disminuye incomprensiblemente a la mitad). Todo lo anterior indica aparentemente que en las grandes ciudades los jóvenes que han tenido que trabajar desde edades tempranas no han podido avanzar en sus estudios y por eso las tasas de los sin escolaridad es mayor. Por el contrario, en lo que corresponde a las ciudades pequeñas, es precisamente el haber logrado un cierto nivel escolar lo que le ha permitido a esa población de 12 a 19 años alcanzar una mayor inserción laboral. Los requerimientos en ambos mercados son distintos y también la oferta, la disponibilidad de jóvenes con secundaria y más en el medio más urbano es mayor que en las

ciudades pequeñas y espacios rurales, la competencia en las áreas más urbanas, cuando se ha logrado una mayor escolaridad y se aspira a un trabajo acorde a ella, será entonces, mayor.

Cabría preguntarse si los y las adolescentes y jóvenes tienen menor incorporación al mercado laboral urbano por las mayores posibilidades de acudir a las escuelas; o bien si la baja participación en las áreas urbanizadas se debe a que el mercado urbano resulta ser más exigente en sus requisitos educacionales, por lo que es más benéfico permanecer estudiando mayor número de años.

Entre los y las jóvenes del grupo 20 a 24 años se presentan algunas diferencias: en el caso de las mujeres, los mayores niveles de escolaridad corresponden a las más altas tasas de participación, datos que se aprecian principalmente en las jóvenes de áreas menos urbanizadas. Esta situación puede ser explicada si se considera que en este ámbito la competencia en términos de escolaridad es distinta a la de los espacios más urbanizados y lograr un certificado de preparatoria amplía la entrada al mundo laboral, de tal forma que las jóvenes que viven en áreas con menor grado de urbanización, el nivel de preparatoria o más les ayuda a obtener fácilmente empleos en su lugar de residencia, pero más aún, el haber alcanzado esta escolaridad les permite cambiar el rol que tradicionalmente han jugado las mujeres en estos espacios. Por el contrario, en el caso de los varones, el tener preparatoria y más inhibe su presencia en el mercado (aunque su nivel de participación es mayor que el de las mujeres); los varones jóvenes de ciudades pequeñas que han alcanzado ya el nivel de

preparatoria es porque han podido dar prioridad al estudio, o no han tenido la imperiosa necesidad de incorporarse al mercado.

La tendencia general señala que las tasas de los y las jóvenes de áreas no muy urbanizadas son mayores que las de los más urbanos. pero las cifras de las encuestas resaltan que esta diferencia se magnifica en el caso de los y las adolescentes de 12 a 14 años. Las tasas de las ciudades pequeñas cuando menos doblan el nivel de las más grandes y medianas, pero cuando los adolescentes han logrado terminar la secundaria resultan hasta 7 veces mayores. Se evidencia nuevamente que, a nivel de agregados de individuos principalmente en el espacio con menor urbanización, cuando se ha tenido que entrar tempranamente al mercado, la escolaridad y la participación económica tienen cierta relación, un análisis profundo a este respecto se hará se presentará en el quinto capítulo.

Si se pone atención *por año de análisis*, los datos nos muestran algunas diferencias importantes: primero en cuanto a la población más joven. son los y las adolescentes que viven en áreas menos urbanizadas sin ninguna escolaridad los que han aumentado notablemente su tasa de participación. Segundo, que en el lapso de cuatro años se presentaron tendencias distintas entre hombres y mujeres jóvenes.

Los cambios más importantes en lo que corresponde a la población joven femenina se reflejan en un incremento en su actividad, excepto para las de preparatoria y más: pareciera

que ellas, ya sea en ámbitos más o menos urbanizados, fueron las más privilegiadas y pudieron continuar sus estudios sin incorporarse al mercado.

Los hombres, los de 15 a 19 años que tenían preparatoria y más disminuyeron sensiblemente, sobre todo en las áreas menos urbanizadas, las tasas de participación, pero la aumentaron al tener solamente la primaria concluida; en cambio, los del grupo 20 a 24 años, incrementaron su presencia en el mercado en todos los renglones de escolaridad, aunque el rubro de preparatoria y más representa el nivel más bajo. En resumen, los jóvenes: hombres y mujeres, según su nivel escolar se han incorporado de manera distinta en el trabajo. Las mujeres más escolarizadas participan con menor intensidad en el mercado, privilegio que no lograron las de menor escolaridad (seguramente esta es la causa de la menor escolaridad). Pero en el caso de los varones, principalmente los jóvenes mayores, tal parece que obtener algún certificado o aumentar su escolaridad les abrió las posibilidades laborales.

LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN Y SU ESTADO CIVIL.

En términos generales el estado civil incide en la participación económica, pero el comportamiento de la población femenina está más fuertemente asociado con esta variable que lo que podría estarlo la población activa masculina¹³.

¹³Esta situación no es extraña si se considera que existen obstáculos en el mercado laboral para aquellas mujeres casadas o unidas, lo que contribuye a que tengan menor participación en actividades fuera del ámbito doméstico, en comparación con las solteras o con las separadas o viudas (Christenson, García y de Oliveira, 1989; García y de Oliveira, 1992 y 1994). Además, parece ser que estos obstáculos se incrementan en las áreas rurales, por obstáculos dados en el mercado, impuestos por la pareja o por otros miembros de la familia.

Hasta hace algunos años la posibilidad real que tenían las mujeres casadas de realizar un trabajo extradoméstico era mucho menor que la que tenían las mujeres solteras; si bien antes el estar unido era un factor que tendía a disminuir la presencia de las mujeres en el mercado laboral, actualmente las casadas o unidas tienden a aumentar su participación. En Chile, por ejemplo, las mujeres activas casadas incrementaron su presencia de 49.6% a 59.8 de 1982 a 1990 (Rossetti,1993), y en Uruguay de las mujeres casadas las activas conformaban en 1975 el 33.8% y en 1988 aumentaron a 48.3% (Filgueira y Peri,1993). En México, de 1976 a 1987, las mujeres unidas de 20 a 49 años tuvieron un incremento del 62% en sus tasas de participación (la tasa aumentó de 17.4% a 28.2), en comparación con las separadas, divorciadas y viudas (quienes aumentaron 18%); en cambio, las solteras incrementaron su participación en menor medida, sus tasas crecieron 8.2%: pasaron de 56.1% a 60.7%, aunque estas tasas de hecho son ya bastante altas (García y de Oliveira, 1994:48).

Las cifras que reportan las Encuestas de empleo de 1991 y 1995 (cuadro II.7) como punto de partida confirman que la población femenina tiene una participación activa mayor cuando es soltera, divorciada, separada o viuda; es decir, las mujeres sin pareja se incorporan más ampliamente al mercado.

Al comparar la tendencia de las tasas en ambos años del análisis según el grupo de edad y el área de residencia, el cuadro revela similitudes en cuanto al comportamiento, por lo

que se hará el análisis de manera general, y sólo se hará referencia a la diferencia entre los dos años del análisis, cuando ésta sea significativa.

Primeramente se analizará a *la población femenina*. Las jóvenes de 15 a 19 cuando son solteras tienden a acceder más al mercado en las áreas con menor urbanización, pero lo hacen menos que las de las áreas más urbanizadas cuando están unidas o son separadas, divorciadas o viudas. El que las jóvenes de las pequeñas ciudades aparezcan menos como activas al quedarse sin pareja hace suponer que en estas áreas las mujeres que por alguna causa se quedan sin compañero, pueden regresar a su familia de origen. Ahí se les brindará apoyo económico por lo que no tienen tanta necesidad de incorporarse en el mercado laboral. En cambio, las jóvenes separadas que viven en las ciudades tienen que mantenerse a sí mismas e incluso a sus hijos¹⁴.

Un dato significativo ente 1991 y 1995 es que en el primer año la diferencia en las tasas de actividad entre las separadas de ambas áreas era de poco más del 70%, en cambio en 1995 esta diferencia se reduce aproximadamente a un 50%. Al ser 1995 un año de severa crisis económica, seguramente las familias de áreas menos urbanizadas ya no pudieron acoger nuevamente a todas sus mujeres sin pareja, ahora ellas empiezan, como sucede ya en las ciudades grandes y medianas, a tomar la jefatura y a asumir la manutención de su familia;

¹⁴ Claudio Stern en uno de sus estudios sobre fecundidad adolescente, anota que entre las adolescentes del sector urbano-popular, los embarazos prematrimoniales acarrear implicaciones negativas porque las normas culturales se oponen a la idea de la sexualidad antes de la unión, y por lo tanto estos embarazos originan graves conflictos familiares. En cambio, en el sector tradicional rural, el embarazo a edades muy tempranas y fuera de la unión es considerado como el punto de partida para la formación de una nueva familia (Stern, 1995:11-12).

pero también las cifras evidenciaron que para 1995 el estar casada o unida fue un factor que inhibió menos la participación de las mujeres (al menos de las jóvenes) en el trabajo.

También se observa que las tasas de participación de las mujeres de 15 a 19 y de 20 a 24 de las dos áreas son altas para las solteras, pero disminuyen para las casadas. Este cambio en el nivel de participación de las jóvenes solteras y casadas en el ámbito no muy urbanizado es mucho más pronunciado que el que se percibe en las áreas más urbanas, lo que parece señalar que en las pequeñas ciudades y áreas rurales la unión todavía inhibe en mayor medida la participación laboral de las mujeres de esas edades (aunque la tendencia en los cuatro años señala el principio de un cambio).

Otro aspecto que se rescata es que las jóvenes que viven en las áreas menos urbanizadas aparecen con tasas muy altas en el renglón de solteras, esto es indicador de que: por un lado, las jóvenes de áreas más urbanas tienen mayor acceso a la escolaridad lo que hace que su presencia en el mercado se vea limitada, y por otro que las de espacios con menor grado de urbanización se incorporan más tempranamente porque su contribución económica es muy importante para la familia de origen.

En la población femenina de 20 a 24, pero fundamentalmente en la de 25 y más años, se observa un rasgo interesante en las tasas de casadas y unidas de las dos áreas. En ambos grupos de edad, (aunque en las mayores de 25 el dato es más explícito), la tasa de casadas en ambas áreas de análisis es muy similar, en cambio la de las unidas se ubica por debajo en el

espacio de menor urbanización. Esto puede deberse a la manera en que se concibe la unión libre o el matrimonio legal. En el campo, prácticamente se trata de una situación similar; en cambio en la ciudad, la connotación es, en general, diferente. El compromiso para muchas parejas suele ser mayor en el matrimonio que en la unión libre, quizá por eso las mujeres de las grandes ciudades que viven en unión libre se incorporan mucho más que las de ciudades pequeñas en el mercado laboral. se sienten (o están) posiblemente económicamente más desprotegidas que las casadas, además de los cambios de roles y compromisos de vida distintos que se adquieren entre una y otra área, lo que permite ver el trabajo extradoméstico desde una perspectiva diferente.

En el caso de *los varones*, como se sabe, la participación laboral en general no se restringe sino por el contrario, se alienta con la unión. Las cifras de la ENI:91 y de la ENE95 señalan que las tasas de actividad de los casados o unidos, son siempre más altas que las de los solteros. Aunque en general todas los rubros de los estados civiles, presentan niveles altos de participación.

Por *lugar de residencia* se observa que siempre las tasas de actividad de los jóvenes de áreas menos urbanizadas son más altas y en el caso de la población masculina menor a 20 años la diferencia es mucho más notoria que en las edades mayores. El mercado laboral de ciudades pequeñas y áreas rurales absorbe a población masculina a edades más tempranas.

Finalmente al comparar los niveles de participación en *los dos años del análisis* para ambos sexos, los datos reflejan en términos generales un leve aumento en las tasas. Aunque se insinúan algunas tendencias en sentido contrario, como una baja de 5 y 3 puntos porcentuales en mujeres y en hombres respectivamente de 15 a 19 años solteros en el ámbito no muy urbano. Esto podría señalar que aunque en las ciudades pequeñas y áreas rurales la participación de población adolescente, juvenil (e incluso infantil) es tradicional, existen jóvenes sin responsabilidades maritales, quienes aun con las dificultades económicas actuales no han tenido que incorporarse al mercado. También podría ocurrir que con la crisis económica de 1994 se ha incrementado la proporción de jóvenes que no buscan trabajo porque saben o suponen que no lo van a encontrar.

LAS MUJERES ACTIVAS JÓVENES Y EL NÚMERO DE HIJOS

Existe una polémica sobre la dirección de la relación entre la participación económica de las mujeres y su fecundidad¹⁵. Si bien es un debate que aún se mantiene, se ha observado que las mujeres con hijos pequeños realmente tienen mayores restricciones y menores posibilidades de ingresar activamente al mercado laboral.

¹⁵Recchini de Lates y Catalina Wainerman en 1982 desarrollaron un análisis sobre distintas líneas de investigación que involucran al trabajo femenino y la fecundidad, señalando tanto estudios que encuentran una relación negativa entre el nivel de fecundidad y el nivel de participación, como otros más en donde no encuentran que exista ninguna relación.

García y de Oliveira (1992) señalan que según las fuentes que ellas estudian (EMF, END, Enfes)¹⁶ existe una influencia inhibidora en cuanto al número de hijos y el trabajo de la mujer, ya que las mujeres que no tienen hijos participan más activamente en el mercado laboral. Sin embargo, de 1976 a 1987 se dieron aumentos en la presencia de mujeres con hijos en el mercado, pero el nivel de las tasas de actividad fue, por lo general, más bajo que el obtenido por aquéllas sin hijos.

En el cuadro II.8 se observa que según datos de la ENE91 y ENE95, la presencia de hijos sigue siendo un elemento inhibidor de la participación laboral, pero la diferencia en los niveles de participación de las mujeres con o sin hijos es distinta según el lugar de residencia, según la edad de las madres y entre uno y otro años del análisis. Las cifras indican transformaciones en la inserción de las mujeres sobre todo cuando tienen más de un hijo.

Como primer punto se destaca, como se ha documentado, que el no tener hijos es un elemento que eleva en gran medida las tasas de participación laboral, en todas las edades, en las dos áreas de análisis y en ambos años. Otro factor que es clave es que la participación de mujeres con hijos es mayor siempre en las áreas más urbanizadas: sea por mayores oportunidades laborales en las ciudades, por acceso de terceros en el cuidado de los hijos, por mayor necesidad económica o por tradición. Y como ya se señaló ampliamente, a partir de los 20 años, aun aquellas mujeres que no tienen hijos, presentan tasas de actividad más altas en las áreas con mayor urbanización que en las que el grado es menor: se evidencia otra vez que

¹⁶(EMF) Encuesta Mundial de Fecundidad, 1976, (END) Encuesta Nacional Demográfica, 1982, (Enfes)

en el caso de la población femenina, las ciudades grandes ofrecen muchas más posibilidades laborales, pero junto con estas opciones, los cambios en los roles de las mujeres y las aspiraciones de las jóvenes urbanas son distintas.

Otro aspecto elocuente es que el tener un hijo disminuye también en todos los casos la participación laboral; en cambio la llegada de un segundo, no siempre hace que esta participación se merme. En lo que corresponde a las áreas más urbanizadas, el cuadro señala que para la población femenina de 15 a 19 años la presencia de dos hijos, contrariamente a lo esperado, aumenta la tasa de actividad. En las mujeres de áreas menos urbanizadas, en cambio, desde la aparición del primer hijo la tasa de participación disminuye en más de un 50%, pero la llegada del segundo transformó su participación de 1991 a 1995. Prácticamente en el primer año la mujer con dos hijos salió del mercado laboral, pero en 1995, a pesar de la crisis de diciembre el impacto en su nivel de participación no fue tan severo.

Por otro lado las jóvenes de 20 a 24 años que viven en ciudades medianas y grandes presentan la tendencia esperada, la tasa de participación decrece conforme aumenta el número de hijos; aunque el tener dos, tres o más no hace variar en gran medida su actividad laboral. Las jóvenes que habitan en las ciudades más pequeñas y en áreas rurales, en cambio, si bien presentan también la tendencia conocida, sorpresivamente la llegada de tres o más hijos hace que se retome el trabajo.

Puede decirse que la mayor contracción en el mercado, en términos generales, se da ante el primer hijo, pero con los subsiguientes más bien depende del área de análisis y de la edad de la mujer, lo cual tienen que ver también con otro tipo de presiones en el ámbito doméstico.

Finalmente, el nivel de las tasas en *el transcurso de los cuatro años* del análisis habla de un incremento en la participación tanto de las mujeres con hijos como las sin hijos; aunque las jóvenes de las áreas menos urbanizadas de 15 a 19 años sin hijos presentan una tendencia parecida a la observada en la población soltera, pues en el año con mayores dificultades disminuyeron su presencia en el mercado laboral.

CONCLUSIONES

Si bien la juventud ha sido tradicionalmente considerada fundamentalmente parte de la población estudiantil, también en determinadas circunstancias conforma y pelea, junto con la mano de obra adulta, por un espacio en el mercado laboral. En este capítulo se hace un análisis desde la perspectiva de agregados de individuos de los niveles y la tendencia de esta mano de obra en función de algunas características sociodemográficas como son la edad, el sexo, la escolaridad, el estado civil y el número de hijos y el área de residencia.

Como primer punto se destaca que si bien efectivamente se trata de un subgrupo que conforma a la población estudiantil, la presencia paralela entre estudio y trabajo se está

incrementando notoriamente entre los jóvenes, privilegiándose entre los de más edad, el papel del trabajo. Aquéllos que antes tenían la posibilidad de dedicarse solamente a acudir a la escuela ahora combinan el estudio y el trabajo.

El trabajo como tal, no tendría por qué ser motivo de preocupación, si fuese posible llevarlo a cabo de manera simultánea con el estudio de forma permanente; pero si al final el trabajo toma el papel primordial, entonces se estará en una situación muy desfavorable: poco adiestramiento técnico, menor permanencia en el sistema escolar a la par de falta de empleos, nos permite vislumbrar un panorama difícil: su situación actual los dejará en pocos años con un mayor rezago y desventaja no sólo en cuanto a su situación laboral sino a su vida en general.

Se observó también que en los espacios con menor grado de urbanización, en general, se arroja a población más joven al mercado, lo cual es un punto conocido, pues la participación familiar en pequeños predios y negocios agrícolas es un asunto ampliamente documentado; pero en las ciudades medianas y grandes la aparición de muy jóvenes en el mercado es también significativa, a pesar de que en estas zonas el acceso escolar y las oportunidades son aparentemente mayores que en los ámbitos no muy urbanizados.

Otro hallazgo interesante es la evidente diferencia de participación según el nivel de escolaridad entre los jóvenes de áreas más y menos urbanizadas: en las ciudades son los más escolarizados los que menos se incorporan al trabajo, mientras que en el campo los y las que

han obtenido al menos la secundaria son quienes presentan las tasas más elevadas. Una manera de explicar esto puede ser que los jóvenes urbanos que han alcanzado el nivel preparatoria y más, han llegado a él por no haber tenido la imperiosa necesidad de involucrarse en algún tipo de empleo que les dificulte estudiar, en cambio aquellos jóvenes urbanos que están en niveles escolares inferiores, se encuentran ahí, posiblemente porque su trabajo les ha obstaculizado la continuación de sus estudios.

En cuanto al estado civil, principalmente en las jóvenes aparecen elementos que hay que comentar: si bien son las solteras las que presentan las mayores tasas de participación, son las que habitan en ciudades pequeñas y zonas rurales las que se involucran en mayor medida en el trabajo. Cuando se trata de mujeres casadas, separadas o viudas la presencia activa en estas áreas es mucho menor. Tal parece que en los espacios menos urbanizados la participación es elevada cuando se tiene la condición de soltera: se sugiere que el no permanecer en la escuela por periodos prolongados, situación tradicional en los espacios no muy urbanizados, le confiere al trabajo el papel o la opción principal, pero al unirse, su condición ante la familia y la sociedad cambia y entonces, aun separada, su regreso al trabajo se dificulta más. Aunque para 1995 se vislumbra el principio de un cambio, pues casadas, solteras y viudas empiezan a incorporarse más al mercado.

Otra conclusión importante tiene que ver con el nivel de participación de las mujeres y el número de hijos. Obviamente el no tener hijos permite que las mujeres se

incorporen en mayor medida al mercado, pero lo interesante fue que si bien la llegada del primer hijo hizo que la presencia en el mercado disminuyera, no sucedió lo mismo con la llegada del segundo o más. Es decir, el tener más de dos hijos o bien no limitó la presencia en el mercado, o incluso hizo, como en 1995 en las ciudades pequeñas, que las mujeres de 20 a 24 años, incrementaran su presencia en el mercado. Esto señala, por un lado, los mayores problemas económicos a que estas mujeres se están enfrentando, pero también y muy significativo, habla de la apertura al trabajo de mujeres de espacios no muy urbanizados que se incorporan a actividades laborales aún con fuertes responsabilidades familiares y contrario a la tradición que ha vivido la población femenina.

Cuadro II.1
República Mexicana, 1991 y 1995
Distribución porcentual de la población de 12 años y más por
grupo de edad y sexo según área de residencia

<i>Edad y sexo</i>	<i>Área más urbana</i>		<i>Área menos urbana</i>	
	<i>1991</i>	<i>1995</i>	<i>1991</i>	<i>1995</i>
	<i>% según el total</i>		<i>% según el total</i>	
<i>12-14</i>				
Hombres	3.2	3.1	3.9	3.8
Mujeres	3.2	3.3	4.3	3.9
Total 12-14	6.4	6.4	8.2	7.7
<i>15-19</i>				
Hombres	5.9	5.3	5.9	5.7
Mujeres	6.3	5.4	6.3	5.5
Total 15-19	12.2	10.7	12.2	11.2
<i>20-24</i>				
Hombres	5.1	5.4	3.6	4.2
Mujeres	5.5	5.6	4.1	4.3
Total 20-24	10.6	11.0	7.7	8.5
<i>25 y más</i>				
Hombres	20.9	21.6	18.6	19.8
Mujeres	24.3	24.8	19.8	21.3

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI y STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro II.2
República Mexicana, 1991 y 1995
Distribución porcentual de la población de 12 años y más por grupos de edad, condición de ocupación y condición de inactividad según sexo y lugar de residencia.

<i>Edad y condición de ocupación o inactividad</i>	<i>MUJERES</i>				<i>HOMBRES</i>			
	Más Urbana	Menos Urbana	Más Urbana	Menos Urbana	Más Urbana	Menos Urbana	Más Urbana	Menos Urbana
	1991		1995		1991		1995	
<i>Condición de ocupación o inactividad</i>								
<i>12-14</i>								
Ocupado	5.4	12.3	4.8	15.4	10.6	34.2	11.1	37.3
desocupado abierto	0.2	0.9	0.3	0.1	0.6	0.0	0.5	0.7
estudiantes	87.6	60.6	88.3	67.9	85.2	56.8	84.2	57.3
quehaceres domésticos	6.1	22.1	5.4	15.0	1.5	1.6	1.7	1.5
otros	0.7	4.1	1.1	1.6	2.1	7.4	2.5	3.2
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>15-19</i>								
Ocupado	24.9	31.8	25.9	27.3	45.3	70.7	40.9	66.7
desocupado abierto	1.9	1.0	4.1	1.9	2.9	2.1	6.9	3.3
estudiantes	52.3	20.9	48.4	30.5	46.2	21.7	45.3	23.2
quehaceres domésticos	19.8	42.5	20.2	37.3	1.6	1.2	2.2	1.8
otros	1.2	3.8	1.4	3.0	4.0	4.4	4.7	5.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>20-24</i>								
Ocupado	46.3	30.2	43.3	34.6	76.7	86.5	73.1	87.9
desocupado abierto	1.8	2.0	5.1	2.9	3.0	2.5	7.7	4.9
estudiantes	15.1	4.0	13.4	5.6	16.5	7.1	16.4	3.4
quehaceres domésticos	35.8	60.8	36.9	55.1	1.1	0.2	0.6	0.5
otros	1.0	2.9	1.3	1.8	2.7	3.6	2.1	3.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Tabulados de la Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI, STyPS.

Cuadro II.3

Tasas de actividad de la población de 15 a 24 años y total por sexo según diferentes países.

<i>Edad y sexo</i>	<i>México</i> (1)	<i>Costa Rica</i> (2)	<i>E. U.</i> (3)	<i>Indonesia</i> (4)	<i>Japón</i> (5)	<i>Finlandia</i> (6)	<i>Australia</i> (7)
<i>Mujeres</i>							
15-19	30.3	26.4	38.4	34.9	17.4	26.1	54.1
20-24	43.0	43.7	70.1	46.3	74.5	60.1	76.0
Pob. Total	33.0	33.1	55.7	49.1	50.3	55.4	51.8
<i>Hombres</i>							
15-19	64.3	56.6	39.8	47.8	19.0	31.1	55.1
20-24	85.2	88.4	75.9	76.7	75.2	75.6	87.3
Pob. Total	78.9	80.7	71.5	82.6	78.0	67.7	73.7

Fuente: (1) Encuesta Nacional de Empleo, 1993.

(2) Encuesta de Empleo, 1993.

(3) Encuesta de Empleo, 1993.

(4) Encuesta de Empleo, 1992.

(5) Encuesta de Empleo, 1993.

(6) Encuesta de Empleo, 1993.

(3) Encuesta de Empleo, 1993.

Cuadro II.4
República Mexicana, 1991 y 1995
Tasas de participación económica por grupos de edad
según sexo y área de residencia.

<i>Edad</i>	1991		1995	
	Más Urbana	Menos Urbana	Más Urbana	Menos Urbana
<i>MUJERES</i>				
12-14	5.6	13.2	5.3	15.5
15-19	26.7	32.8	29.3	29.3
20-24	48.1	32.3	48.4	37.6
25 y +	37.9	29.5	41.7	33.4
<i>HOMBRES</i>				
12-14	11.2	34.2	11.6	38.0
15-19	48.2	72.8	47.8	69.8
20-24	79.7	89.0	80.8	92.7
25 y +	89.0	92.6	88.9	90.4

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI y STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro II.5
República Mexicana, 1991 y 1995
Distribución porcentual de la población activa por grupos de edad y asistencia escolar,
según sexo y área de residencia.

<i>Edad y asistencia escolar</i>	<i>MUJERES</i>				<i>HOMBRES</i>			
	Más Urbana	Menos Urbana	Más Urbana	Menos Urbana	Más Urbana	Menos Urbana	Más Urbana	Menos Urbana
	1991		1995		1991		1995	
12-14								
Estudia y trabaja	77.0	73.3	88.1	85.9	64.1	44.6	70.4	64.1
Sólo trabaja	23.0	26.7	11.9	14.1	35.9	55.4	29.6	35.9
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
15-19								
Estudia y trabaja	52.3	30.0	73.1	48.6	21.6	23.4	35.6	21.6
Sólo trabaja	47.7	70.0	26.9	51.4	78.4	76.6	64.4	78.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
20-24								
Estudia y trabaja	41.6	18.3	43.4	22.9	5.6	4.4	21.8	5.6
Sólo trabaja	58.4	81.7	56.6	77.1	94.4	95.6	78.2	94.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
25 y +								
Estudia y trabaja	39.6	18.8	44.4	24.6	0.7	8.5	5.3	0.7
Sólo trabaja	60.4	81.3	55.6	75.4	99.3	91.5	94.7	99.3
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI, STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro II.6
República Mexicana, 1991 y 1995
Tasas específicas de participación económica por grupos de edad y nivel de instrucción
según sexo y área de residencia.

<i>Edad y grado escolar</i>	<i>MUJERES</i>				<i>HOMBRES</i>			
	Más Urbana	Menos Urbana	Más Urbana	Menos Urbana	Más Urbana	Menos Urbana	Más Urbana	Menos Urbana
	<i>1991</i>		<i>1995</i>		<i>1991</i>		<i>1995</i>	
<i>12-14</i>								
Sin escolaridad o primaria incompleta	6.4	14.0	5.6	20.3	13.4	37.9	12.4	43.5
Primaria completa	5.3	11.8	6.3	15.4	10.1	29.1	12.4	43.8
Secundaria completa	4.0	27.3	3.8	26.8	7.6	50.0	10.2	21.0
<i>15-19</i>								
Sin escolaridad o primaria incompleta	34.7	29.0	41.7	36.1	72.1	84.0	66.2	83.6
Primaria completa	26.4	33.9	43.0	34.8	52.6	73.9	79.1	84.0
Secundaria completa	25.6	34.7	30.3	26.4	43.2	65.1	47.7	63.7
Preparatoria y más	23.0	26.5	20.8	17.8	36.1	55.6	30.5	22.7
<i>20-24</i>								
Sin escolaridad o primaria incompleta	35.6	15.8	34.5	26.5	79.4	96.3	89.2	96.2
Primaria completa	38.9	26.2	39.8	36.6	90.4	93.8	96.9	97.1
Secundaria completa	52.8	44.2	54.2	40.5	86.6	89.6	92.9	93.7
Preparatoria y más	44.0	68.0	46.4	46.1	56.6	59.7	64.7	80.9
<i>25 y +</i>								
Sin escolaridad o primaria incompleta	25.4	25.5	29.4	28.3	77.6	89.4	76.1	87.3
Primaria completa	31.2	30.8	34.5	33.9	87.7	94.9	87.7	94.1
Secundaria completa	48.3	48.6	48.5	47.6	91.8	97.7	93.7	96.5
Preparatoria y más	61.5	70.9	62.5	62.3	92.5	96.7	94.1	94.0

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI, STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro II.7
República Mexicana, 1991 y 1995
Tasas específicas de participación económica por grupos de edad y estado civil
según sexo y área de residencia*.

<i>Edad y estado civil</i>	<i>MUJERES</i>				<i>HOMBRES</i>			
	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana
	1991		1995		1991			
15-19								
Soltero	27.2	37.2	31.5	32.2	45.6	71.4	46.1	68.3
Casado o unión libre**	14.9	11.5	17.2	15.0	85.0	98.6	96.4	97.3
Divorciado, separado o viudo***	54.8	16.7	32.0	22.2	100.0	--	87.5	100.0
20-24								
Soltero	62.4	52.5	63.2	56.0	72.3	84.5	73.1	88.9
Casado	20.8	14.3	29.5	18.3	91.7	93.8	99.2	99.2
Unión libre	17.1	9.3	19.3	19.8	92.8	98.4	99.7	98.7
Divorciado	93.5	0.0	76.9	59.1	100.0	--	80.0	100.0
Separado	61.8	20.0	66.0	67.0	82.5	100.0	83.3	91.7
Viudo	74.1	16.7	22.2	25.0	0.0	0.0	100.0	--
25 y más								
Soltero	70.8	54.9	72.5	58.3	84.2	92.2	88.0	87.0
Casado	28.5	26.1	33.6	29	89.5	93.2	90	92.2
Unión libre	33.0	23.3	43.5	29.1	93.8	95.0	95.4	94.7
Divorciado	67.4	71.4	74.5	76.1	81.0	90.9	87.4	60.0
Separado	61.7	59.0	67.5	63.4	75.9	93.5	81.0	88.4
Viudo	27.9	25.7	28.0	32.4	44.9	60.8	45.7	57.5

* No hay suficientes casos para el grupo de 12 a 14 años de edad.

** Se agruparon las categorías de casado y unión libre por insuficiente número de casos.

*** Se agruparon las categorías de divorciado, separado y viudo por insuficiente número de casos.

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI, STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro II.8
República Mexicana, 1991 y 1995
Tasas específicas de participación económica femenina
por grupos de edad y número de hijos según
área de residencia*.

<i>Edad y estado civil</i>	1991		1995	
	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana
15-19				
Sin hijos	26.3	35.7	30.7	30.8
1 hijo	21.3	15.7	25.3	19.7
2 y más	28.2	2.4	11.7	17.3
20-24				
Sin hijos	57.7	47.8	60.6	52.1
1 hijo	32.0	20.3	36.8	27.9
2 hijos	20.6	12.9	23.7	19.5
3 y más	20.2	16.4	23.9	21.6
25 y más				
Sin hijos	64.2	43.8	68.5	52.1
1 hijo	49.8	34.6	54.3	41.7
2 hijos	40.1	35.4	44.0	34.6
3 y más	27.5	26.8	32.0	30.2

* No hay datos disponibles para la población masculina.
 No existe suficiente número de casos para las mujeres.
 de 12 a 14 años.

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995, INEGI y STyPS
 Muestra expandida y escalada.

CAPÍTULO TRES

CARACTERÍSTICAS Y CONDICIONES LABORALES DE LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN EN 1991 Y 1995

INTRODUCCIÓN

Como se ha anotado en los capítulos anteriores, en los últimos veinte años han ocurrido múltiples transformaciones de índole económica. Hasta la mitad de los ochenta se vivió un severo estancamiento económico donde se contrajo el empleo industrial, se incrementó el sector terciario en comparación con el resto de la economía nacional, aumentó el trabajo por cuenta propia, se hicieron cada vez más precarias las condiciones laborales, disminuyó notablemente el ingreso real de los trabajadores y se originó una gran diversidad laboral. Posteriormente hubo un breve periodo de recuperación, para 1989 -por primera vez desde 1985- el producto bruto per cápita fue positivo y la economía creció durante los primeros años de los noventa. Pero para fines de 1994 la situación se tornó insostenible y el gobierno optó por devaluar abruptamente el peso y con esto la población mexicana encaró nuevas dificultades: aparecieron más personas afectadas por la recesión económica, con mayores dificultades para incorporarse al mercado de trabajo, y aquéllas que lograron acceder a él, se enfrentaron a condiciones laborales muy deterioradas.

En este capítulo se hará un análisis a nivel de agregados de individuos, de algunas de las características y condiciones laborales de la población económicamente activa joven en los dos periodos del estudio: 1991 y 1995. Se comparará la participación juvenil masculina y femenina y en algunos casos se resaltarán las diferencias encontradas con la PEA adulta con el fin de anotar si la crisis golpeó en igual medida a toda la población trabajadora. Se resaltarán en qué medida fue afectada la participación laboral de los jóvenes y en qué espacios y bajo qué condiciones han tenido que incorporarse al mercado laboral. Todo se abordará teniendo como eje a la rama de actividad, la posición en el trabajo, el monto del salario, el número de horas trabajadas, las prestaciones laborales y el tipo de empresa en la cual laboran (en función del número de trabajadores), indicadores presentados por lugar de residencia y para los dos años considerados.

Se hará una breve revisión de la situación que guarda la población adolescente (12 a 14 años) según sus condiciones laborales de manera individual en un apartado especial. Se considera a esta subpoblación de manera separada primero porque la muestra utilizada en algunos rubros no ofrece suficiente información sobre este grupo; segundo, porque se trata de una población que si bien es considerada en este trabajo como joven, adolescente, en algunas definiciones suele conformar también al mundo infantil; y tercero, porque si bien es cierto que en el caso de México el trabajo por debajo de los 14 años está prohibido¹, sin embargo se trata

¹ El Convenio sobre la edad mínima de admisión al empleo de 1973 (núm 138) de la OIT señala como edades mínimas los 12 o 13 años para trabajos ligeros, límite que corresponde en la mayoría de los países a la edad de finalización de la escolaridad primaria (OIT, 1990). De hecho la OIT considera en algunos países como trabajo infantil a los trabajadores de menos de 15 años (OIT, 1980).

de una actividad ampliamente conocida, sin un reconocimiento pleno ni derecho alguno donde en la mayoría de los casos este trabajo, en lugar de convertirse en un instrumento educativo puede ser un obstáculo a su desarrollo (aunque esto no es exclusivo de este grupo de edad). Se trata de niños o adolescentes que conforman el mercado laboral y que son absorbidos en gran medida en los sectores más pauperizados y desprotegidos de la economía.

LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN POR RAMA DE ACTIVIDAD

Hasta 1970, el número de trabajadores en el sector manufacturero iba en ascenso, el sector industrial mexicano tenía un gran dinamismo en términos de absorción de empleo y lo mismo sucedía con aquellos servicios relacionados con la industria: finanzas, comercio, servicios prestados a las empresas (Oliveira y García, 1993).

Con base en el censo de población de 1970 se estimó que el 24% de la PEA masculina y el 20% de la femenina se concentraba en el sector secundario de la economía. Para principios de los ochenta ocurrieron grandes cambios a nivel sectorial de la economía mexicana: la capacidad del sector manufacturero para generar nuevos empleos se redujo², de hecho esa época se caracterizó por una pérdida en la importancia de la industria. Simultáneamente, empezaba una rápida expansión de la fuerza de trabajo en el sector terciario (principalmente en los servicios distributivos y los servicios personales). Tanto estudios

² La tasa media de crecimiento anual del empleo en el sector manufacturero bajó de 5 a 3% entre los quinquenios 1975-1980 y 1980-1985 respectivamente (Rendón y Salas, 1991).

basados en censos económicos como aquéllos que hacen referencia a las encuestas de ocupación hacen hincapié en la mayor presencia del terciario. Con base en los censos económicos, por ejemplo, Rendón y Salas señalan que a fines de los ochenta el comercio y los servicios absorbieron dos terceras partes del total de personal ocupado (Rendón y Salas, 1991). Oliveira y García, utilizando cifras de la ENE (Encuesta Nacional de Empleo) señalan para 1991 un creciente involucramiento de mano de obra femenina en el sector terciario: el 70% de la PEA femenina se concentró en este sector³ (Oliveira y García, 1993).

Para mediados de los noventa, al desencadenarse una nueva crisis económica, el sector terciario absorbe nuevamente y en mayor medida a la población activa: en 1995 según cifras de la ENE el 53.1% de la PEA total estaba ocupada en los sectores de servicios y comercio (Pacheco, 1997).

Según resultados de este trabajo, en lo que respecta a la *PEA femenina* son los servicios, el comercio y la industria los sectores donde se concentran las mujeres trabajadoras (cuadro III.1). En cuanto a la *población joven femenina* específicamente, por grupo de edad y según lugar de residencia: las *mujeres de 15 a 19 años* de espacios más urbanizados presentan un mayor nivel de participación en el sector industrial (la cifra es del 64% mayor entre estas jóvenes con respecto a las adultas); tal parece que en las ciudades grandes y medianas los empleadores industriales prefieren contratar a mujeres muy jóvenes. En cambio su presencia en el sector servicios es menor (representa un 25% menos en

relación con las adultas); el comercio en cambio es un sector en el que se involucran en similar magnitud. En lo que respecta a las pequeñas ciudades, las *mujeres de 15 a 19 años* muestran una distribución por rama de actividad parecida a la de la PEA femenina adulta de las mismas áreas.

Con relación a la *PEA femenina de 20 a 24 años*, en los espacios urbanos las cifras indican que al igual que con las trabajadoras de 15 a 19, hay una alta propensión a participar en la industria. La participación en el sector comercio es en todos los casos menor que la obtenida entre las mujeres de 15 a 19 años; es interesante anotar que en este sector su presencia es similar más bien a la de la PEA femenina adulta. En los servicios la presencia de las jóvenes de 20 a 24 que viven en ciudades grandes y medianas es más evidente que la de las jóvenes de 15 a 19, pero no tan importante -en términos cuantitativos- como lo es en las mujeres adultas. Por su parte en los espacios con menor grado de urbanización las jóvenes de 20 a 24, presentan muy alta participación en la industria (ligeramente mayor incluso que las jóvenes que viven en áreas más urbanizadas) y su participación en la agricultura, que en general es mayor al 20%, en este grupo de mujeres es menor.

Lo anterior sugiere que la PEA femenina joven si bien se incorpora en los sectores tradicionales para la mano de obra femenina: servicios y comercio, tiene mayor posibilidad de ser absorbida por la industria, mientras que para las mujeres de más de 25 años la industria no representa ya una opción laboral.

³ Para 1991, en contraparte, según la Encuesta Nacional de Empleo solamente el 41% de la PEA masculina se ubicó en el sector terciario, (Oliveira y García, 1993).

Al observar *los cambios en el periodo de estudio*, se encuentra que la crisis de los noventa no afectó de igual manera a las trabajadoras. Entre *la PEA femenina joven*, la que vive en las ciudades grandes no sufrió cambios fundamentales en su participación durante estos cuatro años, pero las jóvenes de ciudades más pequeñas -al igual que las adultas de estas áreas- sí presentaron cambios notorios. Las jóvenes de ambos grupos de edad aumentaron su participación en más de 35% en el sector comercio. En el caso de las mujeres adultas que viven en espacios muy urbanizados, su inserción según sectores económicos en el transcurso de esos años no se transformó; en cambio las que viven en áreas rurales y ciudades pequeñas, de 1991 a 1995 disminuyeron su participación en la industria para elevarla en diez puntos porcentuales en el sector comercio, lo que corrobora -como antes se señaló- que el sector industrial ya no genera empleos como lo hizo en el pasado, al menos no para la mano de obra femenina adulta.

Las cifras que aportan las encuestas señalan entonces, que las mujeres de las ciudades pequeñas y zonas rurales son las que han sufrido mayores cambios en su inserción en el mercado laboral según sector económico; pero son las jóvenes de 15 a 19 las que presentan de 1991 a 1995 cambios más profundos y es el sector comercio el refugio que han encontrado ante su salida de la industria y los servicios. Aunque las jóvenes de 15 a 19 en 1995, encontraron como única opción los servicios, la industria ya no fue para ellas, como lo fue cuatro años antes, una posibilidad laboral.

Los datos para *los varones* señalan que la PEA masculina, tanto la juvenil como la adulta, tiene distinta participación según el espacio que habita. Los trabajadores de las áreas más urbanizadas se incorporan, en orden de magnitud: en servicios, industria y comercio. Los que viven en áreas menos urbanas lo hacen sobre todo en el sector agrícola (más del 50% en general); en segundo lugar en industria y en seguida en los servicios. En este punto habría que señalar que los adultos, a diferencia de los jóvenes, se incorporan más en servicios que en comercio y que la industria es una rama de actividad que es más significativa entre la población joven.

Al analizar a *los hombres jóvenes* por grupo de edad, se observa que *los de 15 a 19 años* tienen en comparación con los de mayor edad mayor presencia en el comercio, principalmente este dato aparece en las ciudades grandes y medianas. Este aspecto resulta relevante pues sugiere que la población que en la actualidad entra tempranamente al mercado, en una importante proporción no lo hace en los sectores productivos de la economía, sino en el sector comercio, en el comercio informal, por ejemplo. Hoy por hoy pareciera ser éste un espacio relevante para la juventud que se incorpora al mercado, sobre todo en lo que a las ciudades grandes se refiere. El sector servicios, en cambio es una opción que involucra más los varones mayores a 19 años. Otro aspecto a señalar es que la industria (igual que con la PEA femenina joven) es un sector que da mayor cabida a la PEA masculina joven en relación con los hombres adultos.

Al observar a *la población masculina trabajadora en los cuatro años del estudio*, se anota que los varones de áreas más urbanizadas, jóvenes y adultos, no sufrieron cambios importantes de 1991 a 1995, pero los que viven en ciudades pequeñas -igual que sucedió con las mujeres- sí tuvieron modificaciones. Los hombres disminuyeron en los cuatro años su presencia en el sector primario de la economía, siendo absorbido en mayor medida en el comercio, sector que creció más del 70% en el caso de los jóvenes trabajadores de 15 a 19 años.

Los jóvenes de espacios con menor grado de urbanización tuvieron en el período analizado una disminución en el sector agrícola, que en el grupo de 20 a 24 años llegó a ser del 22% (en el de los más jóvenes fue de 9% y en el de los adultos de 17.3%). Un rasgo distintivo fue el incremento en comercio y servicios. El sector comercio incorporó principalmente a los nuevos varones más jóvenes que se insertaron en el mercado es más, de 1991 a 1995 casi duplicaron su participación en este sector económico.

Por todo lo anterior puede esbozarse que la población trabajadora joven que vive en áreas menos urbanizadas presenta características diferenciales que en gran medida están determinadas por la edad, siendo la diferencia por género menos evidente. Su comportamiento, el de ellas y ellos en cuanto al sector económico se refiere presenta tendencias parecidas: disminución en sector industrial, y en las áreas con bajo grado de urbanización sobre todo aumento en el comercio, y la peor parte la llevan los trabajadores de

15 a 19 años tanto ellas como ellos. En el caso de los varones el comercio y la agricultura fueron las opciones laborales a las que tuvieron mayor acceso.

LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN Y LA SITUACIÓN EN EL TRABAJO

A los trabajadores según su situación en el trabajo puede separárseles en asalariados y en no asalariados, estos últimos se conforman fundamentalmente por los trabajadores por cuenta propia y los no remunerados; por otra parte aparecen los patrones y empresarios. El grueso de la PEA se ha concentrado en el rubro de asalariados, sin embargo los no asalariados están incrementándose considerablemente.

Se ha documentado que de 1950 a 1970 por la creciente urbanización e industrialización, México tuvo un proceso de salarización de su mano de obra; pero en cambio de 1970 a 1979, las tasas de crecimiento de la PEA no asalariada fueron superiores a las del total de los trabajadores y sobre todo en lo que respecta a la población trabajadora femenina (García y Oliveira, 1993). Para la década de los ochenta, Rendón y Salas señalan que el empleo asalariado si bien se incrementó, lo hizo a un ritmo inferior que el no asalariado y esta pérdida de trabajadores asalariados se debió, entre otras razones, a que proliferaron pequeñas unidades que surgieron como resultado de estrategias de sobrevivencia de unidades familiares. Además, se dio una disminución del tamaño medio de los establecimientos manufactureros o comerciales y también una reducción en su ritmo de crecimiento como

consecuencia de una polarización de las plantas industriales y sobre todo de las distributivas (Rendón y Salas, 1990).

Para los noventa (en 1991 los no asalariados representaron el 36.6%) la tendencia indica que hubo una participación creciente en ocupaciones no asalariadas, y en empresas de pequeña escala⁴. Sin embargo, el aumento de las ocupaciones no asalariadas no significa necesariamente que aumenten los empleos más desprotegidos y precarios del mercado laboral⁵.

En el caso de la población femenina, los datos indican que las mujeres en general se ocupan en trabajos como asalariadas, pero se marcan diferencias elocuentes cuando se compara a las adultas con las jóvenes (cuadro III.2). Las mujeres activas jóvenes de menos de 19 años de áreas menos urbanizadas, presentan una mucho menor participación en el rubro de cuenta propia que las adultas. Esto puede deberse a que las jóvenes, sobre todo las de menor edad, no tienen la experiencia o tal vez la acuciosa necesidad de las mujeres mayores para autogestarse una ocupación, o bien no cuentan con los recursos económicos suficientes para incursionar solas en la creación de una actividad económica. A la par se observa que la ocupación como empleadoras es prácticamente nula en estos grupos de edad. En cambio el trabajo no remunerado representa (en 1991) casi un 10% en las de 15 a 19, pero sólo un 4.8%

⁴ En países como México, la pequeña empresa es un gran refugio ocupacional y una válvula de escape de las tensiones sociales provocadas por la escasez de empleos remunerados y por las diversas crisis a que se ha enfrentado la sociedad (Alba y Méndez, 1997).

⁵ Uno de los hallazgos de Edith Pacheco (1994) en su tesis doctoral es que en la Ciudad de México las ocupaciones no asalariadas femeninas pueden ser concebidas como refugios de mano de obra; en cambio en el caso de los hombres, ellos a veces han encontrado mejores opciones y mayores remuneraciones en el trabajo no asalariado.

en las de 20 a 24, dato, este último, que resulta inclusive menor que el estimado para las adultas (6.6%).

Una posible explicación a esta mayor presencia tanto en ocupaciones no remuneradas como en cuenta propia en los espacios menos urbanizados, podría ser que el paso de joven a adulto en las grandes ciudades es posterior: una mujer del grupo de 15 a 19 años en espacios más urbanizados es tradicionalmente considerada todavía parte y responsabilidad de la familia, en cambio en las ciudades pequeñas y zonas rurales, una mujer de la misma edad puede incluso ser jefa de hogar, lo que hace que se inserte en actividades de "ayuda" a su familia, o que busque crearse una ocupación por cuenta propia para asegurar la manutención de sus hijos; las responsabilidades en uno y otro caso son completamente distintas. Pero puede deberse también a que el mercado urbano presenta mayores restricciones lo que dificulta la autocreación de ocupaciones, sobre todo en lo que respecta a la población joven que cuenta con menos recursos, menos capacitación, menos experiencia y menor independencia familiar.

Los cambios ocurridos en la situación laboral de las mujeres en *los cuatro años del análisis*, sobre todo de las más urbanizadas, reflejan la tendencia que se esperaba; la disminución de mujeres en el trabajo asalariado y, en general, un aumento en el trabajo por cuenta propia y en el no remunerado.

Las mujeres jóvenes que residen en áreas más urbanizadas presentaron una disminución en el trabajo asalariado con un decremento de 8.4% en las jóvenes de 15 a 19 y

de 6.1% en el grupo 20 a 24 años. En las de menor grado de urbanización, las mujeres jóvenes sufrieron modificaciones más profundas, principalmente entre las de 15 a 19 años: ellas disminuyeron en el transcurso de los cuatro años en 20% su nivel como asalariadas y 20% resultó el incremento de las no remuneradas. Las mujeres de pequeñas ciudades y zonas rurales del grupo 20 a 24, disminuyeron su participación como asalariadas sólo en 7.6% y aumentaron en 13.3% como no remuneradas. Se aprecia entonces, que las más jóvenes y principalmente las que viven en áreas no altamente urbanas son las que sufrieron en mayor medida cambios en su situación en el trabajo en el transcurso de 1991 a 1995.

En relación con *la población masculina: los hombres jóvenes en las ciudades mayores* presentaron una distribución parecida a la de la mano de obra femenina joven: los de 15 a 19 años son fundamentalmente asalariados, los no remunerados ocupan poco más del 10% de la población trabajadora de ese grupo de edad (cifra poco mayor a la presentada por las jóvenes). Es en este grupo de edad donde se concentran la mayoría de los no remunerados, los cuenta propia en cambio presentan el nivel más bajo comparado con los de 20 a 24 y con los adultos (los varones adultos de espacios más urbanos son principalmente asalariados y su participación como trabajadores cuenta propia es de poco más del 20%).

Los *varones de 20 a 24* que viven en las áreas más urbanizadas tienen como rasgo característico que su participación como no remunerados es menor en relación con los más jóvenes pero mayor en comparación con los adultos. Si bien ellos, conforme a la edad, forman parte del mundo adulto (aunque sean jóvenes), todavía puede darse el caso de que vivan en

las unidades domésticas con sus padres, formen parte de la mano de obra familiar y sean trabajadores sin pago, situación parecida -aunque en un grado menor- a la mano de obra más joven. El rubro de cuenta propia absorbe a poco menos del 10% de los jóvenes de 20 a 24 de origen más urbano, en este caso la cifra parece indicar que al menos un 10% de estos jóvenes buscan y crean alguna ocupación en el mercado laboral urbano, lo que no pueden hacer todavía los trabajadores de 15 a 19 años, pero sí es posible para los varones adultos (además los varones adultos aparecen también como empleadores, cifra que es mínima para las jóvenes y para las mujeres en general).

En las ciudades pequeñas y zonas rurales, las características son distintas; el trabajo en el campo es en muchos casos de subsistencia para la familia y toda ella participa en esta actividad. Las cifras del cuadro III.2 revelan que en estas zonas el trabajo no remunerado de los jóvenes de 15 a 19 y de 20 a 24 es muy elevado (es además, en términos porcentuales, más importante que el trabajo de mujeres de las mismas edades en la mayoría de los casos). Por otra parte, *los jóvenes de ciudades pequeñas y zonas rurales de 15 a 19* son trabajadores no remunerados en su mayoría y su participación como asalariados llegó a ser hasta de la mitad de la que presentan los jóvenes de ciudades grandes y medianas. En general la participación en el trabajo asalariado es, en relación con los adultos, mayor: parece ser que en los empleos donde se percibe un salario, se contrata principalmente a los hombres jóvenes, en cambio el trabajo por cuenta propia todavía no es tan frecuente en los que tienen 15 a 19 y 20 a 24 años de edad.

Al analizar a *los varones en el transcurso de 1991 a 1995*, se aprecia como tendencia general en el caso de los hombres de ciudades grandes y medianas (jóvenes y adultos) una importante disminución como trabajadores asalariados; sin embargo en las ciudades menores la población masculina muestra una tendencia especial. Los adultos aumentaron en los cuatro años su presencia como trabajadores asalariados (hecho contrario a lo esperado), y disminuyeron en 62% su presencia como empleadores; quizá se trate de personas cuyas tierras no son ya productivas, o las han vendido, o recurren ahora solamente a la mano de obra familiar o a vender su fuerza de trabajo. *Los jóvenes de 15 a 19* de ambas áreas de residencia, en cambio en apariencia no han transformado mucho sus niveles de participación. Lo que sí es fundamental anotar es el incremento en 1995 del rubro "otros" principalmente en las ciudades mayores, en el cual deben estar un sin fin de ocupaciones que posiblemente podrían conformar parte de los cuenta propia o de los no remunerados, ó quizá ocupaciones temporales o muy precarias.

Los jóvenes de 20 a 24 en las áreas más urbanizadas disminuyen como asalariados pero crecen en el rubro de "otros", los de espacios con menor grado de urbanización, disminuyen como no remunerados, y crecen en el rubro de trabajadores asalariados, pero al igual que con los más jóvenes, aparece un alto porcentaje de otros.

A simple vista podría pensarse que la PEA joven que reside en espacios más urbanos – junto con las jóvenes de áreas menos urbanizadas- al haber reducido de manera importante su presencia en los empleos asalariados, se sitúa en posición más desfavorable en

comparación con los que son asalariados de espacios menos urbanizados. No obstante, el hecho de que estos jóvenes hayan mantenido e incluso aumentado su presencia como población asalariada, no indica necesariamente mejores condiciones en el trabajo; más bien puede ser que en las grandes ciudades la población joven masculina han podido evitar el trabajo asalariado peor retribuido y acceder a otro tipo de ocupaciones. También hay que recordar que la presencia de jóvenes ha sufrido un incremento significativo en la condición de no remunerados y del rubro de “otros”, principalmente los varones; lo que sugiere ocupaciones quizá tan inestables o precarias que el mismo trabajador no pudo clasificarlas.

LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN Y EL INGRESO

El ingreso de los trabajadores es uno de los indicadores de las condiciones laborales más utilizado. Dentro de las consecuencias de las reestructuraciones y crisis económicas que México ha vivido, el crecimiento de los ingresos por ocupaciones no asalariadas y la no remuneración se han convertido en elementos recurrentes.

El trabajo no remunerado es uno de los aspectos que identifica a la población activa joven; por un lado, el joven ante las dificultades de acceder a un empleo remunerado puede empezar como aprendiz; pero por otro, dadas las condiciones actuales de los mercados laborales, aún aquellos jóvenes con cierta experiencia laboral o incluso adultos que han logrado acceder a un empleo remunerado, se están enfrentando a niveles salariales cada vez menores, esto sin considerar además, las diferencias existentes entre hombres y mujeres.

Durante los ochenta, cuando se dieron los primeros pasos para implementar el nuevo modelo de desarrollo, se redujeron sustancialmente las percepciones de los trabajadores asalariados en términos reales; en el transcurso de la década se redujo a la mitad aproximadamente el poder adquisitivo del salario⁶. Para 1991 la población que no recibió ningún ingreso junto a aquella que recibió como máximo dos salarios mínimos alcanzó el 66.2% de la PEA; para 1995 la cifra fue también de más del 60% (Pacheco, 1997). Así, en los últimos años más de la mitad de la población recibe cuando mucho 2 salarios mínimos.

En el cuadro III.3 se presentan los ingresos de la población trabajadora. Las cifras estimadas para 1991 y 1995 no son directamente comparables porque las últimas no han sido deflacionadas. Sin embargo lo que se busca señalar, más bien, son las diferencias en salarios mínimos entre la población trabajadora joven y la adulta en los dos años considerados.

En cuanto a *las mujeres trabajadoras*, en la *PEA joven femenina* las más jóvenes de áreas más urbanizadas presentan mayor participación en el rubro de uno a dos salarios mínimos, luego aparecen en el renglón de menos de un salario y existe un alto porcentaje también en el rubro de sin ingreso. Las que viven en pequeñas ciudades y en zonas rurales presentan una situación todavía más desfavorable: por ejemplo, en 1995 el 38.9% de las jóvenes trabajadoras rurales de 15 a 19 no obtuvieron ingresos, mientras que en esa misma situación sólo se encontraron el 13.6% de las jóvenes urbanas. Esto evidencia un gran

⁶El salario mínimo fue el más afectado, mostró disminuciones importantes después de 1982 y en 1987, momento este último en que se puso en marcha el primer pacto entre grupos económicos y el Estado (Oliveira y García, 1993).

deterioro en las condiciones de estas jóvenes de espacios no muy urbanizados en cuanto al nivel de ingresos se refiere.

En el grupo de *las jóvenes de 20 a 24 años*, en el ámbito más urbano hay un elevado número de mujeres que ganan de uno a dos salarios mínimos y más de dos salarios; pero en las ciudades más pequeñas las mujeres reciben en su mayoría no más de dos salarios. Así mismo, la participación de mujeres jóvenes en el rubro de sin ingreso es mayor también en el espacio menos urbanizado.

Las diferencias más notables de las trabajadoras jóvenes en relación con la PEA femenina adulta se reflejan principalmente: primero, en que hay menos jóvenes que adultas (sobre todo en el grupo de 15 a 19) que ganen más de dos salarios mínimos; y segundo, que las de 15 a 19 participan en el mercado en mayor medida sin obtener ningún ingreso.

La situación de *los varones* no es precisamente envidiable. La tendencia de la PEA masculina presenta aspectos similares a la de las mujeres, aunque los niveles son diferentes: en general los mayores porcentajes se presentan en el rubro de uno a dos salarios mínimos. Las cifras también indican que la distribución está muy afectada por los “sin ingresos” en el las ciudades más pequeñas. Un dato muy interesante es que en comparación con la población joven femenina entre los que viven en áreas menos urbanizadas, existe un mayor número de varones que no recibe ingreso por su trabajo. En cambio en las ciudades grandes y medianas la presencia de mujeres sin ingresos es mayor, sobre todo en las adultas. Es

probable que se trata de esposas que colaboran en negocios familiares sin ninguna retribución.

A *grosso modo* puede destacarse, en cuanto a los niveles de ingreso, que tanto hombres como mujeres se encuentran en condiciones muy desfavorables, pero que esta situación es más grave en el grupo de 15 a 19 años, y aunado a esto, el campo presenta condiciones todavía peores. Así, tener menos de 20 años y además vivir en un espacio no muy urbanizado son elementos que condicionan en forma más desfavorable a los niveles del ingreso.

LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN Y LAS PRESTACIONES LABORALES

El mercado de trabajo en México se ha caracterizado por tener una gran heterogeneidad laboral y diversas formas de empleo precario. Este tipo de empleo se ha incrementado no solamente dentro de las actividades del llamado sector informal, sino mediante otras formas de trabajos ocasionales, temporales, de tiempo parcial, con o sin prestaciones laborales.

Otro de los indicadores de las condiciones laborales es el acceso a las prestaciones sociales. Los estudios hechos sobre el tema, señalan la tendencia hacia la precarización del trabajo asalariado (Oliveria y García, 1993; García y Oliveira, 1994; Rendón y Salas, 1995; Pacheco, 1997; entre otros), donde se supone se ubican en mayor medida los trabajadores con prestaciones laborales. Oliveira y García (1993), anotan que de 1986 a 1992, en la mayoría de

las 16 ciudades que ellas analizan, el peso relativo de los trabajadores asalariados sin prestaciones se incrementó en tres puntos como mínimo.

En el cuadro III.4 se presenta el acceso a al menos una de las prestaciones laborales, es decir, que se tenga cuando menos una de las siguientes opciones: aguinaldo, vacaciones con goce de sueldo, reparto de utilidades, crédito para vivienda, afiliación al IMSS (Instituto Mexicano del Seguro Social), afiliación al ISSSTE (Instituto de Seguridad Social y Servicios para los Trabajadores del Estado), servicio médico particular o seguro de vida y/o SAR (Sistema de Ahorro para el Retiro), este último sólo para 1995. Las cifras indican lo siguiente: *las mujeres jóvenes, las de 15 a 19* presentan también mejor situación cuando viven en áreas más urbanizadas, aunque el porcentaje de las que tienen alguna prestación es menor que el que presentan las mujeres adultas. *Las jóvenes de mayor edad* (las del grupo 20 a 24 años), son aparentemente las que tienen las mejores condiciones laborales en cuanto a las prestaciones obtenidas, pero son las de espacios más urbanizados donde se percibe mayor ventaja.

Al analizar las cifras *por año de análisis* se evidencia un deterioro, pues en todos los casos (adultas y jóvenes) para 1995 disminuye la presencia de mujeres con alguna prestación laboral, tendencia esperada. La peor situación es la encontrada en las jóvenes de 15 a 19, quienes en el último año se ubican en casi 60% como trabajadoras sin ninguna prestación en las ciudades grandes y en 79% en las pequeñas y en la zona rural.

Los varones se encuentran en condiciones más desfavorables en lo que respecta a las prestaciones laborales; por poca que sea la diferencia, las mujeres han accedido en mayor medida al menos a una prestación laboral. *Los trabajadores adultos de áreas más urbanizadas* se encuentran en una situación relativamente mejor con relación a los que viven en ámbitos menos urbanizados, pero los porcentajes que alcanzan los que sí tienen prestaciones son menores a los alcanzados por las mujeres. *Los trabajadores más jóvenes* son los que aparecen en peor situación con porcentajes mínimos en el rubro de “sí tienen prestaciones laborales”.

En el lapso de 1991 a 1995, los hombres adultos de ciudades medianas y grandes sufrieron un deterioro en cuanto a las prestaciones al disminuir en 16.5% la posibilidad de acceder a ellas, los jóvenes de 20 a 24 también disminuyeron su participación en 14%, pero los de 15 a 19 tuvieron una pérdida de 23.5%, lo que implica que casi la cuarta parte de los trabajadores más jóvenes que en 1991 había tenido acceso a al menos una prestación, no tuvo esa posibilidad 4 años después.

Si bien ya se dijo que la PEA femenina, en general, ha tenido mejores condiciones en cuanto a prestaciones, esta mejor situación para 1995 es menos elocuente. Las diferencias entre hombres y mujeres para 1995 se reducen. Para ambos sexos, 1995 implica un deterioro en sus prestaciones laborales, todos incrementan su participación en el rubro de “sin ninguna prestación”.

Lo anterior podría explicarse, en cierta medida, al ver el aumento de los trabajadores no asalariados en el transcurso de los cuatro años del análisis, donde se observa un crecimiento de los no remunerados y los cuenta propia (ver cuadro III.2). No obstante, si se lleva a cabo el análisis desglosando la información y se anota la situación de los trabajadores asalariados en relación con las prestaciones obtenidas (cuadro III.5), se ratifica que el acceso real a las prestaciones aun de la PEA asalariada ha disminuido.

En el cuadro III.5 las cifras indican el nivel de las y los trabajadores asalariados que al menos en 1991 tenían alguna prestación la cual, en todos los casos, es menor en 1995. En los espacios con mayor grado de urbanización tanto hombres como mujeres disminuyeron la posibilidad de contar con al menos alguna prestación. El área menos urbana mostró niveles de gran decremento también: 26.1% fue la caída sufrida en el rubro de con prestaciones en las mujeres asalariadas de más de 25 años de ciudades pequeñas y de 34.8% en el caso de los varones del mismo grupo de edad y área.

Los asalariados jóvenes vieron también mermada la posibilidad de contar con al menos una prestación. Las mujeres jóvenes que habitan las grandes ciudades sufrieron igual que la PEA adulta un fuerte deterioro, lo mismo sucedió con la población juvenil masculina; pero la situación resultó mucho más grave para las mujeres de 15 a 19 de áreas con menor grado de urbanización, quienes disminuyeron en 70% en el rubro de con prestaciones. Son las mujeres más jóvenes de áreas menos urbanizadas las que han sufrido la crisis, en función de las prestaciones que reciben, con mayor fuerza.

LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN Y LA JORNADA LABORAL

Una menor duración de la jornada laboral no indica necesariamente el deterioro de las condiciones laborales de los trabajadores, sobre todo en el caso de la población femenina donde el trabajar un número menor de horas podría ser una selección voluntaria al buscar horarios más flexibles que le permitan combinar el trabajo en el núcleo familiar con el trabajo remunerado fuera del núcleo doméstico; no obstante, es importante analizar la evolución de distintos tipos de trabajo según las horas laboradas pues nos indica el tipo de ocupación que se crea o se autogesta. Los cambios observados en el cuadro III.6 hablan de algunas transformaciones en el número de horas trabajadas semanalmente. Estos cambios involucran tanto a la población femenina como a la masculina, y hablan más bien de que los y las trabajadoras jóvenes están incrementando el número de horas trabajadas.

Un primer rasgo general de *la PEA femenina* es la marcada diferencia de horas trabajadas entre las mujeres que habitan las áreas más urbanas y menos urbanas. Las de espacios con menor grado de urbanización tienen mayor presencia en trabajos de menos de 35 horas mientras que las de áreas más urbanizadas lo hacen sobre todo en el rubro de 35 a 48 horas. La misma situación se da específicamente entre *las mujeres jóvenes*, aunque la participación de las menores en el rubro de menos de 35 horas es menor, lo cual habla de que las mujeres adultas seguramente por las responsabilidades familiares que tienen, se involucran en trabajos que impliquen un menor número de horas.

Al observar los casos *a lo largo del tiempo*, en términos generales puede hablarse de una disminución en la PEA femenina adulta y joven en el trabajo de 35 a 48 horas semanales en las ciudades grandes y medianas y de un incremento de aquellas mujeres que trabajan más de 48 horas a la semana en ambas áreas de residencia, aunque el incremento es mayor en los espacios menos urbanizados⁷. Es decir, tal parece que las mujeres y en particular las jóvenes y en mayor medida las de pequeñas ciudades ahora trabajan más para, en promedio, ganar en términos reales menos. Pero además, de 1991 a 1995 hay un incremento de mujeres -sobre todo jóvenes- en las áreas más urbanizadas que no trabajaron en la semana de referencia.

Los varones presentan una situación muy similar a la PEA femenina en cuanto al número de horas trabajadas. No hay cambios elocuentes en el trabajo de menos de 35 horas, pero sí un decremento en el rubro de 35 a 48 horas y un aumento en el rubro de más de 48 y en el de no trabajó.

La presencia en 1995 de población que no trabajó en la semana de referencia, rasgo que ocurre principalmente entre la población que residen en las áreas más urbanizadas y más en los jóvenes de 15 a 19, es un aspecto fundamental y grave pues probablemente señala las fluctuaciones o intermitencias del tipo de trabajo en las ciudades grandes para la población que empieza su vida laboral. Situación que se recrudece en los varones más jóvenes.

En general puede resumirse que en cuanto a la población joven, hombres y mujeres han tenido a la par que adaptarse a la nueva situación del mercado laboral. En el caso de

⁷ En este último caso el incremento es de tal magnitud que más bien puede deberse a un problema de tamaño de muestra.

ellas, es posible que ya no puedan optar por trabajos que las involucre menor número de horas y poder así dedicar tiempo a las responsabilidades familiares; o quizá, más bien están multiplicando sus esfuerzos en la doble jornada que han llevado desde años atrás. Si bien puede estarse hablando de mujeres jóvenes que posiblemente no están en su mayoría unidas o con hijos, lo cierto es que hombres y mujeres trabajadores jóvenes en 1995, se están involucrando de igual manera y en mayor número de horas en el mercado, en busca -seguramente- de obtener ingresos que les permitan cubrir mínimamente lo que con menor inversión de horas probablemente obtenían cuatro años atrás.

LA POBLACIÓN ACTIVA JOVEN Y EL TAMAÑO DE LA EMPRESA

Una de las características actuales del mercado de trabajo es el incremento de empresas pequeñas y medianas. Desde un ámbito social, este tipo de empresas puede verse como un refugio para aquella población que fue afectada por el desempleo y la falta de otras opciones laborales, es “el lugar de mayor generación de empleo al menor costo posible” (Alba y Méndez, 1997:6). Desde un punto de vista económico, no se trata necesariamente de una institución marginal, pues aun siendo en algunos casos poco productiva participa de muchas formas en la economía del país. Desde el punto de vista cultural, presenta elementos muy importantes: en muchos casos se trata de empresas familiares manejadas por parientes o amigos, por lo tanto los conflictos laborales que surgen en su interior encuentran soluciones distintas a las tradicionales relaciones laborales de las grandes empresas; pero esto dificulta e

inhibe la profesionalización de su administración, necesaria en una economía liberalizada y mundializada (Alba y Méndez, 1997).

Entre 1988 y 1993, más del 25% de los nuevos empleos surgieron en unidades de menos de cinco trabajadores, lo que expresa el crecimiento de las actividades de pequeña escala (Rendón y Salas, 1995). De 1991 a 1995 aumentó 5.3 puntos porcentuales la población ocupada en establecimientos pequeños, la cual era ya bastante alta, de 53.4% en 1991. (Pacheco, 1997).

Según las cifras de las ENE de 1991 y 1995 (cuadro III.7), se observa que *las mujeres jóvenes* así como trabajan en empresas grandes, también lo hacen en aquellas de menos de 5 empleados, sobre todo la PEA que tiene entre 15 y 19 años.

Los hombres presentan una distribución parecida: los adultos de las áreas más urbanizadas se involucran en empresas de más de 51 empleados, y los de las ciudades pequeñas y zonas rurales en las de 2 a 15 personas. Los jóvenes varones igual que las mujeres trabajan más en empresas pequeñas.

Al analizar los datos a *de 1991 y 1995*, se confirma que hay un aumento de población trabajadora en empresas pequeñas en estos cuatro años. En el caso de la PEA joven el acceso de trabajadores a empresas que ocupan de 2 a 5 personas es el que ha tenido los mayores aumentos, y el incremento más intenso a este tipo de empresas se dio en las zonas menos urbanizadas y en la población de 15 a 19 años.

De hecho pareciera que hay una relación directa entre la edad de los jóvenes y el tamaño de las empresas: los jóvenes, hombres o mujeres, mientras más jóvenes son, parecen estar confinados a ocupaciones en empresas más pequeñas.

LA POBLACIÓN DE 12 A 14 AÑOS Y SUS CONDICIONES LABORALES

En el capítulo anterior se destacó que la población que consideramos adolescente (de 12 a 14 años) no ha sufrido grandes transformaciones en cuanto a su nivel de participación: el incremento mayor en sus tasas de participación fue de 3.8 puntos porcentuales de 1991 a 1995, reportado en los varones de origen rural. El objetivo de este apartado es anotar, a grandes rasgos, y siempre que la información lo permita, cuáles son sus características y condiciones laborales y si éstas se modificaron con el paso del tiempo, sobre todo después de la crisis de diciembre de 1994 (cuadro III.8).

Como primer punto, igual que para el resto de la población trabajadora, se encuentra que las diferencias por lugar de residencia son fundamentales. En las áreas más urbanizadas las ramas de servicios y comercio son las que en las que más se insertan los y las adolescentes. En las pequeñas ciudades y zonas rurales la presencia en el sector agrícola es la más importante, principalmente en el caso de los varones. De 1991 a 1995 la tendencia indica un incremento en el sector comercio, con decrementos en la industria para las zonas más urbanizadas y del sector agrícola en las de menor grado de urbanización. El comercio, entonces, se ha convertido en la opción laboral de la adolescencia.

En cuanto a su situación en el trabajo, en las ciudades grandes y medianas los adolescentes se incorporan en el mercado como trabajadores asalariados o trabajadores no remunerados. No existe otra posibilidad para ellos. En los espacios con menor grado de urbanización también se presentan sólo estas opciones, pero el grueso de los adolescentes que reside en áreas menor urbanizadas se concentra en el rubro de trabajadores sin ingreso (cifra que en los varones alcanza el 72.3% en 1995). Tal parece que en el campo la actividad de estos jóvenes en el predio agrícola familiar es prioritaria y dado que es un trabajo familiar no reciben ninguna remuneración.

En cuanto al ingreso que obtienen por su trabajo, aquéllos que obtienen algo, ganan menos de un salario mínimo. Por otra parte la mayoría de los adolescentes, tanto de las pequeñas ciudades y zonas rurales como de los espacios más urbanizados no obtienen ninguna prestación laboral (cifra que rebasa el 90%). Con relación al número de horas trabajadas, menos de 35 horas por semana es donde apareció la mayoría, y su trabajo lo realizan en empresas no mayores a 15 personas.

Aquí un punto interesante de comentar es que ellos, a diferencia de los jóvenes de mayor edad, no se están involucrando en empleos que requieran mayor número de horas laborales, lo cual supondríamos sería la tendencia esperada ante el deterioro de la economía familiar. Esto puede deberse a que dada su corta edad, pueden insertarse más bien en empleos de tipo familiar; es probable que se involucren (o los involucren) más como “ayudantes” o “aprendices” que aportan mediante su trabajo a la sobrevivencia familiar.

Quizá incluso, muchos de estos trabajadores adolescentes no fueron considerados en la encuesta, debido a que sus tareas son parte del diario “quehacer” familiar.

Queda claro entonces que su situación laboral es bastante deplorable: son trabajadores a muy temprana edad, trabajan en su mayoría 35 horas a la semana pero lo hacen sin ingresos y sin prestaciones laborales; pero además, su corta edad los coloca en gran desventaja, pues si bien son parte de la mano de obra, no tienen independencia para incursionar por su propia cuenta en algunas actividades.

CONCLUSIONES

Si bien a fines de los ochenta se buscó reestructurar a la economía, con la crisis de mediados de los noventa, la población activa mexicana se vio envuelta en una situación difícil: con ingresos reales deprimidos, con nuevas dificultades para incorporarse al mercado de trabajo y aquéllos que lograron acceder a una ocupación, se enfrentaron a condiciones laborales deterioradas. Sin embargo, entre la población que habita las áreas más urbanizadas y las menos urbanizadas, o entre la población joven y la adulta, así como entre los hombres y las mujeres, los vaivenes de la economía se resintieron de manera distinta.

En este capítulo se evidenció que una de las variables que más diferenciaron a la población en términos de su situación laboral, aunque en todos los casos se habla de condiciones críticas, fue el lugar de residencia. De 1991 a 1995 se observó un movimiento

masivo hacia el sector comercio como fuente de trabajo entre la población joven, pero principalmente la que habita en las ciudades más pequeñas.

Por otra parte, los y las jóvenes han podido incorporarse de manera diferencial en el mercado, en relación con la PEA femenina adulta, por ejemplo, aparece una presencia muy importante de mujeres jóvenes en la industria (de 13 a 28%), situación que no se encontró entre las mujeres adultas, lo cual es un indicio de que esta rama económica (aunque cada vez en menor medida) sigue siendo receptora casi solamente de mano de obra joven femenina. Este es un elemento que ha sido ampliamente analizado entre los estudiosos de las fábricas maquiladoras, mayormente en las ubicadas en el norte del país.

Otro de los hallazgos que aparecen en este capítulo es el incremento de 1991 a 1995 de jóvenes que no reciben ningún ingreso por su actividad, situación que pone en mucha mayor desventaja a la juventud de espacios no muy urbanizados, principalmente a la que tiene menos de 20 años. Pero aún aquellos que sí reciben algún pago, en la mayoría de los casos éste no excede los dos salarios mínimos.

Finalmente, los jóvenes son o bien asalariados o no remunerados y la gran mayoría no ha accedido a las prestaciones laborales, inclusive entre los asalariados, el acceso a las prestaciones se ha reducido notablemente. De hecho en 1995 más del 50% de ellos y ellas se ha quedado sin ninguna prestación laboral. Cada vez, entonces, se les otorgan menos prestaciones a los jóvenes trabajadores, ganan menos (o incluso no ganan nada) pero en contraparte están aumentando su jornada laboral.

Tenemos así que la juventud en cuatro años ha sufrido un deterioro contundente en sus condiciones laborales. Pero la situación es aun más dramática para los que viven en espacios de menor urbanización, y más aún cuando tienen menos de 20 años de edad. Parfraseando a Otto Rhüle (1964) -aunque él se refiere principalmente de espacios proletarios-, podemos decir que los y las jóvenes que viven en ciudades pequeñas y zonas rurales se encuentran postergados en mayor medida, pero entre los de 15 a 19 la opresión se presenta de una triple manera: por vivir en zonas poco urbanas; por ser jóvenes; pero además, por ser los que están iniciando apenas su vida laboral. Esto los coloca en total desventaja.

Cuadro III.1

República Mexicana, 1991 y 1995

Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupo de edad y rama de actividad, según sexo y área de residencia.

Edad y rama de actividad	MUJERES				HOMBRES			
	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana
	1991		1995		1991		1995	
15-19								
Agropecuaria	0.7	23.4	0.3	25.3	2.5	66.1	2.2	60.2
Industria	26.6	17.4	23.7	12.8	28.5	9.9	25.6	8.3
Construcción	0.5	0.0	0.6	0.0	9.4	8.3	9.0	7.5
Comercio	27.2	20.2	28.6	29.0	21.7	6.7	25.5	11.6
Servicios	44.5	38.7	46.8	32.9	37.5	8.7	37.6	12.3
No especificados	0.4	0.3	0.0	0.0	0.2	0.4	0.2	0.1
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
20-24								
Agropecuaria	0.4	14.6	0.1	12.2	1.8	54.9	1.0	42.8
Industria	23.1	27.5	22.0	23.2	28.7	14.9	25.7	17.4
Construcción	1.7	0.4	0.7	1.1	9.5	8.3	8.5	9.0
Comercio	21.6	18.9	23.1	25.8	17.9	6.5	19.1	10.7
Servicios	52.8	37.9	53.8	37.7	41.5	14.0	45.6	19.8
No especificados	0.4	0.7	0.2	0.0	0.5	1.6	0.1	0.2
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
25 y más								
Agropecuaria	0.5	25.1	0.2	22.1	3.1	62.4	1.8	51.6
Industria	16.2	19.1	15.2	9.4	23.7	8.5	22.7	11.7
Construcción	0.8	0.1	0.7	0.4	7.7	7.7	8.7	8.5
Comercio	22.3	24.7	23.7	34.8	18.2	7.6	18.5	8.8
Servicios	59.8	30.9	60.2	33.2	46.5	13.1	48.3	19.3
No especificados	0.4	0.2	0.1	0.0	0.8	0.8	0.1	0.2
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI y STyPS
Muestra expandida y escalada.

Cuadro III.2
República Mexicana, 1991 y 1995
Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad y situación en el trabajo
según sexo y área de residencia.

Edad y trabajo	<i>MUJERES</i>				<i>HOMBRES</i>			
	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana
	1991		1995		1991		1995	
<i>15-19</i>								
Trab. Asalariados	87.9	63.8	80.5	51.2	81.0	42.1	70.6	42.6
Trab. cuenta propia	2.4	3.9	2.5	6.5	6.4	6.3	5.8	5.4
Trab. No remunerados	9.5	32.0	13.2	38.3	12.5	50.2	12.8	45.7
Empleadores	0.1	0.0	0.1	0.0	0.2	1.3	0.4	0.3
Otros	0.0	0.3	3.7	4.0	0.0	0.1	10.2	5.8
No especificados	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.1	0.1
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>20-24</i>								
Trab. Asalariados	90.2	67.4	84.7	62.3	84.6	49.7	72.1	56.3
Trab. cuenta propia	4.6	9.6	4.3	13.5	9.8	17.0	8.7	13.3
Trab. No remunerados	4.8	22.2	7.2	19.2	3.8	28.8	4.5	19.9
Empleadores	0.2	0.0	0.3	0.3	1.7	4.2	1.7	3.1
Otros	0.0	0.4	3.4	4.6	0.1	0.4	13.0	7.3
No especificados	0.1	0.4	0.0	0.0	0.1	0.0	0.1	0.2
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>25 y más</i>								
Trab. Asalariados	72.2	32.2	66.0	32.0	69.3	30.5	59.5	39.2
Trab. cuenta propia	18.5	39.3	21.0	38.2	21.6	46.1	22.4	44.2
Trab. No remunerados	6.6	24.5	7.1	24.4	0.7	5.1	1.1	3.5
Empleadores	2.7	3.8	1.9	2.1	8.3	17.9	8.1	6.9
Otros	0.0	0.1	4.0	3.4	0.1	0.4	8.9	6.2
No especificados	0.0	0.1	0.0	0.0	0.0	0.1	0.0	0.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI y STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro III.3
República Mexicana, 1991 y 1995
Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad e ingreso,
según sexo y área de residencia.

Edad e ingreso en salarios mínimos	<i>MUJERES</i>				<i>HOMBRES</i>			
	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana
	<i>1991</i>		<i>1995</i>		<i>1991</i>		<i>1995</i>	
15-19								
Menos de uno	16.1	30.2	25.2	27.4	16.1	21.3	22.9	18.6
De uno a dos	56.4	23.8	51.9	26.3	55.7	26.7	50.1	26.8
Más de dos	10.0	4.4	8.6	4.0	11.9	6.2	12.4	4.8
Sin ingreso	13.3	37.6	13.6	38.9	13.0	43.5	13.3	48.1
No especificados	4.2	4.0	0.7	3.4	3.3	2.3	1.3	1.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
20-24								
Menos de uno	10.3	28.8	12.3	28.0	8.3	23.8	10.4	16.9
De uno a dos	49.1	36.3	49.4	36.2	47.7	33.9	49.6	36.5
Más de dos	28.4	11.6	28.1	13.4	31.3	14.1	32.6	20.5
Sin ingreso	5.0	20.4	7.5	20.3	3.9	24.4	4.6	22.6
No especificados	7.2	2.9	2.7	2.1	8.8	3.8	2.8	3.5
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
25 y más								
Menos de uno	14.4	37.4	16.9	33.0	5.0	30.5	6.9	25.0
De uno a dos	37.5	24.1	33.8	19.2	33.0	37.2	32.4	28.1
Más de dos	34.4	13.4	39.2	18.5	48.8	21.4	55.9	29.1
Sin ingreso	6.7	21.7	7.2	26.0	0.8	3.9	1.2	11.1
No especificados	7.0	3.4	2.9	3.3	12.4	7.0	3.6	6.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI y STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro III.4

República Mexicana, 1991 y 1995

Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad y prestaciones laborales, según sexo y área de residencia.

Edad y prestaciones laborales	MUJERES				HOMBRES			
	Más urbana 1991	Menos urbana	Más urbana 1995	Menos urbana	Más urbana 1991	Menos urbana	Más urbana 1995	Menos urbana
15-19								
Si tiene prestaciones	54.8	35.4	39.7	20.2	39.1	16.0	26.9	14.6
No tiene prestaciones	45.1	63.4	59.5	79.0	60.8	83.6	72.4	85.1
No sabe	0.1	1.2	0.8	0.8	0.1	0.4	0.7	0.3
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
20-24								
Si tiene prestaciones	72.0	61.9	59.4	37.6	54.8	28.1	47.2	26.6
No tiene prestaciones	27.8	38.1	40.1	62.2	44.8	71.0	52.4	72.5
No sabe	0.2	0.0	0.6	0.2	0.4	0.9	0.4	0.9
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
25 y más								
Si tiene prestaciones	59.6	35.5	53.7	24.4	56.2	28.8	46.9	17.5
No tiene prestaciones	40.3	64.4	46.2	75.5	43.6	70.5	52.9	81.9
No sabe	0.0	0.1	0.2	0.2	0.2	0.7	0.2	0.6
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI y STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro III.5
República Mexicana, 1991 y 1995
Distribución porcentual de la población asalariada mayor de 15 años por grupos de edad y prestaciones laborales,
según sexo y área de residencia.

Edad y prestaciones laborales	<i>MUJERES</i>				<i>HOMBRES</i>			
	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana
	1991		1995		1991		1995	
15-19								
Si tiene prestaciones	67.2	73.9	42.2	22.1	49.2	40.0	32.5	18.5
No tiene prestaciones	32.7	24.8	57.2	76.9	50.7	60.0	66.8	81.5
No sabe	0.1	1.2	0.6	0.9	0.1	0.0	0.7	0.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
20-24								
Si tiene prestaciones	81.3	88.4	64.1	47.2	64.9	52.7	60.8	36.2
No tiene prestaciones	18.5	11.6	35.4	52.8	34.8	46.5	38.7	62.9
No sabe	0.1	0.0	0.5	0.0	0.3	0.7	0.5	0.8
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
25 y más								
Si tiene prestaciones	82.4	77.8	74.7	57.4	79.0	63.2	74.8	41.2
No tiene prestaciones	17.6	22.2	25.1	42.4	20.8	36.4	24.9	58.1
No sabe	0.0	0.0	0.2	0.2	0.2	0.4	0.3	0.7
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI y STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro III.6

República Mexicana, 1991 y 1995

Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad y número de horas trabajadas semanalmente, según sexo y área de residencia.

Edad y jornada laboral	<i>MUJERES</i>				<i>HOMBRES</i>			
	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana
	1991		1995		1991		1995	
<i>15-19</i>								
Menos de 35 horas	23.7	56.6	27.4	45.6	23.9	28.1	21.1	31.9
De 35 a 48 horas	64.1	36.8	45.8	30.0	57.7	46.7	44.3	39.6
Más de 48 horas	10.8	2.6	16.5	21.0	15.5	21.3	19.9	22.1
No trabajó	0.0	3.9	10.4	3.4	0.2	1.8	14.5	6.1
No sabe	1.3	0.0	0.0	0.0	2.6	2.1	0.1	0.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>20-24</i>								
Menos de 35 horas	21.8	50.0	23.2	32.6	16.2	15.7	13.5	16.9
De 35 a 48 horas	65.6	39.3	53.5	41.8	61.2	51.4	51.1	48.0
Más de 48 horas	9.2	3.6	14.0	20.3	19.3	25.4	24.8	28.9
No trabajó	0.1	3.6	9.2	5.3	0.3	4.0	10.5	5.7
No sabe	3.3	3.6	0.0	0.0	2.9	3.4	0.1	0.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>25 y más</i>								
Menos de 35 horas	32.9	60.5	33.4	49.8	13.1	20.4	12.4	19.7
De 35 a 48 horas	50.8	23.3	45.2	28.2	56.3	44.3	43.7	42.7
Más de 48 horas	11.7	8.3	15.3	17.5	26.1	29.4	36.4	31.3
No trabajó	0.0	7.1	6.0	4.5	0.3	4.0	7.5	5.7
No sabe	4.6	0.8	0.1	0.1	4.2	1.9	0.0	0.5
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI y STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro III.7
República Mexicana, 1991 y 1995
Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad
y número de empleados que laboran en la empresa donde trabaja, por sexo y área de residencia.

Edad y número de empleados	<i>MUJERES</i>				<i>HOMBRES</i>			
	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana
	1991		1995		1991		1995	
15-19								
Una persona	21.4	0.0	9.9	11.2	10.6	0.0	0.4	1.0
De 2 a 5	22.8	38.1	39.5	61.9	33.9	13.2	51.4	69.4
De 6 a 15	11.5	41.1	11.6	9.8	14.6	57.3	14.3	11.9
De 16 a 50	8.9	1.3	8.2	4.0	10.4	6.6	8.7	5.4
51 y más	35.1	15.9	30.9	13.1	29.4	18.2	25.1	12.3
No especificado	0.4	3.6	0.0	0.0	1.0	4.6	0.0	0.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
20-24								
Una persona	9.6	0.0	6.7	7.1	6.2	0.0	0.2	0.8
De 2 a 5	14.9	28.1	26.2	44.1	19.8	10.2	32.3	51.6
De 6 a 15	11.7	45.8	12.1	9.7	15.3	44.2	14.0	13.4
De 16 a 50	10.0	3.3	9.4	5.7	11.1	3.6	10.6	8.2
51 y más	52.4	18.3	45.6	33.4	46.0	32.5	42.9	26.0
No especificado	1.4	4.6	0.0	0.0	1.6	9.6	0.0	0.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
25 y más								
Una persona	13.1	0.0	6.7	7.9	4.0	0.0	0.4	1.0
De 2 a 5	12.2	40.9	20.9	51.7	12.1	14.9	20.0	41.8
De 6 a 15	8.2	44.3	7.9	6.5	12.0	45.5	11.6	13.6
De 16 a 50	7.6	2.0	8.4	4.5	10.7	7.2	11.9	9.8
51 y más	58.0	11.2	56.1	29.4	59.7	24.9	56.1	33.8
No especificado	0.9	1.7	0.0	0.0	1.4	7.5	0.0	0.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI y STyPS.
Muestra expandida y escalada.

Cuadro III.8
República Mexicana, 1991 y 1995
Distribución porcentual de características laborales de la población ocupada adolescente (12-14 años)
según sexo y área de residencia.

Características laborales	MUJERES				HOMBRES			
	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana
	1991		1995		1991		1995	
<i>Distribución porcentual por rama de actividad</i>								
12-14								
Agropecuaria	2.3	47.0	0.0	47.5	0.6	81.8	2.8	76.5
Industria	21.2	16.2	12.9	7.2	72.4	5.5	21.5	5.0
Construcción	0.0	0.0	0.0	0.0	2.5	2.6	10.5	1.1
Comercio	24.2	16.2	38.8	27.0	11.5	5.5	33.8	7.9
Servicios	52.3	20.5	48.3	18.3	13.0	4.5	31.1	9.5
No especificados	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>Distribución porcentual por posición en el trabajo</i>								
12-14								
Trab. Asalariados	50.7	38.9	43.2	20.8	58.4	22.4	45.7	16.4
Trab. cuenta propia	1.3	2.7	8.8	4.4	7.9	2.4	7.4	4.9
Trab. No remunerados	48.0	58.4	42.6	72.7	33.1	75.0	34.0	75.3
Empleadores	0.0	0.0	0.0	0.0	0.7	0.3	0.0	0.0
Otros	0.0	0.0	5.4	2.2	0.0	0.0	12.6	3.5
No especificados	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>Distribución porcentual por ingresos en salarios mínimos</i>								
12-14								
Menos de uno	31.0	28.2	36.5	23.1	40.3	17.8	44.4	15.4
De uno a dos	20.4	10.0	18.5	3.7	20.2	8.6	17.9	8.0
Más de dos	0.1	0.0	0.8	0.4	2.8	2.8	1.0	0.4
Sin ingreso	48.3	60.6	44.2	72.3	34.0	70.5	35.5	75.8
No especificados	0.2	1.2	0.0	0.5	2.7	0.3	1.2	0.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Continúa...

Cuadro III.8bis
República Mexicana, 1991 y 1995
Distribución porcentual de características laborales de la población ocupada adolescente (12-14 años)
según sexo y área de residencia.

Características laborales	<i>MUJERES</i>				<i>HOMBRES</i>			
	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana	Más urbana	Menos urbana
	1991		1995		1991		1995	
<i>Distribución porcentual por prestaciones laborales</i>								
<i>12-14</i>								
Si tiene prestaciones	24.2	7.6	6.0	0.5	5.1	6.2	4.7	3.7
No tiene prestaciones	75.8	92.4	94.0	99.5	94.9	93.8	94.8	96.3
No sabe	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>Distribución porcentual por horas trabajadas en una semana</i>								
<i>12-14</i>								
Menos de 35 horas	51.2	66.0	59.3	71.9	59.5	50.7	62.3	57.4
De 35 a 48 horas	29.6	30.0	22.8	12.1	32.4	30.7	21.2	27.4
Más de 48 horas	12.3	2.0	14.5	15.3	6.9	10.7	10.6	9.7
No trabajó	0.0	2.0	3.4	0.8	0.0	8.0	5.3	5.2
No sabe	7.0	0.0	0.0	0.0	1.2	0.0	0.6	0.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
<i>Distribución porcentual por número de empleados</i>								
<i>12-14</i>								
Una persona	26.3	1.4	14.9	8.0	20.4	1.5	0.0	0.9
De 2 a 5	49.5	26.0	64.9	79.4	44.7	15.2	72.7	86.7
De 6 a 15	11.8	53.4	6.0	8.6	13.9	63.6	10.7	6.4
De 16 a 50	4.7	8.2	5.2	1.2	4.7	4.5	4.7	2.1
51 y más	7.7	8.2	9.0	2.9	12.6	13.6	12.0	3.9
No especificado	0.0	2.7	0.0	0.0	3.8	1.5	0.0	0.0
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1991 y 1995. INEGI, STyPS.
Muestra expandida y escalada.

CAPÍTULO CUATRO

JUVENTUD Y GRUPO DOMÉSTICO

INTRODUCCIÓN

Hasta este capítulo se ha observado a los jóvenes como un agregado de individuos, se les ha analizado en función de elementos como la edad, el sexo, la escolaridad, el estado civil y se ha visto cómo éstos afectan su participación, siempre estudiados como un conjunto de individuos aislados. Sin embargo los jóvenes -sobre todo los menores de 20 años-, son considerados como un grupo en transición¹ lo que los ubica casi por definición como miembros (dependientes) de un hogar, de una unidad doméstica, la cual -se supone- los cobijará, pero también los arrojará al mercado laboral si eso es necesario para la sobrevivencia de su hogar.

El pertenecer a un hogar o unidad doméstica² no significa sólo el compartir una vivienda, sino una forma de vida en común basada en vínculos y en una organización

¹ Paso de la juventud a la edad adulta es decir, la vida productiva y 'responsable'. Sin embargo, hay quienes señalan que el término de transición no es tan adecuado y no debe aludir solamente a la juventud pues la vida en sí misma es un proceso en transición: de la niñez a la juventud; de la juventud a la edad adulta; de ésta a la vejez; y así, se trata de un proceso de cambio hasta la muerte (Perez Islas, 1998).

² Es importante acotar que hasta este momento, en este trabajo se usa el concepto de unidad doméstica y hogar como sinónimo y que se alude a un grupo de individuos unidos o no por lazos de parentesco que comparten la residencia y se organizan para la reproducción de la vida inmediata.

interna cuyo fin es satisfacer las necesidades propias de la unidad. Así, sus características le conferirán una organización específica y condicionarán la participación económica familiar.

Investigaciones realizadas tanto en áreas urbanas como rurales en México han mostrado que la participación familiar es diferencial y que el hogar es una influencia determinante que limita o impulsa la inserción laboral³. De hecho, los mecanismos que utiliza cada unidad son vistos como uno de los puntos de intersección entre las determinaciones macrosociales y las acciones de cada individuo. Los hogares a través de sus miembros influyen en la formación de la oferta de mano de obra, pues condicionan el número y las características de las personas que participarán en el mercado de trabajo. “Se puede afirmar que los hogares constituyen una instancia mediadora, con dinámica y efectos propios que redefinen las exigencias de mano de obra que impone la demanda en el mercado de trabajo” (García, Muñoz y Oliveira, 1982:8). Bajo tales premisas, los procesos de organización doméstica de la reproducción cotidiana son la mediación entre la estructura económica y el empleo, al ser el hogar el que da un papel diferencial a cada uno de sus miembros, moviliza sus recursos y les asigna roles económicos o domésticos.

Al conjunto de acciones a las que recurren los hogares para garantizar su supervivencia -sea la extensión o intensificación de la actividad del jefe del hogar, la intensificación de la producción doméstica produciendo algunas mercancías al interior, la migración de algunos miembros, los cambios en los patrones de consumo, el

fortalecimiento de redes de apoyo familiar o la incorporación en el mercado de la fuerza de trabajo familiar- se le ha llamado estrategias de sobrevivencia. Se trata de mecanismos que cobran mayor importancia en los sectores más desprotegidos de la población y principalmente en situaciones económicas difíciles. Los jóvenes, como parte de las unidades, suponemos, participan activamente en estas estrategias. Forman parte de la tradicionalmente llamada mano de obra secundaria (García y Pacheco, 1999a y 1999b) o marginal (ver Pepin Lehalleur y Rendón 1985), junto con los niños, mujeres y ancianos.

El estudio de las estrategias ha sido ampliamente documentado en cuanto a métodos empleados y resultados obtenidos (priorizando la participación femenina). Se ha discutido también con relación al concepto en sí mismo y en torno a la idea de colectivo que está presente en las estrategias. En este capítulo, primero, se hará referencia a algunas de las discusiones en torno al concepto empleado y la polémica que se ha generado en torno a ellas; enseguida se llevará a cabo una síntesis de algunos hallazgos encontrados en análisis basados en este enfoque; y finalmente, se identificarán aquellos trabajos en donde se ha abordado en especial la participación de la población joven como parte de las estrategias de los hogares. Al ubicar a los jóvenes en el contexto de sus hogares y no como individuos aislados, se buscará conocer los factores asociados o determinantes que propician u obstaculizan su participación económica en ese nivel de las unidades domésticas.

³ Véase por ejemplo para las ciudades, García, Muñoz y Oliveira, 1982; González de la Rocha 1986, Selby *et.al.*, 1990; Tuirán, 1993; García y Pacheco, 1999(a), 1999 (b). Para el caso de las zonas campesinas Pepin Lehalleur y Rendón, 1985, Zúñiga, *et.al.* 1986, Salles, 1989; entre otros.

ALGUNAS DISCUSIONES SOBRE EL ENFOQUE DE LAS ESTRATEGIAS

El origen de los estudios sobre las estrategias de supervivencia en América Latina surge en los años setenta con Duque y Pastrana (1973) quienes utilizan el término al estudiar los mecanismos llevados a cabo por familias de sectores populares urbanos en Santiago de Chile. Posteriormente Susana Torrado (1985) reconceptualiza y sugiere la categoría de estrategias familiares de vida y la conveniencia de vincular el enfoque con distintas inserciones de clase, con el fin de “recuperar las ‘determinaciones sociales’ estructurales, a la vez que dar fundamento a la idea de una ‘racionalidad objetiva’” (Cuéllar, 1996:196).

En México, con base en la unidad doméstica se realizan estudios de las estrategias de reproducción de la fuerza de trabajo tanto en áreas urbanas como rurales. Uno de los trabajos pioneros es el de Lomnitz (1975), quien mediante un estudio de corte antropológico en una barriada de la Cd. de México, indaga acerca de los distintos mecanismos que los marginados llevan a cabo para poder subsistir: servicios domésticos y de mantenimiento, reciclaje de desechos domésticos y el uso generalizado de redes sociales de asistencia y ayuda mutua que surgen dentro de la barriada y que, señala la autora, constituyen una respuesta evolutiva, vital y vigente a las condiciones extremas en que viven.

Posteriormente De Oliveira, Pepin Lehalleur y Salles (1989), conjugan en un libro un grupo de trabajos de autores que realizaban investigaciones acerca de grupos

domésticos. En estos textos se profundizaba tanto en la reproducción de la fuerza de trabajo como en la reproducción social.

Otro grupo de especialistas, fundamentalmente antropólogos sociales, se abocó al estudio de las estrategias en unidades obreras en espacios urbanos, con especial interés en el estudio de la organización interna de las unidades domésticas de obreros y su vinculación con el mercado de trabajo urbano. Por ejemplo: González de la Rocha 1986, 1988; González de la Rocha y Escobar, 1989; Estrada, 1998.

La idea recurrente que aparece en los estudios sobre estrategias de sobrevivencia es que las familias recurren a distintas acciones para hacer frente al desempleo y a la baja en los ingresos. El término “estrategias” no se ha transformado y en la literatura se habla al menos de tres distintas categorías: 1) estrategias destinadas a la generación de recursos, 2) estrategias para mejorar la eficacia de los recursos existentes y 3) estrategias que inciden en la estructura, la composición y la organización familiar (Tuirán, 1993).

Sin embargo una de las discusiones radica precisamente en el término de “estrategias”. Algunos autores (Selby, *et.al.* 1990; Cuéllar, 1990 y 1996) sugieren que la noción de “estrategias” no es adecuada: hablar de estrategia, dicen ellos, parece indicar que se actúa de manera racional en un sentido muy riguroso, mientras que los grupos más vulnerables de la sociedad (urbana en el trabajo de Selby, 1990) no tienen muchas alternativas como para pensar en opciones y en la posibilidad de elegir. Así, carecería de sentido llamarlas estrategias estrictamente hablando; más bien se trata de trayectorias

obligadas y conocidas, de mecanismos que resultan normales, ‘naturales’ dada una cultura y experiencia. Sería más prudente quizá, señala Cuéllar, hablar de *habitus*, de pautas culturales que son “variables según los contextos y culturas, lo que ciertamente no exime de la obligación de estudiar la manera como en realidad la gente decide y actúa” (Cuéllar, 1996:198).

Otra crítica a esta perspectiva tiene que ver con el supuesto de que un hogar actúa como una unidad, y los individuos quedan subsumidos dentro del colectivo. Aparentemente la familia aparece como ordenadora del tiempo, del esfuerzo y de los bienes; pero tal ordenación no resulta siempre de un plan preconcebido y racional sino de enfrentamientos y de la correlación de fuerzas internas. Así, al interior, los miembros se enfrentan a pugnas permanentes para redefinir cuáles son las necesidades ‘legítimas’ y el orden de prioridades, de tal manera que sus intereses particulares sean favorecidos. Esto da lugar a procesos de negociación no exentos de chantaje, manipulación y violencia (Villena, 1986).

Dentro de las unidades domésticas se establecen relaciones entre géneros y generaciones donde se involucran aspectos afectivos, simbólicos y materiales y se hacen frecuentes el juego de poder, los conflictos y en muchos casos el uso de la violencia, basada en formas de autoridad y división sexual del trabajo generadas cultural y socialmente (Oliveira y Salles 1989).

González de la Rocha y colaboradores señalan a este respecto que las estrategias y el conflicto

“son como dos caras de la misma moneda (...). La unidad que pone en marcha una estrategia de supervivencia, no está al margen de las relaciones de poder que se entablan entre los géneros y las generaciones sino que, más bien, ésta es edificada sobre los cimientos de tales relaciones” (González de la Rocha, Escobar y Martínez 1990:355).

Actualmente, a partir de nuevos estudios desde la perspectiva de género, se asume la posibilidad del conflicto y del ejercicio de poder involucrado en las estrategias. Se empieza a prestar atención no sólo en el éxito económico de las estrategias colectivas, sino en el deterioro interno que se ha sufrido debido al nuevo juego de poder que está imperando y que afecta, al menos en un principio, a las mujeres que empiezan a incorporarse al trabajo extradoméstico⁴.

Si bien el enfoque de estrategias de sobrevivencia ha sido reconsiderado y cobran interés nuevos elementos como la violencia o el juego de poder, esta perspectiva sigue considerándose fundamental pues permite conocer a los individuos en su interrelación con el hogar. Los recursos empleados por el grupo doméstico para hacer frente al desempleo y a la baja en el ingreso se irán ampliando, la literatura indica que dadas las crisis económicas (década de los ochenta, diciembre de 1994 en el caso de México), cada día más familias recurren y recurrirán al uso de la mano de obra familiar en defensa de su hogar.

⁴ Con relación a la violencia ejercida por el varón, Silvia Chant (1988) sostiene que las unidades donde la jefatura está a cargo de una mujer sola, el beneficio se refleja en una reducción de la violencia y del autoritarismo del hombre. Sin embargo conclusiones distintas marca González de la Rocha (1986, 1988) al señalar que si bien sí disminuye la violencia doméstica en los hogares encabezados por mujeres, en estos hogares continúan los patrones tradicionales de autoridad masculina, pero ahora ejercida por los hijos varones.

LA UNIDAD DOMÉSTICA COMO ESPACIO DE REPRODUCCIÓN COTIDIANA

En México existen numerosos estudios que explican la importancia de la organización de las unidades domésticas como un elemento fundamental para entender cómo los grupos se enfrentan a la escasez económica. Las investigaciones sobre estrategias contempladas a nivel del hogar son de distinta índole hay las que, desde un enfoque antropológico, estudiando directamente a un número determinado de familias llevan a cabo un análisis cualitativo; o bien las que utilizan grandes muestras y son principalmente cuantitativas⁵.

En ambos tipos de estudios, un hallazgo común es que en una sociedad como la mexicana, donde hay deficiencia y para muchos ausencia de servicios mínimos de salud, vivienda y educación, la crisis se intenta resolver al interior de la unidad, (González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990; Cortés y Rubalcava, 1991). Es de esperarse que en épocas de dificultad económica se adopten más y nuevos mecanismos para enfrentar la baja en el ingreso familiar. Las necesidades, el consumo y el cómo allegarse los satisfactores⁶ dependen en gran medida de las características sociodemográficas del hogar; la participación económica de los miembros, su organización interna y las estrategias que se llevan a cabo, dependerán entonces del ciclo de vida, la composición y el tamaño del hogar;

⁵Por ejemplo, en cuanto a los análisis de corte cualitativo: Lomnitz, 1975; González de la Rocha 1986 y 1988; González de la Rocha y Escobar, 1989; de la Rosa, 1990; Acosta y Solís, 1998, entre otros. En relación a análisis cuantitativos algunos ejemplos: García, Muñoz y Oliveira 1982; Zuñiga, *et.al.* 1986; Selby, *et.al.* 1990; Tuirán 1993; García y Pacheco 1999a y 1999b; Estrella y Zenteno, 1998 etcétera.

⁶ En el proceso de reproducción cotidiana pueden distinguirse al menos tres momentos: la delimitación de las necesidades, la obtención de los satisfactores y el consumo (Villena, 1996).

factores clave en el tipo de estrategias que se asumirán. Pero además, quién sale de las unidades domésticas, quién realiza el trabajo doméstico, quién se encarga del cuidado de los niños, son tareas que dependen de la edad, el sexo y la escolaridad de los miembros. Si bien existe un carácter colectivo, en los hogares se acomodan y manipulan los recursos propios, modificando la participación de sus miembros, la división interna del trabajo según posición, sexo y edad como individuos, aunque todo dentro del contexto de una demanda dada en el mercado laboral. En este sentido los factores que incidirán en la participación de los miembros de la unidad serán tanto de carácter colectivo (los referentes a la conformación familiar) como individuales.

Por ejemplo, García, Muñoz y Oliveira con base en cifras de una encuesta sobre migración interna, estructura ocupacional y movilidad social levantada a principios de los setenta en la Ciudad de México, analizan cómo la participación en la actividad económica está influenciada por el hecho de que los trabajadores viven y organizan parte de su manutención de forma conjunta en su unidad. Los autores parten del hogar como unidad de análisis y clasifican a las unidades en función de su estrato económico (basado en su ocupación, no sólo en el ingreso) y su ciclo de vida.

Algunas de las conclusiones a las que llegaron en ese momento para el caso de la Cd. de México son por ejemplo, que las unidades dirigidas por trabajadores por cuenta propia registraron la mayor participación económica familiar; el trabajo femenino adulto tenía mayor presencia en los hogares con jefes asalariados no manuales y en los de

trabajadores por cuenta propia, además se presentaba en mayor medida en hogares extendidos y compuestos. Esto tiene que ver con hogares que viven en condiciones muy precarias, pero que en principio cuentan con pequeños negocios o comercios (característica socioeconómica de los cuenta propia), donde su supervivencia radica en estar conformado por abundante mano de obra disponible (característica sociodemográfica del hogar). En el caso de los hogares con jefes asalariados no manuales se consideró que la relativamente alta escolaridad de las mujeres adultas (característica individual), facilitaba su incorporación al mercado de trabajo.

Otro estudio de naturaleza cuantitativa, es el de García y Pacheco (1999a). En su análisis para la Cd. de México con cifras de 1970 a 1995, ubicando también a los hogares a partir del tipo de empleo del jefe, demuestran un aumento en la participación económica de las esposas y otras parientas adultas en los hogares con jefatura masculina de sectores medios y populares, con esto señalan la presencia de mujeres que sobrellevando una doble carga de trabajo, enfrentan con su trabajo extradoméstico el deterioro del ingreso familiar, aunque todavía en los hombres recae una gran parte de la manutención familiar, pero ya no como proveedores únicos. En este caso, el carácter socioeconómico de la unidad (determinada fundamentalmente por la ocupación del jefe, más allá del ingreso) presenta una gran influencia en la determinación del trabajo de sus miembros, en especial de las mujeres.

Dentro de los estudios de corte cualitativo, la antropóloga Mercedes González de la Rocha señala -para Guadalajara- que el bienestar económico de los hogares está mucho más relacionado con el ciclo doméstico que con el tipo de ocupación del jefe de la unidad doméstica: la etapa de expansión es la más difícil en términos económicos, con altos niveles de participación de la mujer en el mercado, pero también con mayores casos de violencia intrafamiliar; mientras que la etapa de consolidación -que cuenta con mayor número de miembros que pueden incorporarse al mercado- permite que se disfrute de un mayor bienestar. Así, son los hogares jóvenes -con menor número de miembros- los que están en menor posibilidad de crear estrategias colectivas y defender con esto su ingreso familiar, (González de la Rocha, 1984 y 1989).

En lo que respecta a zonas agrícolas, el trabajo de Pepin-Lehalleur y Rendón (1985) puede ejemplificar la búsqueda de estrategias de sobrevivencia en el campo mexicano. Las autoras parten de que la venta de la fuerza de trabajo familiar es la forma recurrente de sobrevivir en las unidades domésticas campesinas, de ahí que la intensificación de este trabajo es lo que permitirá que la unidad pueda asegurar su sobrevivencia. Las autoras consideran importante distinguir dos tipos de actividades, las primeras como aquéllas que se dan en el ámbito más privado de la reproducción familiar, que recaen por lo general en la madre y en las hijas de determinada edad, lo cual disminuye la participación económica extradoméstica; y las segundas, actividades que tienen que ver con el mercado. La fuerza de trabajo familiar constituye el factor común a ambas actividades y se verá limitada por las

diferencias de edad y sexo de los miembros y el tamaño de la unidad. En sus conclusiones finales, las autoras demuestran que los grupos domésticos con mayor acceso relativo a recursos productivos y también con mejores niveles relativos de vida son los de tamaño mayor. Para estas autoras son las características sociodemográficas del hogar las que influyen más en la presencia o no de miembros de la unidad doméstica campesina en el mercado.

Un ejemplo más para zonas agrícolas es el de Zuñiga y colaboradores (1986) con base en cifras de la Encuesta Rural de Planificación Familiar levantada en 1981. En el texto se anota que a principios de los ochenta, en las zonas rurales, más de la mitad de la población en edad de trabajar realizaba algún tipo de actividad económica, fenómeno que denota -señalan los autores- la importancia que tiene el trabajo familiar en el medio rural. Los autores clasificaron a sus hogares según características socioeconómicas basadas en la ocupación del jefe, mostraron que los grupos domésticos con jefe agrícola o que trabajaba por cuenta propia eran los que presentaban la mayor participación económica familiar, además que la mayor presencia de miembros de la unidad en el mercado se debía, principalmente, al mayor uso de la fuerza de trabajo de niños, mujeres y ancianos (Zuñiga, *et.al.* 1986).

Existen numerosas investigaciones que señalan ampliamente la importancia de las estrategias de sobrevivencia, sobre todo en momentos de crisis económica y para las poblaciones más pobres; los textos, *grosso modo*, resaltan que quienes obtendrán mayores

beneficios económicos son los hogares en etapas avanzadas de su ciclo vital y aquéllos que cuenten con mayor número de miembros como las unidades extendidas; pero también que aquéllos cuyo jefe presenta las condiciones más desfavorables dentro del mercado, arrojarán en mayor medida a sus integrantes al trabajo.

Finalmente, estas investigaciones sugieren que cuando en el hogar se cuenta con un pequeño comercio o negocio o bien con un predio agrícola, esto facilitará la incorporación de la mano de obra familiar a la actividad extradoméstica, principalmente la mano de obra secundaria.

EL TRABAJO DE LOS JÓVENES COMO ESTRATEGIA FAMILIAR

En el enfoque de las estrategias de sobrevivencia, como se ha anotado, es evidente la importancia del grupo doméstico como unidad de análisis, su estructura demográfica y sus características socioeconómicas. También se ha rescatado que no todos los miembros participan de igual manera y que al interior se plantean arreglos según las necesidades y características domésticas para decidir quién o quiénes están en mayor posibilidad de incorporarse al mercado laboral.

Múltiples trabajos se han acercado a la participación económica de las mujeres/madres de familia como parte de las estrategias de sobrevivencia; es más, la mayoría de los textos tienen como fin el estudio de las mujeres como elemento fundamental de tales estrategias. Incluso González de la Rocha (1986, 1993) puntualiza que -con

respecto a Guadalajara- no existe unidad doméstica sin mujeres, son ellas las que juegan el papel principal en el sostén familiar.

No obstante el papel prioritario que juegan las mujeres/madres, se ha observado que cuando existen otros miembros en el hogar que puedan salir al mercado laboral es viable relevarlas, pues las actividades del hogar -trabajo doméstico y producción para el autoconsumo- que tradicionalmente ellas llevan a cabo, son indispensables para absorber parte del costo de reproducción de la fuerza de trabajo que no es cubierto por los ingresos monetarios de la unidad. En este apartado se indagará acerca de aquellas unidades en las que se recurre a otra mano de obra que no es ni la central (jefes varones) ni la de las mujeres madres de familia, sino la juvenil: mano de obra secundaria que en algunas unidades domésticas puede ser uno de los recursos empleados para la sobrevivencia, tanto en hogares rurales como en urbanos.

En los estudios sobre estrategias de sobrevivencia se ha destacado que son las familias de más bajos ingresos las que han tenido que intensificar y diversificar los tipos de arreglos familiares para solventar las crisis económicas que se han vivido en las últimas décadas. No en todos los trabajos se hace referencia a la participación juvenil y adolescente, pero algunos la consideran y demuestran que es parte de los recursos empleados para paliar la grave situación económica.

Dentro de los textos que analizan las estrategias y que involucran a la población juvenil, aparecen distintas modalidades: algunos hacen referencia al tipo de estrategias en

que los jóvenes se integran; otros a la importancia de su participación para la unidad doméstica, por ejemplo en cuanto al destino de los ingresos que aportan; y otros más son los estudios que analizan los determinantes familiares del trabajo juvenil.

En el primer caso, donde se señalan los tipos de mecanismos que involucran a los jóvenes, como ejemplo existe el conocido trabajo de la migración por relevos de Lourdes Arizpe (1980). La autora sostiene que en Santiago Toxi, comunidad mazahua, ocurría un patrón predominante al que denomina migración por relevos, donde se relevan el padre, los hijos y las hijas en la actividad migratoria. A grandes rasgos la idea es la siguiente: alrededor de los 14 años, ellas y ellos se irán turnando para migrar hasta cumplir más o menos 18 o 20 años que es cuando las hijas e hijos se unirán y formarán otra familia. Con esta estrategia migratoria, la unidad doméstica asegura la supervivencia y la reproducción social. Arizpe observa que en las primeras dos etapas del ciclo doméstico los excedentes de la unidad se reinvierten en la crianza de los hijos más pequeños, las madres no migran pues son quienes crían y se encargan de los miembros que permanecen en la unidad. A mayor número de hijos, mayor será la capacidad eventual del ahorro por el ingreso migratorio con que contribuye cada hijo (Arizpe, 1980).

En general, trabajos que explican los procesos migratorios vistos desde la unidad doméstica de origen, mencionan a la población juvenil como parte importante de estas estrategias (por ejemplo Mummert 1992). En otro estudio, Szasz (1993) observa que en las comunidades que analiza en el estado de México, los jóvenes a partir de los 14 años se

integran al trabajo de la agricultura y empiezan a ser económicamente activos, su ocupación deja de considerarse una “ayuda” para la familia. Los varones a partir de los 14 años se consideran ya como mano de obra central para su unidad⁷. En San Martín, una de las comunidades estudiadas, cuando hay hijos varones de 14 y más años, el 72% de las unidades domésticas presentan migrantes temporales. Si bien no se detalla la edad específica de los jóvenes que emigran, se rescata que existe una alta participación juvenil en la comunidad, la cual es considerada no como mano de obra secundaria y suplente, sino fundamental para la reproducción de su unidad doméstica.

En cuanto a los textos que señalan la importancia para el bienestar familiar de la participación juvenil, como parte de las estrategias del grupo doméstico, un claro ejemplo lo da González de la Rocha (1993). En el grupo de familias que estudia en Guadalajara, la autora señala que las hijas y los hijos (aunque no se hace referencia explícita a la edad) cuando se incorporan al mercado -como parte de las estrategias familiares- destinan una cantidad de su ingreso a su propio consumo, pero a menudo asumen los gastos de algún hermano menor. También sugiere la gran importancia que guardan los hijos e hijas con su aporte en el ingreso familiar al apuntar que es frecuente que los y las jóvenes tengan que huir con sus novios debido a la negativa de los padres a que se casen y abandonen el hogar. O bien, los padres intentan que las parejas recién casadas, en lugar de formar hogares independientes, se integren a las unidades domésticas de origen (González de la Rocha y

⁷De hecho, al analizar las unidades domésticas, el corte que utiliza en términos de edad de los miembros es: hogares con hijos u otros parientes menores de 14 años y hogares con hijos u otros parientes de 14 años y más (Szasz, 1993). En su estudio la mano de obra familiar secundaria es la femenina y los varones menores de 14 años.

Escobar, 1990). También se observó que los padres empiezan a tolerar con más facilidad la permanencia de una hija embarazada o madre soltera, pues su aporte al hogar sea con dinero o con trabajo doméstico es fundamental para la reproducción de la unidad (González de la Rocha, 1993).

Ahora bien, en cuanto a los textos que analizan los determinantes familiares de la inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo, que para fines de este estudio son los fundamentales, se encuentra por ejemplo, el análisis de Zúñiga *et.al.* (1986). En este texto se afirma que en las áreas rurales al inicio de la década de los ochenta, se da una alta participación de fuerza de trabajo en todas las edades y en ambos sexos, lo que contrasta con la tendencia del capitalismo contemporáneo de excluir de la esfera productiva a niños y ancianos fundamentalmente. Incluso se muestra la alta participación activa desde los 8 años de edad. Los autores consideran como mano de obra central en las familias rurales a los varones de 16 años y más, los demás (mujeres, menores de 16 y ancianos) conforman la mano de obra marginal o secundaria. Clasifican los hogares según grupos sociales en función de la ocupación del jefe (productores agrícolas, asalariados agrícolas, por cuenta propia y asalariados no agrícolas) y muestran que en todos los estratos sociales los miembros familiares con mayor importancia económica después del jefe del hogar son los hijos en particular los varones. En los cuatro grupos que analizan, la tasa de participación económica de los hijos mayores de 8 años era superior a la que tenían las cónyuges, elemento fundamental pues indica que, en este caso, los hijos eran los enviados al mercado

laboral y no las esposas/madres como se ha visto que ocurre en otros contextos y en otros momentos históricos.

Otro hallazgo interesante es que si bien la mano de obra más importante era la de los trabajadores con más de 16 años, en los hogares independientes (por cuenta propia y productores agrícolas) existía un mayor empleo de la fuerza de trabajo de niños y mujeres jóvenes, lo que tenía que ver con el mayor margen de decisión y control sobre el empleo de los miembros del hogar, margen que se debe a la posibilidad de desarrollar una actividad económica independiente cuando se poseen recursos económicos en el hogar; esto también se refleja en una más temprana incorporación al trabajo de los miembros (8 a 15 años) en los grupos independientes en comparación a los asalariados. Los autores demuestran que los grupos cuyo ingreso mayor proviene del trabajo no asalariado es el que presenta mayor utilización de la fuerza de trabajo familiar: es decir, en estos opera un mayor uso del trabajo marginal -aunque se presenta un nivel mayor entre los productores agrícolas que entre los cuenta propia-; en contraste existen aquellas unidades cuyo ingreso depende de la venta de fuerza de trabajo asalariado donde ocurre la menor presencia familiar en el mercado (Zúñiga, *et.al.* 1986). Para estos autores las características socioeconómicas del hogar resultan definitivas para entender la participación económica familiar en el contexto rural estudiado.

Otro texto donde se hace mención explícita de los factores asociados a la participación económica familiar, con referencia a los adolescentes, pero para un área

urbana es el de García, Muñoz y Oliveira (1982). Ellos, como anteriormente se mencionó, estudian la participación familiar en la actividad económica en la Cd. de México, analizan los hogares a partir de la situación de clase del jefe y los clasifican según jefes trabajadores por cuenta propia, jefes trabajadores asalariados no manuales y jefes trabajadores asalariados manuales. Los autores encuentran que en ese momento para la Cd. de México la participación adolescente formaba parte de los arreglos internos que llevaban a cabo las familias, pero que esta participación era diferencial según el tipo de trabajo del jefe de la unidad. Como tendencia general señalan que si bien los adolescentes (12 a 17 años) presentaron tasas de participación menores que las adultas, las tasas de los varones fueron siempre mayores que las de las mujeres; además en los hogares extendidos ocurrió una participación adolescente (tanto de ellos como de ellas) más elevada que en las familias nucleares. Otro hallazgo muestra que los hogares dirigidos por trabajadores por cuenta propia tuvieron una participación relativamente mayor de hombres adolescentes activos; esta situación la atribuyen a que los hogares con jefes trabajadores por cuenta propia eran en su mayoría extendidos o compuestos, lo que habla de una necesidad de ingresos adicionales. Otro resultado interesante es que los adolescentes que provenían de hogares con jefe cuenta propia, se ocupaban, al igual que los jefes, como trabajadores por cuenta propia; esto indicaría que, en determinadas circunstancias, cuando el jefe trabajaba por cuenta propia era la propia familia la que se involucraba como mano de obra que apoyaba en los pequeños negocios al jefe del hogar. Los autores señalan que de igual manera en las

unidades domésticas dirigidas por asalariados manuales los promedios de tasas adolescentes para ambos sexos, pero principalmente las masculinas, son elevados. En resumen, en las familias compuestas y extendidas (importancia de la característica sociodemográfica), con jefes trabajadores por cuenta propia y asalariados manuales, que cuentan con pequeños negocios o predios agrícolas (características socioeconómicas determinantes) , la presencia de adolescentes -principalmente varones- como parte de las estrategias familiares fue importante en la Cd. de México cuando menos a fines de los setenta.

En los que respecta a las tendencias a nivel nacional, Tuirán (1993) muestra para los años ochenta que en México se dio un aumento de la utilización de la fuerza de trabajo principalmente masculina de 8 a 17 años de edad de 1981 a 1987. Observa que si bien la presencia de los jóvenes varones fue elevada, también se incrementaron los niveles de participación de las jóvenes mujeres. Tuirán considera que la mayor participación en actividades remuneradas de los miembros del hogar fue precisamente una de las estrategias empleadas para proteger el ingreso familiar o al menos detener su caída. Sin embargo, hay que anotar que si bien la participación de más y nuevos miembros al mercado ha permitido la sobrevivencia de la unidad doméstica, existen efectos negativos, que en el caso de la población joven se traducen en el abandono escolar y ante la falta de capacitación, en falta de credenciales para optar por mejores empleos.

Finalmente, en otra investigación también para la Cd de México pero para mediados de los noventa, García y Pacheco (1999b) resaltan la importancia de analizar diversos elementos y características de los hogares para entender cómo éstos influyen en la participación de sus miembros, en particular esposas, hijos e hijas. Uno de los resultados a que llegan las autoras en relación al trabajo de los jóvenes como parte de las estrategias es, precisamente, matizar la imagen de una mayor incorporación juvenil al mercado de trabajo en tiempos de crisis. Al menos para el caso de la Cd. de México, de 1970 a 1995 los datos mostraron un descenso en la ocupación de los hijos e hijas; esto sugiere o bien un aumento en las exigencias de los empleos o la mayor apertura de instituciones de enseñanza para jóvenes (García y Pacheco 2000). Otro hallazgo en relación a la participación juvenil es la mayor presencia de hijos, hijas⁸ (y esposas y otros miembros) en el trabajo no remunerado en los sectores medios. Esto parece hablar de la expansión del comercio y otros servicios en donde la mano de obra familiar no remunerada es un medio para mejorar el status social.

Así las autoras, a partir de un modelo de regresión logística, utilizando variables individuales y familiares, observan el efecto de una variable controlando la influencia de las demás. La variable dependiente fue el participar en el mercado de trabajo: *trabajar-no trabajar*. Las variables independientes se agruparon en: Variables individuales (edad, escolaridad y estado civil), y variables familiares, las que se separan en demográficas: presencia de niños/as de distintas edades y socioeconómicas (que están en función del jefe

⁸ Es importante aclarar que la edad de hijos e hijas es de 18 y más años, no se hace referencia, exclusivamente, a la población juvenil.

del hogar): ingreso del jefe, inserción laboral del jefe. Con esto fue posible conocer el efecto que sobre la participación laboral de madres, hijos e hijas juegan variables individuales y familiares sean socioeconómicas y demográficas.

Dentro de los hallazgos encontrados en relación con las hijas para el año de 1995, se observa que los factores individuales que inciden en su participación son el estado civil y la escolaridad: las solteras y con mayor escolaridad tienen mayor propensión al trabajo extradoméstico. En cuanto a las características socioeconómicas del hogar, el pertenecer a un hogar con jefe no manual asalariado (jefe profesional, técnico o administrativo), fue significativo al restringir la participación de hijas en el mercado.

En relación a los hijos, el modelo estadístico señaló a la escolaridad como una variable significativa -al igual que con las hijas-, sólo que en el caso de los varones el tener al menos primaria completa, aumentó su participación en el mercado, lo que indica que en la Cd. de México la propensión de los hijos varones a incorporarse al trabajo aún con bajo nivel de escolaridad es mayor que para las mujeres (en este análisis madres e hijas). Otro elemento fundamental fue la edad (variable individual), pues el tener entre 18 y 19 años de edad redujo la propensión al trabajo, elemento que indica, argumentan las autoras, su estancia escolar y el apoyo familiar que se les da a los jóvenes. Otro elemento significativo fue la inserción laboral del jefe, única variable significativa del contexto socioeconómico del hogar: el ser hijo de un jefe no asalariado resultó clave para incrementar la presencia de

hijos en el mercado, mientras que el ser parte de una familia con jefe no manual asalariado (al igual que con la hijas) inhibió su presencia como hijos activos.

CONCLUSIONES

En este capítulo se ha sistematizado lo que se conoce sobre el papel que tiene la población secundaria o marginal en las estrategias familiares y uno de los objetivos específicos fue ubicar el papel que juegan los jóvenes vistos como mano de obra familiar en el bienestar de su familia. De esta forma, se observó que los estudios que abordan a la mano de obra joven como parte de las estrategias mostradas por las unidades domésticas pueden clasificarse por una parte, en análisis descriptivos que señalan el tipo de mecanismos en los que estos jóvenes participan; o bien mostrar la importancia que tiene esta actividad juvenil en términos de la sobrevivencia del grupo doméstico; pero también, y fundamental para el objetivo de esta investigación, existen aquellos textos que tienen como finalidad conocer los factores asociados determinantes de la participación económica de los jóvenes, vistos como miembros de un entorno familiar.

En el último apartado se esbozó una revisión de trabajos que refieren de manera especial a los jóvenes como fuerza de trabajo familiar. Se observó en un primer momento que la juventud, como grupo de edad, es concebida de manera distinta -al menos del límite de 12 a 24 años preestablecido en este trabajo. El aspecto de los límites de edad es primordial, en la medida en que el rango del periodo de juventud tiende a ser tan laxo que

se dificulta la comparación de los resultados obtenidos en diversas investigaciones. En los textos aquí comentados, o bien se habla de juventud sin marcar ningún rango etareo; o se mezclan niñez y adolescencia (8 a 15 años) como en el trabajo de Zúñiga y colaboradores; o se agrupa antes de los 14 y después de los 14 como lo hace Szasz (1996); o bien se considera solamente la adolescencia o parte de la juventud (12 a 17 años) como en el trabajo de García, Muñoz y Oliveira (1982). De hecho en los estudios revisados, a partir de los 18 años no se hacen distinciones en términos de edad. Después de los 18 años se ubica al joven como igual a un trabajador de 20, 40, o más años, a pesar de encontrarse aun, por ejemplo, asistiendo a la escuela. Incluso, pareciera que los rasgos que definirían su presencia en el mercado serían sólo el ser madre o hija, o padre o hijo.

Hasta aquí pareciera que no existe consenso en cuanto al grupo considerado como juventud, al menos no en cuanto a la edad se refiere. Quizá el problema radica en considerar a la juventud como una etapa transitoria, previa a la etapa realmente importante de la vida: la productiva, al menos en cuanto a lo laboral se refiere. Consideramos que para el estudio de un subgrupo poblacional específico, como es la juventud, marcar límites claros a partir de la edad, por ejemplo, resulta fundamental para el análisis, pero además es necesario para acceder a un estudio comparativo que permita profundizar más acerca de este tema.

Se observó, por otra parte, que la presencia de los jóvenes en el mercado es distinta según el área de análisis. Según los textos su incorporación es más evidente en el espacio

rural, o al menos más temprana. El tipo de empleo al que tienen acceso en el campo implica menor credencialismo, aunado esto a la falta de oportunidades escolares en estas zonas lo que facilita más su incorporación al mercado. Si bien las modalidades del mercado son distintas en áreas urbanas que en rurales tal parece, según señalan los documentos consultados, que los determinantes son los mismos: tipo de ocupación del jefe del hogar, tamaño y ciclo de la familia y el sexo y edad del joven. Lo que sí parece distintivo es que en el campo la presencia de los jóvenes como mano de obra es más temprana y ha sido vista como un elemento tradicional en la sobrevivencia familiar (ya como venta de su fuerza de trabajo o dentro de su propio predio agrícola).

En los capítulos previos se analizó en qué medida elementos como el sexo, la edad y la escolaridad eran -vistos a nivel individual- variables que incidían en la participación laboral. En este apartado se señaló cómo a nivel del hogar, a nivel colectivo, los mismos elementos siguen siendo importantes pero se asocian con otros que provienen estrictamente del hecho de pertenecer a una unidad doméstica. Este punto es clave para nuestra investigación pues se parte de que el estudio de los jóvenes considerando tres niveles de análisis: el individual, el sociodemográfico del hogar y el socioeconómico del hogar, resulta fundamental para comprender la presencia en el mercado laboral de jóvenes que pertenecen a hogares con distintas características, tema del siguiente apartado.

CAPITULO CINCO

FACTORES CONDICIONANTES DE LA

MANO DE OBRA JOVEN

INTRODUCCIÓN

Como ya se mencionó la diversificación del trabajo entre los miembros de una familia ha sido uno de los mecanismos más utilizados por los hogares ante la crisis económica; ubicar a los trabajadores como parte de los hogares es una de las estrategias que ha permitido profundizar en la estructura y organización de los miembros de las unidades domésticas vistos como fuerza de trabajo. Uno de los métodos empleados cuando se busca entender los determinantes de la participación laboral de algunos miembros del hogar es el modelo estadístico de regresión logística el cual ha sido utilizado en numerosos trabajos¹; con estos modelos se ha mostrado la importancia de analizar a los y las trabajadoras considerando distintos niveles de la realidad –macro, familiar, individual- de manera simultánea.

En este capítulo, en particular nos interesa resaltar aquellos textos que estudian la participación laboral de las mujeres pero en especial de los otros miembros de los hogares

¹ Por ejemplo, Christenson, García y Oliveira (1989); Rubin-Kurtzman (1991), García y Pacheco (1999a), en el caso de la Cd. De México; Cortés y Rubalcava (1993a y 1993b) para la Cd. de Matamoros; o bien García o Oliveira (1994) con un análisis para todo el país; Estrella y Zenteno (1998) con cifras para el total urbano nacional; entre otros.

para delimitar qué factores han incidido en la participación económica de la denominada mano de obra secundaria.

Se abordarán en la primera parte, algunos de los hallazgos más relevantes de los trabajos que han analizado mediante modelos multivariados la influencia de distintas variables sobre la participación laboral de la mano de obra secundaria. Se comentarán al principio aquellos textos que exclusivamente se han abocado al estudio de las mujeres posteriormente se hará referencia a los que estudian a otros miembros del hogar que no necesariamente son jóvenes, para concluir cada apartado con los textos que analizan de manera específica a los trabajadores jóvenes. En la segunda sección, mediante modelos de regresión logística se profundizará en el análisis de la mano de obra joven –femenina y masculina- a nivel nacional con el fin de determinar cuáles son las variables que tienen mayor peso para explicar la presencia de los jóvenes en el mercado, en el año 1995, momento inmediatamente posterior de una fuerte devaluación, con una economía muy deprimida. Si bien las características individuales siempre han tenido un peso importante en la propensión al trabajo de la mano de obra secundaria, se buscará que elementos de corte familiar, ante una fuerte crisis, arrojan a población joven al mercado laboral.

ACERCA DE LOS FACTORES CONDICIONANTES

Los factores que influyen en la participación laboral pueden clasificarse en: individuales, familiares -que a su vez pueden dividirse en sociodemográficos y

socioeconómicos- y contextuales -que remiten a lo geográfico, lo regional (Christenson, García y Oliviera 1989). Los estudios que utilizan el análisis multivariado han señalado que la interacción de estos factores, estudiados de manera conjunta, da como resultado diferentes pautas del comportamiento laboral. En este tipo de análisis puede apreciarse el impacto de cada una de las variables (de tipo individual, familiar o contextual) y señalar en qué medida impactan la posibilidad de incorporarse o no a la vida económicamente activa. La regresión logística lineal es el modelo estadístico que más han utilizado los autores que exploran los factores condicionantes de la participación económica de la mano de obra secundaria (mayoritariamente de mujeres) que pertenecen a distintos contextos y con características familiares e individuales diferentes. Este es un método adecuado porque la variable dependiente es dicotómica (sólo dos categorías polares son generalmente consideradas, por ejemplo: trabajar-no trabajar, trabajar en maquiladoras-no trabajar en maquiladoras, estar unido-no estar unido etc.) y está explicada por un conjunto de variables que interactúan de manera simultánea.

Es importante resaltar que, obviamente, el objeto de estudio en cada investigación es el determinante en la selección de los factores involucrados y que cada análisis utiliza solamente aquéllos que considera pertinentes. En este sentido, en lo aquí expuesto se han seleccionado de manera intencional aquellos trabajos que pueden dar más pistas para el análisis de los determinantes de la población trabajadora joven.

Factores individuales

Los condicionantes individuales del trabajo extradoméstico² de la mano de obra secundaria que más se utilizan (aunque varían dependiendo del objeto de estudio) son: la edad, la escolaridad, el estado civil, el número y edad de los hijos en el caso de las mujeres y la relación de parentesco con el jefe³. Veamos cada una de manera particular.

La edad

En el caso de la población trabajadora femenina la edad es un factor fundamental que indica las transformaciones del ciclo vital de las mujeres ya que está relacionada con las responsabilidades familiares y con el trabajo extradoméstico. En el caso de la población joven la relación tiene que ver además con la asistencia escolar factor que, por una parte ha sido tradicionalmente considerado como inhibidor de la participación laboral entre los y las jóvenes; pero además tiene un significado especial en tanto la educación es el mecanismo mediante el cual la juventud se está preparando para su futura inserción.

Entre la población trabajadora femenina, uno de los resultados más importantes es que la edad de las trabajadoras se ha incrementado a lo largo del tiempo. Christenson, García y Oliveira (1989) encuentran que para 1981 es en el grupo de 20 a 24 años donde se da la mayor propensión al trabajo de las mujeres. En años más recientes se constata que la

² En todos los casos nos estaremos refiriendo al trabajo extradoméstico.

³ En algunos estudios se involucra también el origen migratorio del trabajador como en el de Rubin - Kutzman (1991) para la Cd. de México.

edad de las trabajadoras sigue en aumento. Oliveira y García (1994) con cifras de la Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud de 1987, controlando diversas variables que influyen en la participación por edad demuestran la creciente importancia de mujeres mayores de 25 años en el mercado de trabajo. Similar situación es la encontrada por Estrella y Zenteno (1998) quienes a partir de regresiones logísticas para 16 ciudades, señalan como tendencia general el incremento en la edad de las mujeres que participan en el mercado laboral particularmente las del grupo 40 a 49 años, “al grado de que en 1994 las mayores propensiones de ocupación correspondían a las mujeres de 30 a 49 años de edad, mientras que las de 20 a 29 años presentaron reducciones significativas en sus propensiones a la ocupación” (Estrella y Zenteno, 1998:176).

En los estudios donde no se analiza exclusivamente a la mano de obra femenina, se encuentran los siguientes hallazgos. En un texto reciente de García y Pacheco (2000) acerca del trabajo de esposas, hijos e hijas en la Cd. de México para mediados de los noventa, las autoras corroboran con su análisis que al menos para esta ciudad, la mayor propensión a trabajar de las mujeres esposas de hogar, es en el grupo de edad 30 a 39 años. Los resultados señalan que también en el caso de los hijos se da la mayor propensión a trabajar en este mismo grupo de edad (30 a 39 años), hecho esperable pues se supone que los varones en ese momento han concluido ya su formación escolar (o ya la han abandonado ya) y forman parte de la población económicamente activa; en cambio el tener entre 18 y 19 años es un factor que limita la participación de los hijos, elemento que habrá

que considerar en tanto este rango de edad es parte del objetivo central de este capítulo. En cuanto a la propensión a trabajar de las hijas, la edad no resultó ser una variable significativa (García y Pacheco, 2000).

En los textos que analizan en particular la mano de obra secundaria joven, encontramos el de Cortés y Rubalcava (1993a) donde investigan a los que denominan desocupados precoces -jóvenes de entre 12 y 21 años que ni estudian ni trabajan residentes en Matamoros a principios de los años noventa- los autores utilizan también un modelo de regresión logística y señalan que la edad no se considera una variable determinante en la condición de desocupación precoz. Esto seguramente se deba a que la población objeto de estudio está muy acotada en términos de edad.

La escolaridad

La escolaridad es también una de las variables individuales que más relación tiene con la participación laboral, pues en general el tener ciertas credenciales educativas es uno de los requisitos de acceso cuando se busca insertarse en una estructura ocupacional amplia y diversificada.

Al incorporar el nivel de escolaridad en los modelos de regresión, los estudios revisados señalan que se trata de una variable estadísticamente significativa sobre todo cuando se ha terminado algún ciclo de enseñanza o de carrera corta. Por ejemplo, para la población femenina, Christenson, García y Oliveira (1989) muestran que en 1981 las

mujeres con preparatoria completa, estudios universitarios o alguna carrera técnica tenían una mayor propensión a incorporarse en el mercado que aquéllas que no terminaron la primaria, lo que indica, argumentan los autores, que no es sólo importante contar con cierto nivel de escolaridad, sino más aún se necesita un certificado escolar.

El estudio que llevan a cabo Estrella y Zenteno (1998) también corrobora la importancia de esta variable como determinante de la participación laboral femenina. En su análisis se ubica a la escolaridad como una de las variables con mayor influencia sobre la propensión a trabajar de las mujeres de áreas urbanas, tanto en 1988 como en 1994. Así, señalan que en el total urbano nacional ocurre un incremento en la propensión a trabajar conforme se incrementan los niveles de escolaridad formal.

En cuanto a los estudios hechos para la mano de obra secundaria que no es exclusivamente femenina García y Pacheco (2000) encuentran que en cuanto a las hijas, la escolaridad es precisamente uno de los factores que incide en mayor medida en la probabilidad de trabajar o no trabajar: a mayor escolaridad mayor propensión. En el caso de los hijos varones, el tener al menos primaria completa fue el factor que, a mediados de los noventa, incrementaba su propensión al trabajo. Es probable que esto se deba a que los hijos con mayores niveles de escolaridad todavía permanecían en buena medida en la escuela.

En un estudio donde Cortés y Rubalcava analizan el trabajo de hombres y mujeres en la industria maquiladora de exportación en Matamoros a principios de los noventa,

también se señala que las industrias maquiladoras -en relación con otras ramas- prefieren personal que haya concluido un ciclo de educación formal. (Cortés y Rubalcava, 1993b). En cuanto a los desocupados precoces que analizan los autores tampoco encontraron que la escolaridad fuera un factor determinante para la desocupación de estos jóvenes (Cortés y Rubalcava, 1993a).

La escolaridad es una variable que habrá que tomar con cautela cuando se trata de la juventud, pues se trata de una población que todavía no ha terminado su instrucción escolar, por lo que las asociaciones encontradas tendrán un significado especial.

El estado civil

Se señaló en un capítulo previo (con información a nivel agregado) que el estado civil juega un papel determinante en cuanto a la participación laboral. Y que el estar unido propicia que la participación femenina en general disminuya; mientras que en la masculina, sobre todo entre los hombres jóvenes, hace que se incremente.

Los estudios que tienen como fin conocer cuál es el peso de cada variable sobre la propensión de trabajar o no trabajar señalan que, en el caso del trabajo femenino, el estado civil tiene un peso decisivo en la posibilidad de incorporarse al mercado. Estrella y Zenteno demuestran para su análisis en 16 ciudades que el estado civil es el segundo factor de influencia sobre la propensión de que una mujer se encuentre o no ocupada tanto en 1988 como en 1994. El patrón general es el siguiente: alta propensión para las solteras,

intermedia para las alguna vez unidas, es decir: divorciadas, separadas y viudas y baja para las que viven en unión (Estrella y Zenteno, 1998). Similar situación se encontró en otros estudios que se encargan igualmente de los determinantes del trabajo femenino (Christenson, García y Oliveira 1989; Rubin-Kurtzman, 1991; García y Pacheco 1999a).

En el caso de los otros miembros secundarios de los hogares como los hijos e hijas, el texto *Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995* refiere que las hijas cuando son solteras presentan la mayor propensión a trabajar; para los hijos, en cambio, el estado civil no resultó significativo en el modelo logístico aplicado (García y Pacheco 2000). En cuanto a la población juvenil, en el trabajo sobre desocupados precoces en Matamoros no se captó en la encuesta utilizada el estado civil de los jóvenes, de ahí que no se incluyó en el modelo.

El número y edad de los hijos

Tradicionalmente se ha considerado que existe una relación inversa entre la actividad extradoméstica de las mujeres y el número de hijos, por ejemplo para 1970 en la Cd de México, Rubin-Kurtzman menciona que con el modelo logístico que emplea, las mujeres con muchos hijos tuvieron mayores dificultades para incorporarse al trabajo, además la probabilidad disminuyó al aumentar el tamaño de la familia. Estrella y Zenteno nos remiten a una conclusión parecida para el total urbano en 1994: la probabilidad de que

una mujer se ocupe es mayor cuando se tienen máximo dos hijos, en cambio con más de tres la probabilidad disminuye.

Christenson, García y Oliveira (1989) nos ofrecen una visión más amplia y diferente sobre el número de hijos, porque consideran la variable de manera interactiva con el estado civil. Encuentran para 1981, que si bien el número de hijos es un factor importante en la propensión al trabajo o no trabajo, al interactuar junto con el estado civil el modelo arroja nuevos resultados. Los autores señalan que cuando no se tienen hijos, aun las mujeres unidas presentan alta participación; en cambio el tener hijos hace que inclusive mujeres viudas, separadas o divorciadas disminuyan su propensión a trabajar. Lo contrario sucede con las madres solteras, pues la probabilidad de que se incorporen al trabajo aumenta cuando se tienen más hijos en lugar de disminuir.

En relación con los otros miembros de la mano de obra familiar, García y Pacheco, en su análisis multivariado para esposas, hijos e hijas en la Cd. de México en 1995 señalan que uno de los factores que inhibe la presencia de las esposas en el trabajo es el tener en el hogar niños menores de 7 años (suponemos que parte de estos niños son hijos); para las hijas la presencia de niños en el hogar no resultó ser una variable significativa. En el trabajo que alude de manera particular a los desocupados precoces, no se consideró esta variable en el modelo.

La relación de parentesco

El papel que se desempeña en la unidad doméstica tiene que ver con el lugar que se tiene en términos de parentesco con el jefe. Es decir, más allá de la edad, suponemos que no se tendrán las mismas responsabilidades familiares si se es madre de familia que hija; o hijo que nieto; o pariente o no pariente.

En este sentido para el total urbano nacional se anota que la relación de parentesco de las mujeres con el jefe de hogar es uno de los factores más importantes que afecta la propensión a estar o no ocupada. Estrella y Zenteno (1998) señalan que en 1988 el ser cónyuge o hija disminuía notablemente la propensión a ocuparse, mientras que el ser jefa de hogar la aumentaba. Para 1994, el ser jefa de hogar sigue siendo un elemento alentador del trabajo, mientras que para este año el ser hija de familia reduce en relación con 1988 la propensión a incorporarse al mercado.

En el caso de la población joven, el trabajo de Cortés y Rubalcava (1993a) indica que la relación de parentesco con el jefe no resultó ser una variable determinante en la probabilidad de que un joven que no asiste a la escuela trabaje o no.

Hasta este momento se aprecia que no necesariamente las variables que resultan significativas para la propensión al trabajo extradoméstico de las mujeres lo son para otros miembros de la unidad doméstica, en particular los jóvenes. El hecho de que se trate de un subgrupo que no sólo es parte de un hogar, sino que está (principalmente por la edad)

supeditado a él sugiere que se indague no solamente con factores estrictamente individuales sino con los asociados a sus características familiares.

Factores familiares

Factores familiares hay muchos debido a la complejidad y diversidad de las familias mexicanas. En este segmento se anotarán primero los que remiten a las características sociodemográficas del hogar, algunos de los más estudiados son: sexo del jefe, ciclo de la familia, tamaño y tipo de la familia. Y en segundo lugar los que tienen que ver con factores socioeconómicos: número de trabajadores en el hogar, inserción laboral del jefe y el ingreso del hogar (considerando para esto el ingreso del jefe del hogar). Aunque como se mencionó al inicio, el objeto de la investigación nos llevará en cada caso específico a seleccionar las propias variables explicativas.

El sexo del jefe

En cuanto a la participación femenina, en términos generales se ha encontrado que en los hogares jefaturados por mujeres aumenta la propensión a que ellas se incorporen al trabajo; lo contrario sucede con los hogares con jefatura masculina donde el trabajo de las mujeres disminuye. Como dato interesante, Estrella y Zenteno encuentran que para el total urbano nacional de 1988 a 1994 la propensión a ocuparse de mujeres que viven en un hogar con jefatura masculina se incrementó, mientras que la pertenencia a un hogar con jefatura

femenina dio lugar a que la propensión de las mujeres al trabajo disminuyera. No obstante, los autores señalan que a pesar de los cambios relativos ocurridos a lo largo del tiempo el formar parte de un hogar jefaturado por una mujer sigue teniendo un efecto elevado en la propensión de ocupación de las mujeres que forman ese hogar (Estrella y Zenteno, 1998).

El ciclo de la familia

El momento del ciclo biológico en que se encuentra una familia es un factor de consideración porque lleva implícito las necesidades económicas que puede tener ese hogar; es decir, en un hogar en expansión donde generalmente los padres son jóvenes y tienen hijos menores de edad, la cantidad de consumidores será mayor a la de productores. Un hogar en el ciclo de consolidación tendrá todavía miembros consumidores, pero habrá ya miembros adultos que podrán incorporarse activamente al mercado de trabajo. Por último un hogar en el ciclo de fisión estará conformado por padres mayores de 40 años e hijos mayores de edad donde, suponemos, las cargas económicas serán repartidas entre varios miembros del hogar, e incluso en este ciclo aparecen los hogares denominados “nido vacío” que corresponden a aquéllos donde los hijos ya no viven en él.

A la par de las diferentes necesidades económicas que presenta cada una de las etapas del ciclo biológico se encuentran las responsabilidades familiares que deben cumplirse. Por ejemplo, en una familia donde existen hijos pequeños la posibilidad de que la esposa/madre de familia se incorpore en el trabajo extradoméstico se ve disminuida,

como sucede en el estudio de la Cd. de México de García y Pacheco, donde esta variable resultó inhibitoria de la participación económica de las esposas.

En el trabajo que estudia los factores que condicionan la situación de los desocupados precoces, Cortés y Rubalcava (1993a) señalan que uno de los rasgos que resultaron significativos en el modelo fue el momento del ciclo biológico que vive la familia. Los resultados indicaron que en las familias consolidadas, donde cohabitaban miembros mayores de edad que podían ayudar en el sostenimiento de la familia, la propensión a que los jóvenes estuvieran desocupados -es decir, que ni estudiaran ni trabajaran- era mayor.

Sin embargo una excepción la encontramos en el estudio en áreas rurales de México (Zúñiga, *et.al.* 1986) donde los autores utilizan un modelo de regresión múltiple. En este trabajo se señala que en el caso de estas familias no urbanas, el ciclo vital de la familia que suponían sería una variable significativa en la mayor o menor propensión a trabajar de los miembros de una unidad, no resultó ser un factor determinante, pues lo que arroja a mano de obra secundaria al mercado de trabajo tiene que ver con los recursos con los que cuenta la familia, “las diferencias en la organización del trabajo en el hogar están determinadas principalmente por la posesión de recursos productivos propios” (Zúñiga, *et.al.* 1988:122).

El tamaño y tipo de la familia

En las últimas dos décadas los hogares y familias mexicanas se han transformado profundamente. Por un lado se observan cada vez más familias con un reducido número de hijos y en general una disminución en el tamaño promedio de los hogares, así como un creciente porcentaje de familias formadas por parejas sin hijos (Salles y Tuirán 1996); pero por otra parte persisten los hogares de tipo ampliado y compuesto. Leñero señala que al menos en la Cd. de México, un efecto sensible de la restricción económica que se vive actualmente puede ser el crecimiento del tamaño familiar en la unidad doméstica. Según este autor se está regresando al antiguo modelo de la familia consanguínea extensa, pero si bien antes esta familia extensa o semiextensa era normal, ahora resulta problemática para la convivencia pero necesaria para solventar la crisis económica (Leñero, 1996).

Los resultados a que han llegado los autores que investigan el efecto del tamaño de la familia sobre la condición de actividad de los miembros que viven en esa unidad son mixtos. Por ejemplo: Rubin-Kurtzman (1991) menciona que en 1970 en la Cd. de México la existencia de otros miembros activos en la unidad aumentaba de manera significativa la participación de las mujeres en el mercado de trabajo; esto lo explica, por una parte, apuntando que cuando es insuficiente el ingreso familiar más miembros tienen que salir a buscarlo; pero por otra parte esta mayor propensión puede deberse a que sus familias se encuentran en la etapa del ciclo de fisión, donde hay más miembros adultos y menos responsabilidades domésticas.

García y Pacheco (2000) por su parte, también incluyeron en su modelo la presencia de hombres activos, la presencia de mujeres inactivas y la presencia de niños menores de 7 años en el hogar. Las autoras suponían que la presencia de hombres activos en el hogar permitiría que menos mujeres tuvieran la necesidad de incorporarse al mercado, y que la presencia de mujeres inactivas, podría ser un elemento importante para el trabajo extradoméstico de algunas de ellas en tanto se contara con mujeres sustitutas para el trabajo al interior del hogar. El resultado obtenido en el modelo presentado por estas autoras arrojó que ambas variables no fueron significativas pero, como ya se mencionó, la variable que sí incidió significativamente, al menos sobre las esposas fue la presencia de menores en el hogar. En el trabajo de Estrella y Zenteno (1998) para el total urbano tampoco resultaron significativas las variables sobre el número de miembros en el hogar (número de miembros en edades activas, número de miembros en el hogar, menores de 5 años en el hogar y mayores de 65 años en el hogar).

Otro de los determinantes asociado al tamaño y al ciclo de la familia es el número de trabajadores en el hogar, lo que puede ser interpretado también como la relación consumidores a productores (Cortés y Rubalcava, 1993b). En el caso de los jóvenes de Matamoros (Cortés y Rubalcava, 1993a), la proporción de mujeres trabajadoras y de hombres adultos resultaron dos factores fundamentales en la probabilidad de que un joven fuese o no desocupado precoz. El modelo multivariado de estos autores indicó que cuando es alto el número de trabajadores (el número de hombres que trabajan en la familia)

aumenta la probabilidad de ser desocupado precoz. Lo mismo sucedió con el total de mujeres que trabajan en el hogar, pero en mayor escala pues en aquellos hogares donde el trabajo de varias mujeres es el principal ingreso familiar, el riesgo de ser joven desempleado y no asistir a la escuela se incrementa significativamente al menos en Matamoros al inicio de los años noventa.

La inserción laboral del jefe

Se ha mostrado que la pertenencia a distintos sectores sociales implica a su vez diferentes modalidades de trabajo de la mano de obra secundaria con opciones y oportunidades diferenciales. La incorporación del sector social, visto mediante la inserción laboral del jefe del hogar, es una aproximación para conocer las condiciones socioeconómicas a que se enfrentan las familias.

Veamos qué pasa en el caso de las zonas no urbanas cuando utilizan regresiones múltiples. Zúñiga y colaboradores destacan que lo que determina la mayor o menor presencia de miembros de las familias en el mercado de trabajo es la posesión de recursos productivos propios; de tal forma que los grupos de productores agrícolas y los de trabajadores por cuenta propia presentan un grado de participación mayor al de los grupos asalariados, resultado encontrado tanto en familias nucleares como en extensas, al igual que en los distintos momentos del ciclo vital. Parece ser que esto se debe, señalan los autores,

a que la posesión de recursos facilita la mayor diversificación de actividades (Zúñiga, et.al.1986).

En lo que respecta a áreas urbanas, el uso de esta variable como determinante en la propensión de ocupación o no (en particular para el trabajo femenino) ha arrojado resultados muy interesantes. Por ejemplo, Estrella y Zenteno en su completo análisis comparativo para 1988 y 1994 en 16 ciudades, demuestran que de las características del hogar que ellos incluyen en su modelo (actividad, escolaridad y sexo del jefe) es precisamente la actividad del jefe la que generó en ambos años de su estudio la mayor influencia sobre la propensión de que una mujer trabaje o no trabaje. La propensión de que una mujer se encuentre ocupada se incrementó sustantivamente si el jefe del hogar estaba ocupado y además si realizaba labores no manuales; en cambio si el jefe no se encontraba ocupado, la propensión mayor de las mujeres era a no estar ocupadas también (Estrella y Zenteno 1989).

Similar resultado obtienen en su estudio para la Cd de México García y Pacheco (2000), quienes al controlar diversos factores encuentran que un efecto importante sobre la participación económica de las esposas lo tiene el que el jefe de la familia sea trabajador no manual; es decir, que aquellas esposas de profesionistas, técnicos o trabajadores administrativos, que podrían considerarse sectores medios, presentan una mayor propensión a incorporarse al trabajo. Pero también la propensión al trabajo de las esposas aumenta cuando el jefe es comerciante independiente.

En el caso de las hijas, la categoría más significativa –pero que limita la propensión a ocuparse- es que el jefe sea un trabajador no manual asalariado. Caso contrario al de las esposas: el pertenecer al sector medio, privilegia a las hijas quienes pueden permanecer mayor tiempo fuera del mercado laboral.

En lo que respecta a los varones, el que el jefe sea un trabajador no asalariado (manual o no manual) fue significativo para aumentar la propensión al trabajo de los hijos. Las autoras consideran que el peso decisivo lo tienen los negocios y comercios familiares, fundamentalmente estos últimos, pues al menos en el caso de los hijos, el 38% eran comerciantes establecidos (García y Pacheco 2000).

En el caso específico de la población joven, en el trabajo sobre los desocupados precoces de Matamoros, la variable utilizada no es precisamente el sector social visto a través del jefe, sino el efecto de la estructura de ocupaciones en el hogar. El análisis que Cortés y Rubalcava desarrollan, señala que en los hogares cuya estructura de ocupaciones está conformada sólo por asalariados manuales es donde aumenta la propensión a ser desocupados precoces, mientras que cuando en el hogar existen solamente trabajadores independientes, la probabilidad de ser desocupado precoz se reduce, y se reduce aún más cuando se proviene de un hogar donde existen de manera combinada trabajadores asalariados manual o no manuales (Cortés y Rubalcava, 1993).

El ingreso del jefe

La variable ingreso del jefe se utiliza para captar condiciones económicas favorables o no favorables del hogar. Algunos autores han comprobado que el efecto de esta variable puede estar parcialmente captado por otro, como por ejemplo, la escolaridad del jefe o la inserción ocupacional; por lo que no la consideran en sus modelos (Estrella y Zenteno, 1998; Tuirán 1993; entre otros).

Sin embargo el ingreso del jefe puede resultar en algunos casos un factor decisivo en la propensión a ocuparse de la mano de obra secundaria. En el trabajo de García y Pacheco (2000), las autoras deciden incluir esta variable dado que uno de sus objetivos es conocer si la condición económica del hogar según el ingreso del jefe, limita o impulsa la propensión a trabajar de la mano de obra secundaria en la Cd. de México. Aún teniendo en cuenta la inserción laboral y la escolaridad de dichos jefes en los hallazgos que ellas presentan, esta variable resultó más significativa estadísticamente hablando, incluso que el tipo de inserción y la escolaridad del jefe del hogar, pero solamente para el caso de las esposas: las autoras señalan que en el caso de las esposas vivir en un hogar con jefe sin ingresos es uno de los factores más determinantes en la mayor propensión a ocuparse. En cambio en el caso de las hijas e hijos el ingreso del jefe de familia no resultó una variable significativa en su propensión al trabajo.

Factores contextuales

En un país como México donde existe una gran desigualdad y una gran heterogeneidad productiva, es mejor hablar de distintos contextos regionales. En el caso de la población trabajadora femenina, se ha señalado que existe una asociación positiva entre regiones con mayor desarrollo económico y el trabajo de las mujeres (Tienda, 1977; Estrella y Zenteno, , 1998), sobre todo en lo concerniente a las grandes ciudades: Cd. de México, Guadalajara y Monterrey; y a algunas ciudades del norte, por ejemplo: Tijuana, Matamoros, Cd. Juárez, donde cobra importancia no tanto el alto desarrollo económico sino los requerimientos específicos de la demanda laboral de esa zona, donde la maquila juega un papel primordial al ser la opción más importante para las mujeres que ahí residen (Iglesias, 1985; Carrillo y Hernández, 1985; Anderson, 1990). Sin embargo, también se ha encontrado que no es exclusivamente la pertenencia *per se* a una región específica lo que estimula o inhibe la participación laboral femenina, sino una serie de elementos que están interrelacionados con la pertenencia a determinada región: como el mayor y más fácil acceso a la escolaridad, e incluso aspectos de orden cultural.

Christenson, García y Oliveira (1989) en su trabajo sobre los condicionantes del trabajo femenino señalaron la importancia del contexto regional. Controlando la distribución por edad, el nivel de escolaridad y las características familiares los autores demuestran que los mayores niveles de participación económica los presentan las mujeres urbanas que residen en el centro del país.

Estrella y Zenteno, en su análisis en 16 centros urbanos, si bien no regionalizan y más bien señala un patrón de comportamiento de la mano de obra femenina para el total urbano de 1988 a 1994, sí concluyen comentando las diferencias significativas entre el mercado laboral de Cd. Juárez, o de la Cd. de México o del área metropolitana de Monterrey. Hecho importante pues señala que aún dentro de las áreas más urbanas del país se dan diferencias. Diferencias mayores, entonces, se encontrarán si se trabaja al país en su totalidad, áreas más urbanizadas y menos urbanizadas.

Hasta aquí se ha buscado conocer qué es lo que impulsa o dificulta la propensión al trabajo de los miembros no jefes del hogar (aunque la mayoría de los textos se han referido a las mujeres). Se señaló que una manera de entender su propensión al trabajo es mediante el uso de regresiones logísticas, método estadístico correcto cuando la finalidad es conocer los factores que impactan más o menos alguna variable (en este caso el trabajo).

Ante las dificultades económicas crecientes, cada vez más a los jefes o jefas de los hogares se les ha imposibilitado hacerse cargo de la manutención absoluta de sus familias. La llamada mano de obra secundaria se incorpora al mercado día a día, como se ha documentado en numerosos textos (ver capítulo cuatro) en busca de ayudar a la sobrevivencia familiar o bien solventar sus gastos individuales. Si bien existen numerosos trabajos que buscan conocer la participación de la mano de obra familiar en el mercado, todavía son escasos los textos en donde la participación de los jóvenes es el punto medular del análisis.

Retomando la relevancia de los elementos que se han utilizado en estudios previos para entender la presencia de la mano de obra juvenil, en el siguiente apartado se hará un análisis para profundizar en la situación que guardan los jóvenes vistos como mano de obra que se incorporan al mercado en un momento de escasas oportunidades ocupacionales y poco diversificadas. En este capítulo se buscan los factores que en 1995⁴ determinaron la presencia o no presencia de hombres y mujeres jóvenes quienes aun con características similares presentaron distinta propensión a insertarse en el mercado de trabajo. Se seleccionó este año porque en él empiezan a evidenciarse las consecuencias de la fuerte crisis sufrida a fines de 1994, donde la polarización de los ingresos y el incremento de la pobreza fueron uno de los resultados.

Un estudio con estas características, -al menos hasta la última revisión bibliográfica realizada- no se ha hecho, y creemos es prioritario dadas las condiciones sociales, económicas y demográficas de este México de fin de siglo.

CONDICIONANTES DEL EMPLEO JUVENIL

Partimos de la hipótesis de que en un contexto de crisis económica la participación de los trabajadores jóvenes dependerá en mayor medida de las características de su contexto familiar. Dado que se trata de un subgrupo poblacional en el que un porcentaje es aún menor

⁴ Para este análisis se utilizan datos de la ENE95 expandidos y escalados, es decir: se expanden para obtener una representatividad proporcional y se escalan para poder aplicar modelos a la muestra. El calculo es: Factor de expansión*(tamaño de muestra/datos expandidos).

de edad, una buena parte todavía está orientado al estudio y la mayoría son hijos de familia, esto los hace tener cualidades específicas: por un lado, están supeditados a su grupo familiar (sobre todo los más jóvenes), pero esta misma dependencia los coloca a su vez en cierta posición de ventaja, pues precisamente por la edad y por ser dependientes no tienen la obligación de asumir responsabilidades -en sentido estricto- para con los demás miembros. Será la familia quien incidirá en la participación o no participación del joven, pero suponemos que también el factor regional será significativo debido a características distintas de la demanda de los mercados laborales y principalmente por aspectos culturales diferentes entre áreas más urbanizadas y menos urbanizadas.

La técnica de análisis empleada: la regresión logística

En este apartado el objetivo es analizar la influencia que generan las variables de corte individual, de corte familiar y de corte contextual sobre la propensión de los jóvenes a incorporarse en el mercado de trabajo. Para este fin se utilizará la técnica denominada regresión logística, adecuada cuando lo que se busca explicar se estima mediante una variable dicotómica, en este caso: *sí trabaja - no trabaja*. La presencia o no presencia de los jóvenes en el mercado será la variable dependiente, la cual se explica por un conjunto de variables independientes que interactúan de forma simultánea. Con el ajuste de modelos estadísticos multivariados será posible controlar al conjunto de variables que afectan la inserción laboral

de los jóvenes y evaluar en cuánto aumenta o disminuye la propensión de que un o una joven trabaje según condiciones diversas.

Se especificarán los factores que inciden en la actividad económica de jóvenes, hombres y mujeres no jefes de hogar en dos grupos de edad: el grupo de 15 a 19 y el de 20 a 24 años. Se ajustarán modelos de regresión distintos para cada grupo de edad y para hombres y mujeres por separado, definiendo un modelo base con coeficientes significativos objetivamente comparables y con el mayor porcentaje de aciertos. Finalmente se compararán los resultados de los 4 modelos resultantes.

Identificación de variables

A lo largo del tiempo, factores como la edad, el estado civil, la escolaridad, el lugar de residencia, el tamaño de la familia, el sexo del jefe, la inserción laboral de jefe, son variables que han sido determinantes en, al menos, la participación económica de las mujeres y en los pocos estudios hechos para los jóvenes de ambos sexos y otros miembros de la familia. La revisión bibliográfica nos permite en primera instancia identificar algunas variables que han presentado evidente incidencia en la participación económica de las mujeres en particular, pero que suponemos serán relevantes en el estudio de los jóvenes trabajadores.

La *edad* evidentemente en el estudio de la población juvenil es fundamental, pues es ella quien delimitará en un principio el universo de estudio. En el caso de este trabajo se acota a la juventud entre los 15 y 24 años de edad.

En cuanto a la *escolaridad*, tener algún certificado escolar ha sido, en general, uno de los factores que más han determinado la participación laboral. Incluso, al menos en las áreas urbanas, la tendencia ha sido a incrementar la propensión a trabajar cuando se tiene mayor escolaridad. En el caso de los jóvenes esta variable adquiere un significado distinto en tanto la población en estudio forma parte activa (en gran medida) del sistema escolar, aunque también en cierta medida es parte activa del mercado laboral⁵.

El estado civil es una variable que es determinante sobre todo entre mujeres (en hombres no se tiene tanta evidencia); sin embargo en los grupos de edad que aquí se analizan, el estado civil tiene un sentido inverso entre mujeres y hombres trabajadores: ellas cuando son solteras presentan mayor participación, (aunque actualmente la unión o el tener hijos ya no son factores que inhiban tanto como en décadas pasadas); para los varones en cambio el ser solteros, sobre todo en las edades que aquí manejamos, es un elemento para la no participación.

En cuanto a las variables de corte familiar, el *sexo del jefe* es una variable que ha estado muy ligada a la participación de la mano de obra secundaria; estudios dedicados a las unidades con jefatura femenina vinculan la pobreza con este tipo de hogares, señalan la mayor presencia de mujeres trabajadoras y también como un factor determinante para arrojar mayor número de dependientes por trabajador (Acosta, 1994).

⁵ Desafortunadamente en la encuesta utilizada no se cuenta con la variable de asistencia escolar, únicamente se tiene una pregunta sobre cuántas horas a la semana dedica a estudiar, la cual tiene un rango de cero a 99 horas, resultaba difícil a partir de ella suponer qué población asistía a la escuela.

El *tamaño de la familia* tiene también implicaciones en la propensión al trabajo: en el caso de las mujeres en particular, por una parte el aumento en la carga del trabajo doméstico, pero por otra en la búsqueda de un trabajo extradoméstico para conseguir un ingreso más para el hogar; entre los hombres la variable es importante por su incorporación al mercado en busca de satisfacer las necesidades básicas propias o del hogar.

Numerosos trabajos señalan a la *inserción laboral* del jefe como una variable que junto con el ingreso del jefe indicarán las condiciones en que vive la familia. Los textos han mostrado que la pertenencia a un hogar cuyo jefe es un trabajador independiente o no asalariado, así como el provenir de un hogar con jefe manual hace que la participación de la mano de obra secundaria se incremente.

El *lugar de residencia* en un estudio como este, a nivel nacional, es fundamental dada la heterogeneidad de este país. Áreas predominantemente urbanas y otras menos urbanas, ambas con mercados laborales distintos y con elementos culturales también distintos.

En el presente estudio, las variables que hipotéticamente parecen relevantes y que consideraremos son, de corte individual: la escolaridad, el estado civil y el número de hijos. Dentro de las variables del hogar las que suponemos como más importantes son, las sociodemográficas: el sexo del jefe, el tipo de hogar, el número de miembros, el parentesco con el jefe; las socioeconómicas: el ingreso del jefe y la inserción laboral del jefe. Dentro de las variables contextuales se contemplará el área de residencia. Todos factores que en los

textos analizados han influido en distinta medida ya para inhibir o para motivar la participación laboral.

Cabe recordar que en este análisis la edad no se considera una variable más sino que por cuestiones propias del objeto de estudio se ha acotado desde un inicio y se ajustará un modelo para cada grupo etareo.

La relevancia de dichas variables se ha anotado a lo largo de todo el trabajo, por lo que ahora se describirán sus categorías.

- La *escolaridad*. Las categorías en esta variable son: 1) sin instrucción o primaria incompleta, 2) primaria completa o secundaria incompleta, 3) secundaria completa y 4) algún año de preparatoria o más. En secundaria completa están contenidas las carreras técnicas que se estudian con primaria concluida; en preparatoria y más están incluidas aquellas carreras técnicas que incluyen secundaria. No se especificó más allá de preparatoria pues el rango de edad que se maneja no tiene, en su mayoría, estudios terminados posteriores al nivel preparatoria.
- Con respecto al *estado civil*, las agrupaciones son: solteros/as, unidos/as (casados/as y unión libre) y alguna vez unidos/as (viudos/as, separados/as y divorciados/as).
- En cuanto al *número de hijos*, (únicamente se considera para la población femenina, pues la encuesta no incluye para los hombres la pregunta sobre número de hijos) las categorías son: 1) sin hijos, 2) con un hijo, 3) dos hijos y 4) tres y más hijos.

Dentro de las variables familiares, las de corte sociodemográfico son:

- El *sexo del jefe del hogar*: 1) jefe mujer y, 2) jefe hombre.
- El *tipo de familia*: 1) familia nuclear, y 2) familia no nuclear. En familia no nuclear se incluye la ampliada y la unipersonal.
- *Número de miembros en la familia*: 1) de 1 a 4 miembros, y 2) 5 o más miembros.
- *Parentesco con el jefe*: 1) cónyuge, 2) hijo o hija, 3) pariente del jefe, y 4) no pariente del jefe. En la regresión se omitirá la posición de jefe de hogar, pues se trabajará solo con jóvenes en los que no recae la jefatura familiar, ya que suponemos que los jóvenes cuando son jefes del hogar están en su mayoría ocupados, o al menos sus razones de no trabajo serán distintas.

Las variables familiares de corte socioeconómico:

- El *ingreso del jefe*, medido en salarios mínimos: 1) de uno a dos salarios mínimos, 2) más de dos y 3) sin ingreso.
- *Inserción laboral del jefe*. En estudios previos se ha visto que el carácter distinto de la inserción del jefe afecta la participación de los demás miembros de la familia. En este caso la inserción se agrupará manteniendo la división asalariado-no asalariado y manual-no manual (además de la inserción agrícola): 1) jefe asalariado manual (obreros; choferes; trabajadores de oficios diversos: electricistas, mecánicos; prestadores de diversos servicios, entre otros, 2) jefe asalariado no manual (técnicos, oficinistas, maestros, funcionarios administrativos, profesionistas, etc., 3) jefe cuenta propia manual o no manual, y 4) jefe agrícola.

Finalmente la variable contextual utilizada será:

- *Área de residencia*: 1) área más urbanizada y 2) área menos urbanizada. Definidas así por la misma encuesta.

En los cuadros 5.1 y 5.2 se incluyen las tasas de participación económica juvenil para mujeres y hombres respectivamente según las diferentes variables consideradas de manera independiente. Para conocer la relevancia que adquiere cada una de estas variables al considerarlas conjuntamente, se llevaron a cabo algunas pruebas para obtener un buen ajuste del modelo de regresión logística para cada grupo estudiado hasta definir un modelo base, que como se señaló, fuera comparable para todos los subgrupos y que al aplicarlo generara el mayor número de coeficientes estadísticamente significativos y la mayor proporción de aciertos. Durante la elaboración de estos ensayos en busca del modelo base, algunas variables no resultaron significativas y se excluyeron.

Las variables que no arrojaron coeficientes significativos fueron: el *ingreso del jefe* y el *tipo de familia*. Para estos jóvenes según lo señala el modelo tal parece que pertenecer a una familia nuclear o no nuclear no incide en su propensión al trabajo así como tampoco es un factor decisivo el ingreso del jefe, situación igual a la hallada por García y Pacheco, (2000) en cuanto a las hijas y los hijos. Es probable que el efecto de estas variables quede parcialmente captado por otras.

Las variables que configuran nuestro modelo final son: la variable dependiente dicotómica *trabajar- no trabajar*; las variables independientes: *escolaridad*, *estado civil*,

número de hijos (sólo para las jóvenes), *área de residencia*, *sexo del jefe*, *parentesco con el jefe*, *tamaño de la familia e inserción laboral del jefe*.

Se han introducido al modelo ocho variables independientes seleccionadas y en cada una se tomará como categoría de comparación aquélla en la que -en función de los capítulos anteriores y de los cuadros 5.1 y 5.2- es posible anticipar que tendrá un peso menor en la propensión a ocuparse de los jóvenes, o visto de otra manera, tendrá un peso inhibitor más acentuado de la actividad económica.

De tal forma que en la *escolaridad* se tomó como categoría de comparación “preparatoria y más”; los “alguna vez unidos” en el *estado civil*⁶; “tres hijos y más” es la categoría de referencia en el *número de hijos*; en el *área de residencia* la categoría para comparar será “área menos urbanizada”; “jefe hombre” en el *sexo del jefe*; “cónyuge” como categoría referente en *parentesco con el jefe*; “uno a cuatro miembros” en el *número de miembros* y “jefe manual” es la categoría de referencia en la variable *inserción laboral del jefe*. Es muy importante recordar que al establecer como referencia a una categoría, los coeficientes que se muestran en las restantes se leen en función de ella.

⁶ Se considera esta categoría de referencia, en lugar de la de “casados o unidos” o “solteros” porque presentó menos diferencias entre hombres y mujeres. Entre la población joven los hombres cuando están casados presentan mayor su participación, en cambio si son solteros se reduce. Situación contraria ocurre entre las mujeres jóvenes. Entre los “alguna vez unidos” las diferencias no fueron tan acentuadas.

Resultado de los modelos de regresión logística

Se han elaborado cuatro modelos logísticos que consideran simultáneamente los factores individuales, familiares y el área de residencia de los jóvenes. Dos modelos para mujeres (de 15 a 19 y 20 a 24 años) y dos para hombres con las mismas características. El objetivo es medir la contribución de las distintas variables en su propensión a trabajar, analizar las diferencias por edad, las particularidades según el sexo, qué los une y qué los separa. Se analizarán primero los resultados de la población de 15 a 19 años (mujeres y hombres); y en segundo lugar a la población de 20 a 24 años (también mujeres y hombres).

Jóvenes mujeres y hombres de 15 a 19 años

Considerando que se trata de población joven, y que dada su corta edad no es una mano de obra altamente capacitada, suponemos que las características familiares serán las que incidirán en mayor medida en la propensión a incorporarse al trabajo, pero veamos variable por variable qué sucede cuando se vinculan varios elementos de manera simultánea (Sólo analizaremos las variables y categorías que resultaron significativas).

En el caso de las mujeres el mejor ajuste del modelo (cuadro 5.3) nos da una proporción global de aciertos de 70.50%. En cuanto a la *escolaridad* se observa que las jóvenes de 15 a 19 años cuando tienen menor escolaridad presentan mayor propensión a incorporarse al mercado, casi 1.6 veces más si no han concluido siquiera la primaria y 1.39 veces si tienen cuando menos la primaria terminada. Lo que coloca a estas características en

el segundo y tercer lugares en importancia entre los factores que propician el trabajo de las jóvenes; mientras que el haber concluido la secundaria inhibe su propensión al trabajo en 0.9 veces. Estos resultados pueden ser mejor comprendidos si se recuerda que la categoría de referencia es la preparatoria y más; es decir, se está comparando con otras jóvenes que seguramente siguen estudiando y ésta es probablemente la razón por la que las menos escolarizadas tienen mayor propensión al trabajo.

En cuanto al *estado civil*, es interesante corroborar que aún considerando el efecto de las demás variables, el estar unidas, en relación con haber estado alguna vez unidas, hace que disminuya su propensión al trabajo. Así, el efecto tradicional de que a la unión la mujer sale del mercado, parece no cambiar, aún en estos tiempos de dificultad económica, y entre las generaciones más jóvenes. El número de hijos no fue estadísticamente significativo, sabemos que buena parte de ellas aún no tiene hijos, según se mostró en el capítulo segundo.

El *área de residencia* no fue un elemento significativo; al analizarse conjuntamente con el resto de las variables la pertenencia a un área más urbanizada perdió importancia relativa. Este resultado es contrario a lo esperado, pues suponíamos que el área más urbanizada sería punto de atracción del trabajo joven femenino, tanto por elementos culturales pero también desde el punto de vista de las características del mercado laboral, donde hay mayor cabida al trabajo de las mujeres; aunque también hay mayores posibilidades de inserción educacional, lo cual puede limitar su entrada al mercado. Sin embargo esto nos habla de que

la situación en las áreas menos urbanizadas está cambiando y de que allí también se están ofreciendo oportunidades económicas para las jóvenes.

En cuanto al *sexo del jefe*, las jóvenes de 15 a 19 años que provienen de hogares con jefatura femenina tuvieron una propensión a trabajar en 1.23 veces mayor que las que provienen de hogares con jefe varón. Aspecto fundamental sobre todo si se recuerda que hay numerosos estudios que vinculan la pobreza con la jefatura femenina, así como la herencia generacional de dicha pobreza.

En relación al *parentesco con el jefe*, el ser hija o una pariente del jefe en comparación con ser cónyuge, inhibió la propensión a ser trabajadora. Este aspecto marca varios elementos: primero que aún con la actual crisis económica es la esposa la que saldrá antes que las hijas al mercado laboral; pero también pueden estar inmersas de alguna manera las relaciones de autoridad y dominio en la familia. Las hijas posiblemente no deciden por ellas mismas si salen o no al mercado laboral y tal vez su principal responsabilidad son las tareas domésticas, aunque también puede ser que el hogar sea todavía un refugio y no han tenido que ser enviadas tempranamente al mercado. Además hay que resaltar que cuando la joven no es pariente del jefe este hecho hace que, en comparación con la cónyuge, la propensión al trabajo aumente en 2.22 veces (claro que en este rubro están las trabajadoras domésticas que viven en el hogar donde trabajan). Este, de hecho, es el primer factor que aumenta la propensión a trabajar entre las mujeres de 15 a 19 años. El *tamaño de la familia* fue una variable que no influyó en la presencia o ausencia en el mercado laboral, situación contraria a la esperada,

pues suponíamos que esta variable podría incrementar el trabajo extradoméstico en busca de un mayor ingreso familiar. Tal parece que estas mujeres jóvenes de entre 15 y 19 años de edad, al menos en 1995 se mantenían al margen de estas responsabilidades.

Un último elemento que incide positivamente en la participación de las jóvenes de 15 a 19 años es el pertenecer a un hogar con jefe que sea trabajador por cuenta propia (en relación con los asalariados manuales) lo cual aumenta en 1.28 veces su propensión a participar en el mercado (cuarto factor de importancia); en tanto que pertenecer a un hogar cuyo jefe trabaja como asalariado no manual inhibe en 0.68 veces su propensión al trabajo. Ya se ha señalado previamente (García y Pacheco, 2000) que la pertenencia a hogares de sectores medios (jefe asalariado no manual), coloca a las hijas en cierta ventaja lo que les permite alejarse del trabajo por algunos años más.

Veamos ahora los resultados para los *hombres* jóvenes de 15 a 19 años provenientes de unidades domésticas, limitados a su contexto familiar, que no cuentan todavía con grandes logros educacionales ni muchos años de capacitación (igual que las jóvenes de la misma edad), la proporción global de aciertos en el modelo fue de 69.92%. Veamos qué indican los resultados estadísticos (cuadro 5.4).

En cuanto a la *escolaridad* al igual que para las mujeres -considerando el sesgo debido a que en la categoría de referencia “algún grado de preparatoria o más” suponemos que hay jóvenes que posiblemente continúan estudiando- aparece un aumento en la propensión a participar en el mercado al no tener escolaridad o tener solamente la primaria completa; pero

con la primaria terminada o algún grado de secundaria la propensión aumenta a 2.21 veces, convirtiéndose en el segundo factor de influencia en la propensión al trabajo. En comparación con las mujeres de 15 a 19 años es importante señalar que para ellas el no tener la primaria terminada fue un factor que propiciaba más el trabajo, en cambio en los varones la propensión aumenta cuando se tiene al menos la primaria concluida. Elemento importante pues habla de que para ellos ciertas credenciales, (incluso entre los más jóvenes) son importantes pero no lo son para ellas; tal vez esto se deba al tipo de ocupaciones que tienen unos y otras y que en el caso de las mujeres, por ejemplo las empleadas domésticas, son menos calificadas. Por último, igual que las jóvenes, el tener secundaria concluida inhibe la presencia de los jóvenes de 15 a 19 en el mercado.

Como se esperaba, el estar soltero (en relación con el haber estado unido) disminuyó la propensión a su actividad laboral, pero el estar unidos, no resultó ser significativo (no olvidemos que entre los varones hay pocos casos en esta situación). En cuanto al *área de residencia*, si bien en las mujeres no resultó ser una variable importante, en los jóvenes de 15 a 19 años el pertenecer a un área más urbanizada disminuyó la propensión en 0.83 veces. Recordemos que el área menos urbanizada involucra el trabajo agrícola en el cual, según se analizó en el capítulo tercero, la participación de los varones muy jóvenes es prioritaria.

En relación con el *sexo del jefe*, al igual que con las jóvenes el pertenecer a un hogar cuyo jefe es mujer, hace que la propensión a trabajar se incremente en 1.22 veces. El *número de miembros* sí resultó ser significativo, la pertenencia a un hogar con cinco o más miembros

aumentó en 1.15 veces la propensión a que el joven trabaje (hecho que no ocurrió entre las jóvenes), es en las familias grandes donde se da la mayor propensión al trabajo de los varones de 15 a 19 años (y las jóvenes probablemente permanezcan a cargo del trabajo doméstico). En cambio el ser hijo o cónyuge, pariente o no pariente del jefe, no fue significativo estadísticamente –categoría que en las mujeres sí fue importante- lo que habla de pautas culturales, posiblemente de subordinación en perjuicio de las mujeres, aunque en otro sentido puede ser de protección hacia ellas, con el fin de retrasar su ingreso temprano al mercado laboral. En ambos sentidos aparecen diferencias según el sexo que se expresan en la asignación de diferentes identidades y actividades, donde el ser pariente o no pariente del jefe parece marcar una diferencia entre hombres y mujeres. En el caso de las mujeres el ser hija o tener algún parentesco con el jefe en comparación con ser esposa, en términos de su inserción laboral, las limita, las controla o las protege. En cambio si se es hombre el ser hijo, pariente o no pariente su participación laboral no cambia, su connotación aparentemente es la misma, no importa la relación de parentesco con el jefe que se tenga en relación con su propensión a trabajar.

La inserción laboral del jefe tuvo también resultados significativos. El vivir en un hogar cuyo jefe es asalariado no manual (sectores medios más privilegiados) disminuyó su participación, así como la aumentó en 1.24 veces el pertenecer a un hogar cuyo jefe trabaja por cuenta propia. Pero el ser parte de un hogar cuyo jefe trabaja en el sector agrícola fue fundamental en la propensión a trabajar del joven, pues su presencia fue 2.29 veces más en

relación con un hogar con jefe asalariado manual. Este es el primer factor que aumenta la propensión de jóvenes de 15 a 19 años a participar en el mercado. Recordemos que con anterioridad se señaló que la presencia activa de estos jóvenes en los espacios menos urbanizados fue fundamental en el rubro del trabajo agrícola.

Jóvenes mujeres y hombres de 20 a 24 años

Los resultados del modelo logístico para la *población femenina* de 20 a 24 años, con un porcentaje total de aciertos de 69.97% (cuadro 5.5), señalan algunas diferencias interesantes en relación con las mujeres antes estudiadas. En primer lugar, la *escolaridad* es un aspecto que impacta en su participación laboral; los datos hacen suponer que los requisitos para ellas son mayores, pues al no tener la primaria concluida, su propensión al trabajo se inhibe en .82 veces con relación a las que tienen algún estudio de preparatoria o más (contrario a los y las jóvenes); mientras que el haber terminado la primaria o la secundaria, es decir tener ciertas credenciales, hace que su propensión al trabajo aumente en 1.19 y 1.24 veces respectivamente. Este dato coincide con los hallazgos encontrados por otros autores que estudian a mujeres adultas al señalar que a mayor escolaridad mayor propensión a la actividad. Sin embargo hay que volver a resaltar que en esos trabajos el universo de la población son mujeres sin acotar la edad, de las cuales muchas han terminado ya su instrucción, no es el caso en el universo que aquí analizamos donde muchas jóvenes con preparatoria y más siguen estudiando.

El que sean solteras, como se esperaba, aumenta en 1.5 veces su actividad (segundo factor de influencia en las mujeres de 20 a 24 años), en cambio al estar unidas, en relación con haber estado antes unida, su propensión al trabajo se inhibe, pero en 0.30 veces solamente; esta disminución no es muy severa y puede estar señalando y corroborando que actualmente cada vez menos mujeres jóvenes salen del mercado al unirse. En cuanto al *número de hijos*, en comparación con las que tienen tres o más hijos, la ausencia de ellos propicia en las mujeres de 20 a 24 años el trabajo en 1.16 veces; mientras que el tener dos hijos disminuye en 0.73 veces la propensión a participar en el mercado. Es decir, como es conocido, las mujeres sin hijos o con uno sólo pueden acceder al trabajo más fácilmente; con dos hijos el trabajo se dificulta, pero con tres o más se convierte en una necesidad.

En cuanto al *sexo del jefe*, nuevamente el pertenecer a una familia con jefatura femenina aumenta la propensión al trabajo en una proporción similar a los casos anteriores: 1.21 veces, en comparación con los hogares con jefatura masculina.

En relación con el *número de miembros* en el hogar, entre las mujeres de 20 a 24 años, el pertenecer a una unidad con más de cinco miembros hace que aumente en 1.22 veces la propensión a ocuparse. Con esto observamos que es en las mujeres jóvenes de mayor edad en quienes recae la necesidad de salir en busca de un empleo o quizá, ellas pueden salir al mercado y evitar en cierto grado el trabajo doméstico que quedará a cargo de otros miembros -entre los que posiblemente están las jóvenes de 15 a 19 años de edad.

Si la joven no es pariente del jefe, también aumenta su propensión al trabajo (2.24 veces más que si fuese cónyuge), este factor se convierte en el primero en aumentarla; en tanto que ser hijas u otras parientes la disminuyen (parte de ellas son las empleadas domésticas). Igual que ocurrió entre las mujeres de menor edad.

Finalmente, la pertenencia a una familia con jefe trabajador cuenta propia, resultó ser estadísticamente significativa, lo cual hace que se incremente en 1.13 veces el trabajo de estas mujeres en relación con las que pertenecen a un hogar con jefe asalariado manual; por otra parte el ser miembros de una familia con jefe ocupado en el sector agrícola inhibió la propensión en el mercado. Este último aspecto se contrasta con las mujeres más jóvenes donde esta categoría no tuvo relevancia; tal parece que además de los problemas económicos que pudieran arrojar a jóvenes al mercado, los patrones culturales pueden pesar más entre las mujeres de 20 a 24 años, hijas de familia o esposas donde tradicionalmente en los espacios menos urbanizados las mujeres permanecen en sus casas.

En el cuadro 5.6 se detalla el modelo para *hombres* de 20 a 24 años, con un a proporción global de aciertos de 83%. Al igual que las mujeres del mismo grupo de edad, el no tener al menos la primaria terminada inhibe su propensión a ocuparse (en 0.95 veces). Pero en cambio el tener la primaria completa resultó el factor que más aumentó la propensión a ocuparse (2.35 veces más que si se tuviera al menos preparatoria). En este caso puede ser que los jóvenes con preparatoria y más son los que siguen estudiando en la universidad. La secundaria concluida resultó ser también una variable con efectos estadísticamente

significativos, aumentando la propensión a 1.24 veces. Aún con la salvedad del sesgo que pudiese estar presente, vemos que el tener algún grado terminado, un certificado, arroja la mayor propensión a la actividad como se ha corroborado en numerosos textos.

El estar unidos fue la categoría más importante en términos estadísticos, pues aumentó la propensión a trabajar en 2.34 veces, en comparación con el haber estado antes unidos, convirtiéndose en el factor más importante (aún no siendo jefes de la unidad doméstica). La pertenencia a una familia con jefe mujer, al igual que en todos los casos anteriores, tuvo una asociación positiva en similar proporción (1.24 veces más en relación con la jefatura masculina).

Ni el tamaño de la familia ni el parentesco con el jefe fueron relevantes, vemos nuevamente que la organización social y la familiar da significados distintos a hombres y mujeres. De hecho estos jóvenes, son mucho más independientes de la vida familiar que los otros grupos analizados, no sólo por la edad sino además por ser varones.

La inserción laboral sí arrojó resultados significativos; en comparación con pertenecer a un hogar encabezado por un jefe asalariado manual, el vivir en un hogar jefaturado por un asalariado no manual (lo que consideramos vivir en un sector medio, menos oprimido económicamente), inhibió en 0.65 veces su propensión a ocuparse, mientras que el pertenecer a un hogar con jefe cuenta propia o a un hogar agrícola la incrementó en 1.27 y 1.60 veces respectivamente. Es interesante rescatar que la pertenencia a un hogar agrícola no fue tan determinante para el trabajo de estos jóvenes como lo fue para los de 15 a 19 años; se retoma

entonces que al entrelazar pautas culturales y sociales de subordinación, los más jóvenes, sobre todo en el trabajo agrícola, obedecen más a su entorno familiar, aunque también el grupo de 20 a 24 puede haber migrado ya.

CONCLUSIONES

Debido a las características del estudio se separó a la población en cuatro universos de análisis: mujeres de 15 a 19 años y de 20 a 24 años y hombres de 15 a 19 y de 20 a 24. Los resultados de cada modelo señalaron que las variables incidían en la propensión al trabajo en distinto sentido y magnitud según grupo de edad y sexo. Se partía de la hipótesis de que la presencia de los y las jóvenes en el mercado estaba marcada principalmente por los rasgos familiares seguido por el contexto geográfico y en menor medida por las variables individuales. Sin embargo los resultados señalaron que si bien los factores familiares influyen en la participación de los jóvenes en el trabajo, algunos de corte individual presentan una asociación más fuerte en la propensión de los jóvenes para insertarse en el mercado.

En cuanto a las variables individuales, la *escolaridad* merece un trato especial en tanto los jóvenes aún están en proceso de formación educativa formal; es decir, son todavía parte activa del sistema escolar. Sabemos que algunos de ellos y ellas se dedican solamente al trabajo (ver capítulo dos), pero la mayoría vincula simultáneamente el trabajo y la escuela, de ahí que las cifras que arrojó el modelo deban tomarse con cierta cautela pues se trata de una

población que está estudiando y que continuará haciéndolo -en muchos casos- durante algunos años más.

Teniendo en mente lo anterior, los modelos indicaron que cuando se es muy joven (de 15 a 19 años), el contar con muy bajo nivel escolar (sin escolaridad o primaria no concluida) da la mayor propensión al trabajo en comparación con la población con preparatoria o más que muy probablemente sigue estudiando de tiempo completo en mayor medida. En cambio, cuando los y las jóvenes tienen de 20 a 24 años se observa la relación esperada de a mayor escolaridad mayor presencia en el mercado de trabajo, aquí tenemos a más jóvenes que ya han completado su ciclo escolar y esto probablemente los impulse en el mercado de trabajo. Es de esperar además que los requisitos del mercado donde pueden insertarse los y las trabajadores de 20 a 24 años no sean los mismos que los de los de menor edad. El trabajo de los más jóvenes ha sido incluso visto como “*ayuda*”, como un proceso de aprendizaje en donde, además, la presencia de los no remunerados es muy elevada.

En cuanto a la *escolaridad* también, se encontró que los hombres y las mujeres no presentaron rasgos que los diferenciaron de manera significativa; es decir, tal parece que ante mercados tan constreñidos, las diferencias entre ellas y ellos cuando son jóvenes no son tan evidentes en relación con el nivel escolar, aunque hay que mencionar que entre las mujeres más jóvenes es en la mínima escolaridad donde se presentó la mayor propensión a incorporarse al mercado (este resultado puede deberse a la opción de trabajo como empleadas domésticas que es muy conocida entre las mujeres jóvenes más pobres).

El *estado civil*, como se esperaba, fue un factor diferencial entre hombres y mujeres y entre los dos grupos de edad. Entre las mujeres más jóvenes el estar unidas limitó su propensión al trabajo (pero no en gran medida); en el caso de las de mayor edad el estar solteras la aumentó profundamente (1.5 veces) pero al unirse la propensión si bien disminuyó lo hizo en muy baja escala también (0.3 veces). Con esto puede señalarse que en 1995 la unión entre las jóvenes (en relación a haber estado antes unida) no resultó un determinante definitivo para dejar el trabajo, hallazgo que consideramos importante pues se está hablando de nuevas generaciones de trabajadoras que se insertan en el mercado en tiempos de profunda crisis.

Por su parte los varones, como se esperaba, presentaron propensiones distintas: entre los más jóvenes cuando están solteros la propensión al trabajo aumenta, pero si son mayores (de 20 a 24 años) la propensión se incrementa pero cuando están unidos.

En cuanto al *número de hijos* variable considerada solamente para la población femenina -pues la encuesta no pregunta a los hombres en relación con su número de hijos- fue en el caso de las mujeres de 20 a 24 años donde se presentaron elementos elocuentes. La presencia de un hijo alentó la propensión al trabajo, pero el tener dos la disminuyó; dado que la categoría de referencia en el modelo es el tener tres o más hijos, esto significa que si disminuye la propensión al trabajo de las mujeres con dos hijos, si tuviesen tres éstas se incorporarían en mayor magnitud al mercado laboral. Ante la necesidad económica las mujeres aún con más de dos hijos buscarán alternativas que les permitan acceder al trabajo extradoméstico.

La variable contextual analizada fue el *área de residencia*. Los resultados indican que el comportamiento entre hombres y mujeres jóvenes se opone. En términos generales las áreas más urbanizadas inhibieron la propensión de los hombres al trabajo; en tanto que las mujeres (las de 20 a 24 años) fue el espacio más urbanizado lo que permitió la mayor incorporación. Se corrobora que en las grandes ciudades hay mayores opciones laborales, mayor posibilidad de que las mujeres se inserten al mercado laboral y en este caso en particular las mujeres jóvenes. Sin embargo hay una excepción con las jóvenes de menor edad cuya participación no se vio influida por el lugar de residencia; para ellas, mujeres muy jóvenes, con escolaridad no concluida, miembros dependientes -por su edad y sexo- de su núcleo doméstico, el área de residencia no significa nada en términos de su participación laboral.

En cuanto a las variables familiares incluidas en el modelo, hubo una de corte sociodemográfico que fue significativa en todos los casos: la pertenencia a un hogar cuya jefatura es femenina, variable que aumentó en los cuatro grupos la propensión a la actividad. Esta situación corrobora la pobreza de estos hogares y la necesidad de incorporar a más miembros al mercado cuando se es parte de un hogar cuyo jefe es mujer. Los expertos en el tema han señalado en variadas ocasiones que la situación de los hogares con jefatura femenina es muy crítica, pues al interior de ellos las mujeres asumen el costo de la reproducción de la fuerza de trabajo y asumen también la responsabilidad no sólo del trabajo doméstico sino de la manutención del hogar, lo cual hace muy difícil la sobrevivencia familiar (Acosta, 1994, 1998; Salles *et.al.* 1992).

El *tamaño de la familia* fue otra variable sociodemográfica que considerábamos influiría positivamente en la propensión al trabajo de la juventud, sin embargo no ocurrió así en todos los casos: resultó ser un factor significativo en los hombres de 15 a 19 años y en las mujeres de 20 a 24, aumentando la propensión al trabajo en ambos grupos. Suponemos que este resultado se debe a que en lo que respecta a los y las jóvenes de mayor edad, son las mujeres de 20 a 24 las que cooperan en mayor medida que los varones cuando se necesita aumentar el ingreso familiar; aunque también los hombres de 20 a 24 años que han alcanzado cierto nivel escolar permanecen más tiempo en la escuela lo que hace que su inserción al trabajo se retrase más que en el caso femenino. En lo que concierne a los más jóvenes, donde son los varones los que aumentaron su propensión al trabajo cuando en su hogar había más de cinco miembros, la situación puede plantearse así: las mujeres, las jóvenes de 15 a 19, por una parte se harán cargo de algunas tareas domésticas, pero también, es probable que la unidad doméstica trate de acogerlas y protegerlas dentro del seno familiar un tiempo mayor que a los varones; mientras que ellos sí buscarán emplearse (al igual que la cónyuge) en el mercado de trabajo. Este hecho cobra más sentido al unirse a la siguiente variable de corte familiar estudiada: el parentesco con el jefe.

El *parentesco con el jefe* tuvo resultados completamente diferentes entre hombres y mujeres. Ellos no limitaron su participación en función del parentesco que guardan con el jefe; en cambio ellas, cuando eran hijas o parientes inhibieron su propensión elocuentemente. Por una parte puede suponerse que se deba a una subordinación genérica la cual se manifiesta en

múltiples facetas: el control de la sexualidad femenina, las relaciones de autoridad donde la mujer está subordinada, sea en el ámbito laboral o en el doméstico. En este caso, el espacio doméstico es el que nos interesa.

La esfera doméstica es uno de los ámbitos donde se produce y reproduce la subordinación del género. Oliveira y Gómez (1991) hacen una excelente revisión bibliográfica sobre la subordinación y resistencia femenina y resumen así:

“Niños y niñas asimilan las expectativas diferenciales existentes para hombres y mujeres. En el proceso de construcción de la identidad de género, la niña se enfrenta a una serie de demandas psicológicas, resultado de las expectativas sociales impuestas a la mujer como esposa y madre (...); ellas no se aprecian como importantes en sí mismas y para ellas mismas, no son las actrices principales de sus propias vidas (...). En suma, las mujeres internalizan un autoabandono y devaluación personal en pro de los intereses y necesidades de los otros” (Oliveira y Gómez, 1991:38).

Es en el marco de la dinámica de las interrelaciones domésticas donde se entretajan las relaciones de autoridad, de conflictos, de violencia, basadas en vínculos de parentesco; esto es lo que hace que ellas, las jóvenes vean supeditada su propensión a trabajar a las relaciones de parentesco, mientras que para los varones esta variable no tiene significado alguno. Pero desde otro punto de vista, los resultados sugieren también que más que una situación de sujeción o subordinación, más bien se goza de cierta protección al interior de la familia que trata de evitar el trabajo extradoméstico de estas jóvenes.

Finalmente la variable socioeconómica de nivel familiar *inserción laboral del jefe* arrojó interesantes hallazgos. Uno de los resultados obtenidos fue que el pertenecer a un hogar cuyo jefe trabaja por cuenta propia hace que los jóvenes –ellos y ellas, de 15 a 19 y de 20 a 24 años- aumenten su propensión a la actividad. Se trata de jóvenes que viven en unidades domésticas con jefes no asalariados (con un trabajo manual o no manual), hogares donde los jóvenes han tenido la necesidad de incorporarse más pronto al mercado o pueden acceder a él más fácilmente debido precisamente a la ocupación de los padres (por ejemplo, comercios y otros tipos de establecimientos, vendedores ambulantes). Estas ocupaciones se han incrementado en los últimos años y en ellas es posible integrar a nuevos miembros del hogar.

En contraste, cuando el jefe es un asalariado no manual la incorporación laboral de los jóvenes se inhibe, en estos hogares donde generalmente los jefes tienen mayores niveles de escolaridad -profesionistas, técnicos, trabajadores administrativos, funcionarios- los jóvenes tienen ciertos privilegios, los padres aspiran a que sus hijos tengan una mayor educación pero además pueden retardar la entrada al trabajo algunos años más.

Cuando la *inserción del jefe* es en el trabajo agrícola resalta la importancia del trabajo juvenil de los varones, principalmente los de 15 a 19 años, donde es muy significativa su propensión a la actividad; entre las mujeres de 20 a 24 años, en cambio, el provenir de un hogar con jefe agrícola inhibe la propensión a incorporarse al mercado, diferencias que tienen que ver con pautas culturales. En el campo la tarea de las mujeres se circunscribe más bien al

entorno doméstico, pero los hombres, sobre todo los más jóvenes, conforman parte importante de la mano de obra en el predio familiar, principalmente en los tiempos de cosecha.

Mediante estos modelos de regresión logística, se mostró que las estrategias que los jóvenes de cada familia elige son diferentes según su edad y su sexo, y que dependen tanto de su contexto familiar como de las características propias de cada uno. En resumen: el provenir de un hogar encabezado por una mujer y vivir en un hogar cuyo jefe es un trabajador por cuenta propia fueron factores que al menos en 1995 influyeron decisivamente en la participación de los y las jóvenes en el mercado; el ser muy joven (15 a 19 años) y tener el nivel más bajo de escolaridad fue un factor que aumentó la propensión al trabajo, efecto contrario al ocurrido entre los y las jóvenes de 20 a 24 años en donde el nivel mayor de escolaridad es lo que propició más su presencia en los mercados laborales. El estar casada en 1995 no limita de manera decisiva la presencia de mujeres en el trabajo extradoméstico, pero la presencia de un número mayor de hijos en lugar de inhibir, aumentó la propensión de las mujeres jóvenes a trabajar. En cuanto a la región, las áreas más urbanizadas, en el año de estudio, propiciaron más el trabajo femenino y las áreas menos urbanizadas incidieron más en el trabajo masculino.

Los modelos evidenciaron que el ser muy joven (tener 15 a 19 años) y más aún el ser mujer, da lugar a profundas desigualdades originadas en gran medida al interior de las unidades domésticas. Se hizo palpable la diferencia que viven al interior de sus hogares estas mujeres según su relación de parentesco con el jefe: una subordinación o protección de parte

del jefe del hogar inhibe su presencia en el mercado; pero en contra parte, se da una explotación hacia las mujeres jóvenes que no tienen parentesco con el jefe. Vemos entonces que más allá de obtener cierta capacitación o de la escolaridad alcanzada, por encima de las habilidades y los conocimientos adquiridos está en primer lugar la condición de ser joven, pero antes -incluso- está la condición de ser mujer y vivir en familia.

Cuadro V.1
México, 1995. Proporción de mujeres jóvenes que
trabajan según características individuales y familiares

Total	Edad			3055*
	15-19	2359*	20-24	
Escolaridad				
Sin escol o prim				
incompleta	36.9	412	29.1	278
Primaria	36.4	575	37.2	540
Secundaria	28.2	1094	46.3	1414
Preparatoria y más	18.5	277	46.7	824
Estado civil				
solteros	31.5	2165	59.0	2200
casados o unidos	15.3	176	22.2	736
separadas, viudas o divorciadas	38.5	15	61.9	109
Número de hijos				
ninguno	30.3	2190	55.2	2167
uno	21.3	135	32.1	538
dos	13.5	22	25.4	277
tres o más	23.9	11	22.3	118
Área de residencia				
área más urbana	29.0	1047	46.5	1748
área menos urbana	29.4	1312	37.8	1307
Tipo de familia				
hogar nuclear	29.67	1642	41.29	1941
hogar no nuclear	28.38	827	43.95	1256
Sexo del jefe				
jefe hombre	28.5	1924	40.2	2444
jefe mujer	32.9	412	54.2	596
Parentesco con el jefe				
jefa	52.0	13	70.1	82
cónyuge	23.9	116	22.7	523
hija	30.4	1899	55.0	2007
pariente	20.1	233	33.2	336
no pariente	65.8	98	77.0	107
tamaño de familia				
1-4 miembros	29.9	576	35.1	1052
5 y más miembros	29.0	1783	60.0	2003
Ingreso del jefe				
de uno a dos s.m	29.17	2412	42.15	3124
más de dos s.m.	35.44	28	54.17	26
sin ingreso	14.71	5	56.14	32
Inserción laboral del jefe				
jefe asal. manual	31.84	570	39.56	758
jefe asal. no manual	20.18	202	45.43	467
jefe cta. Propia	33.09	580	46.64	708
jefe agricultor	29.58	623	33.42	493

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1995.

* La fila corresponde al número absoluto.

Muestra expandida y escalada.

Cuadro V.2
México, 1995. Proporción de hombres jóvenes que
trabajan según características individuales y familiares

Total	Edad			
	15-19	4823*	20-24	5945*
Escolaridad				
Sin escol o prim				
incompleta	80.1	950	93.0	816
Primaria	81.7	1258	95.8	1260
Secundaria	55.0	2139	91.5	2417
Preparatoria y más	33.0	472	67.8	1452
Estado civil				
solteros	58.0	4424	79.4	3650
casados o unidos	91.9	375	96.7	2254
separados, viudos o divorciados	66.7	12	83.7	41
Área de residencia				
área más urbana	46.8	1639	78.3	2829
área menos urbana	70.0	3184	92.7	3116
Tipo de familia				
hogar nuclear	58.12	3423	85.21	3755
hogar no nuclear	64.08	1625	85.22	2467
Sexo del jefe				
jefe hombre	59.8	6900	85.0	5025
jefe mujer	60.6	1104	86.5	880
Parentesco con el jefe				
jefe	91.3	136	96.8	1547
cónyuge	70.0	7	100.0	18
hijo	59.6	4267	81.6	3696
pariente	55.5	377	84.2	638
no pariente	63.2	36	62.5	45
Tamaño de la familia				
1-4 miembros	56.3	981	88.4	2440
5 y más miembros	60.9	2899	83.1	2717
Ingreso del jefe				
de uno a dos s.m.	59.94	4940	85.24	6126
más de dos s.m.	77.05	47	92.11	35
sin ingreso	40.26	31	74.07	20
Inserción laboral del jefe				
jefe asal. manual	51.22	901	84.22	1521
jefe asal. no manual	30.60	272	74.69	599
jefe cuenta propia	58.83	1006	86.80	1273
jefe agricultor	81.83	1936	94.76	1501

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1995.

* La fila corresponde al número absoluto.

Muestra expandida y escalada.

Cuadro V.3
México 1995. Modelo de regresión logística para
la participación de mujeres de 15 a 19 años**

Variable	B	S.E.	Wald	df	Sig	R	Exp(B)
<i>ESCOLARIDAD</i>			130.9265	3	.0000	.1246	
Sin instrucción o prim. incompleta	.4624	.0615	56.6196	1	.0000	.0824	1.5879
prim. completa	.3357	.0540	38.6310	1	.0000	.0674	1.3989
sec. Completa	-.1044	.0435	5.7486	1	.0165	-.0216	.9009
algún grado de preparatoria o más*							
<i>ESTADO CIVIL</i>			63.1932	2	.0000	.0857	
Solteras	.2644	.1516	3.0410	1	.0812	.0114	1.3026
unidas	-.9914	.1570	39.8618	1	.0000	-.0686	.3710
alguna vez unidas*							
<i>NÚMERO DE HIJOS</i>			5.1557	3	.1607	.0000	
sin hijos	.1734	.1449	1.4310	1	.2316	.0000	1.1893
un hijo	.2042	.1378	2.1976	1	.1382	.0050	1.2266
dos hijos	-.4235	.2190	3.7399	1	.0531	-.0147	.6547
tres o más hijos*							
<i>ÁREA DE RESIDENCIA</i>							
más urbana	-.0206	.0341	.3640	1	.5463	.0000	.9797
menos urbana*							
<i>SEXO DEL JEFE</i>							
jefe mujer	.2059	.0455	20.5024	1	.0000	.0479	1.2286
jefe hombre*							
<i>TAMAÑO DE LA FAMILIA</i>							
de uno a cuatro*							
cinco y más	-.0724	.0372	3.7843	1	.0517	-.0149	.9302
<i>PARENTESCO CON EL JEFE</i>			50.2179	3	.0000	.0741	
hija	-.4318	.0875	24.3594	1	.0000	-.0527	.6493
pariente	-.5960	.0958	38.6970	1	.0000	-.0675	.5510
no pariente cónyuge*	.8012	.1833	19.0952	1	.0000	.0461	2.2282
<i>INSERCIÓN LABORAL DEL JEFE</i>			46.0211	3	.0000	.0705	
asal.no manual	-.3746	.0699	28.7537	1	.0000	-.0576	.6875
asal. manual*							
cuenta propia	.2515	.0484	26.9515	1	.0000	.0557	1.2860
agrícola	-.0298	.0568	.2750	1	.6000	.0000	.9706
<i>CONSTANTE</i>	-.6005	.1650	13.2411	1	.0003		
<i>NÚMERO DE CASOS</i>			6544				
<i>-2 LOG. DE VEROSIMILITUD</i>			7649.3				
<i>% TOTAL PREDICHO CORRECTAMENTE</i>			70.50				

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1995, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. Muestra expandida y escalada.

*Categoría de referencia en el modelo.

** Se excluye a la joven si es jefa de hogar.

Cuadro V.4
México, 1995. Modelo de regresión logística de
la participación de hombres de 15 a 19 años**

Variable	B	S.E.	Wald	df	Sig	R	Exp(B)
<i>ESCOLARIDAD</i>			301.7853	3	.0000	.1830	
Sin escolaridad o							
prim. incompleta	.3716	.0678	30.0018	1	.0000	.0563	1.4500
prim. completa	.7963	.0642	153.9160	1	.0000	.1312	2.2173
sec. Completa	-.2507	.0439	32.5655	1	.0000	-.0588	.7783
algún grado de preparatoria o más*							
<i>ESTADO CIVIL</i>			65.7181	2	.0000	.0836	
solteros	-1.5158	.5990	6.4051	1	.0114	-.0223	.2196
unidos	.4497	.6151	.5344	1	.4648	.0000	1.5678
alguna vez unidos*							
<i>ÁREA DE RESIDENCIA</i>							
área más urbana	-.1816	.0335	29.4588	1	.0000	-.0558	.8340
área menos urbana*							
<i>SEXO DEL JEFE</i>							
jefe mujer	.1991	.0490	16.5105	1	.0000	.0405	1.2203
jefe hombre*							
<i>TAMAÑO DE LA FAMILIA</i>							
de uno a cuatro*							
de cinco y más	.1426	.0372	14.7231	1	.0001	.0380	1.1532
<i>PARENTESCO CON EL JEFE</i>			9.8739	3	.0197	.0209	
hijo	-.5227	.5842	.8004	1	.3710	.0000	.5929
pariente	-.6962	.5889	1.3976	1	.2371	.0000	.4985
no pariente	.5089	.6445	.6237	1	.4297	.0000	1.6635
cónyuge*							
<i>INSERCIÓN LABORAL DEL JEFE</i>			276.9493	3	.0000	.1752	
asal. no manual	-.7976	.0659	146.3714	1	.0000	-.1279	.4504
asal. manual*							
cuenta propia	.2218	.0482	21.2051	1	.0000	.0466	1.2484
agrícola	.8304	.0591	197.6463	1	.0000	.1489	2.2941
<i>CONSTANTE</i>	2.4373	.8365	8.4890	1	.0036		
<i>NÚMERO DE CASOS</i>			6404				
<i>-2 LOG. DE VEROSIMILITUD</i>			7374.49				
<i>% TOTAL PREDICHO CORRECTAMENTE</i>			69.92				

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1995. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. Muestra expandida y escalada.

*Categoría de referencia en el modelo

** Se excluye al joven cuando es jefe de hogar

Cuadro V.5
México, 1995. Modelo de regresión logística de
la participación de mujeres de 20 a 24 años**

Variable	B	S.E.	Wald	df	Sig	R	Exp(B)
<i>ESCOLARIDAD</i>			40.3209	3	.0000	.0662	
Sin escolaridad o							
prim. incompleta	-.1892	.0724	6.8383	1	.0089	-.0248	.8276
prim. completa	.1752	.0585	8.9647	1	.0028	.0298	1.1915
sec. completa	.2162	.0471	21.0728	1	.0000	.0493	1.2414
algún grado de preparatoria o más*							
<i>ESTADO CIVIL</i>			182.5516	2	.0000	.1509	
solteras	.4083	.0915	19.9324	1	.0000	.0478	1.5043
unidas	-1.1841	.0971	148.8247	1	.0000	-.1368	.3060
alguna vez unidas*							
<i>NÚMERO DE HIJOS</i>			43.4978	3	.0000	.0691	
sin hijos	.4434	.0781	32.2304	1	.0000	.0621	1.5580
un hijo	.1510	.0631	5.7270	1	.0167	.0218	1.1630
dos hijos	-.3121	.0753	17.1697	1	.0000	-.0440	.7319
tres o más hijos*							
<i>ÁREA DE RESIDENCIA</i>							
área más urbana	.1026	.0351	8.5392	1	.0035	.0289	1.1080
área menos urbana*							
<i>SEXO DEL JEFE</i>							
jefe mujer	.1905	.0530	12.9259	1	.0003	.0373	1.2098
jefe hombre*							
<i>TAMAÑO DE LA FAMILIA</i>							
de uno a cuatro*							
cinco y más	.1959	.0415	22.2849	1	.0000	.0509	1.2164
<i>PARENTESCO CON EL JEFE</i>			40.8100	3	.0000	.0666	
hija	-.4937	.1011	23.8258	1	.0000	-.0528	.6104
pariente	-.4932	.1044	22.3318	1	.0000	-.0509	.6107
no pariente	.8085	.2386	11.4769	1	.0007	.0348	2.2444
cónyuge*							
<i>INSERCIÓN LABORAL DEL JEFE</i>			10.4541	3	.0151	.0238	
asal. no manual	.0728	.0630	1.3353	1	.2479	.0000	1.0755
asal. manual*							
cuenta propia	.1267	.0512	6.1188	1	.0134	.0229	1.1351
agrícola	-.1593	.0650	5.9958	1	.0143	-.0226	.8528
<i>CONSTANTE</i>	.0165	.1133	.0212	1	.8842		
<i>NÚMERO DE CASOS</i>		5923					
<i>-2 LOG. DE VEROSIMILITUD</i>		6792.55					
<i>% TOTAL PREDICHO CORRECTAMENTE</i>		69.97					

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1995. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.

*Categoría de referencia en el modelo.

** Se excluye a las mujeres cuando son jefas de hogar.

Cuadro V.6
México, 1995. Modelo de regresión logística de
la participación de hombres de 20 a 24 años**

Variable	B	S.E.	Wald	df	Sig	R	Exp(B)
<i>ESCOLARIDAD</i>			201.4689	3	.0000	.2240	
Sin escolaridad o							
prim. incompleta	-.0434	.1300	.1115	1	.7384	.0000	.9575
prim. completa	.8570	.1396	37.6611	1	.0000	.0957	2.3560
sec. completa	.2215	.0882	6.3091	1	.0120	.0333	1.2480
algún grado de preparatoria o más*							
<i>ESTADO CIVIL</i>			37.0178	2	.0000	.0921	
solteros	-.1999	.1704	1.3773	1	.2406	.0000	.8188
unidos	.8534	.1935	19.4482	1	.0000	.0669	2.3475
alguna vez unidos*							
<i>LUGAR DE RESIDENCIA</i>							
área más urbana	-.3494	.0583	35.9404	1	.0000	-.0933	.7051
área menos urbana*							
<i>SEXO DEL JEFE</i>							
jefe mujer	.2228	.0739	9.0909	1	.0026	.0427	1.2496
jefe hombre*							
<i>TAMAÑO DE LA FAMILIA</i>							
de uno a cuatro*							
cinco y más	-.0410	.0543	.5699	1	.4503	.0000	.9599
<i>PARENTESCO CON EL JEFE</i>			.4954	3	.9199	.0000	
hijo	-.7913	1.7186	.2120	1	.6452	.0000	.4533
pariente	-.7382	1.7202	.1841	1	.6678	.0000	.4780
no pariente	-.9213	1.7381	.2810	1	.5961	.0000	.3980
cónyuge*							
<i>INSERCIÓN LABORAL DEL JEFE</i>			46.9096	3	.0000	.1025	
asal. no manual	-.4295	.0897	22.9296	1	.0000	-.0733	.6509
asal. manual*							
cuenta propia	.2408	.0788	9.3276	1	.0023	.0434	1.2722
agrícola	.4719	.1178	16.0412	1	.0001	.0600	1.6030
<i>CONSTANTE</i>	2.9420	1.7253	2.9076	1	.0882		
<i>NÚMERO DE CASOS</i>			4214				
<i>-2 LOG. DE VEROSIMILITUD</i>			3211.87				
<i>% TOTAL PREDICHO CORRECTAMENTE</i>			83.00				

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, 1995. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática.

*Categoría de referencia en el modelo

** Se excluye al joven cuando es jefe de hogar.

CAPITULO SEIS

LOS JÓVENES Y LAS

POLÍTICAS GUBERNAMENTALES

INTRODUCCIÓN

El desequilibrio entre los trabajadores que buscan trabajo y la real oferta de empleos existentes ha dado lugar a cada vez mayor número de personas laborando en actividades poco productivas y mal remuneradas. En los capítulos previos se señaló ampliamente cuál es la situación de los jóvenes dentro de esta compleja realidad y cómo, por su condición de *jóvenes*, los problemas se agravan: tienen poca o nula experiencia laboral y formación técnica para el trabajo lo que dificulta su incorporación a empleos en los sectores más productivos de la economía –esto aunado a la falta de dinamismo de estos sectores dificulta doblemente su acceso-; los que han logrado acceder a un trabajo obtienen ingresos bajos; se ha incrementado su jornada laboral; el tener prestaciones se ha convertido más bien en una excepción; su incorporación suele darse principalmente en comercio y servicios, y un alto porcentaje no recibe ninguna remuneración por su actividad. Se mostró que el sector juvenil tiene condiciones de trabajo muy precarias pero, lo peor de esta crisis no es la coyuntura, Quintana (1996) señala que 1996 arranca con los niveles de desempleo más

altos (desde que se contabiliza formalmente el desempleo abierto en México), y no se ve un posible cambio de tendencia, es decir, nos enfrentamos a un mercado con muy pocas opciones.

Ante esta gravedad, el desempleo juvenil es uno de los problemas que hay que enfrentar. La OCDE señala que el problema se agrava cuando se trata de población joven, pues la cifra excede en dos o tres veces a la tasa media de desempleo. Tan sólo en América Latina si no se hacen previsiones en materia de creación de empleo, para el año 2000 el desempleo juvenil aumentará en un 12% (Vries, 1995). Conforme el panorama trazado con anterioridad es probable que aun con las proyecciones más conservadoras el problema del desempleo juvenil se torne cada día más grave: en la mayoría de los países la desocupación puede duplicarse, esta situación posiblemente afecte más a zonas urbanas que a rurales, en mayor medida a mujeres que a hombres y su magnitud puede ser mayor entre la población de 15 a 19 años que en grupos de mayor edad. Como se ve el panorama es desalentador.

Mediante las políticas sociales (políticas de salud, de empleo, educativas, culturales) el gobierno debe buscar atender las demandas de la población como las arriba planteadas. En el caso de los jóvenes las políticas han sido fundamentalmente de carácter coyuntural, han sido respuestas a distintas presiones e intereses puntuales de grupos organizados (Cordera y Becerra, 1996). Cuando por el contrario la política hacia los jóvenes debe concebirse “como una coordenada básica que cruza al conjunto de la política, las

instituciones y la agenda de gobierno” (Cordera y Becerra, 1996:271) pues no hay una sola dependencia que pueda satisfacer el conjunto de necesidades del universo juvenil.

En este capítulo el objetivo es conocer en qué medida las políticas en México han coadyuvado a resolver los problemas crecientes de la población juvenil, poniendo énfasis en el problema del empleo. En la primera parte se anotarán aquellas políticas que atañen específicamente a la juventud sean o no relativas específicamente a cuestiones de carácter laboral; se detallarán algunos de los elementos más relevantes de las distintas estrategias gubernamentales (en mayor medida dirigidos a espacios urbanos) que implementan programas para jóvenes con las cuales se intenta incorporarlos al desarrollo del país. En segundo lugar se señalará cuál ha sido el papel del Estado específicamente en la política laboral; se anotará si existe alguna política que impulse en particular el empleo juvenil y cuáles son sus estrategias para atender dicha demanda. Finalmente se abordarán algunas de las modalidades de formación técnica y capacitación en México basadas en el sector educativo público, poniendo énfasis en el Colegio Nacional de Educación Técnica Profesional (CONALEP), pues es una institución creada específicamente para formar técnicos que se involucren inmediatamente al mercado laboral.

POLÍTICAS DE ATENCIÓN A LA JUVENTUD

En el gobierno de Miguel Alemán (1946-1952) se creó por primera vez un instituto en el que los jóvenes serían los beneficiarios directos de los programas: Instituto Nacional de la Juventud Mexicana (INJM). Sus líneas de trabajo se centraron en torno a la capacitación física, laboral, cultural y ciudadana. Durante su primera etapa su rango de acción no abarcó más allá del Distrito Federal y ciertas zonas rurales; posteriormente en el gobierno de López Mateos (1958-1964), siguiendo el mismo criterio que en el sexenio anterior se construyeron *Casas de la Juventud* en distintas entidades, diseñadas como centros de capacitación y de promoción juvenil. Este Instituto transcurre sin modificaciones en un transcurso de 20 años, precisamente éste fue uno de sus graves problemas –ni siquiera durante el movimiento estudiantil de 1968 se replanteó su papel y el conflicto fue completamente ignorado (Pérez Islas, 1996).

El Instituto Nacional de la Juventud (Injuve) es instituido en los años sesenta al llegar Luis Echeverría a la Presidencia (1970-1976), la premisa fundamental era la asistencia a los jóvenes privilegiando el deporte y la recreación: lo que llamaban el tiempo libre. Es en este periodo cuando empieza a conformarse un conocimiento sistematizado acerca de la juventud.

En 1977 se decreta el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (CREA) con el fin de encontrar una fórmula que resolviera los problemas que enfrentaba la juventud al inicio de los ochenta: de salud, de cultura, de participación política, de empleo;

“pero lo más importante era reforzar una instancia que había perdido credibilidad y era débil política, presupuestal y administrativamente” (Pérez Islas, 1996:85). No obstante los esfuerzos, se volvió a acentuar la prioridad de las actividades deportivas, se recalcó el carácter político partidista de algunas acciones tomadas y no se superó el sentido asistencialista de los Institutos que le antecedieron.

No obstante los Institutos creados para la atención de la juventud desde la década de los cincuenta, todavía hasta el año 1985 *Año Internacional de la Juventud* no se habían hecho esfuerzos importantes para recopilar, organizar y aumentar la información disponible en torno a la juventud y sus problemas. Incluso hasta 1995 no existía una cultura del conocimiento, sistematización y seguimiento de los jóvenes por parte de las instituciones. (Pérez Islas, 1995). La mayor preocupación en torno a la juventud oscilaba dentro del modelo que ahora se conoce como de promoción del tiempo libre donde el deporte y la recreación son las actividades por excelencia para los jóvenes¹. Si bien las instituciones que atienden directamente a los jóvenes son escasas, existen algunas políticas que consideran en mayor medida problemáticas juveniles.

La política educativa. La atención escolar es por definición parte de las políticas que atañen a la juventud y la niñez que más ha preocupado al gobierno. El primer punto al que se ha dirigido está ligado a la cuestión de la equidad educativa en cuanto a

¹ El sector que ha desarrollado un seguimiento sistemático sobre la juventud es el educativo, aunque con otros fines (más bien se basa en las matriculas estudiantiles sin considerar comportamientos o expectativas más generales).

redistribución y oportunidades educativas: llevar atención escolar de igual forma a áreas urbanas como rurales, e igualar el nivel de instrucción entre hombres y mujeres. Otro aspecto ha estado enfocado a la calidad de la educación que normalmente se ha visto relegada ante el incremento de la cobertura. Un tercer elemento está vinculado con la relación educación-capacitación y tiene que ver con la innovación tecnológica y la adecuación de las carreras a las demandas del mercado laboral. Sin embargo, en este sentido, aunque la escolaridad técnica se ha incrementado en los últimos años, la relación de los egresados en cuanto a ocupación y niveles salariales no ha tenido una respuesta satisfactoria (Pérez Islas, 1995).

Otra de las políticas generales que toca a la población joven es la **política de salud**. En México existen dos vertientes principales que vinculan a la juventud con esta temática: el problema de las adicciones y la sexualidad y salud reproductiva. La preocupación sobre el tema de las adicciones se ha traducido en la proliferación de programas y en organismos no gubernamentales que se dedican a atender este tipo de problemas, con especial atención en la prevención. La otra vertiente en estas políticas es la enfocada a la sexualidad y la salud reproductiva, donde sobresalen programas de apoyo a madres adolescentes, uniones precoces, orientación sexual e información acerca de enfermedades sexualmente transmisibles, en particular el SIDA.

Las políticas de cultura, recreación y deporte. Por lo general las políticas institucionales abocadas hacia la juventud se integran en esta triada, aunque en la realidad no forman un solo cuerpo (Pérez Islas, 1995). Ha habido una concentración en las actividades deportivas, que tiende a ser la parte prioritaria de la política, pero basada en una concepción que no ofrece más allá de cierto mantenimiento de la infraestructura deportiva, organización de eventos, otorgamiento de cierto equipo deportivo, lo que da por resultado que no se eleven los niveles competitivos de los jóvenes ni exista un entrenamiento planeado para los jóvenes con aptitudes deportivas. En este rubro entrarían también las actividades del denominado tiempo libre que más bien se traducen en distintas formas de consumo, donde se introduce a las nuevas generaciones a la lógica y racionalidad del mercado, integrándolas más bien a la masa consumidora.

Si bien la mayoría de las instituciones para la juventud centran sus programas en cursos de diferente índole o en la promoción deportiva y/o cultural, en los aspectos básicos de las políticas de educación, empleo, participación juvenil o salud, los jóvenes poco acceso tienen para incidir en la toma de decisiones. El gobierno hace su política y los jóvenes permanecen como observadores. Se olvida que una política juvenil exitosa, será aquella que sea “una política social en el sentido profundo del concepto, es decir una política de la sociedad” (Pérez Islas, 1995:20). Por lo tanto, señala Pérez Islas, experto en políticas de juventud, debe existir una institución nacional que concrete, coordine, enlace y evalúe en la práctica los resultados de los programas para los jóvenes.

Finalmente y muy importante, el 6 de enero de 1999 se creó el Instituto Mexicano de la Juventud, con la finalidad de definir una política nacional cuyo objetivo sea la incorporación a la sociedad de los jóvenes de 12 a 29 años. Dentro de sus objetivos está el promover las acciones destinadas a mejorar el nivel de vida de la juventud, así como sus expectativas sociales, culturales y sus derechos; asesorar al Ejecutivo Federal en la planeación y programación de las políticas y acciones relacionadas con el bienestar de la juventud de acuerdo al Plan Nacional de Desarrollo. Para cumplir con esto, entre otras acciones: se promoverá la participación de los sectores social y privado; se realizarán y difundirán estudios e investigaciones con la problemática y características juveniles y se elaborará en coordinación con la Secretaría de Educación Pública programas y cursos de capacitación destinados a la juventud (DIARIO OFICIAL, 6/01/1999). En síntesis, el objetivo primordial del Instituto Mexicano de la Juventud es definir e instrumentar una política nacional de juventud que permita incorporar plenamente a los jóvenes al desarrollo del país mediante tres vertientes centrales: desarrollar el conocimiento sobre los jóvenes y los programas que se desarrollan en torno a ellos; articular dichos programas involucrando al mayor número de actores interesados en el desarrollo de las nuevas generaciones, y llevar a cabo una comunicación permanente y plural con los jóvenes mismos y con los que trabajan con ellos. Lo que, al menos en teoría, conforma una política social.

POLÍTICAS DE EMPLEO Y FORMACIÓN PARA EL TRABAJO

Las actuales condiciones en cuanto al tipo de oportunidades de educación y empleo constituyen un grave problema particularmente en el sector juvenil de la población. El ingreso precoz al mundo laboral implica, por lo general, el abandono de los procesos de formación educativa. Sin embargo también se ha visto que no siempre la permanencia en el sistema educativo garantizan la entrada en el mundo del trabajo pues la experiencia laboral se ha convertido en un requisito indispensable en muchos casos.

En toda América Latina se han dado acuerdos que destacan la importancia de la juventud como capital humano para el futuro desarrollo y bienestar de la sociedad. En 1994 se suscribe el Programa Regional de Acciones para el Desarrollo de la Juventud en América Latina (PRADJAL) en donde se establece que la situación del empleo juvenil es uno de los puntos prioritarios junto con la capacitación para el empleo. Las líneas de acción más importantes son:

- 1) Favorecer la contratación de jóvenes por parte de las empresas, implementando un sistema de incentivos para la incorporación de aprendices y jóvenes sin experiencia laboral.
- 2) Crear y/o ampliar las oportunidades de capacitación laboral inicial para los jóvenes, permitiéndoles contar con conocimientos, habilidades y experiencia reconocidos en el mercado.

- 3) Mejorar la educación para el trabajo ofrecida en el sistema educativo, posibilitando competencias juveniles y una adecuada regulación con las expectativas ocupacionales.
- 4) Valorizar socialmente los oficios técnicos como vía de formación para el trabajo.
- 5) Fomentar la creación de formas de autoempleo entre los jóvenes, dotándolos de apoyo crediticio y de asesoría técnica.
- 6) Aumentar las posibilidades de capacitación laboral.
- 7) Favorecer la capacitación en habilidades y competencias generales relacionadas con el empleo.
- 8) Implementar modalidades de capacitación relacionadas con las empresas, involucrando al sector empleador en el proceso (Krauskopf, 1995:20-21).

La implementación de este programa es primordial, pues si bien uno de los aspectos que más preocupan actualmente cuando se hace referencia a la población juvenil es el empleo, desafortunadamente éste es todavía uno de los temas donde hay menos claridad en las políticas institucionales que a la fecha se desarrollan.

Las políticas de empleo en México, señala Jusidman, intervienen en al menos cuatro aspectos de los mercados de trabajo: 1) Políticas que actúan sobre la demanda: se busca mejorar las condiciones de trabajo o aumentar la creación de empleos, por ejemplo programas emergentes de empleo que se aplican por periodos cortos en época de graves crisis económicas, también los programas de apoyo al autoempleo y a la micro y pequeña industria entrarían en esta clasificación; 2) Políticas que actúan sobre la oferta: se trata de

programas de educación y capacitación de trabajadores para mejorar la calidad de la oferta de trabajo; 3) Políticas de intermediación entre la oferta y la demanda: se busca facilitar el encuentro entre los que buscan trabajo y entre los que lo ofrecen. Parte fundamental de esta política es el Servicio Nacional de Empleo, aunque en una dinámica poco activa del mercado no tiene gran relevancia una política de este tipo, y 4) Políticas relacionadas con el entorno de trabajo: tienen que ver con la mejora en cuanto a las condiciones laborales.

En el caso de México donde se ha vivido bajo constantes crisis económicas, una de las políticas tomadas por el gobierno también fue el desregular los mercados de trabajo, fundamentalmente depreciando el salario mínimo real; también se ha buscado adecuar la oferta de fuerza de trabajo a las nuevas demandas del aparato productivo reestructurado, mediante la creación de programas como el *Programa de Capacitación a Trabajadores Desempleados* (Probecat) y el *Programa de Calidad Integral y Modernización* (CIMO) puesto en marcha por la Secretaría de Trabajo y Previsión Social (Jusidman, 1997).

Pero ¿qué medidas específicas se han tomado para hacer frente al problema del empleo juvenil?.

Políticas de empleo para jóvenes

En 1983 en el marco de una nueva orientación en materia de política económica, “el gobierno mexicano inició algunos programas para facilitar la movilidad de la mano de obra y el ajuste del mercado laboral” (Ibarra, 1998). Se pasó de una política de vigilancia y

control a una de promoción y fomento donde uno de los objetivos era dotar al mercado laboral de una cierta dinámica que permitiera una mayor incorporación de trabajadores: jóvenes y adultos.

Para lograr lo anterior se definieron seis estrategias a seguir:

- 1) Implementar un Servicio Público de Empleo que permitiera una mejor intervención en el mercado, captando vacantes y sus características.
- 2) Entrenar y capacitar a la fuerza de trabajo para actualizar las competencias en función de la demanda requerida.
- 3) Promover la autoprotección de la microindustria, donde “no se trata de informalizar la economía sino de encontrar oportunidades en nichos del mercado de trabajo, que puedan ser aprovechadas por jóvenes y adultos desplazados, ante la falta de dinamismo en el mercado formal del trabajo” (Ibarra, 1995:47).
- 4) Fomentar la calidad, la productividad y la competitividad en la micro, pequeña y mediana empresa.
- 5) Generar programas emergentes de empleo que permitan ingresos temporales y ayuden a la subsistencia de los individuos en tiempos de crisis.
- 6) Modernizar la capacitación para elevar los niveles de competencia laboral de los individuos y que puedan adaptarse a los cambios del mercado de trabajo.

Las políticas laborales que pueden incidir en la problemática del empleo de la población joven aparecen en el marco que se denomina *Proyectos de Capacitación de*

Mano de Obra y de Modernización de los Mercados de Trabajo, mediante los cuales, como ya se mencionó, se han aplicado programas de apoyo a desempleados: *Programa de Becas de Capacitación para Desempleados* (Probecat) y a micro, pequeñas y medianas empresas: *Calidad Integral y Modernización en la Micro, Pequeña y Mediana Empresa* (CIMO).

Se comentará solamente el Probecat, pues es el sistema mediante el cual se atiende parcialmente a la población desempleada que no cumple con los requisitos para incorporarse a un empleo, donde seguramente se encontrará un número elevado de población joven; aunque este programa sólo atañe a jóvenes desempleados, no a aquellos que aun con empleo se encuentran en situación de desventaja frente a la mano de obra adulta y con condiciones laborales muy precarias.

El programa de becas Probecat consiste en incorporar a los desempleados en un curso de capacitación y recalificación mediante el pago de un salario mínimo, de una ayuda de transporte y de los costos de la capacitación durante el tiempo que ésta dure. “La capacitación que se ofrece está basada en los requerimientos del aparato productivo, de tal forma que al aumentar el nivel de calificación de la mano de obra se eleve la productividad en el trabajo, incidiendo con esto en todos los procesos del crecimiento y desarrollo económico.” (Ibarra, 1995:49). Los programas tienen dos modalidades: la modalidad mixta, que consiste en que la capacitación se hace con la coparticipación de alguna empresa, donde el programa y la empresa asumen de manera compartida los gastos y

responsabilidades del curso; y el sistema esofarizado, donde la capacitación corre a cargo solamente del Probecat, al igual que los gastos.

Dentro del Probecat se tienen cuatro programas, de los cuales los dos primeros seguramente involucran al mayor número de jóvenes desempleados:

- 1) Capacitación básica para el trabajo productivo. Está dirigido al analfabeta funcional sin experiencia laboral alguna, a aquéllos que no pueden incorporarse a un programa de capacitación técnica por falta de conocimientos básicos.
- 2) La capacitación inicial para el trabajo. En este programa se privilegia una de las formas que adquiere la capacitación: la cuestión mixta, donde coparticipan las empresas pagando el costo de capacitación y el Programa asume el pago que se le da al trabajador durante el tiempo que dura su capacitación. En este programa se incorpora a jóvenes y mujeres sin experiencia laboral dentro de alguna empresa.
- 3) Reentrenamiento y recalificación. Este programa está dirigido a trabajadores con experiencia laboral.
- 4) Capacitación para el auto-empleo y la microindustria. Se combina el conocimiento técnico con las habilidades administrativas y de gestión.

Mediante estas cuatro modalidades, en principio se busca disminuir los problemas de desempleo estructural y tecnológico provocado por la falta de actualización y capacitación de la fuerza de trabajo ante las demandas dadas del mercado, pero se ha considerado también que las becas de capacitación para desempleados son una forma subterránea de apoyar a los

desempleados (una especie de seguro de desempleo), más que un programa efectivo de capacitación (Jusidman, 1997).

Veamos ahora algunos resultados obtenidos por jóvenes que han sido capacitados en estos programas.

Según un estudio elaborado por Ibarra (1998) con datos para 1993 de egresados del *Programa de Becas de Capacitación para Desempleados* (Probecat), los resultados señalan que un alto porcentaje son hombres jóvenes de 15 a 25 años (56.7%)²; además la mayoría de los egresados son no casados y no jefes de hogar. Esto parece indicar que se trata de población que busca un trabajo y que puede esperar un tiempo capacitándose antes de incorporarse al trabajo porque todavía no tiene necesidades económicas tan fuertes como las de la población casada y cabeza de hogar que probablemente opta por un empleo de más rápido acceso aun de carácter informal; pero también que dado que actualmente la capacitación se ha convertido en un elemento fundamental para incorporarse a un empleo, el Probecat puede ser uno de los mecanismos mediante el cual los más jóvenes pueden acceder a ella.

Otro de los resultados encontrados en el trabajo de Ibarra es en cuanto al tiempo promedio que esperaron para encontrar un empleo después de la capacitación. Los egresados de Probecat que accedieron a la capacitación mediante el tipo mixto, fueron los que

² El Servicio Nacional de Empleo reportó que de enero a noviembre de 1998 el 17.7% de sus demandantes tenía entre 15 y 19 años y el 55% entre 20 y 29, es decir la población menor a 30 años conforma casi el 75% de los demandantes de empleo (cifras elaboradas por la Dirección General de Empleo, STPS).

observaron resultados más elocuentes. Los hombres de 15 a 25 años con alguna experiencia laboral y que llevaron a cabo una capacitación de tipo mixta obtuvieron un empleo después de 3.4 meses, mientras que los jóvenes que cursaron de manera escolarizada su capacitación se tardaron 4.76 meses. Aquéllos jóvenes que no cursaron ninguna capacitación estuvieron 5.4 meses buscando un empleo antes de encontrarlo. Las mujeres en las mismas condiciones duplicaron –en términos generales- el tiempo para encontrar un empleo (6.2 meses cuando fue de tipo mixta, 8.7 para la escolarizada y 10.65 meses cuando no recibieron ningún tipo de capacitación).

En el caso de aquellos jóvenes varones sin ninguna experiencia en el trabajo y que tomaron algún tipo de capacitación, se tardaron entre 5.78 y 7.68 meses para encontrar un empleo (según el curso mixto o escolarizado respectivamente). Los hombres jóvenes sin experiencia y que no tomaron tampoco ningún curso esperaron 8.42 meses antes de colocarse en un trabajo. En el caso de las mujeres, el tener o no tener experiencia laboral previa no contribuyó a que redujeran su tiempo de espera para incorporarse al mercado; lo que fue más significativo fue si tomaron un curso de capacitación: ellas tardaron poco más de 10 meses si no tomaron el curso y de 6 a 8.7 meses si acudieron a él (según sea curso mixto o escolarizado).

En cuanto al ingreso por hora en el análisis desarrollado por Ibarra se anota, contrariamente a lo esperado, que los jóvenes que formaron parte de algún curso de capacitación obtuvieron menor ingreso por hora -con o sin experiencia laboral- en relación

con los jóvenes sin ninguna capacitación. Pero un aspecto importante es que para los jóvenes sin experiencia laboral el curso de capacitación les sirvió para obtener un ingreso por hora más cercano a aquéllos que habían trabajado anteriormente; en este caso la capacitación funcionó como portadora de cierta experiencia laboral, pues entre los que no se capacitaron las diferencias de los que tienen o no tienen experiencia fueron mayores. Similar situación ocurre entre hombres y mujeres jóvenes: la capacitación en ambos casos reduce las diferencias de ingreso que da la falta de experiencia. A partir de estos resultados, tal parece que la capacitación es más provechosa para la población sin ningún antecedente laboral aunque, como señala Ibarra, el asistir a un curso de capacitación no implica necesariamente que se obtenga una mejor remuneración.

En conclusión, el estado mediante las Políticas de Empleo desarrolla algunas estrategias para impulsar el empleo de la juventud y en general de la población, pero solamente en cuanto a la población desempleada. Desafortunadamente las políticas de empleo solamente actúan sobre un grupo mínimo de población, además sólo se considera el problema de la oferta de la fuerza de trabajo, sin intervenir demasiado en la demanda. En el caso particular de los jóvenes, no se trata directamente de mejorar las condiciones de gran deterioro que tienen en el mercado, sino que se busca resolver con capacitación específica algunos de los problemas de estas nuevas generaciones que no

tienen ni los niveles educativos necesarios ni la capacitación adecuada para insertarse en un mercado formal poco dinámico en cuanto a la creación de empleos.

Ahora bien, junto con programas gubernamentales donde se insiste en que el problema del desempleo es la capacitación, la formación para el trabajo ha ido ganando espacio dentro de la institución escolar. Los gremios y las empresas han dejado esta responsabilidad al sistema educativo lo que ha dado lugar a que se concentre la capacitación en el subsistema de escolaridad técnica³.

La formación técnica para el trabajo

La formación técnica, capacitación, entrenamiento, es una modalidad que actualmente se ubica dentro del marco de los sistemas educativos y se le conceptualiza como una forma educativa cuyo propósito es “provocar cambios en las habilidades intelectuales, las destrezas manuales, los conocimientos, las aptitudes y las actitudes de las personas que ya ocupan un puesto de trabajo o que piensan ingresar en él” (Pinedo Guerra, 1990:111).

A mediados de los años sesenta se plantea por parte de empresarios y Estado la necesidad de crear modalidades de capacitación laboral rápidas y eficientes que estuvieran

³ La educación técnica es la principal institución legitimadora y certificadora de las calificaciones laborales, de hecho la capacitación para el trabajo a principios de la década contenía el 81% de la matrícula técnica y profesional del nivel medio superior (Ibarrola, 1993).

vinculadas con las empresas⁴, donde ambos definirían objetivos, contenidos y metodología a seguir, de esta forma se adecuaría la formación de trabajadores a las necesidades reales e inmediatas de la estructura ocupacional. De 1962 a 1970 se crean los Centros de Capacitación para el Trabajo Industrial (CECATI), y Agrícola (CECATA), los Centros Regionales de Enseñanza Tecnológica Industrial (CERETIs), los Centros de Estudios Científicos y Tecnológicos (CECYTs), entre otros. En 1978 se crea el Colegio Nacional de Educación Técnica Profesional (CONALEP), cuya lógica era la formación específica para el trabajo, con una incorporación inmediata del egresado a la actividad productiva. De hecho se planteó como una modalidad educativa de tipo terminal; es decir, organizó sus contenidos de tal forma que limitaba la continuación de estudios superiores, con lo cual se aseguraba la entrada inmediata al trabajo. Esta nueva formación para el trabajo que impulsó el gobierno federal introduce la figura del “profesional técnico” entre los actores de la producción. Además como política federal se combina con otros objetivos como: atender la demanda de educación media superior; diseñar alternativas curriculares al bachillerato general; introducir nuevas políticas de contratación de profesores y personal, buscando evitar problemas sindicales; reducir la presión estudiantil hacia el nivel superior del sistema

⁴. No es este el primer acercamiento a esta modalidad educativa de capacitación. Desde el siglo pasado se creó una serie de escuelas cuyo fin era satisfacer las necesidades de personal calificado, principalmente en los sectores prioritarios de la economía: minero, manufacturero, de transportes. Pero es hasta los años cuarenta cuando se crea ya una relación funcional entre el sistema productivo y la educación técnica (Munguía, 1995).

escolar, orientando a la población escolar de manera inmediata al trabajo productivo⁵ (Ibarrola, 1993).

Sin embargo, CONALEP ha perdido sus particularidades: el carácter terminal desapareció y se convirtió en un medio de ascenso hacia grados superiores de escolaridad, la garantía relativa de ocupación decreció debido a la gran oferta y se diluyó la correspondencia entre la capacitación y el trabajo. Planes y programas se hicieron obsoletos⁶ y el CONALEP dejó de ser una innovación para convertirse en una opción más del sistema de educación técnica y un posible paso para acceder a estudios universitarios.

La utilidad de las escuelas técnicas ha sido muy cuestionada, pues son costosas y no siempre cumplen con los resultados deseados. Debido a la crisis económica de los ochenta, Ibarrola señala que las instituciones que formaban técnicos medios se vieron obligadas a proponer el autoempleo como la posibilidad más realista para sus egresados. Si bien los estudios sobre los egresados de estas modalidades educativas son dispersos y no hay datos válidos oficiales al respecto (Ibarrola, 1993), según una encuesta oficial de seguimiento de egresados de la institución levantada en 1986, se estima que solamente el 60% de los egresados encontró un empleo. Las principales razones dadas por los jóvenes encuestados sin trabajo indican que no hay suficientes trabajos para la especialidad que cursaron (25%)

⁵ En 1978 a partir de la creación de CONALEP, se plantea la necesidad de formar 5 técnicos medios por cada profesional universitario y uno por cada 20 obreros con lo cual, se decía, conformarían una sólida pirámide ocupacional (Ibarrola, 1993).

⁶ Muñoz y Liera (1990) consideraban –al menos hasta 1990- que las actividades vinculadas con la formación técnica eran muy pocas en el área de la producción industrial, más bien las oportunidades de empleo se

y que las empresas sólo contratan a personal con experiencia (19%). En 1994, según Izquierdo (1996), en febrero de ese año en promedio el 33% de alumnos egresados del CONALEP tuvieron trabajo al graduarse, el 86.6% obtuvo un empleo seis meses después y el 38.3% manifestó que su carrera estaba muy relacionada con el puesto que desempeña (aunque el 20.7% expresó que su carrera nada tenía que ver con lo que estaba haciendo en su trabajo). Para 1998 el Secretario de Educación Pública señaló que el CONALEP ha abierto oportunidades a un creciente número de jóvenes dado que sus programas de estudio responden a las necesidades del sector productivo, lo que permite a los egresados obtener rápidamente un empleo (**La Jornada**, 16/12/1998), aunque no se señalan cifras⁷.

La búsqueda de la correspondencia entre educación y trabajo ha requerido la planeación educativa, sin embargo se ha dado un desfase entre las necesidades productivas, la calidad y la cantidad de los recursos humanos formados. En México, según cifras de la Encuesta Nacional de Empleo en 1993 la tasa de desempleo para hombres jóvenes fue de 3.4% y de 5.4% para las mujeres (58% más alta la femenina). Para 1995 la situación empeoró: la tasa de desocupación para los varones fue 7.0% y para las mujeres de 8.8%,

daban en el área de administración o de servicios donde se competía con jóvenes egresados de bachillerato general, donde aquéllos suelen tener más ventaja, aún sin una formación específica para el trabajo.

⁷ Sin embargo, se ha observado que el comercio en pequeña escala y los servicios de toda naturaleza constituyen la fuente prioritaria de empleo para los jóvenes, y no la actividad industrial. Al menos en la Cd. de México, en la III Feria del empleo organizada por el gobierno de la ciudad, casi 15 mil 200 jóvenes presentaron una solicitud de empleo, los empleos que más se ofertaron fueron promotor vendedor, ayudante en general y guardias de seguridad, empleos que nada tienen que ver con la capacitación técnica que tradicionalmente se ofrece (**La Jornada**, 20/08/1999).

casi del doble que la tasa nacional⁸. Para 1997, según la Encuesta Nacional de Empleo la tasa de desocupación de los hombres de 12 a 25 años fue de 4.11% y de las mujeres de las mismas edades de 6.08%. Es interesante anotar que de las solicitudes atendidas por el Sistema Nacional de Empleo en 1998, de la población de 15 a 19 años hay mayor solicitantes jóvenes femeninas, situación que no sucede en los grupos de mayor edad⁹.

En un país donde desde años atrás hay una falta de dinamismo del aparato productivo, al no implementarse programas de apoyo a la población que incursiona tempranamente al mercado de trabajo y al no darse una transformación radical de los contenidos precisos en la modalidad educativa de formación para el trabajo, es muy probable que no haya alternativas viables para los y las jóvenes que buscan un empleo.

CONCLUSIONES

El problema del empleo, si bien es un asunto de primer orden para la población juvenil, sigue sin atenderse. A pesar de que existe un rezago estructural, un vacío acumulado en la creación de empleos, tal parece que la relación entre jóvenes y empleo no ha encontrado un lugar importante en las políticas gubernamentales actuales, a menos que

⁸ Situación similar ocurre en varios países, en 1993 por ejemplo, en Estados Unidos la tasa de desempleo nacional fue de 6.7, la juvenil de 13.3; en Japón de 2.5 y la juvenil de 5.1; en Italia la total de 10.2 y la juvenil de 30.6, etcétera (OCDE, 1994).

⁹ Del grupo de 15 a 19 años el 50.1% son mujeres, del 20 a 29 el 43.9% y así disminuye el porcentaje hasta el grupo 60 y más años, donde solamente el 20% de las demandantes corresponde al sexo femenino.

se trate de jóvenes desempleados, donde lo primordial es su situación de desempleados y no de jóvenes.

En México efectivamente cada día la situación del desempleo —en particular el juvenil— se agrava más en la medida en que se agudizan las dificultades de inserción al mercado. La tasa de desempleo juvenil duplica a la tasa promedio y ante la falta de oportunidades en el sector formal de la economía, los jóvenes tienen como única opción incorporarse al trabajo informal, en el mejor de los casos; y ante las condiciones económicas actuales, es poco probable que se puedan generar las oportunidades de trabajo necesarias que demanda el conjunto creciente de población buscadora de trabajo.

Las políticas de empleo en México más bien están orientadas hacia la capacitación, sin embargo en los resultados analizados se evidencia que no necesariamente la estrategia de capacitación ha permitido una mejor incorporación de jóvenes (y adultos también) al mercado, ni que sus condiciones laborales mejoran (los ingresos de los jóvenes capacitados no siempre son los más altos).

En cuanto a la educación como formación técnica para el trabajo, si cada puesto requiere de un tipo y nivel específico de conocimientos y de calificación, es de esperarse que las habilidades requeridas se vayan transformando por el incesante progreso científico y tecnológico, por lo tanto la adecuación de la capacitación técnica en la formación de los recursos humanos necesarios en el rápido proceso de diversificación del aparato productivo se hace fundamental. Pero en la actualidad existe un desfase entre la formación escolarizada

y el trabajo. Las escuelas de formación para el trabajo en términos reales han perdido la eficacia ante la dinámica de los procesos productivos.

El otorgar, entonces, la capacitación en función de las necesidades reales podría ayudar a disminuir la discriminación hacia los jóvenes al buscar un empleo, aún con las innovaciones tecnológicas existentes, pero no hay que olvidar que no se trata sólo de una discriminación hacia los jóvenes en el mercado laboral *per se*, sino de un problema estructural: de creación de nuevos puestos de trabajo a partir del bajo crecimiento económico existente. El problema mayor radica más allá de si el joven encuentra o no un empleo, sino en el tipo de trabajo al que tiene realmente acceso la juventud; al problema de los mercados tan segmentados, donde el sector informal se ha convertido en el receptor de los trabajadores más jóvenes; a la baja expectativa en cuanto a la calidad del trabajo de los jóvenes independientemente del sector económico al que se pertenezca. En consecuencia, de continuar con políticas en materia de empleo joven en donde las líneas a seguir tienen que ver particularmente con la capacitación, no se vislumbran alternativas favorables para la inserción laboral del cada vez más numeroso contingente de jóvenes trabajadores.

Habrá pues que repensar a la juventud, no en términos de una población en proceso, en crecimiento, no como dependientes sino como participantes de la formulación de políticas que a ellos atañen. Pero a la vez considerar su propia heterogeneidad: campesinos, urbanos, estudiantes, trabajadores, hombres, mujeres, cada uno con características, demandas y necesidades propias, y situarlos en la cada vez más compleja realidad mexicana

donde a muchos de los jóvenes -incluso con capacitación- les será difícil encontrar un trabajo y formarán parte, si encuentran un empleo, de las filas de la informalidad.

CONCLUSIONES FINALES

El estudio de la población joven es primordial, no sólo por su importancia numérica, sino más aún por el papel que les ha tocado vivir en este México de fin de siglo: por una parte los jóvenes tienen mayores oportunidades de acceso a la escuela que generaciones pasadas y han alcanzado mayores niveles de escolaridad en comparación con sus padres¹; están mejor y más informados sobre distintos aspectos de la vida, lo que les permite tomar sus propias decisiones; las mujeres jóvenes participan más activamente en la esfera pública y privada y la presencia compartida en la toma de decisiones es cada vez mayor².

Si bien lo anterior señala la transición en términos de valores de la sociedad, de la cual los jóvenes son los protagonistas, esta población está a su vez inmersa en un país con grandes desigualdades. Los beneficios sociales, culturales, políticos que se han logrado no se extienden a todos los jóvenes. La juventud no es una sola, la juventud en general no existe, los jóvenes no son solamente los que se reflejan en los medios de comunicación: no es lo mismo ser hombre joven que mujer joven, vivir en un área muy urbana o en un área menos urbana, pertenecer a una familia cuyo jefe es mujer o es hombre, o pertenecer a una

¹ En 1995 los jóvenes habían cursado en promedio 8.3 años de escuela, y 2.6 años más que la población mayor de 24 años (Camarena, 1998).

² Por ejemplo, en cuanto a quién debe decidir acerca de puntos que atañen a la pareja, el 83.6% de jóvenes de 18 a 24 años en 1995 dijo que el decidir cuándo tener un hijo es una decisión compartida entre ambos; el 81.1% consideró que el tener relaciones sexuales es una decisión que debe compartir la pareja en forma conjunta; en cuanto a los gastos fuertes del hogar, el 43% de los y las jóvenes entrevistados comentó que era un aspecto en el cual ambos deben opinar (Gómez de León y Hernández, 1996).

familia con un jefe obrero o con un jefe campesino; por si fuera poco, la falta de dinamismo en la creación de empleos ha golpeado de manera distinta a los trabajadores y en particular los jóvenes se han visto muy afectados: no es igual tampoco ser un joven que tempranamente se ha insertado en el mercado laboral que aquél que no lo ha hecho, ser un joven asalariado o trabajador por cuenta propia.

En este trabajo se analizó a la población joven en función de su participación en el mercado desde distintas perspectivas. Primero se anotaron los cambios ocurridos a la población joven trabajadora en el transcurso de dos décadas (de 1970 a 1990) mediante cifras censales y de encuestas de ocupación, con el fin de identificar la tendencia que ha tenido la participación económica de los jóvenes. Posteriormente, considerando algunos aspectos sociodemográficos de la población joven, se hizo un análisis con base en la Encuesta Nacional de Empleo para 1991 y para 1995, con el fin de conocer las características de la población de 12 a 24 años que es parte del mercado laboral, marcando las diferencias entre ambos años de análisis. En la siguiente etapa se analizaron las características y condiciones laborales de la población activa joven siempre haciendo énfasis en las diferencias por edad, por sexo y por región (vivir en contextos ampliamente urbanos o menos urbanos) con el fin de determinar las condiciones laborales que tienen los jóvenes en contextos de crisis y de reestructuración.

Como los jóvenes no son individuos aislados, en su mayoría viven en familia³, cuando se presta especial atención a su papel dentro de la unidad doméstica, se corrobora la influencia que la composición del grupo familiar tiene sobre la participación de los y las jóvenes. En el cuarto capítulo se revisaron distintos estudios que privilegiando la importancia de la unidad doméstica señalan la participación de la mano de obra secundaria y se rescataron aquellos textos que ubican a hijos y jóvenes como parte fundamental de las estrategias de sobrevivencia que llevan a cabo estas familias.

En el quinto capítulo interesó particularmente conocer qué variables tienen influencia sobre la presencia ausencia de los jóvenes en el mercado de trabajo en un año particularmente difícil; para este fin, mediante el uso de cuatro modelos de regresión logística se llevó a cabo el análisis de diversos factores condicionantes que empujaron a los y las jóvenes a trabajar en 1995, incluyendo no sólo aspectos de corte individual, sino características socioeconómicas y sociodemográficas de las unidades domésticas, así como el contexto regional. Finalmente, al contar con un panorama sobre la situación que guarda la población trabajo joven, se anotaron algunas de las propuestas y apoyos que se dan a los jóvenes, sobre todo en cuanto a políticas de empleo y formación para el trabajo se refiere, con el interés de conocer si la aplicación de estas medidas ha ayudado realmente a mejorar la situación real de estos jóvenes trabajadores.

³ Según cifras del Censo de Población de 1995 el 68.5% de los jóvenes de 15 a 24 años de todo el país eran hijo o hija, el 15.4% eran jefe o cónyuge, el 13% tenían otro parentesco, el 1.8% no tenían ningún parentesco con el jefe de la unidad y sólo el 1.3% vivían solos (Camarena, 1998).

De modo que en esta investigación se anotó la tendencia que ha presentado el trabajo juvenil a lo largo de las últimas dos décadas, se analizó la situación de los y las jóvenes que trabajan en cuanto a sus características y sus condiciones laborales; pero se buscó conocer más allá de los niveles y profundizar en el papel que juega la juventud como mano de obra secundaria al interior de sus familias. Los hallazgos más significativos los presentamos a continuación.

DIFERENCIA SEGÚN EL SEXO Y LA EDAD

En el primer capítulo se señaló que si bien a lo largo del tiempo hombres y mujeres han tenido comportamientos diferentes en cuanto a su participación económica, entre adultos y jóvenes ocurren también diferencias que hay que comentar. En primer lugar los y las jóvenes, a diferencia de los y las adultas, presentan una tendencia parecida en las últimas dos décadas: hombres y mujeres jóvenes han aumentado su participación, aunque las mujeres en mayor medida -hay que señalar que con las cifras censales no se captó un incremento entre los varones, éste sólo se apreció en las encuestas de ocupación. El que hombres y mujeres jóvenes hayan aumentado su nivel de participación a lo largo del tiempo según las encuestas (1979-1991), es un hecho que nos hace recapacitar en al menos dos cosas: primero que se trata de una población de la cual se dispone cuando es necesario aumentar los ingresos familiares: ante momentos de crisis los jóvenes son parte de la mano

de obra secundaria familiar a la cual se recurre pero a su vez esto nos induce a pensar que la participación económica de los jóvenes presenta –tanto ellos como ellas- condiciones similares a la PEA femenina en general, es decir: la población joven se enfrenta en el mercado a bajos salarios, a actividades de baja jerarquía, a cambios en su nivel de participación ligados a situaciones de crisis, al igual que sucede con gran parte de la mano de obra femenina.

Para el estudio de la mano de obra joven, fue fundamental separar por sexo y edad a los jóvenes, y ese se convirtió en el hilo conductor del cuál partirían las diferencias más importantes, junto con el lugar de residencia que adquirió también gran relevancia. Así pues, consideramos importante el estudio de los jóvenes no como un gran total, sino por subgrupos de edad pues cada uno contiene características diferentes. Nuestro estudio revela diferencias contundentes entre la participación de jóvenes de 12 a 14 años (aquí llamados adolescentes para separarlos de los grupos siguientes), de 15 a 19 y de 20 a 24 años. Si bien todos entran en el marco de población juvenil, son los de menos de 20 años los que presentan elementos que destacan la precarización cada vez mayor del trabajo juvenil: si se tiene menos de 20 años, en gran porcentaje se formará parte del rubro de los no remunerados (principalmente los hombres), su ocupación estará inmersa en actividades de tiempo parcial, temporales, hasta su propia definición será difícil y la clasificación de “*otros*” -donde están catalogadas aquellas ocupaciones que no encontraron cabida en las

definiciones tradicionales de ocupación- se engrosará con los grupos de 12-14 y 15-19 años.

Al rescatar las diferencias entre hombres y mujeres jóvenes, con las ENE91 y ENE95 se corroboró en parte una tendencia general: la menor presencia laboral de mujeres con hijos y casadas; pero se rescató que en el transcurso de los cuatro años que contempla el estudio, las jóvenes casadas empiezan a involucrarse más en el trabajo, en otras palabras: la unión es una variable que cada vez inhibe menos la participación de las mujeres jóvenes. Lo mismo sucedió con la llegada de un hijo: las tasas de participación de mujeres jóvenes con un hijo se incrementaron de 1991 a 1995. Estos son elementos que influyen decisivamente en las mujeres; otros factores como las condiciones laborales y las características del trabajo no arrojaron diferencias profundas entre ellos y ellas.

Es interesante anotar que a nivel del agregado de individuos (los tres primeros capítulos) las diferencias no se perfilan tan marcadas como cuando se hace el análisis considerando al joven parte de una unidad doméstica. Cuando el estudio considera a los jóvenes como un gran subgrupo poblacional que se inserta al mercado, los resultados muestran que tanto los como las trabajadoras jóvenes presentan similitudes en las características de su participación en 1991 y en 1995, siendo la presencia laboral de los de 15 a 19 años (ellas y ellos) la que más se ha deteriorado con el tiempo. Con este tipo de análisis las diferencias más sustantivas están dadas por la edad más que por el sexo del joven. En cambio, cuando el análisis se lleva a cabo a nivel del hogar y se busca explicar el

trabajo de los jóvenes mediante un conjunto de variables individuales y familiares que interactúan simultáneamente se observan más las desventajas a las que se enfrentan las jóvenes trabajadoras, como por ejemplo la alta propensión al trabajo de las mujeres cuando son no parientes del jefe, lo que junto con el deterioro sufrido en términos estrictamente laborales, las coloca en una situación más desfavorable. En esta parte, la perspectiva de género adquiere una gran relevancia para entender la vulnerabilidad de las mujeres trabajadoras jóvenes.

Al analizar a los y las jóvenes, incorporando elementos relativos a la unidad doméstica, uno de los hallazgos se relaciona con la escolaridad de los jóvenes. Aunque parece paradójico, entre la población de 15 a 19 años el hecho de tener una escolaridad baja es un factor que propicia su participación en el mercado. Esto se debe al hecho que la comparación se establece con jóvenes que tienen preparatoria y más, los que seguramente continúan estudiando. En cambio entre los y las jóvenes que tienen entre 20 y 24 años se observa la tendencia esperada pues es el tener mayor escolaridad lo que en grado más alto propicia la entrada al trabajo. Con esto corroboramos nuevamente que son los más jóvenes, los que no han alcanzado en muchos casos todavía la categoría –jurídicamente hablando– de mayores de edad, los que se involucran seguramente en las peores condiciones en el mercado, además no tienen ni siquiera elementos para ubicarse en mejores posiciones y seguramente no los tendrán en el futuro, pues el trabajo irá ganándole lugar cada vez más a

la asistencia escolar. Si creemos, como muchos, que los jóvenes son nuestra mejor apuesta... estamos perdiendo.

LAS CARACTERÍSTICAS OCUPACIONALES

En cuanto a las características laborales, se tuvo un interés particular en rescatar algunos elementos que señalaran el comportamiento de la población joven en el transcurso de 1991 a 1995 y analizar la transformación que presentó esta población. Para esto se consideró la rama de actividad y la posición en el trabajo; las condiciones laborales como el ingreso y la jornada, las prestaciones laborales y el tipo de empresa en la que se labora. Todos elementos que mostraron la precarización que en cuatro años sufrió esta población trabajadora, en particular la de 15 a 19 años de edad⁴.

En síntesis, se observó que el sector comercio y los servicios fueron la principal fuente de trabajo en la que los y las jóvenes se insertaron, aunque las jóvenes tuvieron cierto acceso al sector industrial (mayor en comparación con las mujeres adultas). Si bien el sector terciario ha sido tradicionalmente uno de los refugios más importantes para la mano de obra joven, su presencia en este sector aumentó en los cuatro años del estudio, volviéndose fundamental también para los hombres jóvenes, no solamente para las mujeres

⁴ No está de más recordar que si bien el análisis se llevó a cabo desde los 12 años, se hizo hincapié en la población de 15 a 19 años por ser la más importante en términos de volumen, pero también por que ella presenta en mayor medida el deterioro de las condiciones laborales además, consideramos, está más desprotegida, pues no

como lo había sido en décadas pasadas. En cuanto a su posición en el trabajo, se distingue su presencia como asalariados y no remunerados, así como el aumento del rubro de *otros*, principalmente en las áreas menos urbanizadas.

A pesar de que su posición en el trabajo muestra su participación como trabajadores asalariados, esto no los coloca en ventaja respecto a los no asalariados, sino por el contrario: sus ingresos se han deteriorado (la mayoría no gana más de dos salarios mínimos y los no remunerados aumentaron significativamente), su jornada laboral se incrementó (sobre todo en el caso de las mujeres), el acceso a prestaciones laborales fue cada vez más difícil, en especial para los varones y la mayoría de los y las jóvenes estaba ubicado en empresas de menos de 15 personas. Esta situación resultó más grave entre los de 15 a 19 años y en los espacios menos urbanizados, elemento que se comentará en el siguiente apartado.

LA IMPORTANCIA DEL LUGAR DE RESIDENCIA

La participación de la población económica en edades marginales (fuera del rango de 15 a 64 años de edad), depende considerablemente de factores económicos y sociales, las economías más pobres son las que arrojan a población más joven al mercado. Por ejemplo, la CEPAL señala que entre 1990 y 1997, en Brasil aproximadamente el 17% de los niños y

forma parte ya de la población infantil, pero tampoco es definida todavía como una población adulta. Y esto le da ese carácter especial.

adolescentes (entre 13 y 17 años) que residían en áreas urbanas trabajaba, mientras que en las áreas rurales lo hacía el 50%. En el mismo periodo, en Costa Rica trabajaba el 4% de los niños urbanos versus el 18% de los niños rurales. En México, el trabajo de niños y jóvenes también se incrementó en la última década (CEPAL, 1999 y capítulo 1). Pero además siendo México un país con grandes contrastes, las diferencias según el área de residencia del joven trabajador (áreas más urbanizadas y área menos urbanizadas) resultaron muy elocuentes.

Nuestros hallazgos indican y corroboran, como punto de partida, que son las áreas con menor nivel de urbanización las que arrojan a población más joven al mercado. Tanto en el análisis a nivel agregado como desde la perspectiva de la unidad doméstica se comprobó que los espacios menos urbanizados propician más la participación de jóvenes menores de 15 años, fundamentalmente de varones; en cambio la participación de mujeres entre 20 y 24 años en la región con menor urbanización es menor. Esta situación nos muestra las diferencias y desigualdades profundas que en espacios no muy urbanizados se dan todavía entre hombres y mujeres. Los varones más jóvenes son la mano de obra secundaria a la que se recurre como apoyo en la sobrevivencia familiar –en el análisis donde se privilegió a la unidad doméstica se observó que la pertenencia a un hogar con jefe agrícola hizo que los jóvenes de 15 a 19 años presentaran una alta propensión a incorporarse al mercado-; en tanto en las mujeres de áreas menos urbanizadas el ámbito doméstico resultó ser su mayor refugio. Hoy en día en las grandes ciudades ocurren cambios en cuanto a los roles y los compromisos con proyectos personales en particular de las mujeres; aunque hay que aclarar que si bien la entrada de las

mujeres al mercado en los espacios ampliamente urbanos es un logro importante y significa por una parte independencia económica y una realización a nivel profesional, por otra el trabajo extradoméstico no da lugar necesariamente a la reducción de la discriminación y desigualdad de la mujer.

En el caso de la población joven, sin embargo, la desigualdad la viven también algunos varones: en el análisis a nivel agregado resalta que tanto hombres como mujeres cuando tienen menos de 20 años y viven en espacios menos urbanizados, su situación laboral en términos de jornada, ingreso y prestaciones laborales los coloca en el lugar más deprimido del total de los trabajadores.

LOS JÓVENES EN FAMILIAS DE DIFERENTES SECTORES SOCIALES

Hasta 1970 los estudios de corte sociodemográfico que analizaban la relación entre trabajo y familia en México centraban su análisis en el agregado de individuos, sin incorporar a las unidades domésticas como el espacio fundamental de organización de la reproducción cotidiana. A fines de los setenta y principios de los ochenta se comienza a consolidar la perspectiva de análisis donde se presta especial atención en el concepto hogar-unidad doméstica como categoría relevante, donde el trabajo extradoméstico, en particular de la mano de obra femenina, se entiende como parte de las llamadas estrategias de sobrevivencia (Welti y Rodríguez 1994).

En el estudio de los jóvenes al ubicarlos como parte de una unidad doméstica en donde se crean y recrean las relaciones sociales de producción y reproducción, de autoridad, poder y conflicto, pero a su vez de intercambio y solidaridad, se reflejan resultados distintos según cada unidad. Al colocar en el análisis de manera simultánea el lugar de residencia, el tamaño de la familia, el sexo del jefe del hogar, la ubicación de parentesco, la escolaridad del joven y los rasgos socioeconómicos del hogar, se pudieron precisar las diferencias de participación de los y las jóvenes de diferentes sectores sociales.

Es indispensable retomar el análisis desde una perspectiva de género para entender la participación activa de los y las jóvenes según su unidad doméstica, pues los resultados en factores como el parentesco con el jefe identifican claramente las diferencias que enfrentan las mujeres cuando son hijas de familia en las relaciones que entablan con los hombres con los que viven. Inmersas en un ambiente familiar, con relaciones de autoridad con el jefe de la unidad, el parentesco con el jefe se vuelve variable clave para su incorporación al mercado: si se es hija o pariente es mejor que otros salgan al mercado; mientras que entre los hombres esta variable no resultó estadísticamente significativa. El ser hija inhibe la propensión de las mujeres jóvenes al trabajo extradoméstico, más aún que el ser cónyuge, lo que sugiere que las hijas tendrán posiblemente que asumir una carga importante del trabajo doméstico familiar, de forma paralela a la actividad escolar (sobre todo entre las más jóvenes), pues hermanos varones y madre serán la mano de obra

secundaria que primero saldrá al mercado⁵. Tendrán ellas, en cierto sentido también una doble jornada que cumplir.

Dentro de las variables socioeconómicas incluidas en el estudio a nivel de la unidad doméstica, una que resultó significativa en todos los casos –que aumentaba la propensión al trabajo en el mercado- fue la pertenencia a un hogar cuyo jefe es un trabajador manual por cuenta propia. Los comercios y establecimientos de diversos servicios se incluyen en las actividades de los jefes que trabajan por su cuenta. En las familias con este tipo de negocios, evidentemente los y las jóvenes son parte de las estrategias empleadas para allegarse mayores recursos; no hay que olvidar que gran parte de la población menor a 20 años es incluso trabajadora sin remuneración. Consideramos que el trabajo de estos jóvenes tiene que ver mucho con este tipo de establecimientos familiares, donde su actividad puede tener un significado que va más allá de la ayuda estrictamente económica: los padres mantienen a sus hijos en sus propios establecimientos, les transmiten su conocimiento y conciben la actividad de los jóvenes como un aprendizaje, como parte de la formación hacia al trabajo, como la herencia del oficio de padres a hijos⁶.

⁵ Se corrobora que son las cónyuges las que continúan jugando el rol más importante cuando se busca complementar los ingresos familiares, como se ha señalado anteriormente García y Pacheco (2000).

⁶ En la investigación *Iniciación laboral: la naturaleza del trabajo infantil en la familia obrera*, uno de los resultados del trabajo fue que los padres obreros con los cuales se hizo el estudio, buscaban mediante múltiples recursos transmitirles a sus hijos su oficio y su orgullo de ser obrero, con esto además de enseñarles un trabajo, buscaban alejarlo de las drogas y pandillas (Navarrete, 1995).

Si el jefe es asalariado no manual, en cambio, el efecto fue contrario: se inhibió en todos los jóvenes la presencia en el mercado. Este aspecto tiene que ver más con la idea de defender un modo de vida en la cual los hijos tienen como prioridad el estudio, donde la escuela es el mecanismo para ascender social y económicamente y tratarán, mientras las posibilidades económicas lo permitan, de retardar el mayor tiempo posible su incorporación al trabajo. Desafortunadamente si continúa el modelo neoliberal en el cual estamos inmersos actualmente, los hijos de estas familias pronto estarán buscando un trabajo.

Finalmente una variable que tuvo un gran significado estadísticamente hablando y que nos apunta una realidad que se vive en el país, fue que la pertenencia a un hogar con jefatura femenina lo cual propició en todos los casos la entrada de los jóvenes al trabajo extradoméstico. En 1980, según el censo de población el 13.6% de los hogares estaba jefaturado por una mujer. Acosta (1994) anota que según cifras de la Encuesta Mexicana sobre Sexualidad y Salud (1987), del total de los hogares el 14.1% estaban encabezados por mujeres y de éstos el 86.0% se concentraba en las áreas urbanas. Cuando estas jefas trabajaban el 63.9% recibía uno o menos de un salario mínimo; el 36.5% tenían trabajos por cuenta propia y el 10.1% se empleaban en el servicio doméstico. Además dentro de estos hogares el 41.9% del total estaba constituido por jefes mujeres que vivían solas con sus hijos, lo que los coloca en una situación profundamente sensible y en situación de gran precariedad social. Para 1990, según cifras censales el 17.3% de los hogares a nivel

nacional tenía como jefe una mujer, y tan sólo en las áreas metropolitanas del país la cifra ascendía a 18.0% (López e Izazola, 1994). Según cifras de la ENE 1995, en ese año el porcentaje a nivel nacional de hogares con jefatura femenina fue de 17.8% (Bañuelos y Paz, 1997). Se evidencia el aumento de los hogares con esta característica.

Si bien la pobreza no se restringe exclusivamente a hogares con jefatura femenina, tal parece que sí hay cierta tendencia a que una parte importante de los hogares exclusivamente dirigidos por mujeres estén en una situación de vulnerabilidad económica y social. La mayor propensión de los jóvenes a trabajar en este tipo de hogares se entiende como parte de las estrategias seguidas por este tipo de unidades domésticas en situación de pobreza.

Por último, después de conocer la presencia de la PEA joven en el mercado laboral, sus condiciones y determinar los factores que inciden en su propensión al trabajo, en el capítulo sexto se anotaron algunas políticas, principalmente de corte urbano, que han sido diseñadas para atender en especial a esta población. La salud, la educación, la recreación y el deporte son los temas privilegiados. El empleo de los jóvenes como tal no parece ser uno de los puntos prioritarios que se atacan en este fin de siglo; si bien sí se alude al desempleo y a la importancia de la formación técnica para el trabajo, pareciera que el problema es el joven que ha abandonado la escuela, que no se ha capacitado adecuadamente y esto no le permite encontrar un trabajo, cuando se trata realmente de un problema estructural que ha repercutido en el deterioro de los mercados laborales. Mientras que la grave precarización

de las condiciones laborales de los jóvenes que han logrado acceder a algún empleo no encuentra respuesta dentro de las políticas juveniles.

A MANERA DE REFLEXIÓN FINAL

En general a los jóvenes se les ha prometido mucho, sin pensar que la juventud no es exactamente como se enseña en las campañas masivas de comunicación. Se les ofrece que con capacitación encontrarán trabajo pronto, que si no abandonan la escuela se les abrirán amplias posibilidades laborales; en fin, se les ofrece que tendrán no sólo trabajo sino familia, casa, vacaciones, justicia, seguridad, salud; cuando habría que empezar por proveerlos ahora del mínimo bienestar: al menos escuela, seguridad, trabajo digno.

Un ser humano, un joven en este caso, es resultado de lo que ha visto, lo que ha vivido, lo que ha sentido. La investigación nos revela que la mayoría de los jóvenes que trabajan ha tenido en la primera mitad de la década de los noventa una vida laboral difícil, lo que posiblemente repercutirá en su vida en general. Pero en particular los que tienen menos de 20 años y en especial los de 15 a 19 años y de espacios menos urbanizados han sido los más afectados por la crítica situación del país. Estos jóvenes (ellos y ellas) que en 1995 tenían entre 12 y 19 años, que formaban parte de la PEA, pero con las condiciones más desfavorables, vivieron su infancia en la década perdida y se involucraron en el trabajo en un momento de profunda depresión (posterior a diciembre de 1994). Como vemos su

infancia ocurrió durante una de las crisis más severas de este siglo, su presente no se contempla de manera promisorio, pero su futuro no aparenta ser mejor.

"(...) Los jóvenes son nuestra esperanza,

y a la mayoría no les hemos sabido hacer lugar.

Y los viejos son la voz de la experiencia y los hemos arrumbado"

Fernando Benítez, 1997.

ANEXO

FUENTES DE ESTUDIO PARA ESTIMAR LA PEA

Para el estudio del empleo en México se cuenta fundamentalmente con dos tipos de fuentes: los censos de población¹ y las encuestas de ocupación. Cada una de ellas ha sido diseñada en función de distintos objetivos, por lo tanto tendrán diferentes aportes y limitantes.

- 1) En cuanto a los censos de población, de manera general puede decirse que su mayor importancia reside en su cobertura geográfica. Mediante ellos se pretende captar información para todos los estados, municipios y localidades del país; por otra parte permiten vincular distintas características de la población como: migración, escolaridad, nupcialidad, fecundidad, actividad laboral. Uno de los inconvenientes de esta fuente radica en que al practicarse a toda la población, no es posible que profundice en los temas que aborda (Pedrero, 1993).

Desafortunadamente de un censo a otro pueden existir problemas de comparabilidad (aunque en teoría se trata de información similar). Por ejemplo: un problema aparece cuando entre un censo y otro hay cambios en los elementos conceptuales usados, o cuando se usan distintas maneras de formular las preguntas; esto ha dado lugar a captar de manera diferente un mismo fenómeno y a alterar de manera drástica los resultados.

- 2) En el caso de las encuestas de ocupación², éstas obtienen información con mayor profundidad, dado que su objetivo es específico. Se levantan solamente a una parte de la población con lo que se posibilita el incluir un mayor número de preguntas y contar con personal mejor capacitado. Su gran ventaja es que permite obtener información de

¹ Existen también los Censos Económicos, pero en ellos solamente se capta a la población que está ocupada en un establecimiento económico de determinadas características, por lo tanto no capta a los trabajadores que no laboran en un centro de trabajo pero que son también población activa (Pedrero, 1993).

² Las encuestas de ocupación en México se iniciaron en los setenta. En 1972 se levantó la Encuesta Nacional de Hogares (ENH) y como parte de ella un módulo sobre empleo: Encuesta Continua de Mano de Obra (ECSO), que se levantó en las áreas metropolitanas de México, Monterrey y Guadalajara; para 1979 se levantaba ya en todo el país. En 1983 el INEGI aplicó la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU) comenzando con 12 áreas metropolitanas y aumentando en 1993 a 35 áreas urbanas. En 1988 se puso en marcha la Encuesta Nacional de Empleo (ENE) la cual se levantó también en 1991, en 1993 y en 1995 (García, 1993).

ocupaciones precarias y marginales que otras fuentes no pueden captar; sin embargo, tienen también una gran limitante, sólo obtienen información para ciertas zonas geográficas, y es común encontrar problemas en el diseño del muestreo y su concreción en el campo (Pedrero, 1993).

APORTACIONES Y LIMITACIONES DE LAS FUENTES

Quienes han estudiado intensivamente los datos para medir la fuerza de trabajo (García, 1993; Pedrero, 1993) en términos generales señalan, en cuanto a la información censal, que el Censo de 1970 ofrece la posibilidad de establecer los niveles de la población ocupada de 12 años y más, aunque con algunos problemas en la estimación de la PEA agrícola, la cual resultó bastante baja.

En cambio, el censo de 1980, es de poca utilidad: da una sobreestimación de la PEA, principalmente en el trabajo femenino (parece ser que muchas amas de casa se registraron como activas) y de varones jóvenes; y por otra parte, arroja una voluminosa PEA en el rubro de insuficientemente especificado sobre todo en la rama de actividad. Se piensa que los problemas se debieron a un mal diseño de las preguntas y al tratamiento posterior que se les dio. De hecho, se trata de un censo cuyo esfuerzo no resultó muy favorable y resulta prácticamente imposible observar la tendencia del comportamiento de la población activa basándose en esta información censal (García, 1993).

Con el Censo de 1990, se buscó abatir la sobreestimación del censo anterior y reducir el número de no especificados, lo que dió por resultado tasas bajas para los hombres pero más bajas aún para las mujeres.

Ante tales limitaciones Mercedes Pedrero elaboró un método para ajustar las cifras de los censos y lograr una información más real del fenómeno laboral. La autora ajustó la información censal de 1970, 1980 y 1990 basándose en la propia congruencia interna de los censos en relación con los resultados obtenidos en las encuestas de ocupación.

Con la llegada de las estadísticas laborales (como la Encuesta Continua sobre Ocupación, ECSO 79 y la Encuesta Nacional de Empleo, ENE 91), se posibilitó el comparar las cifras censales con las de las encuestas,

"el censo de 1970 y la ECSO de 1979 se perfilan entonces como las fuentes más confiables para fines de comparabilidad de la fuerza de trabajo en el decenio de los setenta (...). No obstante, para fines de comparaciones con el decenio de los ochenta, conviene tener en cuenta que se trata de estimaciones de distinta naturaleza" (García, 1993 p. 21).

Para conocer la PEA alrededor de 1990, dado que la información obtenida en el censo de ese año presenta algunos errores, puede usarse la Encuesta Nacional de Empleo de 1991, y con ésta estimar más nítidamente la situación de la PEA al inicio de esa década.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta Felix (1994), "Los estudios sobre jefatura de hogar femenina y pobreza en México y América Latina" en *Las mujeres en la pobreza*, pp. 91-117, GIMTRAP, El Colegio de México.
- Acosta Felix y Marlene Solís (1998), "Familia, jefatura e identidad femenina en el área metropolitana de Monterrey: Un análisis de casos de hogares con jefatura femenina" en *Mercados locales de trabajo. Participación femenina, relaciones de género y bienestar familiar*, Asociación Mexicana de Población, pp. 211-278.
- Alba Vega, Carlos y Bernardo Méndez (1997), "Presentación" en *Revista de Comercio Exterior*, vol. 47, núm. 1, enero, México, pp.3-7.
- Aguirre, Alejandro (1997), "Cambios en la mortalidad infantil" en *DEMOS, Carta demográfica sobre México*, núm.10, México, pp. 14-15.
- Anderson, Joan B (1990) "Las maquiladoras y la industrialización fronteriza: el impacto sobre el desarrollo económico en México" en *Frontera Norte* 3, vol. 2 enero-junio.
- Arizpe Lourdes (1980) *La migración por relevos y la reproducción social del campesinado*, Cuadernos del CES 28, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, México, 38 pp.
- Arroyo Alejandro, Jesús y Jean Papail (1995), "Los cambios recientes en la migración internacional de las Ciudades medidas del Estado de Jalisco" ponencia presentada en *XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología América Latina y el Caribe: perspectivas de su reconstrucción*, México, 23 págs. (documento mimeografiado).
- Bañuelos Flores, Eunice y Leonor Paz (1997), "Los hogares mexicanos" en *Demos Carta demográfica sobre México*, pp. 24-26.
- Barquet, Mercedes, (1994), "Condicionantes de género sobre la pobreza de las mujeres" en *Las mujeres en la pobreza*, pp. 73-90, GIMTRAP, El Colegio de México.
- Béjar Navarro Raúl y Héctor Hernández Bringas (1994) "Desigualdad social y población" en *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, coord. Francisco Alba y Gustavo Cabrera, El Colegio de México, pp.229-250.
- Benites, Marcela (1990) "Hogares y fuerza de trabajo en época de crisis" en Cortés y Cuéllar (coords.) *Crisis y reproducción social. Los comerciantes del sector informal*, Las ciencias sociales, FLACSO/ Miguel Angel Porrúa, págs, 199-231.

Bonilla, Germán y col. (1982), *El empleo y la educación para jóvenes*, (Serie Empleo, 2), CREA, 182 págs.

Bronfman, Mario (1990), "El Sida en México. Evolución y tendencias recientes" en *DEMOS. Carta demográfica sobre México* no. 3, pp.15 y 16.

Cabrera, Gustavo y Manuel Ordorica (1978), "Capítulo II, Mortalidad" en *Evaluación y análisis. Proyecciones de la población mexicana 1970-2000 (nivel nacional)*, Secretaría de Programación y Presupuesto, Coordinación General de Sistema de Información, Serie III, núm. 8, abril, México pp. 17-38.

Cabrera, Gustavo (1990), "Políticas de población y cambio demográfico en el siglo XX" en *México en el umbral del milenio*, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, pp. 249-272.

Camarena, Rosa María (1996), "Retos de la juventud" en *Demos. Carta demográfica sobre México*, pp.32-33.

Camarena, Rosa María (1998), "La población joven" en *La Situación demográfica de México*, Consejo Nacional de Población, 1998. pp.135-164.

Camposortega, Sergio (1988), "El nivel y la estructura de la mortalidad en México 1940-1980" en *La mortalidad en México. Niveles, tendencias y determinantes*, comp. Mario Bronfman y José Gómez de León. El Colegio de México, pp. 205-271.

Camposortega, Sergio (1997), "Cien años de mortalidad en México" en *DEMOS, Carta demográfica sobre México*, núm.10, México, pp. 11-13.

Carrillo Jorge y Alberto Hernández (1985) *Mujeres fronterizas en la industria maquiladora*, SEP cultura, CEFNOMEX Colección Frontera, México, 216 pp.

Centro Latinoamericano de Demografía (1994), *América Latina: Proyecciones de población 1950-2050*, Boletín demográfica, año XXVII, no.54, Santiago de Chile, junio 1994, pp. 128-137.

CEPAL (1985), *La juventud en América Latina y el Caribe*, Estudios e Informes de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Naciones Unidas, Santiago de Chile, 181 págs.

CEPAL (1991), *La equidad en el panorama social de América Latina durante los años ochenta*, Naciones Unidas-Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 148 págs.

CEPAL (1999) *Panorama social de América Latina*, 1998. Naciones Unidas-Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 305 págs.

Christenson, Bruce y Fátima Juárez (1987), "Houshold economy and the labor force participation of male and female children in Mexico" en *Annual Meeting of the Population Association of America*, Chicago, 30 de abril-2 de mayo, (documento mimeografiado).

Christenson, Bruce, Brígida García y Orlandina de Oliveira (1989), "Los múltiples determinantes del trabajo femenino en México" en *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm 20, mayo-julio, El Colegio de México, México, pp. 251-280.

Cifuentes García, Hector (1982), *El subempleo de la nueva fuerza de trabajo (una propuesta para su estudio)*, (Serie Empleo, 5), CREA, 131 págs.

Consejo Nacional de Población (1987), *Encuesta Nacional de Migración en Areas Urbanas*, México.

Consejo Nacional de Población (1994), *Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo*, 1994. Informe Nacional sobre Población, México.

Consejo Nacional de Población (1998), *Proyecciones de la Población en México, 1996-2050*, Serie escenarios prospectivos, CONAPO, México, 26 págs.

Consejo Nacional de Población (1999a), *IV Informe de Avances del Programa Nacional de Población, 1995-2000*. Consejo Nacional de Población, México, 440 págs.

Consejo Nacional de Población (1999b), *La situación demográfica en México*, CONAPO, México, 231 págs.

Cordera, Rafael y Ricardo Becerra (1996) "Conclusiones del seminario: Una propuesta para el futuro" en *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*, Cordera, Rafael, José Luis Victoria y Ricardo Becerra, (coord), UNAM, pp 262-275.

Corona, Rodolfo (1991), "Migración interna. Cambios en el decenio, 1980-1990" en *Demos. Carta demográfica sobre México* no. 4, p. 19.

Corona, Rodolfo (1998) "Medición de la migración a Estados Unidos a través de la Encuesta de Migración en la Frontera Norte de México: el caso de las remesas" en *Población, Desarrollo y Globalización*, Serie Investigación Demográfica en México, SOMEDE, El Colegio de la Frontera Norte, México, pp.83-99.

Cortés Fernando y Oscar Cuéllar (coord.) (1990), *Crisis y reproducción social: los comerciantes del sector informal*, FLACSO y Miguel Angel Porrúa, 313 págs.

Cortés Fernando y Rosa María Rubalcava (1991), *Autoexplotación forzada y equidad por empobrecimiento: la distribución del ingreso familiar en México (1977-1984)*, Jornadas No. 120, El Colegio de México, 186 págs.

Cortés Fernando y Rosa María Rubalcava (1993), "Desocupados precoces: ¿otra cara de la maquila?" en *Estudios Sociológicos*, vol. XI, núm. 33, septiembre-diciembre, El Colegio de México, México, pp. 695-724.

Cortés Fernando y Rosa María Rubalcava (1993), "Algunos determinantes de la inserción laboral en la industria maquiladora de exportación de Matamoros" en *Estudios Sociológicos* vol. XI, núm. 31, El Colegio de México, México pp. 59-91.

Cuéllar, Oscar (1990), "Balance, reproducción y oferta de fuerza de trabajo familiar. Notas sobre las estrategias de vida" en Cortés y Cuéllar (coords.) *Crisis y reproducción social. Los comerciantes del sector informal*, Las ciencias sociales, FLACSO/ Miguel Angel Porrúa, págs, 17-53.

Cuéllar, Oscar (1996) "Estrategias de subsistencia, estrategias de vida. Notas críticas" en *Revista Sociológica* (año 11 núm 32) División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Sociología UAM-A. México, pp.195-204.

Chant Sylvia (1988) "Mitos y realidades de la formación de familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México" en L. Gabayet, *et.al. Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el Occidente de México*. El Colegio de Jalisco/CIESAS-Occidente, Guadalajara México.

Duque Joaquín y Ernesto Pastrana (1973) "Las estrategias de supervivencia económica de las unidades familiares del sector popular urbano: una investigación exploratoria", Santiago de Chile (documento mimeografiado).

Elizaga, Juan Carlos y Roger Mellon (1971), *Aspectos demográficos de la mano de obra en América Latina*, CELADE, Santiago de Chile, 164 págs.

Estrella Valenzuela, Gabriel y René Zenteno Q. (1998), "Dinámica de la integración de la mujer a los mercados laborales urbanos de México, 1988-1994" en *Mercados locales de trabajo. Participación femenina, relaciones de género y bienestar familiar*, Asociación Mexicana de Población, pp. 113-209.

Eternod, Marcela (1996) "Los jóvenes en México. Una aproximación en cifras" en *Revista de estudios sobre juventud*, Centro de Investigación y estudios sobre juventud, México, Año 1 número 1, julio-septiembre, pp. 12-23.

Figueroa Campos Beatriz (1992), "La fecundidad en 1990. El delicado tema de las estimaciones actuales" en *Demos. Carta demográfica sobre México* núm.5, pp. 10-12.

Freeman, Richard y David A. Wise (1978) *The Youth Labor Market Problem: Its Nature, Causes, and Consequences*, The University of Chicago Press, Chicago, London, 555 págs.

García Brígida (1996) "Fuerza de trabajo en 1995. Las implicaciones del nuevo modelo de desarrollo" en *DEMOS, Carta demográfica sobre México*, núm. 9 pp. 15-16.

García Brígida (1988) *Desarrollo económico y absorción de fuerza de trabajo en México, 1950-1980*, El Colegio de México, México, 212 pp.

García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira (1982) *Hogares y Trabajadores en la Ciudad de México*, El Colegio de México/UNAM, 202 págs.

García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1991), "Trabajo y familia en la investigación sociodemográfica de México" en *Temas de Población*, Revista del Consejo Estatal de Población del Estado de Puebla, año 1, núm.2 junio. pp. 15-25.

García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1992), "Recesión económica y cambio en los determinantes del trabajo femenino" en *Ciencia*, 43, pp. 367-380.

García Brígida y Orlandina de Oliveira (1993), *La ocupación en México: Nuevos datos, aciertos y controversias* (documento mimeografiado).

García Brígida y Orlandina de Oliveira (1994) *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, 301 págs.

García, Brígida y Edith Pacheco (2000), *Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México*, (documento mimeografiado).

García, Brígida y Edith Pacheco (1999) *Participación económica familiar en la Ciudad de México hacia finales del siglo XX*, (documento mimeografiado).

García Brígida (1996) "Fuerza de trabajo en 1995. Las implicaciones del nuevo modelo de desarrollo" en *DEMOS, Carta demográfica sobre México*, núm. 9 pp. 15-16.

Godelier, Maurice (1978), *Las sociedades precapitalistas*, Quinto Sol, 183 págs.

Gómez de León, José (1995) "La población futura de México. Continuidad del gran cambio demográfico" en *DEMOS, Carta demográfica sobre México*, México, pp. 4-5.

Gómez de León y Daniel Hernández, (1996) "Un mapa de los jóvenes a la mitad de los años noventa" en *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*, (coord). Rafael Cordera, José Luis Victoria y Ricardo Becerra, UNAM, pp 13-32.

González, Arturo (1990), "La población de 20 a 29 años. Perfil sociodemográfico" en *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, no.3, pp. 19 y 20.

González de la Rocha, Mercedes (1986). *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco/Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS/SPP), México 268 págs.

González de la Rocha, Mercedes (1993), "Bienestar familiar, consumo alimentario y acceso a los servicios durante la crisis" en Mercado F. (et.al). *Familia, salud y sociedad. Experiencias de investigación en México*, Ed. U. de Guadalajara, INSP, CIESAS, El Colegio de Sonora, págs. 279-293.

González de la Rocha, Agustín Escobar y María de la O Martínez (1990), "Estrategias versus conflicto: reflexiones para el estudio del grupo doméstico en época de crisis en *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*. Universidad de Guadalajara y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México, pp. 351-367.

González Salazar, Gloria (1982). "Juventud y mercado de trabajo" en *Revista sobre la juventud*, año 2, núm.6, septiembre.

Gurrieri, Adolfo (et.al) (1971), *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*, Siglo XXI, 287 págs.

Gutiérrez, Alma Rosa (et.al) (1982), *Una aproximación a la problemática rural juvenil*, (Serie Juventud Rural, 2), CREA, 194 págs.

Guzmán Gómez, Carlota (1994), *Entre el deseo y la oportunidad: estudiantes de la UNAM frente al mercado de trabajo*, Universidad Nacional Autónoma de México. Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias. Cuernavaca ,Morelos, 261 págs.

Hernández Bringas, Hector (1989), *Las muertes violentas en México*, Tesis de Maestría en Demografía, El Colegio de México, México, 85 págs.

Herskovits, Melville (1985), "La educación y las sanciones de la costumbre" en *El hombre y sus obras*, FCE, México, pp. 343-359.

Ibarra, Agustín (1995) "Balances y perspectivas del empleo juvenil en México" Ponencia Magistral presentada en el *Encuentro Internacional de Juventud. Subregiones México- Caribe y Centroamérica*, PRADJAL, OIJ, Atención a la Juventud. México.

Ibarra, Agustín (1998) "Políticas activas de mercado de trabajo: Evaluación de programas de becas de capacitación para desempleados" en *Población, Desarrollo y Globalización*, Serie de Investigación Demográfica en México, SOMEDE, El Colegio de la Frontera Norte. México.

Ibarrola, María de (1986) “Horizontes inciertos, caminos por hacer, relaciones complejas y contradictorias entre educación superior y empleo” en *Seminario Regional sobre los problemas de la juventud en América Latina*, IPN-CINVESTAV-DIE, México, 76 págs. (mimeo).

Ibarrola, María de (1993), *Industria y escuela técnica. Dos experiencias mexicanas*. Lecturas de Educación y Trabajo No. 1, UNESCO, CIID-CENEP, Fundación SNTE. México, 170 pp.

Iglesias Norma (1985). *La flor más bella de la maquiladora*, SEP-Cultura, CEFNOMEX, México, 166 pp.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1994), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica, 1992. Metodología y Tabulados*. México.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1993), *Encuesta Nacional de Empleo, 1991*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática y Secretaría del Trabajo y Previsión Social, México, 250 págs.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1996), *Encuesta Nacional de Empleo, 1995*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática y Secretaría del Trabajo y Previsión Social, México, 336 págs.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1997), *Conteo de Población y Vivienda, 95. Resultados definitivos*, México, 570 págs.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1999), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica, 1997. Metodología y Tabulados*. México, 634 págs.

Izquierdo, Rafael (1996), “Juventud y empleo: entre la escuela y el trabajo” en *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*, coordinado por Rafael Cordera, José Luis Victoria y Ricardo Becerra, UNAM, págs 117-147, México.

Jaulin, Robert (1981), *Juegos y juguetes. Ensayos de etnotecnología*, Siglo XXI, 220 págs.

Jusidman, Clara (1997), “Cambios estructurales y políticas públicas. El caso de las políticas de empleo” en *Seminario Nacional sobre Políticas sociales, sexualidad y salud reproductiva*, Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza, 31 págs. (documento mimeografiado).

Krauskopf, Dina (1995), ponencia presentada en la mesa redonda “Las políticas de empleo en América Latina” en *Encuentro Internacional de Juventud. Subregiones México-Caribe y Centroamérica*, México, 8-11 de noviembre.

Leñero, Luis (1996), “La familia y sus respuestas organizacionales ante la crisis” en *La familia: investigación y política pública*, UNICEF, Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, El Colegio de México, México, pp.13-23.

Lomnitz, Larissa (1975), *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI, México, 229 págs.

López, María de la Paz y Haydea Izazola (1994), *El perfil censal de los hogares y las familias en México*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, Secretaría de Salubridad y Asistencia, México, 87 págs.

Lustig Nora (1995), "México y la crisis del peso: lo previsible y la sorpresa" en *Revista del Comercio Exterior*, vol. 45, núm. 5, mayo. México, pp.374-362.

Mendoza Doroteo, Aurora Rábago y Anabel Hinojosa (1992), "Salud reproductiva en adolescentes" en *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, no.5 pag. 34.

Mina, Alejandro (1990), "El análisis numérico como herramienta de apoyo en el estudio de la mortalidad", trabajo presentado en la *IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, SOMEDE, México.

Mina, Alejandro (1991), "Intento de suicidio y suicidios en México, 1977-1984" en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol 6, núm 2, mayo-agosto, El Colegio de México, México, pp 435-463.

Morelos, José (1968), "Entradas a la actividad, salidas y vida media activa en México, 1960-1965" en *Demografía y Economía*, vol. II núm. 1, El Colegio de México, págs. 19-43.

Mummert, Gail (1992), "Dios, el norte y la empacadora: la inserción de hombres y mujeres rurales en mercados de trabajo extralocales" en *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC*, El Colegio de México, El Colegio de la Frontera Norte y la Fundación Friedrich Ebert, pp. 243-256.

Muñiz, Patricia y Rosa María Rubalcava (1996), "La reproducción de la pobreza" en *DEMOS, Carta demográfica sobre México*, número 9, pp 20-22.

Muñoz Izquierdo, Carlos (1989), "El impacto de la educación superior en los mercados de trabajo" en *Las profesiones en México* no. 1, UAM-X, México, pp. 51-54.

Muñoz Izquierdo, Carlos (1990), "Proyecto modernizador y absorción de egresados de la educación superior" en *Revista Profesiones y Colegios*, SEP.

Muñoz Izquierdo, Carlos y Liera R. M (1990), "Capital cultural, dinámica económica y desarrollo de la microempresa en la ciudad de México" en *Revista Latinoamericana de estudios educativos*, vol. XX, no. 4, pp. 36-111.

Muñoz Izquierdo, Carlos (1992), "La escolaridad y la dinámica de los mercados de trabajo: experiencia reciente y perspectivas a largo plazo" en *Ajuste estructural, mercados laborales y*

TLC, El Colegio de México, El Colegio de la Frontera Norte y la Fundación Friedrich Ebert, pp. 105-114

Muñoz García, Humberto y María Herlinda Suárez (1992), "Mercados de trabajo urbanos y educación en México", en *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC*, El Colegio de México, El Colegio de la Frontera Norte y la Fundación Friedrich Ebert, pp. 89-104.

Narro, José (1984), "La mortalidad y las políticas de salud en el ámbito nacional, principales acciones en los últimos años" en *Reunión Nacional sobre mortalidad y políticas de salud*, CONAPO, pp. 63-126.

Navarrete, Emma Liliana (1985), *Iniciación laboral: la naturaleza del trabajo infantil en la familia obrera*, Tesis de licenciatura en Antropología Social, UAM-Iztapalapa, 133 págs.

Navarrete, Emma Liliana (1992), *Adolescentes y trabajo en tres regiones del Estado de México*, Serie Investigaciones 3, El Colegio Mexiquense, Estado de México, 118 págs.

Novoa Cota, Oroz Ibarra y Villafuerte (s/f) *Juventud, Autoridad y Violencia*, CREA, Serie aspectos teóricos no. 1, México, 97 págs.

Oficina Internacional del Trabajo (1980), *El trabajo de los niños*, Ginebra, 179 págs.

Oficina Internacional del Trabajo (1990), *La lucha contra el trabajo infantil*, Ginebra, 257 págs.

Oficina Internacional del Trabajo (1993), *Yearbook of labour statistics*.

Oliveira, Orlandina de (1989), "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes" en *Fuerza de trabajo femenina en México, vol. 1. características y tendencias* comp. Jennifer Cooper (et.al.) UNAM/Miguel Angel Porrúa, pág. 29-66.

Oliveira, Orlandina de y Claudio Stern (1972), "Notas acerca de la teoría de las migraciones internas. Aspectos sociológicos" en *Migración y Desarrollo* 1, CLACSO, Buenos Aires, p.32-44.

Oliveira, Orlandina de y Brígida García (1993), *Cambios socioeconómicos y dinámica de los mercados de trabajo en México: 1950-1992*, El Colegio de México, (documento mimeografiado).

Oliveira, Orlandina y Vania Salles (1989), "Acerca del estudio de de los grupos domésticos: un enfoque sociodemográfico" en *Grupos domésticos y Reproducción cotidiana* coomp. Oliveira Orlandina, Pepin Lehalleur y Vania Salles. Coordinación de Humanidades UNAM, Miguel Angel Porrúa y El Colegio de México, págs. 11-36.

Ojeda, Norma (1993), "Consecuencias de la crisis económica en el vínculo matrimonial en México" en *Cambios en el perfil de las familias. La experiencia regional*, Comisión Económica para América Latina, pp. 305-318.

Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (1986), *La naturaleza del desempleo de los jóvenes*, Madrid, 320 págs.

Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (1994), *The OECD Jobs Study*, París.

Pacheco, Edith (1992), "Fuerza de trabajo en la Ciudad de México a fines de los ochenta" ponencia presentada en *Simposio sobre Población y Sociedad*, El Colegio Mexiquense, septiembre.

Pacheco, Edith (1994), *Heterogeneidad laboral en la Ciudad de México a fines de los ochenta*, Tesis doctoral en Ciencias Sociales con Especialidad en Estudios de Población, CEDDU, El Colegio de México, 285 págs.

Pacheco, Edith (1996), "La mujer y la crisis" en *Revista de la Población*. Órgano de Difusión del Consejo de Población del Estado de México, año 5 núm. 11, julio-diciembre, México.

Pacheco, Edith (1997), "Cambios en la población económicamente activa: 1900-1995" en *DEMOS, Carta demográfica sobre México*, número 10, México, pp. 30 y 31.

Padua, Jorge (1990), "Los desafíos del sistema escolar formal" en *México en el umbral del milenio*, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, pp.307-344.

Partida, Virgilio (1989), "Estimaciones de la incorporación juvenil metropolitana a la actividad económica 1980-1986" ponencia presentada en *Foro de consulta popular sobre la incorporación productiva al trabajo* (documento mimeografiado).

Partida, Virgilio (1996), "Proyecciones estatales de población" en *DEMOS, Carta demográfica sobre México*, no. 9, México, pp. 6-8.

Pedrero Nieto, Mercedes (1990), "Evolución de la participación económica de la fuerza de trabajo en los ochenta" en *Revista Mexicana de Sociología*, año LII, núm. 1, enero marzo, pp. 133-150

Pedrero Nieto, Mercedes (1993), *México: Dinámica demográfica de la población económicamente activa, 1970-1990. Evaluación y ajuste de la información censal, por entidad federativa*, (documento mimeografiado).

Pepin Lehalleur, Marielle y Teresa Rendón (1985), "Las unidades domésticas campesinas y sus estrategias de reproducción" en K. Appendini, M.Pepin-Lehhaleur y T. Rendón y V. Salles en *El campesinado en México. dos perspectivas de análisis*, El Colegio de México,

Pepin Lehalleur, Marielle y Teresa Rendón (1988), "Reflexiones a partir de una investigación sobre grupos domésticos campesinos y sus estrategias de reproducción" en *Grupos domésticos y Reproducción cotidiana* comp. Oliveira Orlandina, Pepin Lehalleur y Vania Salles.

Coordinación de Humanidades UNAM, Miguel Angel Porrúa y El Colegio de México, págs. 107-125.

Pérez Islas, José Antonio (1995), "Análisis comparativo de las políticas de juventud en la región de México y el Caribe" en *Documentos básicos del Encuentro Internacional de Juventud. Subregiones México-Caribe y Centroamérica*, 8 al 11 de noviembre, México, D.F.

Pérez Islas, José Antonio (1996), "Historia de un amor como no ha habido otro igual" en *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*, coordinado por Rafael Cordera, José Luis Victoria y Ricardo Becerra, UNAM, págs 81-88, México.

Pérez Islas, José Antonio y Elsa Patricia Maldonado (1996), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1996*. Causa Joven, Centro de Investigación y estudios sobre juventud, 2 tomos, México.

Pinedo Guerra, Melba (1990), "Desarrollo de la capacitación en México: algunas modalidades predominantes" en *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, Vol. XX, no. 2 pp. 111-131, México.

Programa Nacional de Población 1995-2000, México, 113 págs.

PREALC (1987), *Situación y perspectivas del empleo juvenil en América Latina, (1950-1980)*, Organización Internacional del Trabajo, Santiago de Chile, 106 pp.

PREALC (1990), *Empleo y equidad. El desafío de los noventa*, Organización Internacional del Trabajo, Santiago de Chile, 98 pp.

Quilodrán, Julieta (1982), "Tipos de uniones maritales en México", en *La investigación demográfica en México: Memorias*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), México.

Quilodrán, Julieta (1992), "La nupcialidad. Los cambios más relevantes" en *DEMOS. Carta demográfica sobre México* núm.5, pp.12 y 13.

Quintana, Enrique (1996), "Trabajar sobre los dos México: el empleo juvenil" en *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*, coordinado por Rafael Cordera, José Luis Victoria y Ricardo Becerra, UNAM, págs 111-116, México.

Rama German (1994), *Informe: Educación y Juventud*. Organización Iberoamericana de Juventud, España, 158 pp.

Rendón, Teresa (1976), "Utilización de mano de obra en la agricultura mexicana, 1940-1973" en *Demografía y Economía*, vol. X núm. 3, El Colegio de México, págs. 352-385.

Rendón Teresa y Carlos Salas (1991), "La transformación del empleo en los años ochenta: Una visión de largo plazo" en *El Cotidiano* núm 42, julio-agosto, Revista de la UAM., México, pp 17-29.

Rendón, Teresa y Carlos Salas (1992), "Incremento de ocupaciones de baja remuneración" en *DEMOS, Carta demográfica sobre México*, núm. 5.

Rendón, Teresa y Carlos Salas (1992a), "Mercados de trabajo: una perspectiva comparativa, tendencias generales y cambios recientes" en *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC*, El Colegio de México, El Colegio de la Frontera Norte y la Fundación Friedrich Ebert.

Rendón Teresa y Carlos Salas (1995), "Cambios sectoriales del empleo (1980-1993)" en *DEMOS Carta demográfica sobre México*, número 8, México, pp 19 y 20.

Rendón Teresa y Carlos Salas (1996a), "Empleo juvenil en México. Situación actual y tendencias" en *Revista de estudios sobre juventud*, Centro de Investigación y estudios sobre juventud, México, Año 1 número 1, julio-septiembre, pp. 34-45.

Rendón Teresa y Carlos Salas (1996a), "Educación y empleo juvenil" en *Jóvenes: una evaluación del conocimiento* coordinado por Pérez Islas José Antonio y Elsa Patricia Maldonado. Tomo I. Centro de Investigaciones y Estudios sobre Juventud, México, pp. 208-292.

Rosenmayr, Leopold y Klaus Allerbeck (1979), "Youth and Society" en *Current Sociology*, vol. 27 núm. 2/3.

Rossetti, Josefina (1991), "Hacia una perfil de la familia actual en latinoamérica y el Caribe" trabajo presentado en el *Taller sobre familia, desarrollo y dinámica de población en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 27-29 de noviembre de 1991, (documento mimeografiado).

Rühle, Otto (1964), *El alma del niño proletario*, Siglo Veinte, Buenos Aires, 189 pp.

Rubalcava, Rosa María (1999), "El ingreso de los hogares en México: una visión de dos décadas" en *La situación demográfica en México, 1999*, CONAPO, México, pp.151-160.

Rubin-Kurtzman Jane (1991), "Los determinantes de la oferta de trabajo femenino en la Cd. de México, 1970" en *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm 18, volumen 6, número 3, septiembre-diciembre, El Colegio de México, pp.545-582.

Ruiz Chiapetto, Crescencio (1990), "Migración interna y desarrollo económico: Tres etapas, ponencia presentada en *Primer Seminario sobre migración y etnicidad en Oaxaca*, 25 y 26 de octubre, Oaxaca, Oax.

Salles, Vania (coord), *et.al.*, *Érase una vez un gran lago... informe del proyecto mujer, ambiente y población en Xochimilco*, vol. I, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos/United Nations Research Institute for Social Development (UNRISD).

Salles Vania y Rodolfo Tuirán (1996), "Vida familiar y democratización de los espacios privados" en *La familia: investigación y política pública*, UNICEF, Sistema Integral para el Desarrollo Integral de la Familia y El Colegio de México, México, pp.47-56.

Secretaría de Salubridad y Asistencia (1994), *Mortalidad 1993*, México, 389 págs.

Secretaría de Salubridad y Asistencia (1996), *Mortalidad 1995*, México 380 págs.

Selby, Henry, *et.al.* (1990), "La familia urbana mexicana frente a la crisis" en *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*. Universidad de Guadalajara y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México, pp. 369-388.

Sheridan, Cecilia (1991), *Espacios domésticos. Los trabajos de la reproducción*, Colección Miguel Othón de Mendizábal, CIESAS, 128 págs.

Solís, Patricio (1997), "El crecimiento de la población urbana y la población rural" en *DEMOS, Carta demográfica sobre México*, México, pp.6-8.

Stern Claudio (1995), "Embarazo adolescente. Significado e implicaciones para distintos sectores sociales" en *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, México pp. 11 y 12.

Szasz Pianta, Ivonne (1993), *Migración temporal en Malinalco. La agricultura de subsistencia en tiempos de crisis*, El Colegio de México, El Colegio Mexiquense, 199 pp.

Tienda, Marta (1973), "Economic activity of children in Peru: labor force behavior in rural an urban contexts" en *Rural Sociology* núm. 2, v.44.

Torrado, Susana (1978), "Clases sociales, familia y comportamiento demográfico. Orientaciones metodológicas" en *Demografía y Economía*, vol. XII, núm. 3, págs. 343-376.

Torrado, Susana (1981), "Sobre los conceptos de 'Estrategias Familiares de Vida' y 'Proceso de Reproducción de la Fuerza de Trabajo'; Notas teórico-metodológicas" en *Demografía y Economía*, vo. XV, núm. 2, El Colegio de México, págs. 205-233.

Trejo Reyes Saúl (1988) *Empleo para todos. El reto y los caminos*, Fondo de Cultura Económica/ Economía Latinoamericana, México, 198 págs.

Tuirán, Rodolfo (1993), "Estrategias familiares de vida en épocas de crisis: el caso de México" en *Cambios en el perfil de las familias. La experiencia regional*, Comisión Económica para América Latina, Santiago de Chile, pp. 319-354.

Tuirán, Rodolfo (1994), "Familia y sociedad en el México contemporáneo" en *Saber Ver: La nación mexicana, retrato de familia*, México, pp. 33-56.

Urquidí, Víctor (1974), "Empleo y explosión demográfica" en *Revista Demografía y Economía*, vol. VIII, núm. 2, pp. 141-153.

Urquidí, Víctor (1986), "Población, desarrollo, empleo. Problemas y perspectivas. Ponencia presentada en *Reunión nacional sobre investigación demográfica en México*, Tercera reunión anual, del 3 al 6 de noviembre, (documento mimeografiado).

Villena, Sergio (1996), "¿Todo en familia? Notas teóricas sobre la organización de la reproducción cotidiana" en *Revista Sociológica* (año 11 núm 32) División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Sociología UAM-A. México, pp.11-22.

Vries, Eric (1995), ponencia presentada la mesa redonda "Las políticas de empleo en América Latina" en *Encuentro Internacional de Juventud. Subregiones México-Caribe y Centroamérica*, México, 8-11 de noviembre.

Wainmerman Catalina y Zulma Recchini de Lattes (1981), *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*. Terra Nova, México, 207 pp.

Welti, Carlos y Beatriz Rodríguez (1994), "La investigación en México sobre participación de la mujer en la actividad económica en áreas urbanas y los efectos en su condición social" en *Las mujeres en la Pobreza. Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza*, GIMTRAP, El Colegio de México, pp.121-177.

Welti, Carlos (1995), "Implicaciones del inicio temprano de la maternidad" en *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, pp. 9-10.

Welti, Carlos (1996), "Compromisos para el futuro demográfico" en *México joven. Políticas y propuestas para la discusión*, coordinado por Rafael Cordera, José Luis Victoria y Ricardo Becerra, UNAM, pp.165-170.

Zavala de Cosío, María Eugenia (1992), *Cambios de fecundidad en México y políticas de población*, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica/Economía Latinoamericana, México, 326 p.

Zendejas-Romero, Sergio (1995), "Migración de mexicanos a los Estados Unidos y su impacto político en los poblados rurales de origen. Redefinición de compromisos para con el ejido en un poblado michoacano", ponencia presentada en *XX Congreso de la Asociación Latinoamericana*

de Sociología América Latina y el Caribe: perspectivas de su reconstrucción, México, 19 págs. (documento mimeografiado).

Zúñiga, Elena, Daniel Hernández, Catherine Menkes y Carlos Santos (1986). *Trabajo familiar, conducta reproductiva y estratificación social. Un estudio en las áreas rurales de México*, IMSS, 225 págs.

ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro	página
I.1 República Mexicana, 1970, 1980, 1990 y 1995. Distribución e incremento porcentual de la población de 12 a 24 años por grupos de edad según sexo.	55
I.2 República Mexicana, 1950 a 2000. Indicadores de Mortalidad.	56
I.3 República Mexicana 1960, 1975, 1990 y 1995. Tasas de mortalidad de la población joven y total por 100,000 habitantes.	57
I.4 República Mexicana, 1975, 1980, 1986, 1990 y 1999. Tasas específicas de fecundidad de mujeres jóvenes y TGF.	58
I.5 República Mexicana 1970, 1980 y 1990. Distribución porcentual de la población económicamente activa por rama de actividad.	59
I.6 República Mexicana 1970, 1980 y 1990. Distribución porcentual de la población de 15 a 24 años por grupo de edad según grado de instrucción y sexo.	60
I.7 República Mexicana 1995. Distribución porcentual de la población de 15 a 24 años por grupo de edad según grado de instrucción y sexo.	61
I.8 República Mexicana 1970, 1980 y 1990. Tasas específicas de participación masculina por grupos de edad según cifras registradas y ajustadas.	62
I.9 República Mexicana 1970, 1980 y 1990. Tasas específicas de participación femenina por grupos de edad según cifras registradas y ajustadas	63
I.10 República Mexicana 1979, 1991 y 1995. Tasas específicas de participación masculina por grupos de edad.	64
I.11 República Mexicana 1979, 1991 y 1995. Tasas específicas de participación femenina por grupos de edad.	65
I.12 República Mexicana 1970 y 1990. Distribución porcentual de la población por grupos de edad y sector de actividad según sector de actividad y sexo.	66
I.13 República Mexicana 1970. Distribución porcentual de la población por grupos de edad según posición en el trabajo y sexo.	67
I.14 República Mexicana 1990. Distribución porcentual de la población por grupos de edad según posición en el trabajo y sexo.	68
II.1 República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de la población de 12 años y más por grupos de edad y sexo según lugar de residencia.	99

II.2	República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de la población de 12 años y más por grupos de edad, condición de ocupación y condición de inactividad según sexo y lugar de residencia.	100
II.3	Tasas de actividad de la población de 15 a 24 años y total por sexo según diferentes países.	101
II.4	República Mexicana 1991 y 1995. Tasas de participación económica por grupos de edad y según sexo y área de residencia.	102
II.5	República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de la población activa por grupos de edad y asistencia escolar según sexo y área de residencia.	103
II.6	República Mexicana 1991 y 1995. Tasas específicas de participación económica por grupos de edad y nivel de instrucción según sexo y área de residencia.	104
II.7	República Mexicana 1991 y 1995. Tasas específicas de participación económica por grupos de edad y estado civil según sexo y área de residencia.	105
II.8	República Mexicana 1991 y 1995. Tasas específicas de participación económica femenina por grupos de edad y número de hijos según área de residencia	106
III.1	República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad y rama según sexo y área de residencia.	137
III.2	República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad y situación en el trabajo según sexo y área de residencia.	138
III.3	República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad e ingreso según sexo y área de residencia.	139
III.4	República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad y prestaciones laborales según sexo y área de residencia.	140
III.5	República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de la población asalariada mayor de 15 años por grupos de edad y prestaciones laborales según sexo y área de residencia.	141
III.6	República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad y número de horas trabajadas semanalmente según sexo y área de residencia.	142
III.7	República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de la población ocupada mayor de 15 años por grupos de edad y número de empleados que laboran en la empresa donde trabaja según sexo y área de residencia.	143
III.8	República Mexicana 1991 y 1995. Distribución porcentual de las características laborales de la población ocupada adolescente según sexo y área de residencia.	144

V.1	República Mexicana 1995. Proporción de mujeres jóvenes que trabajan según características individuales y familiares.	221
V.2	República Mexicana 1995. Proporción de hombres jóvenes que trabajan según características individuales y familiares.	222
V.3	República Mexicana 1995. Modelo de regresión logística para la participación de mujeres de 15 a 19 años.	223
V.4	República Mexicana 1995. Modelo de regresión logística para la participación de hombres de 15 a 19 años.	224
V.5	República Mexicana 1995. Modelo de regresión logística para la participación de mujeres de 20 a 24 años.	225
V.6	República Mexicana 1995. Modelo de regresión logística para la participación de hombres de 20 a 24 años.	226